

LOS ÚLTIMOS ROMÁNTICOS

(NOVELA)

Miguel Gimenez Igualada

A MARÍA LUISA FRAILE AMELIVIA

Pongo en tus manos mi libro para que seas su madrina, porque nadie como tú podrá ahondar hasta las raíces de las almas que en él esculpo, no pinto, pues en el crisol que te fundieron echaron sus ingredientes dos razas: una -florida y andariega: agitanada-, su audacia, su alegría y su majeza, y otra -pegada a la tradición, depurada, aristocrática-, su primor, finura y delicadeza, resultando de la feliz conjunción de morales tan opuestas la criatura señorial, temeraria y sin medida que tú eres. Cuida y guía, te lo ruego, a este hijo mío -historia tejida con angustias y dulzuras, esperanzas y alegrías-, que en su carne, mármol de inmaculada blancura, incrusté corazones de cristal de vidas claras y limpias.

CAPÍTULO I

En el coquetón comedor que doña Eloísa, dueña de la Pensión Internacional de la calle Príncipe, número 7, reserva para ella y para Margarita, su rica prima y buena amiga, ambas conversaban animadamente.

Se entretenían en hablar de una persona ausente, cuando entrando la sirvienta y dirigiéndose a doña Eloísa, le anunció:

– Un señor pregunta por usted.

– ¡Ya está ahí! -exclamó Margarita-.

– ¿Cómo es ese señor? -interrogó doña Eloísa-. Y antes de que pudiera ser contestada, agregó: ¿Trae maletas?

– Trae maletas, sí, señora; y es un joven moreno, simpático y buen mozo -contestó la sirvienta-.

– ¿Cómo te has fijado tanto, muchacha? -preguntó la dueña riéndose-.

– Lo bueno lo mira todo el mundo. Además, si no me hubiera fijado, no habría podido contestarle -aseguró Manuela en un tono que, alejado de la irrespetuosidad, tenía el encanto de ser familiar-.

– Muy bien, marisabidilla. Dile que pase -ordenó doña Eloísa-.

No bien hubo desaparecido Manuela, Margarita, riéndose, exclamó:

– Ya está aquí nuestro huésped.

* Digitalización: KCL.

- Tu amigo dirás -afirmó riéndose también doña Eloísa.
 - Tu “hijo” -replicó en el mismo tono Margarita.
 - Veo que tienes más deseos que yo de conocerle.
 - Deseo, no, curiosidad. Hemos hablado tanto de él desde hace un mes, que se me ha despertado una especie de apetito, o, mejor dicho, eres tú quien me lo ha despertado, pues, riendo o no, todos los días me has hablado de tu hijo, un hijo del que no eres madre, al que no conoces y cuya existencia ignorabas hasta hace unos días -dijo Margarita-.
 - Ten en cuenta que yo sola no habría podido seguir esa broma; me has ayudado tú -arguyó doña Eloísa.
 - ¡Pase, señor! -dijo Manuela en la puerta del comedor-, con lo cual terminaron conversación y risas de las dos mujeres. Y, tras Manuela, entró un joven moreno, simpático y buen mozo, como lo había definido la pícara sirvienta.
 - ¿Doña Eloísa Carretero? -preguntó el mozo.
 - Para servirle -contestó ésta-.
 - Manuela Peñaranda, cuya llegada le debe haber sido anunciada -dijo el joven presentándose.
 - Efectivamente -afirmó doña Eloísa-, ayer recibí un telegrama de su señor padre anunciándose su llegada para hoy, y mi amiga y yo prolongamos la sobremesa deseosas de saludarle y conocerle.
 - Gracias por tan delicadas atenciones. Es para mí un gran honor ser recibido tan cordial y amablemente. Gracias, doña Eloísa; gracias, -y Manuel hizo una reverencia a Margarita, quien, callada, observaba detenidamente al joven Peñaranda.
 - La señorita Margarita del Castillo y Contreras -dijo doña Eloísa presentándola a Manuel.
- Manuel saludó a Margarita con una cortés inclinación de cabeza, al mismo tiempo que doña Eloísa continuó:
- Tenga la bondad de sentarse, señor Peñaranda... No habrá usted comido y ya son las cuatro...
 - Sí, señora, sí. Comí en el tren -aseguró Manuel.
 - Bien. Entonces aceptará una tacita de café mientras yo ordeno que trasladen su equipaje a la habitación que ya le tenemos preparada -dijo doña Eloísa levantándose.
 - Como usted guste, señora -contestó Manuel sentándose frente a Margarita.
 - ¿Quieres tú también café? -preguntó dirigiéndose a Margarita.
 - Sí; será la mejor manera de acompañar al señor Peñaranda, ya que nos dejas solos -contestó la interpelada.
 - Vuelvo en seguida -y, diciendo y haciendo, salió doña Eloísa a dar sus órdenes como dueña de la casa.

Solos ya los dos jóvenes, hubo un corto silencio. Manuel paseó su vista por el minúsculo comedor, mirando a hurtadillas a Margarita, y ésta, esperando la palabra de Manuel, observaba el pequeño embarazo del joven.

Por fin preguntó Margarita:

– ¿No ha estado usted nunca en Madrid?

– Nunca, señorita -contestó Manuel-. Llego a él sugestionado por sus leyendas, por la admiración con que he oído hablar de sus bellezas y de la cordialidad de sus habitantes, y, a decir verdad, nunca imaginé que mi primer contacto con este mundo fuera, gracias a ustedes, tan halagüeño.

– Madrid es hermoso, no sólo como capital, sino por su alegría y por su hospitalidad... ¿Y piensa vivir mucho tiempo entre nosotros? -preguntó Margarita que sentía la curiosidad de escudriñar en el alma del mancebo.

– No lo sé. Mi estancia en Madrid depende de muchas causas: de que me agrade, de que halle en él los atractivos intelectuales que busco, de que encuentre amistades que me satisfagan... Deseo esta un año; pero su encuentro la sana alegría que apetezco, quizá esté dos o toda la vida, del mismo modo que si por cualquier causa no me agradara, lo abandonaré pronto.

– Haremos lo posible por hacerle la vida agradable para que no nos abandone -dijo Margarita en tono un tanto zalamero.

La sirvienta entró con el café, guardando ambos silencio. Margarita fue la primera en romperlo.

– Perdona mi curiosidad de mujer.

– Perdonada -contestó Manuel amablemente.

– ¿Viene usted a estudiar?

– Sí y no. Sí, porque deseo estudiar la vida; no, porque no me interesa, por ahora, cursar una carrera.

Como Margarita hiciera un gesto de asombro, Manuel continuó:

– Le parece extraño que un muchacho llegue a Madrid, a los veinte años, no en busca de un título universitario, sí para adquirir experiencias de la vida. ¿No es así, señorita?

– Así, es, señor Peñaranda. Me extraña que, a su edad, llegue usted a Madrid no a estudiar ni a trabajar, sino a pasear, y que su paseo pueda durar un año, dos o toda la vida, como usted ha dicho.

– No es, precisamente, a pasear a lo que vengo a Madrid. Afortunadamente tengo un padre sensato que no hubiera incurrido jamás en tal torpeza. Vengo a estudiar, a trabajar; pero mi estudio y mi trabajo serán diferentes a los que realizan estudiantes y trabajadores... Pero la aburro a usted con esta conversación seria e impropia de dos jóvenes que acaban de conocerse -agregó Manuel cambiando de tono.

– No me aburre, señor Peñaranda; al contrario, me parece toda tan original que le rogaría, si no le causara molestia, que continuara, pues su viaje, sus estudios y sus trabajos se parecen a los

de un viejo filósofo que quisiera conocer las fuentes de la vida. -Y Margarita, la banal Margarita, se reía, interesada en la vida del recién llegado.

– Si vamos a vivir juntos, ¿para qué agotar el tema en nuestra primera conversación?... Perdóneme, señorita Margarita... He dicho vamos a vivir juntos, porque como he tenido la felicísima suerte de encontrarla aquí y desde hoy será ésta también mi casa, creo que la casualidad o su buena voluntad me proporcionarán la alegría de volver a verla.

– La hemos de tener, porque aunque no vivo aquí, aquí paso parte de mi vida. -Y dijo esto la joven con una especie de amistoso ofrecimiento.

– Gracias, señorita Margarita... ¡Qué bello es su nombre!... ¡Margarita!... -exclamó Manuel, deseoso de llevar la conversación por los rumbos de la galantería.

– Ha pronunciado usted Margarita de una manera muy particular. ¿Le trae ese nombre a la memoria recuerdos gratos? -preguntó ella.

– Gratísimos -afirmó él-. Y si la memoria no pudiera suministrarme imágenes bellas, me bastaría pronunciar ese nombre para que mi cabeza se poblara de sueños.

– ¿Poeta? -interrogó Margarita riendo.

– La vida, por sí sola, es poesía, señorita Margarita -afirmó Manuel sonriéndose también.

– Pues, señor poeta, creo que ha cometido usted un grave error al abandonar sus plácidos amores campestres para venir a Madrid, donde todo es prosaico.

– Aceptaría esa afirmación si no hubiera salido de sus labios; pero habiéndola pronunciado usted, permítame que la rechace. Lo bello, en prosa o en verso, en acción o en cuerpo, es pura poesía, y usted... -y la frase quedó, temblorosa, en los labios de Manuel, quizá por miedo a terminarla.

Pero Margarita, a quien gustaba, como a todas las mujeres, que le llamaran hermosa, preguntó:

– ¿Por qué no ha terminado la frase?

– No es necesario, señorita. Usted la ha comprendido y eso me basta... ¡Margarita!... ¡Qué bello nombre es el suyo!...

– Hay muchos nombres bellos: Rebeca, Esther, Minerva, María, Luz... ¡muchísimos! -decía Margarita riéndose-. Y más simbólicos, y más sonoros...

– No, no -interrumpió Manuel-. Para mí no hay nombre tan simbólico como Margarita, ni tan alegre, ni tan sencillo, ni tan poético. Al pronunciarlo parece que se me llena la boca de blancos sonos de cascabeles de plata.

– La alegría que usted experimenta recordando a una Margarita lejana me dice claramente que usted ha dejado abandonados amores de ese nombre -dijo Margarita en tono de pregunta.

– No podría decirle si es verdad o no lo es, si la Margarita de mis sueños la dejé allá, ha venido conmigo o la he encontrado; lo cierto para mí es que Margarita es un nombre bellissimo y que cada vez que lo pronuncio con los labios o lo recuerda mi corazón, me invade la alegría, experimentando sensaciones de belleza que me producen un inefable bienestar.

Como Margarita se sonriera, Manuel le preguntó:

– ¿Se ríe usted?... ¿No me cree?...

– ¿Cómo no creerle si usted lo afirma? Lo que me causa extrañeza es que sólo el nombre pueda producirle esos efectos, sin que tras él se esconda la imagen de una persona a la que usted ame.

– Pues así es... o... mejor dicho... no sé si es así -dijo Manuel esforzándose en sonreír sin conseguirlo.

Margarita notó una pequeña turbación en el joven y un pequeño rubor en sus mejillas, a pesar de la sonrisa con la que quiso cubrir.

– Naturalmente que un nombre, por sí solo, no expresa nada -continuó Manuel, si no se asocia a ese nombre una imagen; pero, a veces, esa imagen puede no ser real, sino ideal, y ese ideal no puede abandonarse, porque habiendo hecho su nido en el alma, acompaña al idealista a todas partes.

– Ahora voy comprendiendo. Usted se halla enamorado de una mujer ideal a la que ha bautizado con el poético nombre de Margarita, y sus suspiros al pronunciarlo van dirigidos a su beldad ideal no a una persona real -dijo Margarita con acento irónico que no trató de ocultar.

Pero al terminar, ya estaba arrepentida, pues notó mayor turbación en el joven y un tono de más subido carmín en sus mejillas.

– ¡Señorita!...

– Perdóneme, señor Peñaranda -interrumpió Margarita-. No he querido ofenderle, sino sencillamente darle a entender que había comprendido su pensamiento, para lo cual lo he repetido con otras palabras.

– Veo que he de tener mucha cautela cuando hable con usted, pues su fino ingenio ve a plena luz las cosas más veladas.

– ¿Y no querrá usted que, en lo sucesivo, lea nadie en su corazón?

– En mi corazón puede leer cualquiera, señorita, pues, que yo sepa, nada malo oculta; pero le duele ser mal comprendido. Y el mal de corazón es el peor de todos los males -repuso Manuel en tono de queja.

– ¿Le ha dolido a usted alguna vez el corazón de amor? -preguntó Margarita recreándose en su superioridad frente a Manuel, y tratando, a la vez, de averiguar cuanto se proponía.

– A mí, sí -contestó Manuel, serio y con firmeza-; creo que el corazón me duele de amor desde que nací. ¿A usted no le ha dolido nunca?

– ¡Nunca! -afirmó Margarita.

– ¿Es posible? -interrogó él con manifiesto asombro que se reflejó en su cara.

– Más que posible, es cierto -dijo ella con firmeza.

– ¡No lo creo!... ¡No puedo creerlo!...

– Pues créalo... ¡Es verdad!

– ¡No lo creo! -volvió a afirmar Manuel-. No puedo creer que una señorita como usted no haya estado jamás enamorada... ¡No lo creo, señorita Margarita!... ¡No lo creo!

A Margarita le producían aquellas palabras un efecto raro, jamás sentido, sobre todo por la rotundidad con que eran expresadas y por el tono recio y viril con que eran pronunciadas. Pero volvió a afirmar, ahora más seria aunque también menos dueña de sí:

– Pues créalo, señor Peñaranda. ¡Nunca he estado enamorada!

– Señorita... tengo que creerla. Ni debo insistir ni sería correcto continuar afirmando que no lo creo; pero... de ser así, usted será la única mujer joven y hermosa que no haya podido amar. Y lo siento de todo corazón por... usted -perdóneme este atrevimiento en nombre de la verdad-, porque usted merece amar y ser amada.

– ¡Gracias, señor Peñaranda!..., ¡gracias! Pero tenga en cuenta que yo no he dicho no haber podido amar, sino solamente no haber amado.

– Es igual, señorita. No se ama cuando no se puede. Simplemente amar es poder amar, porque es tener capacidad para el amor y sentimiento para el amor. Pero... -titubeante, cambió de idea y tono-. Yo, que sin haber amado a nadie, vivo para el amor... Perdóneme, señorita Margarita... Iba a hacer confesiones inoportunas.

– Usted sabe muy bien -dijo Margarita, defendiéndose ahora de la impetuosidad cordial y el arrebató místico-amoroso de Manuel- que una persona sola no puede amar, pues necesita de otra que, en feliz coincidencia, caiga dentro de su órbita para que se produzca el contacto necesario.

– Le ruego que no siga -interrumpió Manuel-, y vuelvo a pedirle mil disculpas si peco de grosero. Esa teoría de las órbitas y de los astros y de los puntos de contacto la inventaron los que nunca jamás pudieron o supieron amar. Los amorosos amaron siempre. Ahora y en todos los tiempos. Se amaron a sí, en primer lugar, para elevarse, para sentir el gran placer de la propia estimación, y en segundo término, amaron a los otros para elevarlos, para ascenderlos hasta ellos, dignificándose al dignificar a quienes estimaban o a quienes amaban, porque el amor es dádiva, ya que amar es siempre dar, y no puede haber amor donde no hay donación.

Doña Eloísa, que había estado por entrar dos veces, se detuvo escuchando el diálogo de los jóvenes, y creyendo ahora oportuno el momento, después de haber oído las últimas palabras de Manuel apareció diciendo:

– Ya está arreglada su habitación, señor Peñaranda. Cuando usted quiera, pueda pasar a ella.

– Cuando usted guste -dijo Manuel levantándose.

– ¿Saldrá usted? -preguntó la dueña.

– No, señora; no saldré hasta mañana. Ya es casi de noche, no conozco Madrid y no quiero extraviarme... Arreglaré mis maletas, sacaré mis libros, ordenaré todo a mi gusto y me acostaré... Señorita Margarita -continuó Manuel tendiéndole la mano-, ¿sabrán usted perdonar a quien, torpe, no ha sabido llamarla hermosa?

– Está usted perdonado, señor galante -contestó Margarita respondiendo al saludo.

- Pues... hasta mañana.
 - Hasta mañana, señor Peñaranda.
 - Peñaranda y Margarita... ¡que contraste de nombres! El uno significa dureza y el otro suavidad -exclamó Manuel riéndose-. ¿Sería mucho atrevimiento pedirles a ustedes que no me llamen más señor Peñaranda, sino Manuel?
 - Si es su deseo... -dijo doña Eloísa.
 - Sí, es mi deseo -afirmó el joven.
 - Hasta mañana, don Manolito. -Y Margarita, siempre risueña, le hacía signos de adiós con la mano.
 - Hasta mañana, señorita...
 - ¿Se le ha olvidado el nombre?
 - No. Lo he retenido en los labios para que, quedándoseme adentro, me cure el dolor de corazón.
- Y siempre sonriente, abandonó el comedor, seguido por doña Eloísa.
- ¡Manuela! -llamó Margarita, al quedarse sola-. Di a la señora que la espero en casa.

CAPÍTULO II

Manuel recibió una agradable impresión cuando entró en su cuarto. No era una fría habitación de hotel en la que existen los muebles indispensables para la comodidad del que ha de vivir allí unas horas. Por el contrario, era una habitación familiar, acogedora, llena de luz, con muebles limpios y adornada con cuadros que, si bien desprovistos de mérito artístico, tenían la virtud de agrandar al no permitir contemplar la fría desnudez de las paredes. Una biblioteca nuevecita esperaba los libros, una mesa escritorio con cómodo sillón y alfombra intocada invitaban a la lectura, una cama blanquísima convidaba al reposo.

Abrió el balcón para que por él entrara el aire que sus pulmones fuertes reclamaban, y un ruido de la calle llenó la estancia, no pudiendo resistir la tentación de contemplar el hormiguero humano que pasaba en todas direcciones bajo sus pies.

Moría la tarde y ya las luces de los comercios iban inundando las aceras de manchas blancas, cuando Manuel, que no se cansaba de tender la mirada hacia uno y otro lado cual si quisiera conocer todas aquellas vidas que, en incesante ajetreo, subían y bajaban, oyó abrir un balcón a su lado, sorprendiéndose al ver aparecer en él a Margarita, más hermosa, si cabe, que la había dejado, más atractiva, más encantadora y hasta más cordial y risueña.

No era costumbre de Margarita asomarse al balcón. A veces lo abría, contentándose con una rápida ojeada a las casas de enfrente o deslizado su mirada hacia la calle de Sevilla; pero en

seguida se recogía como si no le interesara el espectáculo callejero al que estaba tan acostumbrada. Hoy sí se asomaba al balcón como una burguesa que quisiera distinguir entre la abigarrada multitud al galán de sus sueños.

Perspicaz, notó el sobrecogimiento del joven al verla tan cerca, ya que de uno a otro balcón podían darse las manos y, atrevida le preguntó:

– ¿Se ha sorprendido usted al verme, don Manolito?

– Un poco, lo confieso -afirmó Manuel. Y dando suelta a su natural franqueza, agregó:- Creo que usted me sorprenderá siempre, cada vez que la vea, pues si antes, al contemplarla tan hermosa, no me atreví a decírselo, ahora...

Al ver que no terminaba el pensamiento, Margarita lanzó una carcajada, no tan fuerte que llamara la atención, pero sí lo suficientemente significativa como para helar la sangre del joven.

– ¡Qué tímido es usted, don Manolito! Piensa una bella frase y, por miedo a pronunciarla, la retiene en los labios, como me dijo antes. ¿Usted no sabe que a las mujeres madrileñas nos gusta el piropo?

– ¿Y usted ignora que a los hombres de los pueblos castellanos no nos gusta el piropo por considerar que es una falta de respeto a la mujer? Yo no sé decir piropos, señorita, porque me parece un entretenimiento banal. Yo sólo sé decir lo que pienso y lo que siento, no tan bellamente como lo desearía, pero sí con sinceridad y con nobleza, y, si quiere usted, hasta con rudeza. Y en cuanto a lo de tímido... no lo crea. No soy tímido; soy prudente. Timidez es temor, temor es miedo, miedo es cobardía y yo me avergonzaría de ser cobarde. No me llame usted tímido, se lo ruego. Piénselo, pero no me lo llame.

Había rudeza en sus palabras, como él mismo decía, pero esa rudeza era hija de su gran sinceridad, que le obligaba a no ocultar sus pensamientos, sobre todo cuando creía que su persona era empequeñecida o disminuida de alguna manera.

– Pues es necesario que usted se acostumbre a decir todo cuanto piense y sienta, sobre todo cuando esté en mi presencia -dijo Margarita como una invitación.

– Lo diré en su presencia como lo digo siempre en presencia de cualquiera, y cuando lo que digo no satisface a quien me escucha, para no molestarle evito su contacto ausentándome yo - exclamó él con el tono rudo del campesino que imprime a sus palabras carácter de firmeza.

– Supongo que no querrá ausentarse de mí -dijo Margarita, a quien agradaba aquella altanería.

– Si usted cree que mis palabras pueden haber sido pronunciadas para usted, délas por no dichas.

Y tras un corto silencio continuó:

– Lo que yo deseo es que nos conozcamos desde el primer momento; que entre nosotros, amigos o conocidos, no haya jamás engaño, para lo cual es necesario que nos presentemos uno a otro como realmente somos: usted, una mujer espiritual y encantadora; yo un hombre joven, pero montañés y rudo, que sabe leer un libro y trazar un surco con el arado.

– Ha dicho usted que podemos ser amigos, luego acepta por anticipado mi amistad -susurró, más bien que dijo, Margarita.

Y como Manuel callara, insistió ella.

– ¿No contesta? ¿No acepta mi amistad?

– Estaba pensando si la merecía.

– Usted tiene contestaciones desconcertantes. Un joven como usted merece todas las amistades -exclamó Margarita con el desenfado que le era peculiar.

– ¿Hasta la suya? -preguntó Manuel.

– ¿No se la ofrezco?

– ¿Y si no supiera qué hacer con ella? ¿Y si la malgastara o la malbaratara por tontería, petulancia o maldad?... ¿Usted se ha fijado en lo que significa ofrecer amistad a un desconocido? En Castilla ofrecemos y damos cordialidad, bien por sentimiento caritativo, bien por afecto humano; pero la amistad la reservamos para los escogidos, pues amistad, para nosotros, es algo tan sagrado como hermandad cuando al hermano se le respeta y quiere de corazón.

– ¿Y no cree usted que pueda ofrecérsela yo en ese sentido? -preguntó Margarita.

– ¿En el sentido de ser yo un elegido, el elegido para que usted deposite en mí su amistad, que es tanto como afecto, como cariño, como...? -Y dejó la frase inconclusa, como siempre, por cierto temorcillo que le paralizaba-. ¡Bien!... Sea así, si así me la ofrece... ¡La acepto!... Acepto su amistad y le ofrezco la mía, simpática vecina.

– No; eso es poco -protestó Margarita-. Vecino es cualquiera que vive cerca de nosotros. No me conformo con el título de vecina.

– Acepto su amistad y le ofrezco la mía, bellísima amiga -repitió Manuel pronunciando las palabras con más firmeza.

– ¿Ve usted? -dijo Margarita-. Eso es agradable para usted que lo pronuncia y para mí que lo escucho.

– Pero no debemos buscar lo agradable efímero que mañana puede torturarnos, sino lo agradable eterno que toda la vida pueda sonreírnos -dijo él en tono sentencioso.

– Me retiro muy contenta de usted y de mí, don Manolito.

– Un ruego, mi amiga Margarita.

– Usted dirá.

– No me llame más don Manolito, llámeme Manuel, sólo Manuel. Eso es don Manolito me suena a cosa insignificante.

– Pues hasta mañana, Manuel -dijo ella sonriéndose y despidiéndose.

– Hasta mañana bella flor de Madrid.

Margarita, que había iniciado ya su retirada, volvió para decirle muy bajito:

– Veo que ha aprendido usted a decir piropos. -Y repitió la frase silabeándola-. ¡Bella flor de Madrid! ¡Es muy bonito!

– Con una profesora como usted, iré aprendiendo poco a poco todas las reglas del bien decir - dijo Manuel, sintiéndose atrevido. Agregando-: ¡Hasta mañana, mi bella y simpática profesora!

– ¡Hasta mañana! -repitió Margarita con refinada coquetería.

Cuando Manuel quedó solo en el balcón, echó una última ojeada a la calle y volvió al cuarto, abriendo las maletas y colocando cuidadosamente su ropa en el armario. Se disponía a ordenar sus libros en la biblioteca cuando llamaron a la puerta.

– ¡Adelante! -ordenó Manuel.

Y apareció doña Eloísa, preguntando:

– ¿Le gusta la habitación?

– Sí, señora. Es muy hermosa, muy aireada.

– ¿Le han traído toallas?

– Todo está listo y bien.

– El baño está ahí, en el corredor, a la izquierda.

– Gracias por todo. En mi casa no recibiría más atenciones. Tiene usted todas las preocupaciones de una madre.

– Su señor padre me ha encargado que le cuide como si fuera un hijo, y como hijo quiero que se considere usted en esta casa.

– Gracias, doña Eloísa, gracias. Estoy muy contento y ahora mismo escribiré a mi padre relatándole mis impresiones, en cuya descripción ocupará usted el primer lugar.

– Es hora de cenar, don Manuel.

– No, eso no. Llámeme Manuel, sólo Manuel, pues deseo ser tratado con toda llaneza.

– Ahí, en el ropero, tiene una manta por si tuviera frío por la noche. Y hasta luego o hasta mañana. Que usted descanse.

– Gracias, doña Eloísa. Que usted descanse.

CAPÍTULO III

Desde el cuarto de Manuel, doña Eloísa se dirigió a casa de Margarita, derecha del piso principal cuya izquierda ocupaba la pensión. Sólo tenía que cruzar el pequeño replano de la

escalara. Abrió la puerta, cuya llave tenía, y apenas entró, oyó la voz de Margarita que preguntaba:

– ¿Eres tú Eloísa?

– Sí, soy yo, -contestó ésta.

– Pasa.

La biblioteca de Margarita, primera habitación del piso en que vivía ella sola, no era, propiamente hablando, una biblioteca, sino algo mixto de biblioteca, despacho, sala íntima de recibo y cuarto de recogimiento donde solía pasar largas horas.

En el más insignificante detalle se veía el gusto refinado de su propietaria. Las paredes, revestidas de seda clara con rayitas finísimas que parecían hilos de oro, le daban claridad y alegría, y sillas, sillones y divanes, forrados de la misma tela, formaban un conjunto tan armonioso como encantador. En la biblioteca propiamente dicha se alineaban lujosos tomos, y en el escritorio todo estaba en el más perfecto orden. Aquella mujer, desordenada en su vida, gustaba de la más exquisita pulcritud en todo cuanto le rodeaba.

– ¿Qué lees? -preguntó doña Eloísa sentándose.

– Una novela de amor -contestó Margarita cerrando el libro y dejándolo sobre una silla próxima.

– Quien mucho lee de amores o está enamorada o termina enamorándose.

– ¿Y no crees, mi buena Eloísa, que me convendría enamorarme? Cuatro años llevó aquí sola, encerrada en esta casa que alhajé para el placer y que ya me va produciendo hastío. Me voy haciendo vieja, Eloísa; tengo ya treinta años y muchas veces, cuando, como ahora, leo algo bello, los considero perdidos. No estoy rodeada de un afecto sincero -el tuyo no cuenta, porque eres como mi hermana-; no puedo asegurar que tenga una amistad firme; no dejó tras de mí nada valedero. Reuniones, teatros y orgías han llenado mi vida. Me voy cansando Eloísa. Todavía no sé qué es lo que estoy buscando, pero quiero otra cosa. Mis amigas ya no me encantan...

– Y mi “hijo”... ¿qué te parece? -preguntó doña Eloísa interrumpiendo las divagaciones de Margarita.

– ¿Querrás creer que no he podido saber si me hacía el amor o si es que al pronunciar mi nombre se acordaba de otra Margarita a la que se haya dejado allá en la aldea? Yo creo que su padre lo ha enviado a Madrid para que olvide amores imposibles... No viene a estudiar, según me ha confesado; no viene a viajar; viene, según dice él, a contemplar la vida.

– Ten la seguridad que no te ha hecho el amor. Un muchacho de Madrid a quien tú le hubieras dicho la mitad de lo que le has dicho a él, se te habría declarado; pero éstos de pueblo son más cautos, más reconcentrados, no se aventuran tan fácilmente. Pero... como persona, ¿qué te parece?

– Que es un mozo simpático. Más todavía: que es un hermoso ejemplar de hombre. Muy joven, muy niño, muy tímido, aunque a él no le guste que se le llame; pero cuando pierde la timidez dice cosas bonitas.

– A mí me ha sido muy simpático. Fuerte en hablar, pero muy exquisito en sus modales... Lo que le falta es mundo, aires de sociedad... -afirmó doña Eloísa.

– Según creo, no busca nada de eso. Es un campesino y quiere seguir siéndolo. No parece un muchacho de pueblo, porque no es tosco, viéndose a las claras que ha recibido una esmerada educación; pero ya me ha hecho saber que con tanta facilidad abre un libro como traza un surco con el arado. Pero... ¿por qué hablamos tanto de ese joven? -terminó Margarita.

– ¿Y de qué quieres que hablemos?... ¿Para qué me has llamado?

– Te he llamado para... hablar de él -afirmó Margarita riéndose.

– ¿Te ha interesado?

– Sí, me ha interesado, ¿por qué negártelo? En mi vida sostuve con ningún otro hombre una conversación tan interesante. Tú sabes que desde hace días, desde aquéllos en que recibiste carta de su padre hablándote de él y pidiéndote que lo protegieras como una madre, me hice ilusión de que había de ser mi amigo, mi primer amigo, y desde aquel día empecé a fijarme en los hombres, creyéndome que este vacío que siento en mi vida sólo puede llenarlo un hombre: él u otro, pero un hombre. ¿Quieres que lo invitemos al teatro?

– No lo creo prudente.

– ¿Por qué?

– Porque no es ningún niño ingenuo al que se le puede llevar como un juguete. Como tú dices, parece tímido, pero tras esa timidez se esconde un carácter. Tal me ha parecido por lo que le he escuchado.

– No te has equivocado, Eloísa. Ese muchacho tímido es un carácter -afirmó Margarita.

Y como si Manuel se hubiera convertido, de repente, en obsesión que no podía eludir, añadió:

– Hace un momento he vuelto a hablar con él en el balcón. Me figuré que no podría resistir la tentación de contemplar la calle, y así fue; cuando me asomé, estaba embebido mirando a todas partes. He conversado con él, le he obligado a que me eche piropos, he visto como se ruborizaba, los esfuerzos que hacía para sentirse hombre galante y los titubeos que sufría para pronunciar una frase pensada y no dicha por creerla atrevida. Sin embargo, bajo todo eso, que está en la superficie, existe un carácter. Lo he visto asomar cuando hemos hablado de cosas que yo tomaba en broma y él muy en serio. En este joven hermoso se esconde un delicioso niño y un hombre viril. Y eso es lo que me encanta. ¿Te confieso una cosa? Si no hubiéramos estado en el balcón, no habría resistido la tentación de besarlo.

– Y te habría tomado por una cualquiera, obligándole a que huyera de ti. ¿O es que, alocada, y perdiendo todo respeto a tu persona y a los convencionalismos sociales, buscas satisfacer un capricho, cueste lo que cueste?

– Hablas como una madre ofendida en la persona de su hijo -dijo la joven en tono zumbón.

– Habla como una madre tuya, o si no te satisface este término, como una amiga que te quiere.

– Entonces háblame en nombre tuyo y deja tranquilos los convencionalismos sociales... ¡Me he reído tanto de todos los convencionalismos!... Lo que quiero que sepas, para que te des cuenta de la situación porque atravieso, es que desde hace unos días beso a todos los buenos mozos que encuentro por la calle.

– ¡Pero estás loca!... -exclamó doña Eloísa.

- No te escandalices, mujer -dijo riendo Margarita-; los beso con los ojos y con la intención. Siento deseos locos de besar a un hombre y de que un hombre me bese.
- Cometerás alguna locura de las tuyas -dijo muy seria Eloísa.
- Te prometo que no; bastantes he cometido -afirmó Margarita-. Te prometo solemnemente que no haré ninguna locura, pues sólo eso bastaría para aumentar mi fama de disoluta. No, no, Eloísa; no haré ninguna locura. Formalmente, no... Después, a casita, esta casa que ya me está pesando en el alma... Algún día la vendo y me voy a vivir definitivamente contigo.
- Yo te acompaño al teatro; no quiero que esta noche vayas sola. Pero has de prometerme que desde el teatro volvemos a casa.
- Prometido -afirmó Margarita.
- Pues cena conmigo, te vistes y salimos... Dentro de media hora estará lista la cena. Te espero -dijo doña Eloísa levantándose y saliendo.

CAPÍTULO IV

Al salir doña Eloísa, Margarita recogió la novela abandonada y buscando la página en que había interrumpido la lectura, quiso continuar leyendo, pero aunque sus ojos se deslizaban maquinalmente sobre la letra impresa, sus pensamientos giraban en torno de su vida. Se inspeccionaba, analizaba su pasado, su presente y hasta se atrevía a asomarse a su futuro, y, si no horror, sentía cierto desprecio que la desestimaba a sus propios ojos. No estaba contenta consigo misma. En su vida notaba un vacío inexplicable. Mientras había vivido en locura, ajena a todo sentimiento noble y entregada a placeres lesbianos, el vértigo de la vida licenciosa y anormal la había absorbido no permitiéndole pensar ni sentir, pues la trivialidad forma un torbellino que arrastra vulgarizando cuanto cae en su órbita; pero desde hacía unos días su pensamiento vagaba errante, sin hallar asidero, lo que le producía una sensación de vacío y, por consiguiente, de angustia y desolación que la atormentaba. No le atraía lo anterior; pero como no se había trazado un nuevo rumbo, navegaba por la vida como barco sin gobernalle.

Como a las personas creyentes que pertenecieron durante años a sectas en la cual comulgaron asistiendo a sus ritos y formando entre oficiantes y asistentes su pequeño círculo amistoso, y que, de pronto, sin conciencia exacta de causas ni motivos, abandona oficios y amistades sin haber reemplazado la creencia por otra ni a los amigos por nuevos amigos, sintiendo en toda su potencia el aplastamiento que la soledad produce, así se hallaba Margarita. Sin causa ni motivo de los cuales tuviera conciencia, abandonaba la vida anterior sin forjar en su mente ninguna idea de presente ni de futuro y sin que sus sentimientos, reapareciendo, le proporcionaran el sano esparcimiento de una ilusión, lo que la apartaba del trato de las gentes con quienes convivió sin ingresar en un nuevo círculo que le proporcionara ni aun el grato placer de la conversación. De ahí que se marchitara su alegría, se amustiara su personalidad y se apoderara de ella la abulia. Salía de compras, por salir, sin saber lo que iba a comprar ni demostrar interés por comprar nada; visitaba modistas sólo para que el tiempo, que se le hacía interminable, pasara ligero; asistía a espectáculos que no le interesaban lo más mínimo, o leía, encerrada en su casa, novelas que no le hablaban al alma sino a los sentidos, sólo con la intención de que pasaran las horas, que se le hacían insoportables.

Acostumbrada a satisfacer sus caprichos, aun los más costosos, aun los más atrevidos, fue siempre en pos de su pasión como el insecto va tras la luz, sin reflexión de ninguna especie, sin fijarse en las consecuencias ulteriores, sin preocuparse de sí ni del instrumento que había de causarle momentáneo placer. Todo deseo quiso satisfacerlo inmediatamente, fuera cual fuera, y a conseguirlo sin tener en cuenta reputación moral, dolor de la víctima ni convenciones sociales, dirigió sus fuerzas: belleza, astucia, talento y dinero.

Amoral, en el más estricto sentido de la palabra, ningún freno interior había sujetado su temperamento volcánico y apasionado, resbalando, insensible, por la pendiente de un desenfrenado sofismo, y como es facilísimo cambiar de deseos mientras que el temperamento suele permanecer inalterable, pues sólo una gran voluntad de dominio propio llega a sujetarlo, se encontraba ahora en una encrucijada, pronta a emprender otro camino, es decir, a llenar su vida con otros deseos y, sin escrúpulos, a satisfacerlos como los había satisfecho siempre: imperiosamente.

A la encrucijada sexual en que se hallaba, llegaban los deseos pidiendo, exigiendo sin ser cumplimentados, reteniéndola todavía, no la voluntad, sino la aversión al hombre durante tanto tiempo sentida, cultivada y practicada. No obstante, el deseo era irresistible, según propia declaración hecha a su eterna confidente, doña Eloísa, y como no sabía esperar, como no había aprendido a resistir a un deseo, y menos a vencerlo, y en Manuel no veía al hombre al cual hay que temer, sino al juguete que podía proporcionarle agradable placer, el freno que la aversión podía oponer a su lujuria, desaparecía, quedando, como siempre, a merced de sus pasiones, de sus deseos, de sus apetitos.

En esta situación de confusión espiritual y de reversión sexual, que sólo agravaban sus hábitos y costumbres, se hallaba Margarita.

En cambio, Manuel adquirió inmediatamente la serenidad y aplomo de un hombre maduro. Encerrado en su habitación, se dispuso a ordenar todo tan meticulosa y concienzudamente como si al día siguiente debiera emprender un gran trabajo, olvidado por completo de los incidentes del día.

En su pequeña biblioteca fue colocando sus libros. Aquí, los clásicos griegos, sus grandes amigos; después, los latinos; a continuación, los hispanos. Acaba de abrir a Sófocles y ha leído unas páginas de Horacio, terminando por hacer una selección de tomos para releerlos, y colocando, por último, sus libros de texto. En la mesita de noche ha dejado, no sin repasar unas páginas, “Motivos de Proteo”, dispuesto a recrearse, antes del sueño, con las bellísimas parábolas del insigne Rodó.

Desde el centro de la habitación echó una ojeada a todo y, hallándolo en orden y a su gusto, se asomó nuevamente al balcón. Sólo entonces se acordó de su hermosa vecina, de su poético nombre y del recibimiento de que había sido objeto.

¿Se acusaba de no haber llevado la conversación con la habilidad necesaria? No. Margarita y él empleaban lenguajes diferentes porque manejaban diferentes ideas y diferentes sentimientos. Si habían de ser amigos, como mutuamente se habían prometido, irían acostumbrándose uno a otro: él al tono irónico y ella a la expresión fuerte, porque no se hallaba muy dispuesto a ingresar en la cofradía de la trivialidad.

Reconocía que Margarita era, además de encantadora, una mujer bellísima, más bella que cuantas había conocido y más deliciosa y franca que todas cuantas personas había tratado. ¿Tendrían todas las madrileñas el gracejo y la alegría de aquella hermosa mujer? No había de ser la primera vez que habrían de verse en el balcón, en el comedor o en la escalera, aunque

pensaba que había sido destinado al comedor general, no a aquella salita alegre y risueña en que fue recibido por doña Eloísa y Margarita.

¡Y le habían dicho que le esperaban! No que le esperaba doña Eloísa, sino que le esperaban las dos, que le esperaba también Margarita. ¡Qué pareja tan hermosa harían los dos! Y Manuel se reía interiormente al pensar lo que había pensado nunca: tener una esposa y que esa esposa fuera una mujer divina: aquella Margarita a la que acaba de conocer y que tan fuertemente le había impresionado.

Antes de dormirse leyó unas páginas, aquéllas, bellísimas, en las que Rodó pinta a un niño jugando con una copa de cristal a la que arranca sonidos purísimos al golpearla suavemente con un junco; más tarde, cansado el niño de su entretenimiento, halla uno nuevo llenando la copa con la arena del sendero, sufriendo cuando, queriendo volver al juego anterior, la copa permanece muda. Pero pronto halla una nueva distracción, una ilusión nueva, y viendo una hermosa flor que le invita, la desprende del rosal, colocándola en la copa transformada en búcaro, y paseándola, ufano, por el jardín, que así, en el engarce de las acciones de la vida, van sucediéndose unas a otras alegrías y penas, desesperanzas e ilusiones.

Terminada la lectura de la parábola, Manuel se siente niño que con la copa de la vida en la mano le arranca sonidos a la sola percusión de su voluntad. Experimenta la sensación de ser la propia copa que contuviera en su cuero los más puros sonidos y estalla en alegría interior al pasear por entre las flores del imaginado jardín, la flor del niño convertida, por arte de ilusión, en una mujer angelical. Y se duerme con sueño plácido y bienhechor, mientras la alegría de su música interior entona una canción tan suave y melodiosa como su misma vida.

CAPÍTULO V

– ¿Se puede? -preguntó Manuel antes de penetrar en el comedor reservado para doña Eloísa y Margarita.

– ¡Adelante! -contestó la primera.

– No, señor -dijo la segunda.

– ¿Sí o no? -insistió Manuel riendo.

– Sí -repitió doña Eloísa.

– ¡No, no! -volvió a repetir Margarita, aunque en aquel no se adivinaba en sí.

Manuel entra, se descubre, se inclina ante Margarita y tendiéndole la mano, le dice:

– ¡Perdóneme! No se han puesto ustedes de acuerdo y yo, fallando en la contienda, me he inclinado del lado de doña Eloísa, que creo que es la única que tiene razón en este pleito. ¿Cómo se encuentra usted, mi buena amiga Margarita?... ¿Muy enojada?

– Enojadísima.

- ¿Conmigo? -preguntó Manuel mientras en silencio saludaba a doña Eloísa.
- Con usted.
- ¿Puedo sentarme, señora? -preguntó, riendo, a doña Eloísa.
- Siéntese -asistió la interpelada.
- No he querido pedirle permiso a la señorita, porque no me lo hubiera concedido, y así, autorizado por usted, tendrá que sufrir mi desagradable presencia. ¿No es cierto, señorita enojadísima? -preguntó Manuel.
- Usted creerá haber obrado bien estando cuatro días sin aparecer -dijo Margarita simulando un enojo del que realmente no estaba exento su corazón.
- No, señorita. Durante estos cuatro días he asistido religiosamente a las comidas, estando puntualmente en mi habitación a las diez de la noche. He aparecido todos los días -afirmó Manuel.
- Pero no ha venido a saludarnos.
- A doña Eloísa la he saludado todas las mañanas al levantarme, siempre, al salir y al volver, y, sin faltar una sola vez, antes de irme a dormir. Con doña Eloísa estoy en paz.
- Pero conmigo, no -exclamó Margarita.
- Yo no tenía autorización suya para venir a saludarla, señorita -dijo Manuel en un tono ya más serio.
- No la necesitaba. ¿No quedamos en que éramos amigos?
- Sí, es verdad; pero la amistad no tiene sexo, aunque en gramática se le atribuye el femenino.
- No comprendo -dijo Margarita, mirándole interrogadora.
- Pues, sencillísimo. Entre dos amigos, cuando uno no va hacia el otro, éste debe ir hacia el uno.
- ¿Quiere decir...?
- Que hemos incurrido los dos en la misma falta -interrumpió Manuel.
- Pero no era correcto que yo fuera a buscarle.
- ¿Y es correcto que yo la busque a usted? -preguntó el joven riendo.
- Es lo normal.
- Será lo normal entre lo que ustedes llaman gentes de sociedad, a las que no comprendo, pero en el monte, y yo soy un montaraz, como le dije la otra noche, cuando el montaraz no busca a la montaraza, ésta va en busca de aquél.
- ¡Muy bonito! -exclamó Margarita lanzando una carcajada, como si se hubiera aclarado de pronto lo que le parecía antes un misterio.

– Muy bonito y muy cierto que así se debe hacer -afirmó Manuel. Y cambiando de tono, agregó:- Hablando seriamente, he tenido y tengo que trabajar mucho todos estos días. Ya sé donde están los Museos, y la Biblioteca Nacional y la Universidad, en la cual he conseguido permiso para asistir libremente a un cursillo de Psicología, y ya, amigas mías, puedo andar por Madrid, aunque con el plano en la mano, sin preguntar a nadie. Mañana domingo iré a El Escorial; el próximo, a Segovia, donde permaneceré dos o tres días, y así, poco a poco, iré recorriendo los alrededores de Madrid, sin olvidar Aranjuez, y más tarde me iré extendiendo a las lejanías, ya que quiero ir a Extremadura y Andalucía para después visitar el Norte. ¿No les parece a ustedes vasto el programa, si no de trabajo, por lo menos de movimiento?

– El programa me dice que nos veremos menos que ahora -dijo Margarita.

– Pues a que no ocurra eso venía. En ustedes está la solución y yo vengo a proponérsela... ¡Y usted aseguraba que no me preocupaba de nuestra amistad!... ¡Como la montaraza no busca al montaraz!...

– Proponga usted -dijeron ambas mujeres a un tiempo.

– ¿Habría algún inconveniente que hiciera imposible el que yo comiera con ustedes? Comiendo juntos nos veríamos todos los días y yo arreglaría mi vida para trabajar las horas libres, pues supongo que entre amigos puede prolongarse la sobremesa.

Doña Eloísa miró a Margarita, ésta hizo un signo afirmativo apenas perceptible y la primera dijo:

– Por mí no hay inconveniente ninguno.

– Por mí tampoco -afirmó Margarita, para agregar con intención de ofrecimiento amistoso:- Así vigilaremos más de cerca los pasos de este señor montaraz.

– Perfectamente bien, arreglado todo. Y sin necesidad de darles a ustedes las gracias, porque el contento me sale por los ojos, ahora me pongo a sus órdenes para cuando gusten, pues esta tarde, si me lo permiten, quiero dedicarla a mis primeras y únicas amistades: a ustedes. El amigo viene en busca de la amiga y le propone que pida o que ordene. Estoy dispuesto a cumplir todo cuanto mi amiga desee.

Como Margarita no contestó, pensando qué podría pedir u ordenar, Manuel volvió a tomar la palabra.

– Veo claramente que mi amiga continúa enojada y no puede perdonarme.

– No, Manuel; no sea usted mal pensado -exclamó Margarita con un tono de mimosa queja que agradó al joven.

– ¿Entonces?... Usted me dijo que debía esforzarme en decir lo que pensara. Aprendí la lección y, con toda sinceridad, he dicho lo que pienso. Pero mi bella profesora no se ajusta ni a la letra ni al espíritu de la lección, y aunque debe pensar algo, lo calla.

– ¿Y qué quiere que le pida? -preguntó ella al no comprender claramente ni el ofrecimiento ni la invitación de Manuel.

– No soy yo el que lo ha de decir, sino el que lo ha de cumplir.

– No sé... Ya veremos... Por ahora me basta con su compañía, rogándole que prolongue su visita lo más posible... Más tarde...; en fin... ahora sólo pido eso.

Doña Eloísa, que había terminado de comer sin intervenir en la conversación, se levantó y salió del comedor.

– Margarita -dijo a media voz Manuel-, veo que todos somos tímidos en ciertos momentos. Hasta los más audaces suelen sufrir un segundo de miedo.

– Posiblemente suceda así; pero yo no tengo miedo. ¿Por qué ni de qué iba a tenerlo? -preguntó Margarita, bajando los ojos como si los hurtara a la mirada del joven con algún pretexto.

– No digo lo que tiene -dijo Manuel en el mismo tono-; afirmo que lo ha tenido.

– ¿Y cómo lo puede usted afirmar?

– Porque soy nigromante -contestó sonriéndose-. Algunas veces, como ahora, me hablan de almas.

– ¿Y qué le ha dicho la mía, si es que la ha visto? -preguntó Margarita.

– Se adelantaba hacia mí, blanca y luminosa y, de pronto, el temor la cubrió. ¿Usted ignora que el lenguaje de las almas es de luz y sombra: de luz cuando sienten alegría y de sombra cuando están tristes? La suya estaba alegre, producía luz, y cuando quiso andar, es decir, hablar, un diablillo negro la cubrió con su velo.

– Pudiera ser -expresó ella, que se sentía como bañada por música nueva.

– ¡Fue! ¡Yo lo vi! Usted iba a pedir o a ordenar, que para mí es lo mismo, algo a su amigo, y el diablillo del temor se interpuso, y usted calló.

– Es verdad...

– ¡Ah!... ¡Es verdad!... Me alegro mucho de haberme equivocado... ¡Es verdad!... ¿Luego la amistad por usted prometida y por mí recibida y llevada al corazón no era una amistad blanca, una amistad de luz, una amistad de amigo al que se le pide u ordena como a un hermano? -preguntó Manuel en tono de real exaltación.

– Sí. Lo era y lo es -afirmó Margarita.

– Vuelvo a alegrarme. Pero... Soy inquisitivo, la estoy sometiendo a usted a un verdadero tormento y yo desearía que se riera como se rió el otro día, primero de mi conocimiento y de nuestra amistad.

– No estoy triste -dijo ella haciendo un esfuerzo por sonreírse.

– Pero tampoco alegre. Yo, el montaraz, no sé decir cosas que hagan reír. A reír me tiene que enseñar usted.

– ¿No sabe usted reír siendo tan joven?

– Yo río casi siempre con una risa que no asoma a los labios. Decía mi padre, y seguirá diciéndolo, que mi risa se dibuja en mis ojos.

– Por cierto que, sin que usted se envanezca, son muy hermosos -dijo Margarita mirándolo y sintiéndose más alegre porque la conversación se deslizaba por los rumbos de la galantería, en la que era consumada maestra.

– Son negros, como la noche. Por eso será por lo que buscan la luz. Los de usted son claros, con el clamor de un amanecer, y azules, con un azul de cielo, que es el color de dicha.

– ¿Cuándo los ha visto usted?

– Ahora... y en el primer momento que entré aquí. Lo primero que vi fueron sus ojos, después a usted y más tarde a doña Eloísa.

Ambos se rieron, porque en ese momento entraba la nombrada juntamente con la sirvienta, portadoras, ambas de dos servicios de té y uno de café.

– ¿Toman ustedes té? Pues yo también, si no es molestia -dijo Manuel.

– No, molestia, ninguna. Trae otro servicio de té para el señor -ordenó doña Eloísa a la criada.

– ¿Y usted tampoco desea nada de mí? -preguntó Manuel a doña Eloísa.

– Le deseo que sea muy feliz.

– No, no -dijo Manuel riéndose-. No es para mí, sino de mí. Yo también le deseo a usted y a Margarita toda la felicidad de la tierra; pero no se trata de deseos, sino de realidades. ¿Qué quiere usted de mí? ¿Con qué puedo obsequiarla? ¿Qué puedo hacer en su beneficio o por su alegría? ¿Qué invitación desearía que le fuese hecha hoy? ¿Teatro... paseo... confitería o café... cine?

Doña Eloísa se echó a reír con su risa bonachona para terminar preguntando:

– ¿Quiere usted salir a pasear conmigo?

Y Manuel y Margarita se rieron también de buen grado.

– Con usted, si Margarita siente temor o vergüenza de salir con su amigo; con Margarita si es que a usted le parece peligroso o incorrecto salir conmigo; con las dos, si así lo apetecen, o con ninguna si las dos se niegan.

– Yo no puedo salir. El cuidado y la atención que constantemente me exige la casa no me lo permiten. Salgan ustedes -dijo doña Eloísa.

La criada sirvió el té a los tres y se alejó. A poco, doña Eloísa volvió a dejar solos a los jóvenes.

– ¿Por qué ha dicho usted “si Margarita siente temor o vergüenza”? -preguntó ésta cuando doña Eloísa hubo salido.

– Porque pudiera ser así. Usted me ofreció una amistad que yo acepté; en nombre de esa amistad, y con razón, usted se ha quejado de no haberla visitado durante cuatro días, y ahora, cuando yo quiero invitarla a algo, a lo que usted quiera, no me pide nada, que es tanto como no aceptar nada de mí. Debo pensar que no quiero salir conmigo por temor a algo o a alguien, o que usted siente vergüenza de que la vean con un muchacho montaraz.

– Usted piensa mal sin fundamento alguno -dijo Margarita.

– Supongo, nada más.

– Pues supone usted muy ligeramente -afirmó Margarita en un tono que parecía serio y era incitador. Agregando-: No tengo temor a nada ni a nadie, porque no tengo contraído ningún compromiso, absolutamente ninguno, con ninguna persona. Pero andar libremente por Madrid con quien quiera, sin que nadie se halle con derecho a preguntarme por dónde ando ni con quién ando. Y en cuanto a que me dé vergüenza salir con usted a aceptar algo suyo..., ¿desea que le diga simpático o buen mozo, cuando me confesó usted que no le gusta el piropo? - terminó preguntando Margarita.

– Ya nos vamos entendiendo y ya voy estando contento porque la veo sonreír, pues hasta hace un momento creí que estaba haciendo el impertinente y que sería prudente retirarme.

– ¿Llegó a pensarlo?... ¿De verdad llegó usted a pensarlo? -preguntó ella inquieta y temerosa.

– De verdad lo he pensado.

– Pues deseche toda duda y... todo miedo -dijo Margarita-. Estoy contentísima porque ha venido a visitarme, contentísima porque esté aquí conmigo y más contenta porque me haya dedicado esta tarde... ¿Ya ha desechado el miedo de ser impertinente?

– ¡Ya!...Pero volvamos un poco atrás, si a usted le parece; volvamos a su confesión.

– ¿A mi confesión?

– Sí. ¿La ha olvidado?

– No recuerdo.

– ¡Qué frágiles de memoria son ustedes! Usted me confesó hace un momento que es total y completamente libre, lo que equivale a decir: mi voluntad y mi corazón son míos, nadie manda en ellos.

– ¿Lo ha interpretado usted así? -preguntó Margarita, en cuyos ojos se reflejó la alegría, porque la conversación tomaba el rumbo por ella deseado.

– Es la única interpretación que puede darse a sus palabras.

– Pues es verdad. Soy libre.

– Esa confesión -continuó Manuel mirando a Margarita fijamente a los ojos- me alegra más que cuanto usted pueda suponer. ¿Soy franco?... ¿puedo serlo con mi amiga, la del nombre poético y los ojos de color de amanecer?

– Puede serlo y le ruego que lo sea, que tal ha sido el compromiso de nuestra amistad -dijo Margarita esperando una revelación importante.

– No voy a hacerle una declaración de amor, ni voy a pedirle que me conteste, porque en sus labios veo dibujarse la negación con toda claridad.

– Mis labios están muy quietecitos -dijo Margarita riéndose-. Sin mis oídos los que sienten avidez de escucharlo.

Y haciendo Manuel un gran esfuerzo, dijo:

- No he tenido todavía ninguna gran amistad, Margarita: ¡ninguna!... Ya ve que la he elegido por profesora... Sólo usted, ¡la primera mujer!, se ofreció a ser mi amiga y no podrá imaginarse nunca el valor que yo he concebido a la palabra amiga y, por consiguiente, a su amistad.
- ¿Y puedo creer que nunca haya tenido una amiga? -preguntó Margarita, marcando claramente las palabras y la intención.
- Créalo, ¡nunca, nunca!; usted es la primera -contestó él con candidez.
- Y siendo así, ¿cómo ha podido leer en mis labios una negación cuando lo primero que usted encontró en mí fue una afirmación, ya que fui yo quien le ofreció amistad? -dijo ella con insinuación bien manifiesta.
- He oído decir que las mujeres siempre niegan -argumentó él con infantilidad.
- ¡Ah! ¿No lo dice por experiencia?
- No lo digo por experiencia; pero precaviéndome contra una negativa, jamás le diré a una mujer ¡te quiero! sin que sus acciones, su mirada, su cuerpo todo, me lo hayan dicho antes a mí.
- Eso es muy peligroso -afirmó ella sentenciosamente.
- ¿Por qué? -preguntó él con cierta intranquilidad en el alma.
- Porque podría quedarse usted sin la que ame, si otro, más atrevido, llegara a requerirla de amores antes que usted.
- Podría ser. Pero entonces entablaría lucha -afirmó Manuel.
- ¿Y para qué conseguir luchando lo que sólo con un poco de audacia hubiera sido fácil obtener? -preguntó, incitante.
- Posiblemente sea verdad, sabia profesora; pero en estas cuestiones soy un catecúmeno que necesita instrucción. -Y con esa explicación ingenua trataba de salir del círculo en que lo envolvía Margarita.
- De nada servirá querer instruirle si usted no pone en práctica las enseñanzas recibidas -dijo ella tratando de cerrarle la huída.
- Primero aprenderé las lecciones; después...
- Después, el temor lo paralizará.
- Ya le dije antes que yo también la he visto a usted temblar -dijo Manuel intentando cambiar el rumbo de la conversación.
- Temblar, no -afirmó Margarita-; pensar para aceptar. En aquel caso a que usted se refiere era elegir entre salir con usted a paseo o quedarse aquí. Hasta ahora opté por quedarme aquí con usted, porque me encuentro muy a mi placer.
- ¿El amigo no cansa a la amiga? -preguntó él como para salir de su situación embarazosa.
- El amigo distrae a la amiga -afirmó Margarita mirándole a los ojos.

– ¿Sólo ese pequeño placer le proporciono? -preguntó Manuel, que no podía eludir la atracción que Margarita ejercía sobre él.

– Con él me conformo, porque el amigo tiene miedo de salir de su condición de tal.

– ¡Es que es tan hermosa la palabra amiga!...

– ¿Y no cree que haya otras más hermosas?

– Me lo figuro, pero lo ignoro. Si usted tiene experiencia de ellas, explíqueme.

– En esa materia no puedo explicar nada; carezco, como usted, de una experiencia directa -contestó riéndose.

En el juego, peligroso para Manuel, agradable para Margarita, que deseaba a todo trance, arrancarle una declaración, ya que le veía, si no enamorado, sí deslumbrado, hubo una pausa, esforzándose, uno de pensar cómo escaparse y la otra cómo estrechar el círculo para obligarle a pronunciar la palabra deseada. Por fin, Margarita, rompiendo el silencio, dijo en tono de pregunta y de ataque.

– Todavía no me ha dicho usted por qué le alegraba tanto saber que yo era libre, total y completamente libre, libre para aceptar y libre para rechazar. Una mujer que no hubiera sido libre, como yo lo soy, no le habría ofrecido a usted una amistad franca desde el primer momento. ¡Contésteme! ¿Para qué me exigió usted que le hiciera confesión de mi libertad?

– Para saberlo -dijo él, como un chiquillo, con ingenuidad-. Para tener la certeza de que usted no pertenece a nadie, y que en nuestra amistad, y entre usted y yo, nadie existía.

– ¿Sólo para eso? -preguntó cada vez más apremiante Margarita-. Pues ya lo sabe: nadie puede colocarse en medio de nuestra amistad, porque ninguna persona puede interponerse entre nosotros.

Y como lo viera titubeante e indeciso, agregó:

– Como no se interponga aquella Margarita de que tan acalorada como irreflexivamente me habló en nuestra primera conversación... Aquella Margarita desde allá lejos sigue tiranizándole, colocándose entre los nuevos amigos que somos usted y yo, mientras la otra, la que, por casualidad, encontró usted aquí, no le tiraniza, sino que lo desea libre para que usted pueda, como ella, aceptar o rechazar libremente.

– Y libre soy, completamente libre. Por eso he venido hoy hasta aquí -afirmó Manuel cayendo en las redes que tan sabiamente ella le tendía.

– ¿Para decirme que es amigo mío, cosa que ya sabía, porque habíamos aceptado nuestra amistad libremente? -preguntó Margarita, riéndose, gozosa, con más fina ironía de la que acostumbradamente ponía en sus palabras.

– ¿Y para qué quería que viniera? -preguntó Manuel no sabiendo qué decir.

– No, amigo mío, no. Yo no quería que viniera para una cosa determinada; sólo quería que viniera. Cuando usted llegó, me alegré. Pero usted me preguntó: “¿Es usted libre, Margarita? ¿No pertenece a nadie su corazón?” Y yo le contesté: “Soy libre. Mi corazón está, como yo, libre de todo dueño”. A lo cual se limitó usted a decir: “Me alegro saberlo”, como si esas preguntas y esas contestaciones carecieran de importancia.

- Me está usted haciendo sufrir horriblemente -exclamó Manuel, notándosele visiblemente que su embarazo llegaba a ser tortura.
 - Ya lo veo... y me alegro -afirmó Margarita.
 - ¿Se alegra de verme sufrir?
 - Me alegro de verle sufrir, sí. Antes sufría yo y usted se reía.
 - ¿Y por qué sufría usted antes? -preguntó Manuel.
 - ¿Y por qué sufre usted ahora? -preguntó, a su vez, Margarita.
 - ¿Cree que existe alguna relación entre los dos sufrimientos? -inquirió él.
 - Posiblemente, sí -afirmó ella con pícaro intención como sabia inteligencia.
 - De modo que usted cree que yo sufro del mal de miedo que le hizo sufrir a usted.
 - Creo que es el mismo diablillo negro el que nos ha hecho sufrir a los dos -dijo Margarita poniendo un fuerte dejo de tristeza en sus palabras.
 - ¡El mismo diablillo! -exclamó él considerándose libre del círculo en que se había visto envuelto.
 - ¡Qué difícil será comprendernos! -dijo Margarita suspirando.
 - ¿Por qué? -preguntó Manuel que, en su inexperiencia, no sabía eludir el tema, volviendo, aun sin querer, a proporcionar a Margarita nuevos argumentos.
 - Por ese diablillo negro y travieso que tapa con su velo nuestras almas luminosas, como usted las llamó, envolviéndonos en sombras.
 - Habrá que vencer al diablillo -dijo él como ofreciéndose a acometerlo.
 - Tendrá usted, como hombre, que vencerlo primero.
 - Lo venceré, -aseguró Manuel.
 - Lo vencerá, pero... ¿cuándo?
- Y en aquel ¿cuándo? de Margarita había más incentivo, más provocación, más ofrecimiento que en todas sus anteriores palabras.
- Y como en ciertas situaciones no podía evitar emplear la ironía, dijo, aun exponiéndose a lastimar a Manuel, cosa que no quería.
- El día de su victoria me avisa para que me matricule en su cátedra como discípula.
 - ¡Qué orgulloso me sentiría el profesor! -exclamó cándidamente Manuel.
 - Empiece a saborear el orgullo, porque hoy he aprendido ya muchas cosas de usted.
 - ¿Tantas?

– La primera, a ocultar mis pensamientos; la segunda, a obstinarme en rechazar lo que se me ofrece, aun deseándolo con toda el alma; la tercera... me la reservo.

– ¿Y por qué la reserva? -preguntó Manuel colorado como una amapola, no hallando palabras que oponer a las fuertes razones de Margarita, y no deseando, por otro lado, hacer la declaración que ella, ofreciéndosele, le pedía.

– ¡Ay, señor profesor!... ¿No le parece bastante que repita de memoria dos de las lecciones que usted me ha explicado?... Me parece que le estoy escuchando en la cátedra: “Cuando a usted le ofrezcan algo que esté deseando apasionadamente, rechácelo. Así salvará su alma, aunque... se hunda el mundo” -terminó Margarita, levantándose para llamar a la criada.

Creyéndose Manuel que el levantarse Margarita era indicación de despedida, también se levantó; pero cuando Margarita, después de tocar el timbre, volvió a sentarse nuevamente, preguntó a Manuel:

– ¿Se va usted?... ¿Me deja?

– Creo que debe terminar, por hoy, mi visita -dijo Manuel balbuciente y confuso.

– ¿Da usted por terminada su invitación aun sin haber aceptado nada de lo que tan generosamente me ha ofrecido?... ¡Siéntese!... He llamado para que nos sirvan unas copitas... Quizá bebiéndolas... o después... acepte el paseo que usted me ha propuesto.

Al aparecer la criada, Margarita preguntó a Manuel:

– ¿Qué desea, bebida fuerte o dulce?

– Dulce -contestó el joven.

– ¡Muy bien! Tenemos los mismos gustos -dijo intencionalmente ella. Y dirigiéndose a la criada ordenó:- Tráete una botella de Málaga. Si no tuviera doña Eloísa, en casa hay... ¡Ah!... Baja a la pastelería y trae una docena de pasteles... Y que venga doña Eloísa cuando todo esté preparado.

Volvió a sentarse Margarita, mirando a Manuel mientras éste permanecía distraído, y lanzó un suspiro que sólo ella escuchó porque procuró ahogarlo en el pecho, y dirigiéndose nuevamente a Manuel, le preguntó:

– ¿Quiere que demos por olvidados algunos de los incidentes anteriores y volvamos a ser buenos amigos? Ahora, si usted desea, hablaremos de sus proyectos, de sus estudios, de sus viajes, a algunos de los cuales, si usted no se opone, me gustaría acompañarle.

– Para mí sería un verdadero placer recorrer campos y pueblos en su compañía -exclamó Manuel, en quien renacía la confianza.

– ¿A qué hora sale usted mañana para El Escorial?

– A las ocho.

– ¿En tren?

– En tren.

– Es muy tarde -dijo Margarita-. El viaje ideal es salir de aquí, en automóvil, al amanecer, esperando la salida del sol después de haber subido la cuesta de las Perdices. Allí, si la mañana no está muy fría, hacer, andando, uno o dos kilómetros, y luego, despacito, admirar el paisaje de la sierra desde el interior del coche, para llegar al hotel a la hora del desayuno; después, de subir por aquellas laderas y riscos, y por la tarde visitar el monasterio, y cuando el sol se va ocultando tras las crestas de las sierras, también, muy despacito, volver a cenar a Madrid... Pero hacer ese viaje solo es muy aburrido.

– Si lo desea, lo hacemos tal y como usted lo ha pintado -dijo Manuel invitándola.

– No, Manuel, no. Cuando usted venza al diablillo negro, quizá sí; pero ahora, no. El diablillo no nos permitiría estar alegres, nos haría sufrir y ni gozaría usted ni podría admirar las bellezas que el monasterio encierra... ¡Vaya usted solo, Manuel!... ¡Ya iremos juntos si vencemos al diablillo negro!... Pero no vuelva a ponerse triste... ¡Ea!... ¡fuera tristeza!... ¡Y a no hablar más de diablillos, sino de campos, de pueblos, de libros y de estudios! Hábleme de sus proyectos, de sus inquietudes, de sus sueños, de cómo mira la vida, qué piensa hacer en ella... ¡Hay tantas cosas de que hablar sin tristeza!

– ¿Querrá usted creer, Margarita, que casi no sé hablar de nada? -exclamó Manuel en un arrebatado de sinceridad, muy característico en él-. Cuando estoy solo me parece que conozco la vida, que sé muchas cosas, que puedo medirme con otros jóvenes de mi edad y aun aventajarlos; pero en presencia de usted, tan ingeniosa conservadora, siento que las palabras no llegan a tiempo a mis labios, que flaquea mi memoria, y mis talentos, si es que alguna vez los tuve, huyen de mí, quedándome en situación de abandono.

– La modestia es una buena cualidad de las personas -afirmó Margarita en tono que parecía ser moralizante-; pero exagerarla es cometer un grave error, porque entonces el individuo se cambia de modesto en pequeño, y de la pequeñez a la insignificancia media tan sólo un paso. Vuelvo a repetirle, aunque sufra su modestia, que por joven, por simpático, por buen mozo y porque su talento tiene derecho a todo, usted puede apetecer y ambicionar cuanto se le antoje, y que para conseguirlo no tendrá necesidad más que... de un poco de audacia.

Notando Margarita que Manuel, con los ojos bajos, sentía vergüenza de haberse ruborizado, al comprender, sin duda alguna, la intención de sus últimas palabras, quiso, aunque le agradaba grandemente aquel rubor, darle nuevamente valor para continuar la conversación con la cual ella tanto gozaba, así que, como si recordara algo lejano, le tendió una especie de puente para que pudiera salir airoso del pequeño atolladero en que se hallaba.

– Ahora que recuerdo, Manuel. El día feliz de nuestro primer encuentro usted me habló con vehemencia y galanura de lo que pensaba hacer en Madrid. No quiso usted explicarme en aquel momento cuáles iban a ser sus estudios y sus trabajos, porque, según dijo, no lo consideraba oportuno; pero ¿pero no lo considera oportuno todavía hoy? ¿No merece su amiga Margarita la merced de esa confianza que será motivo para que la amiga conozca un poco el alma de su amigo? ¿No cree usted que ese conocimiento podría serme no sólo grato, sino beneficioso para usted, porque, aunque careciendo yo de experiencia en ciertas cuestiones, podría, en algún caso, aconsejarle?

Iba a contestar Manuel, cuando aparecieron doña Eloísa y una sirvienta portadoras de cuanto Margarita había pedido, y ésta, después de invitar a su vieja amiga a que se sentara, indicó a Manuel:

– Después me contestará. Ahora vamos a hacer honor a estos pastelitos y a este soberbio y magnífico vino Málaga... Vamos... ¡sírvase! ¿O le sirvo yo? -y le sirvió dos pasteles en su plato.

– Con uno solo basta, señorita.

– No, si nos corresponden cuatro a cada uno, y por consiguiente, cuatro copitas de vino, una por pastel -dijo Margarita riendo-. Y tú, Eloísa, ¿no te sirves? ¿Quieres, como Manuel, que sea yo la distribuidora de golosinas?... Lo que siento, amigos míos, es no poder servirles la felicidad como les sirvo estos pasteles y estas copas de vino del cielo -terminó, dándole a la frase la entonación de un suspiro que se le escapara del alma.

– ¿No es usted feliz? -se atrevió a preguntar Manuel.

Margarita, que se había llevado un pastel a la boca, se quedó en suspenso con él en los labios, pero sin morderlo, y mirándole más fijamente y más significativamente que lo había mirado hasta entonces, suspiró contestando:

– Dejemos quietos a los diablillos, bueno y candoroso amigo, y bebamos y brindemos por nuestra alegría.

En el comedor reinó por un momento un silencio completo, absoluto, aunque en los cerebros se libraban batallas de pensamientos y en los corazones de sentimientos y deseos.

Margarita estaba hermosa, magnífica, deslumbrante. Sus ojos despedían nueva luz, aureolándolos la alegría y el deseo; en sus mejillas se cuajaba el fuego interior de su cuerpo; su boca ofrecía venturas; sus manos, aquellas manos gráciles y habladoras, prometían caricias. ¡Qué no hubiera dado Margarita en aquellos momentos para que Manuel se hubiera inclinado ante ella pronunciando a su oído la palabra amor!

Pensó levantar su copa en alto, chocarla con la de Manuel y pronunciar muy fuerte su brindis: "¡A la salud de los mártires del amor!"; pero se contuvo limitándose a levantar la copa, y, aproximándola a la de Manuel e invitando a Eloísa a hacer lo propio, decir: "¡Salud!"

– ¡Salud! -contestaron a un mismo tiempo Manuel y doña Eloísa.

– ¿A qué hora volverá usted mañana? -preguntó Margarita como pretexto para iniciar nueva conversación y lograr arrancar al joven de su mutismo y su abatimiento.

– No sé a qué hora volverá el tren.

– Hay trenes hasta las diez de la noche -aseguró ella.

– Pues quizá vuelva en éste.

– ¡Qué lástima que esté usted solo por ahí todo el día!

Después de haberlo dicho, habría querido tragarse la frase para que nadie la hubiera oído, porque la pronunció impregnándola de un sentimiento desconocido hasta por ella misma, asustada, después, de haber escuchado aquel timbre de su propia voz; pero ya estaba dicha. No obstante, con la celeridad propia de los ingenios vivos y para deshacer lo dicho o, por lo menos, amenguar sus efectos, no dando lugar a que Manuel pudiera insistir en su invitación, agregó con un desenfado del que ella misma se asustó:

– Yo iré mañana a Guadarrama con unas amigas, comeremos allí y bajaremos a Madrid a la tardecita. Nuestro viaje promete ser más divertido que el suyo.

No había tal viaje a Guadarrama. No había en ella otro deseo en aquel momento que el de excitar a Manuel a la conversación para tener la satisfacción de contemplarlo alegre, sintiéndose, como todas las mujeres en sus grandes momentos de noble y desinteresada dicha, más madre que mujer, ya que el complejísimo sentimiento maternal abarca vastísimos campos del afecto.

– Me alegraré muchísimo que pase un día feliz -dijo Manuel.

– Nosotras vamos a reír, a disfrutar, a bañarnos de sol y de alegría; usted va a estudiar, a hundirse en los siglos pasados, a contemplar la real miseria y la ficticia grandeza de aquel terrible misántropo que fue el no menos terrible Felipe II.

– Ha formulado usted un juicio sobre Felipe II, que es lapidario -exclamó Manuel.

– No lo sé -dijo Margarita-. Lo que si sé es que cada vez que me asomo al monasterio se renueva en mí al ansia de vivir, quizá como protesta contra aquel arte mortuorio y aquella vida en conserva que huele a cementerio.

– Me interesa grandemente ese juicio tan claro, sobre todo en vísperas de visitarlo -dijo, más que Manuel, el muchacho erudito que en él había.

Y como si Margarita no lo hubiera escuchado, agregó:

– Visítelo por la mañana, se lo ruego, y, por la tarde, corra por los campos, aspire el perfume de tomillos y espliegos y vístase la túnica de la alegría para que no traiga a Madrid el polvo de la muerte.

– Así lo haré.

– Y le irá muy bien -dijo Margarita alegre de ver a Manuel que reanimaba adquiriendo su cara nueva alegría. En seguida continuó-: La primera vez que fui a visitarlo, quise hacer como las personas doctas, leer y releer infolios que me hablaban de la situación política y religiosa de España, del imperio español de América, de riquezas, de grandezas y de tesoros artísticos; pero cuando salí de allí me pareció que me había escapado de una tumba, y comparando a España con mi persona, sentí la enorme alegría de que España sea como es, cantora y poeta, y la tristeza de que hubiera sido como fue, triste y tirana, y corrí por las sierras para sentir en mi pecho la alegría de vivir en libertad, considerando que aquella vida mía, joven, hermosa y libre, era el mayor tesoro que teníamos España y yo.

– Muy bien, Margarita, muy bien, aunque haya aventado de un papirotazo un trozo de la historia de España -aplaudía Manuel, maravillado de oír hablar así a Margarita.

– No entiendo de historia, amigo Manuel; yo sólo entiendo la vida, o mejor, mi vida, creyendo que esta vida presente es mejor que todas las pasadas. No digo que no se visite el célebre monasterio, en cuyas gigantescas parrillas crepita todavía el torturado cuerpo de San Lorenzo; pero visítese no para admirar la vida desaparecida que él representa, sino para despreciarla, amando, en cambio, la vida viva que hoy vivimos.

– Tenga la seguridad de que con ese optimismo y esa alegría de vida que usted me ha comunicado he de hacer mañana mi visita -exclamó él jubiloso y reanimado.

– Y vuelvo a repetirle que le irá muy bien. Será como un sedante que obrará sobre usted, si por casualidad se viera atacado de hipérbolo al dejarse envolver en las muertas grandezas que

presidieron la construcción de aquel enorme sepulcro... Pero bebamos otra copita y cuénteme su vida, que tanto empieza a interesarme.

Margarita apuró su copa, haciendo igual doña Eloísa y Manuel.

– ¿Pero por qué continúan aquí tanto tiempo?; ¿por qué no salen a pasear un rato, enseñándole a Manuel lo que no conozca de Madrid, o sentados cómodamente en mi habitación, entretenerse en contemplar un trozo de calle mientras conversan? -preguntó doña Eloísa-. Yo voy a dar vueltas por esta enorme casa y a vigilar la cocina.

– Tú vete a tus quehaceres, señora ama, que nosotros quedaremos aquí hasta que Manuel me diga que está cansado, y si él no se cansara o no se atreviera a decírmelo por haber ofrecido dedicarme la tarde completa -y al decir esto recalaba las palabras mirando al joven-, enlazaremos, con esta larga sobremesa, la comida y la cena... ¿Qué opina usted, Manuel?

– Que no ha podido expresar mejor mis deseos, pues cuando vine a ofrecer mi compañía fue para que se dispusiera de ella y de mi persona con entera libertad -contestó Manuel.

– ¿Ves? Los dos estamos aquí cómodos y contentos.

– ¡Bueno!, pues hasta luego -dijo doña Eloísa iniciando su retirada.

– ¡Oye, Eloísa! -llamó Margarita cuando aquella se hallaba en el umbral-. No te olvides de nosotros. Cuando lo creas necesario, obséquianos con algo, especialmente a Manuel, que es quien debe hacer ahora el principal gasto de conversación.

– No me olvidaré -aseguró doña Eloísa retirándose a cumplir sus obligaciones de ama de casa.

– ¡Adiós! -dijo Margarita riéndose.

Salió doña Eloísa y los dos jóvenes quedaron solos, reinando el silencio más completo en el coquetón comedor.

CAPÍTULO VI

Pero no es posible que el silencio continúe por mucho tiempo cuando se hallan juntos dos seres que se desean, aunque uno de ellos se esfuerce por callar o matar el deseo. Así es que Margarita que, después de la salida de doña Eloísa, había hilvanado sus pensamientos para planear mejor el ataque, preguntó fijando en el joven sus ojos claros a los que asomaba el apetito.

– ¿Está usted satisfecho de que haya aceptado de esta manera su ofrecimiento?

– Contentísimo -aseguró Manuel.

Y Margarita, que viendo a Manuel jugar con la copa, sentía vehementes deseos de cogerle las manos, atraerlo hacia sí y morder sus labios como fruta fresca y apetitosa, hizo un esfuerzo por contenerse, por sofrenar sus ímpetus.

Cuando pudo reflexionar, se refrescó su alma y su rostro adquirió la expresión serena que la hacía tan encantadora, dijo:

– Soy toda oídos, ábrame su alma para que disipe algunas dudas que abrigo con respecto a usted -y al decir esto se rió significativamente.

– ¿Tanto le interesa a usted conocer mi vida sencilla y campesina? -preguntó Manuel dando a sus palabras el tono quejumbroso del enamorado que se siente halagado porque la bella mujer que ama se interesa por él.

– Conocer la vida de un amigo es siempre interesante y, además, provechoso, tanto para que los vínculos de amistad puedan estrecharse, como para defenderle, si hubiera necesidad, de algún ataque injusto. ¿Ve usted como yo también sé darle a la amistad el justo valor que debe tener en la vida de las personas?

– Usted sabe de todo, encantadora amiga. Usted hace bellas las cosas más insignificantes; usted, con las palabras, borda sus pensamientos, haciéndolos sutiles y alados; usted...

– No, no, Manuel -le interrumpió Margarita-. Olvide todo romanticismo para que no vuelva a aparecer el diablillo negro. No vea en mí una mujer encantadora, como usted me llama, sino una amiga, nada más que una amiga a la que usted le va a explicar por qué ha venido a Madrid, no a estudiar, es decir, no a cursar una carrera, no a adquirir un título, como usted dijo, sino a cosas que considero importantes y originales. Un joven de su posición, ordenado, correcto y trabajador, no ha venido a Madrid a perder el tiempo, teniendo como tiene, según propia declaración, un padre previsor. Entonces... ¿a qué ha venido ese joven?... ¿A olvidar amores?... ¿a conocer al mundo para volver, con el conocimiento adquirido, a enterrarse nuevamente en la aldea?... ¿a estudiar las diferentes maneras de vivir, para luego, en el terruño, poner en práctica los mejores sistemas de cultivo?... ¿a hacer un parangón entre la filosofía aprendida y la que es necesaria para saber vivir?... Ya ve, amigo Manuel, que abro ante usted un vasto campo para que pueda correr por él.

– Es verdad -afirmó Manuel sonriendo-; tan vasto que no podrán recorrerlo mis piernas débiles ni mi flaco cerebro.

– Usted es fuerte físicamente y me ha dado muestras de serlo intelectualmente, aunque le falte lo que a mí me sobra: audacia para hablar de las cosas que ignoro -dijo Margarita, que se esforzaba por estimular a las confesiones, para beber a sorbos las esencias de aquella alma.

– No me falta audacia, Margarita...

– No lo tome -interrumpió ella- en el sentido de timidez. Quiero decir que usted sólo habla de lo que sabe, de lo que anhela y de lo que siente, y que yo soy capaz de hablar de todo, hasta de que desconozco en absoluto.

– Usted posee un don maravilloso que a mí me falta: el de la conversación.

– Ese don, como usted lo llama, nadie lo da: se adquiere. Empiece a practicarlo y, hablando, aprenderá a narrar, al mismo tiempo que a pensar y a inventar... ¿Le pregunto y con ello facilitaré su respuesta? -dijo Margarita riéndose con una risa fresca y sana, porque fresca y sana era y se sentía ella en aquellos momentos.

– Pregunte usted.

– Pues prepárese. ¿Ha viajado usted? -Y al preguntar hizo Margarita un gracioso mohín.

– Conozco Levante, desde Cataluña a Almería -contestó él con el tonillo de quien se estuviera examinando.

– ¿Y se ha viajado solo o acompañado?

– De las dos maneras: unas veces con mi padre, otras con mi preceptor y algunas yo solo.

– ¿Ve usted como ya voy viendo claro? -dijo Margarita, tras una corta pausa, durante la cual se quedó pensativa-. Su padre no ha querido enviarle a centros docentes, donde muchas veces no se aprenden cosas edificantes, y ha preferido educarle en casa, a su lado, bajo su vigilancia, para lo cual le colocó bajo la tutela de un preceptor o sea un educador de la conciencia. ¿No es eso?

– Así ha sido, en verdad -aseguró Manuel.

– ¡Qué lástima que a mí no me hubieran puesto bajo la dirección espiritual de un preceptor! -exclamó Margarita en un raptó de sinceridad y de dolor moral.

– Mi padre quiso hacer de su único hijo un hombre moral -contestó diciendo Manuel, ya con dominio de sí-, para lo cual quiso evitar lo que él llama promiscuidad, tanto en los centros de enseñanza como en los pupilajes o casas de pensión donde se almacenan, es su propia palabra, los estudiantes. Para ello, desde edad temprana me rodeó de maestros que me instruyeron en ciertas disciplinas del saber y, más tarde, tenía yo diez años, llegó a casa un preceptor que, por ser tan amable como sabio, parecía escapado de la vieja Atenas. Todavía, para mi regocijo, recibo sus sabios consejos, porque todavía continúa en casa, al lado de mi padre y al lado mío, pues aunque ausente, sigue siendo mi maestro, no mi profesor, porque no estoy siguiendo ninguna profesión.

– ¿Ve usted como todo esto es interesantísimo para mí?... ¿Y ve usted como sí posee dotes de narrador? ¡Siga..., siga, que me interesa grandemente! -decía Margarita, esforzándose en inspirar confianza a Manuel.

– Mi padre -continuó Manuel después de mirar y sonreír a Margarita- fue un estudiante impenitente que recorrió todas las Universidades de España, licenciándose en derecho a los treinta años, con lo cual aventajó a mi abuelo que alcanzó su licenciatura a los veinticinco. Ni uno ni otro ejercieron jamás su profesión, sirviéndoles únicamente para ser jueces municipales en el pueblo y dedicar sus días al cultivo de sus tierras. ¿Para qué, pensaba mi padre, enviarme a mí en peregrinación de aprendizaje por toda España? ¿Para adquirir un título que de nada me serviría y tener una profesión que no ejercería, mientras que mi cabeza permanecería horra de ideas, mi corazón libre de sentimientos y mi vida habría quedado sembrada a lo largo del camino, dejando pedazos de ella en tabernas y mancebías? Pensando así, me retuvo a su lado, y mi casa se transformó en Academia, donde se me enseñaron, con ciertos conocimientos, las virtudes que él creía necesarias para una vida ulterior de sano regocijo y de serena armonía. A la biblioteca de mi padre se agregó la de mi abuelo y, convertidas en una, ésta se agrandó con todo cuanto de bueno y noble dieron a luz las prensas de España. No se olvidó tampoco el trabajo honesto que fortifica los pulmones, templó los músculos, acera la voluntad, torna el cuerpo débil en fuerte y produce alegría y sueño reparador, y en los días calurosos del verano ayudé a los mozos a recolectar los trigos y en los fríos del invierno empuñé la esteva para resolver la entraña de la tierra. Por eso le dije que sabía trazar un surco recto con el arado. -Y cambiando de tono, agregó-: Satisfaciendo su deseo, señorita Margarita, con las menos palabras posibles le he contado mi breve historia.

– No vuelva a llamarme señorita Margarita -dijo amenazándole con su precioso dedo índice-; llámame amiga Margarita o solamente Margarita, tal y como yo he dejado de llamarle señor Manuel y le llamo Manuel o amigo Manuel.

– Así lo haré, que su deseo es orden y cumplir sus órdenes es un verdadero placer para mí -afirmó Manuel, ya más contento y resuelto al comprobar el interés de Margarita y la alegría que se reflejaba en su rostro.

– Ahora ya encuentro la explicación cabal y me doy cuenta de por qué ni su padre ni usted apetecen el título universitario -dijo como si sólo en aquel momento se hubiera dado cuenta de los propósitos del joven.

– Mi padre dice -continuó él- que aunque doctor viene de docto, es preferible ser docto a doctor, pues doctor puede ser solamente título y docto significa conocimiento. Por eso me repetía con frecuencia aquella letrilla de Iglesias en que el autor se ríe de los doctores petulantes y vacíos. ¿La conoce?

– No -contestó Margarita.

Y Manuel recitó lo siguiente:

“¿Ven aquel señor graduado,
roja borla, blanco guante,
que **nemine discrepante**
fue en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
cátedra, renta y dinero,
es un gran majadero”.

– ¡Magnífico! -exclamó Margarita riéndose como una colegiala-. ¡Qué bien expresada la vanidad del pavo real de ciertos doctores! Pero continúe, continúe, que le escucho con regocijo.

– Un día que hablábamos de profesiones, sosteniendo mi padre que únicamente los sabios elevan su profesión a sacerdocio, mientras los necios, aunque sean doctores, le rebajan a vil oficio, mi preceptor puso en mis manos una obra genial, “Esbozo de una moral sin obligación ni sanción” del pensador José M. Guyau, y en ella aprendí que la mejor y más digna profesión que el individuo humano puede ejercer sobre la tierra es la de Hombre. Desde que leí aquella obra magnífica, a esa profesión aspiro y para alcanzarla trabajo y estudio.

– ¡Para doctorarse, como Hombre, en la Universidad de la Vida? -preguntó Margarita, cuyos ojos despedían un brillo extraordinario.

– Eso es. Justamente esa es la idea y la intención -afirmó Manuel.

– ¿Y puedo preguntarle, continuando la serie de las que usted me ha autorizado que le haga, a qué ha venido a Madrid? -Y ahora sí que en sus palabras se traslucía el ansia de entrar en la vida del joven.

– Esa es la segunda parte de mi breve historia, porque es la recompensa o premio que mi señor padre me ha otorgado. ¿Quiere conocerla también? -y el tono era el de un muchacho alegre que dice lo que sabe.

– Si no me contara su historia completa, quedaría incompleto mi conocimiento de usted, pues la primera parte me habla solamente de un muchacho lejano, cuyo padre se preocupó de darle

una esmerada educación, y la segunda debe tratar del que ya conozco, habiendo tenido la suerte de que sea mi amigo.

Manuel sonrió a Margarita con una sonrisa llena de candor que reflejaba una alegría infantil desprovista de todo orgullo, y continuó:

– Hace unos meses paseábamos mi padre, mi preceptor y yo bajo las arboledas que bordeaban el pequeño río que alegra mi pueblo y alegró mi niñez, cuando mi padre me preguntó: “¿Querrías ir a Madrid?” Y como yo le preguntara, a mi vez, qué podría hacer en la capital de las Españas, cuando tan a gusto me hallaba entre ellos, me habló en los siguientes términos: “Creo que, a pesar de tu juventud, has aprovechado las enseñanzas de tus maestros, las de tu preceptor y las mías. En este aspecto esto muy contento de ti. Eres mi único hijo. Todo cuanto tengo será un día tuyo, ya que es la ley de la vida que los hijos hereden a los padres. Entre darte después de mi muerte lo que te pertenece o hacerte un adelanto en la vida, opto por esto. Desde hoy dispones de un capital exactamente igual al que yo derroché inútilmente. Como es tuyo, puedes hacer de él lo que te plazca. Pero me agradecería, antes de ponerlo en tus manos, darte algunos consejos, por si pudieran servirte en tu vida futura. Desearía que recorrieras España para que conocieras y aprendieras a amar a tu pueblo, y que después viajaras por el mundo para que tus ideas de español se agrandaran, adquiriendo los conceptos de humanidad y universalidad que todavía desconoces. En Madrid te asomará a la Universidad, donde si hay doctores indoctos, existen los doctores sabios; visitarás los Museos para que te pongas en contacto y comunión con el pensamiento universal del arte; asistirás a los teatros y a los conciertos, y cuando lo creas oportuno, empezarás a viajar para relacionarte con la diferente vida de los diferentes pueblos. Después..., después harás lo que quieras, pues si transcurrido un año te mantuvieras en la pureza en que te mantuviste hasta hoy, ya no tendré nada que decirte ni nada que enseñarte. Cuando quieras; cuando estés cansado; cuando la vida, los hombres o las mujeres te hagan llorar inconsolablemente, vuelve a mí, que tu padre sabrá perdonarte todos los yerros que cometieras, si es que tu juventud e inexperiencia cayeran en ellos, y sabrá apoyarte para que tu vida vuelva a su cauce natural. Creo, tengo absoluta confianza en ti, que te mantendrás a la altura que yo deseo. Cuando flaquees, acuérdate de mí; acuérdate también de tu preceptor que continuará viviendo conmigo hasta que él se canse, y quizá nuestro recuerdo te salve de caer en el error o en el vicio, que es otro error. Confía en los hombres y en las mujeres, pero desconfía, a la vez, de todos. Tú no sabes todavía el timbre que tiene la mentira; pero sabes el timbre que tiene la voz del amor. Distingue entre uno y otro sonido, y sabe para siempre que, aun melosa y dulce, no hay labios que pronuncien una palabra bella si el que la dice no ha levantado altar a la belleza en su corazón”. -Y terminó, diciendo-: Esto, más hermosamente expresado, porque era más noblemente sentido, me dijo mi padre y... aquí estoy... ¿Sabe ya mi amiga Margarita por qué estoy en Madrid?

Manuel se ha fijado en los ojos de Margarita y los vio empañados por la emoción mientras ella guardaba silencio para que su voz no la delatara.

El silencio se prolongó por breves segundos. Y levantándose Margarita tendió la mano a Manuel al propio tiempo que le decía estas breves palabras:

– Gracias, Manuel. Ahora, separémonos. Voy a recogerme en mi casa para gustar en la soledad el sabor agridulce que sus palabras han dejado en mi corazón. ¡Hasta mañana!

Manuel retuvo en sus manos la de Margarita e inició un movimiento de beso que a ella le llenó el alma de alegría; pero la abandono lentamente sin pronunciar palabra, quizá por temor. Margarita pensó en el diablillo negro que había acompañado a los dos toda la tarde, y sintió una angustia jamás experimentada como si a su garganta quisieran subir los sollozos y a sus ojos las lágrimas.

– ¿No podrá ser mío este niño hermoso? -se preguntaba, con tristeza, a sí misma, mientras se retiraba a sus habitaciones.

CAPÍTULO VII

Manuel se dirigió a su cuarto pensando en Margarita, en aquella mujer angelical que, conociéndole tan corto tiempo, le dedicaba horas enteras.

¿Quién que no fuera ella -pensaba- dedicaría su tiempo a entretener a un niño, permitiéndole contarle sus cuentos de aldea y poniendo en esas pobres narraciones su atención y su interés?

Manuel, que dignificaba y santificaba todo cuanto estaba a su alrededor, veía a Margarita tan bella que, aun invitándole a la declaración, no se atrevió a pronunciar la palabra que ella deseaba arrancarle.

No, él no la merecía. Tenía que hacer los merecimientos necesarios para poder presentarse ante ella con la aureola de un vencedor. ¿Quién era él? Un pobre muchacho campesino que no tenía en su haber nada de valor que lo elevara a sus propios ojos. ¿Y quién era ella? Lo ignoraba, es cierto; pero por sus dotes, su gracia, su ingenio, su elegancia y su belleza, merecía dignidades que él no podría ofrecerle jamás.

No; él era hijo del campo y al campo volvería. Con el recuerdo de un primer amor bello y casto, pero no podría ofrecer a aquella belleza el marco inadecuado de la reseca tierra castellana.

Por otra parte, ¿podría estar seguro de que si le hubiera declarado su amor, lo hubiera aceptado? No, tenía la seguridad que no. Era buena, lo decía claramente su emoción al despedirse de él; pero con seguridad que lo que ella se propuso durante la larga conversación sostenida, fue sólo una distracción al ver la torpeza y la falta de ingenio con que él contestaba a sus preguntas.

¡Qué falta de tacto, qué torpeza, qué carencia de agilidad mental! -se reprochaba-. Y, en cambio, ¡qué finura la de ella, qué exquisitez, qué elegancia, llevando la conversación por donde quería mientras que él apenas podía acompañarla en aquel torneo de ingenio y de gracia! Debería alejarse, debería huir empezando a viajar antes de lo que se había propuesto, y con él iría el recuerdo puro de un amor puro, del amor que él había idealizado en las horas locas de alegría y de éxtasis, cuando su carne moza pedía la unión con la carne moza, y sus risas buscaban los ojos que lo vieran reír, y su oído percibía el lejano murmullo de palabras femeninas que pronunciaba su ilusión.

No asistiría a la cena. Saldría, errante, por las calles de Madrid a pensar en sí mismo, en su vida, en su ideal Margarita, en su padre y en su preceptor. ¿Por qué no volverse al pueblo? ¿Qué hacía él en Madrid? ¿Qué haría rodando por el mundo? ¿No iría, al fin ya al cabo, a terminar su vida entre los gañanes, a los que consideraba sus amigos, debiendo transcurrir sus días entre los olivares, los trigos y las viñas? ¿Para qué seguir adelante? ¿El Escorial? -pensó recordando de nuevo a Margarita-. ¿Qué le podía decir El Escorial que no le hubiera dicho ella, que era la vida gozosa e inalcanzable? ¿Para qué ir a visitar aquella tumba, como ella la llamaba, si lo que apetecía eran sorbos de vida? No le interesaba nada, sin ella. Si emprendía su viaje, pensaría en aquel viaje delicioso y alegre que ella había trazado. “Salir al amanecer,

esperar la salida del sol en el camino, y cuando el sol bañara la tierra, andar un kilómetro o dos”. ¡Qué felicidad ir del brazo de ella por un camino que sólo el sol besara, besándolos a ellos! No, decididamente no iría. Allí, aunque fuera encerrado en su cuarto, estaba cerca de Margarita, vería su puerta, el balcón donde se habían hablado, la escalera por donde subía y, aunque no fuera a él, el saloncito donde ella comía.

Notó que necesitaba aire y abrió el balcón, escondiéndose, temeroso, al ver luz en el de Margarita. ¡Allí estaba! ¡Allí, tan cerca, estaba aquella mujer adorable! ¿Pensaría en él? Con seguridad, no, ¡Cuántos hombres la habrían requerido de amores! Y, sin querer, sintió celos de los hombres, del aire, de todo cuanto, no siendo él, pudiera rodear a Margarita. ¡Nunca podrían imaginarse aquel padre puritano y virtuoso y aquel sabio preceptor los tormentos y dolores que sufriría el pobre Manuel por haberlo criado en una vida de ascetismo y timidez!

Margarita también pensaba en Manuel. Había experimentado cierta vergüenza de que él la sorprendiera emocionada, porque, aun siendo agudísima en sus percepciones, no había podido llegar a comprender que lo único que podría, aproximarla a aquel niño sensitivo y delicado era el sentimiento, y de ahí que terminara la conversación tan rápida como impremeditadamente. En donde su habilidad y su astucia se estrellaron, hubiera triunfado una lágrima que Manuel no hubiera podido ver sin conmoverse obligándole a pronunciar palabras de consuelo, que hubieran sido, al fin, las palabras de amor que ella esperaba.

Que no era insensible, lo probaba el sentimiento de ternura que había nacido en ella escuchando el breve relato; pero aun no siendo insensible, el adquirido hábito de ordenar y ser siempre obedecida había tomado en ella una segunda naturaleza, en la que la primera, la buena y natural, había quedado envuelta y prisionera. De ahí su actual lucha entre sus dos temperamentos, el positivo, el real, el que se conservaba virgen en el fondo de su carácter y el adquirido por educación y por necesidades de su vida de niña mimada y ociosa, que era el que más se mostraba en la superficie.

Sentía cierta alegría de haberse enternecido, porque el enternecimiento experimentado le había proporcionado un agradable sabor de bienestar; pero, apenas gustado, había pasado a su subconsciente, ya que ni ella misma se atrevía a darle estado de conciencia, pues su conciencia -si así puede llamarse el arrebató que nace del irreprimido deseo- le ordenaba tomar, coger lo que se le escapaba, cazar la presa de cualquier modo y manera, puesto que no había caído en las redes que le había tendido.

Una idea, que creyó luminosa, inundó su cara de alegría lúbrica: iría a El Escorial. El saldría por la mañana, en tren; ella saldría después de comer, en automóvil. Como en el pueblecito no es posible que permanezcan dos personas extrañas a él sin verse en seguida, vigilaría el pueblo, iría al hotel, preguntaría al portero del monasterio si entre los visitantes se encontraba don Manuel Peñaranda, ya que en la Intendencia es necesario dar el nombre para extender la tarjeta de visita. Si estaba adentro, le esperaría, pretextando cualquier cosa para justificar el encuentro; si no estaba y había subido a la sierra para contemplar el monasterio desde la Silla de Felipe II, vigilaría los caminos y, en último caso, le sorprendería en la estación. Mejor sería esto último, pensaba, para que el ardid fuera tomado por realidad casual. Y ya se imaginaba la sorpresa y alegría de Manuel, quien no podía eludir hacer el viaje en su compañía, en automóvil y de noche. Ordenaría al chofer que volviera despacio, muy despacio, para que los cincuenta kilómetros de carretera se transformaran en cincuenta leguas de aventura, prometiéndose que durante el trayecto lograría de Manuel no una declaración de amor, sino una rendición apasionada o incondicional.

¡Qué vértigo, qué locura, qué lascivas ilusiones iban y venían por aquella cabecita hermosa que sólo vivía para el placer! Obsesionada por sus deseos, abrasada por sus ilusiones, no vivía la vida, sino que la devoraba, y su lúcido ingenio se ofuscaba y oscurecía entre locos disparates.

Desde el momento en que trazó su plan, ya no vivía sino para realizarlo, y durante toda la noche, hasta altas horas de la madrugada en que se quedó dormida de cansancio, puso y quitó, corrigió y aumentó el proyecto, terminando siempre por recrearse en el viaje de ilusión que de El Escorial a Madrid pensaba hacer en compañía de Manuel.

CAPÍTULO VIII

Apenas se levantó Manuel, buscó a doña Eloísa para pedirle perdón por no haber asistido a la cena, y como ella le invitara a tomar juntos el desayuno, pasaron ambos al comedor.

– Le ruego me disculpe ante Margarita por haber faltado anoche. No me encontraba bien y preferí acostarme -dijo Manuel.

La amiga calló la deserción de Margarita y le preguntó:

– ¿No iba usted a El Escorial?

– Había pensado ir, pero lo dejo para mejor ocasión. Tomando los consejos de Margarita, haré el viaje cuando me halle en mejor disposición de ánimo, quiero decir cuando esté más alegre.

– ¿Está usted triste? -preguntó doña Eloísa.

– Ni triste ni alegre, pero siento una depresión extraña que me inclina más a la tristeza que a la alegría -dijo él en tono que realmente era triste, aunque trató de vestirlo con una sonrisa.

– ¡Tan contento que estaba usted ayer! -exclamó doña Eloísa.

– Pues de ayer arranca esta depresión. Es que así como “después de la tempestad viene la calma”, también después de la calma viene algunas veces la tempestad -dijo Manuel sentenciosamente.

– ¿Se enojó usted con Margarita? Cuando vine a servirles unas copitas no encontré a ninguno de los dos. -Pregunta con la que pretendió conocer el pensamiento del joven.

– No, señora; yo no puedo enojarme con Margarita: primero, porque es muy buena; segundo, porque antes me enojaría conmigo mismo. Nunca me perdonaría, si alguna vez, por ofuscamiento o tontería, cometiera alguna incorrección con la señorita Margarita.

– ¿Y qué va a hacer hoy, ya que no va a visitar El Escorial? Su primer domingo en Madrid, ¿a qué lo va a dedicar? -preguntó doña Eloísa.

– No sé. Todavía no lo sé. Ahora saldré por ahí a pasear sin rumbo; por la tarde iré al teatro -contestó él con palabra indecisa.

– Aquí, en El Español echan **Yerma**, de García Lorca. Todo el mundo dice que es una obra hermosa.

– Lo será, no lo dudo. -Y apareció en Manuel el muchacho delicado y, a la vez, atrevido y culto-. Pero a mí no me interesa lo yermo, sino lo fecundo. Todo lo yermo es desolado y triste, y el mundo necesita ejemplos de belleza fecunda que le estimulen a vivir en sana alegría. Yo creo que quien en el teatro aplaude la tristeza, que es lo infecundo, es un decadente que está más cerca de la muerte que de la vida.

– Hay otros teatros de género alegre -dijo la noble mujer.

– Tampoco iré, doña Eloísa. Lo que el vulgo llama alegre es lo groseramente obsceno, y esto es peor que la tristeza, pues si lo yermo es caricatura de la muerte, ese género alegre estimula al desenfreno animal. Ayer vi que en La Comedia representan una obra de Benavente que, leída, es hermosísima, **El mal que nos hacen**. Iré a La Comedia esta tarde. ¿Desea acompañarme? -preguntó él cándidamente.

– Invite a Margarita. Yo no salgo; apenas puedo salir a lo más necesario.

– Margarita -afirmó Manuel con tristeza- no quiere salir conmigo, no sé si por vergüenza o por otra causa.

– No diga eso. Margarita le aprecia; me lo ha dicho varias veces.

– Usted vio como no quiso salir ayer conmigo ni aceptar ninguna clase de invitación. -Y su queja tenía un fuerte dejo infantil.

– Preferiría estarse conversando aquí con usted.

– Así dijo.

– ¿Ve usted? No hay que ser mal pensado.

Como terminaran el desayuno, Manuel se despidió diciendo:

– Traeré unos pasteles para después de la comida.

– No, Manuel -protestó doña Eloísa.

– Sí, si -dijo él interrumpiéndola y riéndose. Y ya en el umbral, agregó-: y una botella de Málaga, que parece ser el vino preferido por Margarita... ¡Hasta luego!

Estaría todavía Manuel en su habitación, cuando llegó Margarita.

– Llama a la señora -dijo a la sirvienta que se presentó a ofrecerle el desayuno.

Cuando doña Eloísa estuvo en su presencia, y después de saludarla, le preguntó:

– ¿A qué hora podemos comer hoy?

– Cuando tú quieras.

– ¿A la una?

– Si tú quieres...; pero me parece muy temprano.

– Tengo que salir fuera.

– ¿Fuera de Madrid?

– Sí.

– ¿Puedo saber dónde? -preguntó doña Eloísa que se imaginó en seguida que Margarita deseaba ir tras Manuel.

– Sí. Voy a El Escorial. Que avisen un coche para las dos.

Como doña Eloísa no pudiera contener la risa, porque no había errado en lo que se había imaginado, Margarita le preguntó un tanto molesta:

– ¿De qué te ríes?

– Del viaje a El Escorial.

– No es para reírse. Tengo ganas de pasear.

– Sí es para reírse, mujer, porque a quien tú vas a buscar allí, está aquí.

– ¿No se ha ido Manuel? -Y en su pregunta se adivinaba el arrebato, el ansia, el anhelo.

– No se ha ido -dijo doña Eloísa-. Acaba de decirme que ha pasado mala noche por no sé qué tristeza con que tú le obsequiaste ayer -esto es de mi invención-, y ha decidido postergar el viaje para ir, siguiendo tus consejos, cuando esté alegre. Ha salido a pasear, volverá a la hora de comer, traerá pasteles y vino de Málaga, que, según él, es tu bebida preferida, y por la tarde irá a La Comedia a ver **El mal que nos hacen**, sin duda pensando en el que tú le has hecho... Y ahora, ¿vas a El Escorial? -preguntó con cierta socarronería doña Eloísa.

– ¿Para qué?

– ¿Y piensas comer a la una?

– No me molestes riéndote de mí.

– No quiero molestarte, aunque te moleste. Lo que no quiero es que cometas más locuras.

– ¿Irás a La Comedia? -preguntó Margarita, obsesionada con la idea de un encuentro “casual” con Manuel.

– Me ha invitado a mí, y como yo le dijera que no podía salir, que te invitara a ti...

– ¿Tú se los has propuesto? -interrumpió la joven.

– ... me ha contestado que no se atrevía, porque temía que no aceptarás.

– Todos mis pasos son pasos en falso con esta criatura -exclamó Margarita.

– Es un joven al que hay que conquistar de diferentes maneras a las que tú sabes emplear, eso es todo. No te das cuenta de que es un niño grande que prefiere el cariño familiar a las locuras y groserías de otros muchachos de su edad. Anteayer traía una Antología de poetas americanos, y si hubieras visto con qué entusiasmo me hablaba de su hallazgo y qué contento se puso cuando le permití que me leyera unas poesías... ¿Sabes lo que me propuso?

– ¿Qué? -preguntó Margarita.

– Que le permitiera acompañarme algunas tardes para ir las leyendo juntos.

– ¿Y aceptaste?

– ¡Claro que acepté! Le dije que le avisaré y pienso comunicarle que si mañana tiene la tarde libre, le espero en mi habitación, y mientras yo como, me leerá él.

– Como madre e hijo -dijo en tono irónico Margarita.

– No te rías: como madre e hijo. Yo no sé si él sentirá ternura filial cuando está a mi lado; pero te aseguro que yo siento por adelantado una gran ternura maternal hacia el niño-hombre que se complace en leer bellas poesías, tal y como se las leería, a buen seguro, a su propia madre.

– Te estás volviendo romántica, Eloísa -exclamó Margarita como reproche.

– Me estoy volviendo práctica. Trabajo yo más, y creo que mejor, por aproximarle a ti, que tú por aproximarte a él.

– ¿Y de qué manera trabajas tú?

– Yo trabajo para ver si puedo conseguir que sea tu marido, y tú trabajas para hacerlo tu amante, lo que creo no conseguirás nunca.

– ¿Nunca? -preguntó Margarita en tono de reto, cual si se sintiera ofendida.

– Al decir nunca -aclaró doña Eloísa-, quiero darte a entender que no podrás hacer de ese niño lo que harías con cualquier otro tarambana. Conseguirás, si te lo propones, hacerlo tu amante de un día, no puedo dudarlo; pero no lograrás la continuidad de su cariño, porque, por escrúpulos morales, se separaría de ti en seguida.

– Casi nunca me has hablado así. Veo que vas progresando en el aprendizaje de tu papel de madre -dijo Margarita en un tonillo sarcástico.

– Muchas veces te he hablado así, aunque tú no lo creas, y muchas también, aunque no lo hayas sabido, he evitado que cometieras una locura. Eran otras circunstancias, otras causas y otros motivos, y, por lo tanto, otras mis palabras; pero, en el fondo, todas fueron pronunciadas siempre con la sana intención de procurar tu bien -afirmó doña Eloísa de tal forma que en sus palabras se traslucía el cariño que profesaba a Margarita.

En un arrebato de ternura, muy frecuentes en Margarita, ésta abrazó y besó a su prima al mismo tiempo que le decía:

– No te pongas trágica, mujer. Ya sé que me quieres y que deseas y has deseado siempre mi bien.

– ¿Te molestarías si me atreviera a darte un consejo? -preguntó doña Eloísa tras breve pausa.

– Venga ese consejo.

– Hazte desear, no te entregues. Puesto que está cambiando el rumbo de tu vida, procura que el cambio sea completo. Empieza a obrar de otra manera. Sé mujer. El te desea, te quiere, se le ve en los ojos, se le nota en la voz y en todas sus acciones; pero te quiere como querría a una

hija de familia con la cual tuviera que guardar mil cortesías, esforzándose en no ofender su pudor ni con una palabra atrevida ni con una deshonesta intención. Y eso es lo que tú no has visto. Te será más fácil a ti ir por su camino, puesto que ahora lo conoces, que a él ir por el tuyo, porque siente repulsión hacia prácticas que considera libertinas... ¿Me has comprendido? -terminó preguntando doña Eloísa.

– Te he comprendido -afirmó Margarita con un tono de tristeza que brotaba de su alma.

– Pues ahora haz lo que quieras o lo que puedas, consultando, antes de obrar, a tu conciencia.

Guardaron silencio las dos mujeres. Una, doña Eloísa, experimentando la alegría de haber hablado a Margarita como lo había hecho; la otra, Margarita, pensando en que su amiga podría tener razón.

– ¿Vas a salir, que te veo vestida tan de mañana? -preguntó la primera.

– ¿Tan de mañana y deben ser ya las once? -contestó Margarita riendo, ya transformada con la conversación sostenida.

– Pero hace ya un largo rato que conversamos.

– Voy a salir, sí. Prepara un florero grande y hermoso, Eloísa, que te voy a enviar las más hermosas flores que encuentre en las florerías.

– Eso me demuestra que estás alegre.

– ¿Y por qué no estarlo?

Y Margarita salió, después de besar a doña Eloísa, con una preocupación y hasta con una ocupación, puesto que su cerebro iba ocupado con una idea: comprar flores para que el comedor estuviera tan alegre como ella.

Manuel, en cambio, ambulaba sin rumbo, paseando por las calles sin verlas, tropezando con las gentes sin mirarlas. Una idea fija bullía en su cerebro y una sola imagen veían sus ojos: Margarita, a la que, en su exaltación mística de la mujer y del amor, poetizaba y divinizaba hasta el punto de considerarla inaccesible.

CAPÍTULO IX

Nada hay que se refleje en la cara como la alegría y el dolor. El dolor opaca la vida, la amustia, expresando tristeza y abatimiento la cara del que lo siente, cual si todo en él fuera marchitándose; la alegría refresca, rejuvenece, reverdece, prestando luz a los ojos, sonrisas a los labios, agilidad al cuerpo que siente correr la alegría por todo él. Una viejecita en cuyos ojos brinca y retoza la alegría interior que sube a su pecho, despierta nuestra simpatía, nos atrae, nos comunica optimismo, nos torna alegres; un joven, cuyos ojos húmedos y tristes nos miran con la boca reseca y el cuerpo flácido, sólo nos mueve a conmisericordia, o, a lo sumo, despierta en nosotros la piedad.

Margarita, fresca y hermosa, más fresca y más hermosa que otros días a pesar de la noche de insomnio y delirio que había sufrido, caminaba sonriente y saltarina, con la agilidad de una corza, despertando la admiración de los hombres que la veían pasar a su lado. Ni uno, viejo o joven, dejaba de mirarla con encanto y embeleso; ni uno hurtaba sus ojos a aquel cuerpo joven y bello, escultural y magnífico; ni uno, después de haber pasado, era capaz de resistir a la tentación de volver la cabeza para contemplarla de nuevo. Algunos, osados, se le adelantaban, la esperaban para verla pasar de nuevo y de sus labios partía la frase cálida de admiración envuelta en un piropo; otros, al mirarla de frente, iniciaban un alto para lanzar un requiebro atrevido que la hacía sonreír. Parecía como si una corte de admiradores se hubiera tendido, esperándola, a lo largo del camino que había de seguir, para admirar su majestad, doble majestad que realizaban su belleza y su alegría. Y Margarita gozaba. Sentía como si los ojos golosos de los hombres besaran su epidermis recorriendo su cuerpo, se le entraban las palabras por los oídos bajando al corazón que entonaba en silencio nueva canción de vida, y experimentaba la sensación de ser alada mariposa que revoloteaba, vestida de vivos colores, por un jardín de ensueño. Una imagen llevaba clavada en su retina: Manuel. ¡Con qué alegría le hubiera visto, plantado en la acera, llegando a ella, como otros jóvenes, para decirle la frase enamorada y bella que, no por atrevida, es menos gustada, dejando en los labios sabor a mieles! Sólo él faltaba en aquella ronda de galanes; sólo él, el elegido, el primer elegido, estaba ausente en aquella fiesta de amor.

¡Qué sensación de belleza experimentó en la florería! Contemplando las tan hermosas como variadas flores, su imaginación se trasladaba a la casa que quería vestir de gala, distribuyéndolas por todas partes: este manojo de frescas rosas rojas para la mesa del comedor; aquel otro de azucenas para dos hermosos floreros que colocaría en el alféizar de la amplia ventana; estas margaritas y aquellos jazmines, por partes iguales, para la habitación de Manuel, así como para su tocador y su dormitorio; dalias, amapolas, rosas, geranios y lirios, adornados con los miosotis, para el comedor general de los pensionistas de doña Eloísa. Quería que toda la casa se llenara de aromas y de alegrías. ¡Qué sorpresa recibiría Manuel cuando al entrar en su cuarto viera sobre la mesilla de noche un vasito con un puñado de margaritas! ¡Y qué contento al contemplar en su escritorio un florero con un hermoso ramillete de blancos jazmines! ¿Comprendería la intención y el gesto simbólico? ¿No se ruborizaría al saber que era ella, ofreciéndose, la que le obsequiaba con su nombre, que era tanto como obsequiarle con su cuerpo, poniendo a la cabecera de su cama las simpáticas y humildes margaritas? ¿Y no comprendería que la blanca pureza de los jazmines significaba la santa pureza de su intención?

¿Para qué seguir paseando por las calles, si no era despertar la admiración de las gentes lo que buscaba Margarita, sino la admiración de él, o, por lo menos, su atención? ¿Pensaría en ella como ella pensaba en él? ¡Qué feliz comida le esperaba! ¡De qué ambiente grato y alegre le iba a rodear! No haría como el día anterior, cercarle y apremiarle para que se le declarara; procuraría estar alegre para envolverle suavemente en su alegría. Eloísa tenía razón: era un niño-hombre diferente a los demás. El niño se ruborizaba al más leve soplo de una idea de contacto carnal; el hombre podría llegar a sentir la necesidad del beso, tras el cual se escaparía el forzado raudal de las palabras de amor. Iría por su camino, según le había aconsejado su amiga, y abandonaría para con aquel niño hermoso todo artificio de palabras que no traslucieran afecto noble, cariño generoso, amistad franca. Asistiría, aun sin ser invitada, a las lecturas de Manuel; le ayudaría a Eloísa a formar a su alrededor un ambiente de hogar; se esforzaría en ser, a su lado, una condiscípula que quiere aprender en el libro de la vida o una discípula que ansía beber en el libro del amor. Y con estas ideas y estos propósitos, Margarita volvió a su casa más contenta todavía que había salido, notando que se transformaba, aunque sin adquirir plena conciencia de su transformación.

Tropezó en la escalera con el florista que le llevaba un hermoso brazado de flores. Le acompañó hasta el comedor haciéndole dejarlas sobre la mesa, le dio espléndida propina y

llamó a Eloísa para que diera las órdenes de buscar floreros en las dos casas, dando instrucciones para que fueran colocadas y distribuidas como ella se había imaginado.

– ¿Ha vuelto ya Manuel? -preguntó a Eloísa.

– Creo que no -contestó ésta.

– Pues que sean las primeras las tuyas, con objeto de que las vea apenas entre en su cuarto y le disipen la tristeza con que, según me has dicho, se ha levantado.

Separó las margaritas y los jazmines, fue eligiendo uno a uno los más hermosos y cuando los hubo apartado y clasificado, cogió un precioso florero, que ya Manuela había traído, y los colocó ella misma con el gusto particularísimo que aquella mujer, artista sin saberlo, poseía. Después, en un precioso vasito de plata, ordenó las margaritas.

Cuando hubo acabado, dijo a Manuela:

– Échales agua cuidadosamente y llévalas a la habitación del señor Peñaranda. Los jazmines los pones en su mesa escritorio y las margaritas en su mesilla de noche. ¿Ya terminaron de arreglar su habitación?

– Creo que sí -contestó la sirvienta.

– Pues date prisa para que todo esté terminado antes que vuelva.

Cogió los jazmines y las margaritas que había reservado para ella diciendo a doña Eloísa:

– Entre Manuela y tú terminaran lo demás. Yo me llevo lo mío y, mientras preparan algo, me voy a vestir para la comida.

Doña Eloísa asintió con la cabeza.

– ¿Qué hora es? -preguntó Margarita.

– La una.

– Tengo tiempo de sobra para arreglarme.

– Estoy más contenta que esta mañana, porque te veo más alegre -dijo doña Eloísa.

– Quiero seguir tus consejos. Ya he pensado en ello durante mi corto paseo. -Y agregó riendo:- No ve avengo todavía a la idea de marido, que tú expresaste; pero no me va pareciendo tan despreciable. ¡Hasta después! Voy a vestirme como para una fiesta. -Y volviendo sobre sus pasos después de haber iniciado la retirada, agregó, ofreciendo la mejilla a su prima y amiga:- ¡Pero bésame, mujer!

Doña Eloísa la besó y Margarita salió poseída de una nueva alegría y, también, de una nueva esperanza, dedicándose, una vez en su casa, a elegir el vestido con que había de presentarse a Manuel, deseando que fuera el más sencillo y el más elegante.

En la biblioteca dejó las margaritas y a su dormitorio llevó los jazmines, no conformándose con acercárselos a la nariz para aspirar su perfume, sino besándolos como si fuera el cuerpo hecho flor del niño deseado.

CAPÍTULO X

Manuel volvió a su casa bastante abatido, tanto por sus pensamientos como por la soledad en que se hallaba en medio de la muchedumbre y del bullicio.

Cuando abrió la puerta de su habitación lo primero que vio fue el ramillete de jazmines. Una alegría súbita inundó su cara y una imagen adorada llenó su mente: Margarita. Se acercó despacio, los contempló, y con la suavidad con que el niño para su manecita por el rostro amado, así pasó él sus dedos por las blancas flores. Después tomó el florero en sus manos, lo levantó en alto y aspiró, más que el perfume que el búcaro exhalaba, la fragancia del cuerpo en flor de Ella.

Según su costumbre, quiso recoger en su diario las impresiones del día concentrándolas en una nota breve, y como al buscar las llaves para abrir el cajón tuvo que levantarse por haberlas dejado en la ropa que llevaba el día anterior, la dirigirse al armario vio las flores silvestres que él tanto amaba, las que desde niño le habían entretenido jugando con ellas al amor. Entonces sí que vio la mano invisible del hada, entonces sí que se le presentó Ella con todo su encanto y en todo su esplendor. Cogió una, la más simpática, la más atrevida, la que sobresalía por encima de las demás en frescura y limpidez y después de llevarla a los labios, la colocó en su solapa, como premio a su atrevimiento y como aceptación del obsequio de su adorada Margarita.

¿Qué escribir en el diario si las impresiones eran tan fuertes y tan únicas que no podían ser llevadas al papel? Con el libro abierto ante él y la pluma en la mano, no podía sintetizar tantos pensamientos como hervían en su cerebro, y después de estampar el día, el mes y el año y permanecer largo rato caviloso, con su más clara letra y, como síntesis, escribió: **Amo**, y en línea aparte, quizá deseoso de recordar en el futuro su actual estado de emoción: **Sufro y gozo**.

Se levantó de nuevo después de aspirar otra vez el fuerte perfume de los jazmines, tomó en sus manos el vasito de plata que contenía el manojito de margaritas, hundió en ellas su nariz y su boca, como cuando a puñados las recogía en los valles y bañaba en ellas su cara como en agua fresca, y salió al balcón, necesitado de aire que llenara sus pulmones.

No vio la calle, no vio la abigarrada muchedumbre que cruzaba, en interminable vaivén, bajo sus pies. En aquellos momentos corría por los campos, en libertad, bebiendo el aire puro, sintiendo en sus manos la caricia de la siembra en flor, olfateando el acre olor de la tierra mojada. Pero ya no iba solo. Con él iba una hada vestida de mujer, con él iba Ella.

¿Cuánto tiempo pasó en el balcón, ajeno a él mismo y a todo cuanto no fueran los bellos recuerdos y las bellas ilusiones de su bella vida? Ni él mismo lo supo, porque no tuvo conciencia de su propia existencia. Sólo cuando oyó pronunciar su nombre, llamándole de parte de doña Eloísa, volvió en sí, adquiriendo conciencia de que estaba en Madrid.

Era la hora de comer, la hora de volver a verla. ¿Qué palabras pondría la delicadeza en su boca?; ¿qué pensamientos floridos traería el amor a su cerebro y qué sentimientos a su corazón?

– ¡Manuela! -dijo llamando a la criada.

– ¿Qué desea usted? -preguntó la muchacha cuando hubo aparecido.

– Dé estos paquetes a doña Eloísa y dígale que voy inmediatamente.

Recogió su libro diario, lo guardó en el cajón de la mesa, echó una última ojeada a jazmines y margaritas y salió de la habitación.

En el corto trayecto al comedor, la alegría quiso renacer en su cara, pero la angustia se enroscaba todavía a su corazón; mas cuando penetró y vio a Margarita, hermosa entre las flores, que estaba de pie, como esperándolo, cerca de la ventana, contemplando o aspirando las azucenas, fue hacia ella, le tendió ambas manos y le dijo con arrebatado:

– ¡Gracias, amiga!...; ¡gracias por su exquisito obsequio! Nadie, sino usted, podía haber llenado mi cuarto de alegría con aquellas humildes margaritas, que fueron y siguen siendo mi encanto, y con aquellos olorosos jazmines cuya blancura inmaculada puede ser símbolo de la pureza. ¡Gracias por haberme enviado el más preciado regalo que pudieron apetecer los poetas!

– ¿Y cómo sabe usted que he sido yo la que le ha obsequiado? ¿No habrá sido otra Margarita? -preguntó con tono tan zalamero como intencionado-. ¿No habrá querido sorprenderle a usted doña Eloísa por haberle visto muy triste esta mañana?

– ¿También usted sabe que yo estaba triste esta mañana? -preguntó él demostrando extrañeza.

– ¿Y cómo no saberlo si todavía conserva en su cara las huellas de tristeza? -preguntó ella mirándolo a los ojos.

– Pues no lo estoy. Y si lo hubiera estado, bastó que entrara en este florido paraíso, cuya más bella flor es usted, para que huyeran mis tristezas y renacieran mis alegrías.

– Quien le prendió esta florecilla en el ojal, ¿no halló otra más hermosa y fragante? -preguntó Margarita al propio tiempo que con mimo de novia le arreglaba la flor en la solapa.

– Era la más hermosa del ramillete, la más atrevida, la que aventajaba a todas las demás en pureza y altura. ¡Parecía ofrecérseme! La tomé, acaricié sus hojillas, la besé en los labios y la coloqué sobre mi corazón -expresó Manuel con palabras, entre infantiles y poéticas, que trastornaban a Margarita.

– ¿También las flores tienen labios? -preguntó Margarita sonriendo.

– También las flores tienen labios, Margarita. Por eso, al besarla, la besé a Ella.

– ¡Ah! -exclamó Margarita-. ¡La besó a ella, no a la florecilla!

– A Ella, sí; a Ella, en la florecilla -exclamó arrebatado.

– ¡Qué feliz debe ser la mujer cuyo amado ausente la besa en las flores!

– ¡Ojalá, algún día, cuando se estremezca su corazón de alegría sin saber por qué, piense y sienta que el estremecimiento de júbilo que la sacude dulcemente es producido por un beso que el que la ama dio para usted a una florecilla!

– ¡Gracias, Manuel! -dijo ella bajando los ojos, no para fingir pudor o inocencia, sino porque eran pudor e inocencia los que empezaban a germinar en su corazón.

– ¡Ojalá así sea! -pronunció Manuel en voz baja. Y expresó aquel deseo con tan noble y vehemente anhelo, que más bien fue suspiro que sólo oyeron dos corazones.

– ¿Vamos a comer ya? -preguntó Margarita a doña Eloísa que entraba.

– Cuando ustedes quieran -contestó la interpelada.

– Puedes ordenar que nos sirvan la comida -y dirigiéndose a Manuel le preguntó-: ¿Cómo se encuentra de apetito?

– Muy bien.

– ¿Será verdad que la alegría invita a comer? -preguntó ella.

– La alegría -contestó Manuel- despierta el apetito, porque invita a vivir. Es la gran compañera de la vida.

– Es verdad. Cuando se está triste, todo sobra; cuando se está alegre, todo apetece.

– Porque la vida reclama más vida, y la tristeza es un paso hacia la muerte, en la que nada es necesario -contestó el pequeño filósofo que en Manuel se ocultaba.

– ¿Y por qué, sabiéndolo -preguntó Margarita mientras se sentaba, invitando a Manuel con un ademán-, estaba usted hoy triste?

– Lo ignoro. Hay sufrimientos cuya procedencia se ignora o trata de ignorarse, quizá como una defensa contra el dolor.

– ¿Y usted se hallaba comprendido en este segundo caso, en el de ignorar voluntariamente por qué estaba triste, creyendo que así se defendía contra un dolor que bien podría ser supuesto?

Y Manuel, sin contestar, preguntó a su vez, esforzándose en conservar la serenidad:

– ¿Y por qué cree usted, Margarita, que mi dolor podía ser supuesto?

– Ni creo ni afirmo nada, amigo mío. Sólo me imagino que un joven que, como usted, no tiene, según confesión propia, grandes problemas que le perturben, no puede tampoco estar sujeto a causas ajenas o propias que le produzcan tristeza y, menos, dolor. El dolor puede llegarnos por desgracias familiares, por pérdidas en los negocios, por desafecto de las personas de nuestra relación, y, finalmente, por desengaños amorosos, y, según creo, ninguna de estas causas puede haber influido en usted para ponerlo triste hasta el punto de haber abandonado su excursión.

Manuel como siempre que se hallaba ante Margarita, perdía la serenidad porque perdía la confianza en sí mismo. Hubiera deseado gritar: “Usted es la que me quita el sosiego y me roba la vida”; pero dispuesto como estaba a callar su amor, debía buscar la manera de defenderse de aquella mujer a quien reconocía un superior ingenio.

Cuando terminó Margarita, una llamarada de fuego coloreó el rostro de Manuel cual si hubiera sido sorprendido, como un niño, en flagrante delito. Así es que, torpemente, se limitó a decir:

– Usted también debió estar triste, puesto que también abandonó la suya.

Margarita, que comprendió lo que pasaba en el alma de aquel niño, y a quien no pasó desapercibido el rubor que subió a sus mejillas, se apresuró a decir:

– No, yo no he dejado de ir a la excursión proyectada por estar triste, sino por todo lo contrario, por estar alegre, tan alegre como hacía mucho tiempo que no me sentía.

Doña Eloísa, extrañada, se limitó a mirar a Margarita; pero Manuel preguntó:

– ¿Por estar alegre se prohibió a sí misma bañarse en alegría?

– Sí, aunque a usted no le parezca. Porque estaba alegre, porque me levanté radiante de alegría, es por lo que avisé a mis amigas para que me perdonaran la no asistencia. ¿Para qué apetecer alegría más sana, que la que ya tenía? ¿Y para qué buscar fuera de mí lo que ya poseía?

– Pero cuando uno está alegre es cuando busca a las personas para compartir su alegría con ellas -afirmó Manuel.

– No siempre, créalo; no siempre. Hay alegrías expansivas, que no niego que sea necesario gritarlas; pero hay otras, interiores, a las que podríamos llamar alegrías del alma, que necesitaban ser gustadas en silencio y en recogimiento, o, a lo sumo, compartirlas solamente con aquellas personas a las que nos une una gran intimidad, que es tanto como una perfecta comunión o un gran afecto. Por eso me quedé en casa, donde todo me es familiar: para compartir mi alegría con doña Eloísa, ya que a usted lo consideraba ausente, y por eso quise llenar la casa de flores, haciendo de ella un paraíso, como usted dijo, y obsequiar con unas margaritas al viajero que suspiraba por una Margarita real o irreal, para que, cuando volviera, participara él también de mi alegría. Ya ve usted, Manuel, como yo también pensaba en las personas, aunque sólo en ciertas personas -y la magnífica comediente se sonrió de su atrevimiento y de sí misma.

– Paraíso llamé a esta estancia que usted llena y alegre con su sola presencia y paraíso...

– Paraíso que llenamos los tres y que los tres debemos alegrar, ya que no existe nadie ni debe haber nada que nos lo impida -exclamó Margarita sin permitir a Manuel que terminara su pensamiento.

– Gracias mil, Margarita, por el bien que me hace -murmuró más que dijo Manuel.

Pero Margarita, que estaba dispuesta a alegrar la comida y reanimar al joven, a quien notó confuso y abatido, exclamó riendo:

– ¡Bueno!... ¡A comer y a no pensar en tristezas, ya que la vida nos sonríe!

Tras un corto silencio que el fértil ingenio de Margarita aprovechó para hilvanar un plan, pues aunque se imaginaba de dónde procedía la tristeza de Manuel, no estaba muy segura de ser todavía la señora de sus pensamientos, continuó:

– Anoche tuve un sueño hermosísimo, mucho más hermoso que toda realidad.

– Felices los que sueñan hermosos sueños -suspiro Manuel.

– ¿Usted no sueña nunca cosas hermosas? -preguntó ella extrañada.

– Algunas veces, sí; pero hace ya mucho tiempo que sueño cosas tristes.

– Pues alégrese, cree su alegría interior y verá como sus sueños son alegres... Pero, ¿quieren o no quieren que les cuente mi sueño? -preguntó Margarita riéndose como una chiquilla.

– Sí, sí -contestaron a un tiempo Manuel y doña Eloísa.

– Muy bien... Pero vamos comiendo, pues necesitareé ir recordando muy despacio las alternativas de este sueño hermoso.

Los tres guardaron silencio. Manuel, experimentando un gran alivio al no tener que dialogar, cosa que le era imposible en aquellos momentos de anonadamiento porque atravesaba; doña Eloísa, intrigada por conocer la invención de Margarita, y ésta, dueña de sí misma, radiante, cual si fuera verdad que la animaba la alegría interior de que hacía gala. Sin embargo, el silencio no era embarazoso para ninguno. Doña Eloísa, que estaba acostumbrada a **ver vivir** a Margarita, sentía cierta curiosidad por el sueño anunciado, pero pronto su imaginación fue a parar a los quehaceres domésticos; Manuel, en cambio, se esforzaba por recuperar su aplomo, lo que él mismo se daba cuenta de que no lograba, porque se hallaba deslumbrado, realmente deslumbrado ante Margarita, de la cual no sabía que admirar más, si su belleza, su desenvoltura o su ingenio. Por el contrario, la mente de Margarita trabajaba con fiebre. Inconscientemente, pero decidida a conquistar a aquel bello niño, como ella llamaba a Manuel, había cambiado su táctica; pero ahora, o mejor, desde el momento en que empezó a simular su alegría, no sólo había conseguido estar alegre, sino que se regocijaba de haberse colocado **en el camino** de Manuel, según consejo de doña Eloísa, lo que le prestaba nuevo encanto y daba alas a su fértil inteligencia.

Su plan estaba apenas esbozado, puesto que era producto de improvisación; pero confiaba en sí misma, ya que su talento improvisador crecía a medida que hablaba, creando siempre durante la conversación cuadros de colorido en los que ni remotamente había soñado. Así que, cuando lo creyó oportuno, rompió el silencio para preguntar:

– Por lo que les he prometido anteriormente me veo obligada a decirles por qué estoy alegre, pero también de dónde nace o nació mi alegría. ¿No es así?

– Así es. Y nos disponemos a escucharla en medio de un silencio religioso -afirmó Manuel.

– Pues empiezo.

Y tras corta pausa, y pronunciando las palabras con lentitud, como si las saboreara, continuó:

– Anoche, después de acostarme, pensé en usted.

En cuanto hubo pronunciado estas palabras mirando al joven, notó que éste se ruborizaba, por lo cual interrumpiéndose, exclamó:

– No se ruborice, Manuel. No sea usted niño... ¿Qué de particular tiene que pensara en usted? ¿Acaso usted no ha pensado en mí después de nuestra última conversación?

– También yo he pensado en usted -se vio forzado a confesar el joven.

– ¿Lo ve?... Yo lo digo, y usted se lo calla; en esto está la diferencia. Pero lo natural y hasta lo fundamental es que un amigo piense en el otro.

Manuel sentía la necesidad de ser él quien pronunciara aquellas palabras; pero sabía muy bien que, al decirlas, él las pronunciaría con arrebató, lo que equivaldría a una declaración de amor, y en cambio ella las decía con suavidad, como si fueran palabras de terciopelo que arrullan y no

hieren, que se quedan, como adorno, en el aire sin tener la intención de que lleguen al corazón, ya que no podía suponer que en cada conversación Margarita le dijera en la forma atrevida y galana en que ella sabía decirlo: “Te quiero, joven hermoso, que has llegado a mí para alegrar mi vida”, declaración que estaba dispuesta a hacer si tuviera necesidad.

Aunque en el fondo Margarita gozaba con aquellas turbaciones de Manuel, hubiera deseado verlo alegre, pues a ello se dirigían todos sus esfuerzos. No obstante, como si no viera la extraña situación en que Manuel se hallaba, continuó, dispuesta a inventar su sueño:

– Cuando ayer lo abandoné a usted tan bruscamente, lógico fue que pensara en si usted podría haber tomado como desaire lo que sólo obedeció a una causa y a un sentimiento femenino a la vez que de amor propio: no quería que me viera usted llorar.

– ¿Y por qué iba usted a llorar? -interrumpió Manuel arrebatado, actitud que no pasó desapercibida a Margarita.

– Usted pronunció ante mí la oración con que su padre le obsequió en el momento en que con mano generosa le abría las puertas del mundo. Y... ¡era tan bella!..., ¡la supo usted pronunciar con un tono tan paternal y dulce... que... ¿para qué negarlo?..., ¡me conmovió! No creí prudente llorar ante usted, y me retiré pensando... ¡Qué sé yo lo que pensaba, si mi cabeza era un torbellino de ideas hermosas!

Como Manuel fuera a hablar, Margarita le interrumpió con un ademán, pues no deseaba en aquellos momentos el diálogo que podría distraerla de su objetivo, sino monólogo que le permitiera decir cuanto quisiera.

– Reconviniéndome a mí misma -continuó Margarita-, pero gozando, a la vez, de aquella vida patriarcal en la que usted me había introducido, soñé despierta con campos y arboledas, con gentes sencillas y nobles, y poco a poco fui tomando parte en aquella hermosa fiesta de la bondad que mi imaginación o mi locura creaba. Cuando recordé, me hallaba en mi biblioteca en la misma posición en que me había sentado no sabía cuánto tiempo hacía, ya que no tenía noción del tiempo transcurrido. Temprano, más temprano de lo que yo acostumbro, sentí la necesidad de recogerme, de acostarme, no por huir de nada ni de nadie, sino por estar sola conmigo misma, hallándome en una situación tal que ignoro si, aun despierta, me esforzaba en continuar mi sueño o si, sonámbula, lo continuaba viviendo.

A la cabecera de la cama hallé uno de mis libros predilectos, y, ya acostada, empecé una lectura tan agradable y bella que me quedé dormida. Y aquí, según creo, es donde empieza verdaderamente mi bello sueño, que por mucho que me esfuerce no les podré explicar, porque en él se hallan entremezcladas ilusiones y realidades con locos y antiguos deseos y no menos locas, antiguas y permanentes visiones.

Y tras una larga pausa, que no la habría hecho mejor la más consumada actriz, continuó:

– Yo no sé si era un paraíso, un real y espléndido paraíso por donde yo, solitaria, vagaba sin miedo alguno a la soledad. Ni plantas ni árboles eran como los que conocemos. Las plantas eran tan suaves, tan deliciosas, que parecían como si brotaran únicamente para saludarme, apartándose son suma galantería para que mi paseo no se viera interrumpido. Los árboles, hermosos, corpulentos, elegantes y aiosos, elevaban sus ramas más allá de las nubes, y sus hojas eran seres vivientes, pajarillos exóticos y bellos que entonaban una música tan deliciosa y suave que parecían escuchar el aire y la luz de las estrellas.

Poco a poco me fui entrando por aquella selva aterciopelada, y poco a poco fui notando cómo la luz, extasiada por el arrullo de la alegre música, se dormía dejando de alumbrar. Y entonces,

¡oh alegría!, la luz partió de mí, ya que yo era luz que iluminaba el sendero y se elevaba hacia las más altas copas de los árboles. Mis manos, mis brazos, mi cuerpo, toda yo era luz. Y hacia mí se inclinaban las plantas, los árboles y los pájaros para saludarme y sonreírme. Tenía cuerpo y era incorpórea. Me elevaba y descendía. Avanzaba reposadamente y me prolongaba hacia lo lejos con vertiginosidad, sin sentir cansancio, como si careciera de pesantez.

Manuel, más que escuchar, bebía palabras e imágenes llevándolas a su corazón.

– De pronto, del fondo de la selva que yo no había iluminado, salieron unos diablillos negros que quisieron robarme mi luz, que era mi alegría, y me rodearon haciendo mil piruetas y tratando de aprisionarme. Luché con ellos, me defendí; pero uno, sin saber cómo, me subió por un brazo corriendo hacia mis hombros y paralizándome. Pronto me sentí invadida por aquellos diablillos negros que subían a mi cabeza, esforzándose en arrancarme la luz, que era mi vida, hasta que llegó un momento en que, sintiéndome dominada y a punto de sucumbir, proferí un grito agudo que los paralizó un momento. En seguida, la selva negra se iluminó, los pájaros, y las fuentes, y los árboles recomenzaron su sinfonía, y un joven apuesto corrió, iluminándome a mí, que era luz, con su propia luz. Los diablillos corrieron a esconderse, el joven me tomó de la mano protegiéndome, y salimos juntos a la pradera, en la que la música de los pájaros se trocó en suave charla musical de las hierbecillas que formaban alfombra a mis pies. No sé cómo ni por dónde mi joven luminoso desapareció, dejando en mi alma una estela de luz, y yo desperté sintiendo en mis oídos la música alegre de los pájaros y la luminosidad de la campiña y la alegría de haber sido yo, siquiera por un momento, luz que iluminaba la vida sombría de los demás.

Después de un corto silencio, dijo como si despertara realmente de su hermoso sueño:

– Y éste es mi sueño, amigos míos, y de aquí nace mi alegría, que todavía gusto, por lo cual no necesité ir a buscar alegría a ninguna parte, ya que rebosaba de mi corazón. ¿Podría usted decirme, señor nigromante, si es que también es usted adivinador de sueños y lee el porvenir, qué significado tiene ese sueño para mi vida? -agregó Margarita dejando escapar su alegre risa.

– Todo dice y predice -contestó Manuel pausadamente- que usted será feliz; que hallará un joven enamorado que la liberte de los diablillos negros, y que ambos vivirán en paz y alegría.

– No se ríe usted -exclamó Margarita fingiendo enojo.

– No me río, Margarita. Ese sueño en un sueño de amor, o, mejor, un sueño de enamorada que espera un príncipe azul o que, no satisfecha con su príncipe, lo idealiza y poetiza en un ansia suprema de embellecer cuanto le rodea, y supone también un alma de poeta, un alma luminosa como usted la ha llamado...

– No, fue usted el primero que me habló de almas luminosas -interrumpió Margarita.

– ¿Y ve usted como tenía razón? Yo había vista ya la luz de su alma, su luz interior, y ahora, usted, usted misma, que quizá fue antes ciega para mirarse, **se ha descubierto al** iluminarse totalmente. Y esto me indica que merece usted ser feliz encontrando otra alma luminosa, gemela a la suya, y me asegura que será usted feliz porque la hallará, si no la ha hallado -dijo Manuel.

– ¿Cree usted? -preguntó como con timidez Margarita.

– Creo -afirmó Manuel-. Creo que amor llama a amor y belleza a belleza, y que no es posible ver la luz de su alma asomar a sus ojos sin amarla, y que es imposible escuchar el embrujo de su palabra sin sentirse poeta.

Margarita, quizá por primera vez en su vida, se sintió arrullada por palabras de amor que a su oído pronunciaban labios masculinos, y también, quizá por primera vez en su vida, sintió el rubor asomar a sus mejillas. Su alegría, su verdadera alegría empezaba a nacer ahora, porque era ahora cuando empezaba a ser dulcemente sentida, y se prometió llegar hasta el final obligando a Manuel a que pronunciara el esperado **¡te amo!**

Pero Manuel, como si se hallara repuesto de su anterior turbación o como mariposilla que es atraída por la luz, preguntó a Margarita:

– ¿No me dijo usted, no hace aún muchos días, que no había amado nunca?

– Y fue verdad lo que le dije -exclamó Margarita en un tono de sinceridad y arrebatado, firmeza y dulzura, que extrañó a Manuel y causó extrañeza a ella misma.

– Fue verdad y... yo no lo creí; pero ahora, y sin que me atreva a negar aquella verdad, me perdonará que le diga que no existen los amores repentinos, por lo cual es fuerza que usted amara, aun sin saberlo, hace ya mucho tiempo, pues el amor es como un río de aguas caudalosas que hubo de ser en sus orígenes modesto manantial.

– ¿Y no cree usted en los amores arrebatados, fulminantes, que envuelven y subyugan? -preguntó ella.

– Esos no pueden ser amores firmes, amores que duren una vida o se proyecten hacia la eternidad. Los amores fulminantes son como las tormentas que pasan, evaporándose sus últimas gotas de agua con los primeros rayos de un nuevo sol. Los amores arrebatados pueden ser borrascosos y ásperos, pero serenos y dulces, muriendo también, frecuentemente, como fulminados por un rayo.

Manuel vio reflejada la tristeza en el rostro de Margarita y continuó, dulcificando su tono y su intención:

– No le molesten mis palabras, mi buena y única amiga. Lo que quiero decir es que -volviendo otra vez a su hermoso sueño- usted ama, pero también que usted amó. Ese bello sueño es continuación de algo bello anterior.

– ¿Y por qué no puede ser un nuevo anhelo? -interrumpió Margarita.

– No lo dudo; pero aun en el anhelo de lo bello existe un estado anterior, de conocimiento o sentimiento, que pudiera ser considerado como de preparación para gustar y anhelar lo bello.

Y como Margarita callara, ya que en aquel terreno era fácilmente vencida por Manuel, éste continuó:

– Yo le dije a usted que nunca había tenido una amiga, y no mentí, porque yo llamo amistad a ese estado espiritual a que llegan dos seres cuando pueden comunicarse sin rubor sus pensamientos y sus sentimientos. Yo tuve amiguitas, jovencitas a las que conocí y en cuya presencia recité un aprendido madrigal después de escuchar una disertación de modas; pero una amiga, una mujer con la que hablar de cosas bellas, una joven como... yo (Manuel titubeó, porque yendo a decir usted, le pareció demasiado atrevido), a la que le pudiera contar mis alegrías o mis tristezas para repartir con ella mi regocijo o encontrar en ella mi consuelo, nunca jamás la tuve. Sin embargo, desde que tengo uso de razón vivo enamorado. ¿De qué? No me lo pregunte. El amor esté en mí como el agua en la fuente y el gorjeo en el pájaro. Cuando me enamore de una persona real, mi amor puede ser caudaloso porque estará alimentado por toda mi vida anterior. Así como ahora lo tengo y lo guardo en mí, entonces podré dar lo que cree en

mi corazón más lo que ya existe en él. Cualquiera que lo ignore llamará a mi amor un amor repentino; pero se equivocará: a lo presente irá unido todo lo pretérito, que es toda mi vida. Ahí tiene usted la explicación que yo mismo me doy de por qué no creo en los amores fulminantes, y me cuesta creer que usted, joven y bella, no haya amado nunca.

– Pudiera ser que, como usted, haya vivido vertiendo en la copa de mi vida, y que ahora, ya llena, empiece a desbordarse queriendo ser río -dijo Margarita mirando a Manuel.

– Pensamiento magníficamente expresado, que yo desearía, por el bien de usted, que fuera realidad.

– ¿Por el buen mío? -preguntó ella extrañada.

– Por el bien de usted, sí -afirmó Manuel-. El primer beneficiado con el amor es el que ama; el segundo, el que es amado. Cuando los dos amadores son, a la vez, recíprocamente amados, entonces pueden ser felices porque han llegado a la armonía perfecta. Y esto es, según yo creo, lo que debe buscarse en el amor: reciprocidad de comprensión a la que vaya unida reciprocidad de afecto.

– ¿Y no conoce usted casos en que uno haya sido el amador y otro el que se haya dejado amar? -preguntó Margarita con intención.

– Amiga mía, amor exige amor como forzado trueque. Si no existe lógica y natural correspondencia, el que ama se cansará de amar, y el que sólo recibe amor, sin darlo, caerá en hastío. El equilibrio amoroso de dos seres exige que en la balanza de sus vidas pesen igual sus mutuos afectos. Además, las almas luminosas no se conforman con recibir amor; necesitan también darlo, que es dar luz.

– ¡Dar amor! -suspiró Margarita-. ¡Qué hermoso es eso! Pero... ¿a quién se le da ese amor, si cuando se ofrece, hay quien, insensible, no sabe recogerlo o tomarlo?

– Porque será ciego, y entonces es necesario bañarlo en luz de amor para que guste y sienta sus efluvios, ya que la luz de las almas enamoradas no siempre se ve con los ojos, sino que se la gusta y siente el corazón.

Margarita, que se sentía como embrujada por aquel diálogo en el que ofreciéndolo todo parecía que él, sin rechazarlo, lo rechazaba, interrogó anhelante:

– ¿Y usted no cree que haya también corazones ciegos?

– Los corazones ciegos que aman no pueden ser ciegos, que sería, en este caso, tanto como insensibles. Lo que sucede, a veces, es que el corazón que ama tiene temor de no ser amado, y entonces, aunque sea sensible, no expresa su amor, sino que lo guarda en el sagrario de su alma por miedo a ser víctima de burla o escarnio. Por eso, el que ama sin miedo, el que carece de freno o ha saltado la barrera que entorpecía su libre vuelo, debe comunicarle su amor al ser que ama.

Margarita, que contempló su propio retrato pintado por Manuel en tan pocas palabras, decidió no ser ella la que declarara su amor, y que hasta aquellos momentos había vivido sin freno y sin barreras, se dispuso a levantarlas entre ella y Manuel, frenándose voluntariamente con el freno moral que él le ofrecía. Así, confusa y llena de ansiedad, preguntó:

– ¿Y si no fuera aceptado?

– Ha hecho usted la gran pregunta -contestó él con calma-, la que se hacen todos los enamorados que de verdad aman: “¿Y si mi amor es rechazado?” Todo el que se hace esa pregunta, se paraliza. Don Juan jamás se la hizo. Por eso mintió tantos amores hasta llegar a ser el gran embustero del amor. O mejor, si usted sabe perdonarme esta palabra dura: don Juan prostituyó el amor.

– ¿Y no será preferible ser don Juan a no esperar como doña Inés que el amor vaya a buscarla?

– Según se mire, buena amiga mía. Si miramos a don Juan como un tipo arrogante y conquistador al que no le importa el amor sino la conquista, y nos deslumbramos con su arrogancia y su cinismo, preferible ser don Juan, o sea victimario del amor; pero si nos colocamos en el punto de la belleza del amor generoso que no se burla, sino que, bondadoso y crédulo, se entrega, preferible ser víctima, porque el alma de doña Inés llega a ser luminosa por el amor, aunque no sea más que un fugaz momento, y la de don Juan es siempre opaca y alevosa, porque no ama, porque no sabe amar. Usted, que tiene tan magníficos y puros sueños, no hubiera sido jamás don Juan.

– Yo soy mujer -exclamó riendo, aunque dolorida, nuestra amiga.

– Los don Juan pueden darse en uno y otro sexo -afirmó el joven.

– ¿Y don Juan es siempre, y en todo momento, despreciable a sus ojos? -insistió Margarita a quien le interesaba conocer a fondo el pensamiento de Manuel.

– No sólo despreciable a mis ojos, sino despreciable a mi corazón. Don Juan no es generoso, es abyecto. Apuesta y juega con el honor y con el amor de las mujeres, y después de burlarlas, vilipendiándolas, arrastra sus nombres por el fango. Yo no sé, en verdad, cómo Zorrilla pudo abortar tal monstruo ni cómo un pueblo noble, España, pudo llegar a idolatrarlo.

– Entonces, según usted, el amor es...

– Pureza -interrumpió Manuel-. Donde no haya pureza no hay amor, so pena que se confunda con el deseo.

Embebidos en su conversación, habían comido maquinalmente y ninguno se había dado cuenta de que doña Eloísa había desaparecido hacía ya rato del comedor y que se hallaban solos.

Margarita, que se sabía triunfadora en los primeros momentos, comprendió que si quería conquistar a Manuel, debería ir, forzosamente, **por su camino**. Doña Eloísa tenía razón: no podría hacerlo su amante. Y, sin embargo, se sentía cada momento más atraída, más subyugada por aquel hombre. La fuerza, el entusiasmo, el fuego con que había revestido la palabra pureza, denunciaba su temple de castellano que no se inclina más que ante los amores que considera dignos, no valiendo halagos para corromperlos.

Margarita suspiró. Y, envuelta en el suspiro, pronunció quedamente la palabra pureza, no sabremos nunca si recriminándose a sí misma de no haber sido pura -el alma de las mujeres es un arcano-, o para reproducir como un eco la palabra que tan cara le era a Manuel. Por eso éste repitió, pronunciando lentamente sus palabras:

– Pureza, sí, pureza, bella amiga mía. Pureza en todo: en los pensamientos, en los sentimientos, en las intenciones y en la conducta. Pureza, es decir, belleza, que es, según mi buen padre, la única santidad santa aquí en la tierra.

Viendo que Margarita, sin contestar, quedaba como abstraída, hizo Manuel un corto silencio; pero al levantar Margarita los ojos y fijarlos en él, continuó:

– Usted no podrá imaginarse nunca qué grado de pureza he puesto en nuestra amistad, que deseo eterna.

– Y yo también, Manuel -afirmó ella como un eco.

– Me alegro muchísimo. La amistad pura puede ser que principio de...

Y como Manuel no terminara la frase, Margarita preguntó con ansia:

– ¿El principio de qué?

Y queriendo él desviar el diálogo, dijo:

– Usted merece...

– No, no. Manuel. Termine la frase. No se trata ahora de lo que yo merezca, sino de terminar la frase anterior que dejó inconclusa.

– Ya no la recuerdo.

– Yo se la repetiré. Usted decía: “La amistad pura puede ser el principio de...”, y se quedó en suspenso. ¿El principio de qué puede ser la amistad pura?

– El principio... del amor puro -dijo Manuel alargando las últimas palabras-. ¿Era eso lo que usted quería que dijera, querida amiga?

– Eso era, sin duda, lo que usted quería decir, y que silenció no sé por qué motivos... ¿Por cuáles?

– No lo sé a ciencia cierta... Quizá el diablillo negro me robó la luz en ese momento -terminó riendo forzosamente.

– ¡El diablillo negro!... Vénzalo como yo lo vencí.

– Usted lo venció con la ayuda de otra alma luminosa que llegó en su auxilio, y yo... me he encontrado solo y desamparado en el momento de serme robada la luz.

– No está usted solo; estoy a su lado -exclamó ella.

– Sí, a mi lado está el cuerpo de mi bella amiga Margarita, pero su alma se mantuvo ausente. No hizo como aquel joven que en el momento de peligro se presentó para hacer huir a los diablillos negros. -Y el alma infantil de Manuel asomaba en todas sus respuestas.

– ¡Manuel! -exclamó Margarita, que se veía envuelta en las mismas redes que ella había tendido antes.

– ¿Qué? -contestó éste alarmado por el tono de la exclamación.

– ¡Qué me está usted haciendo sufrir enormemente!

– No seré yo tan cruel como usted fue ayer conmigo, diciéndole que me alegro de sus sufrimientos, porque yo o quiero atormentarla. Pero me permitirá que le pregunte: ¿Por qué sufre?... ¿por qué la hago sufrir?

En otro momento, Margarita habría abierto su corazón declarando su amor. Ahora no quería hacerlo, por lo cual ambos jóvenes se encontraban en el mismo caso, jugando al amor y queriendo ocultarlo, con la desventaja para Margarita de ser cercada y acorralada, teniendo que estar a la defensiva por querer seguir **el camino de él**.

No estaba acostumbrada a rogar ni a pedir, sino a tomar, como dueña, lo que le gustara, y sufría no pudiendo dar rienda suelta a su deseo que ya era pasión. Por eso titubeaba, por eso zozobraba, por eso, ella, que fue siempre reina, sufría ahora por sentirse esclava, no asomando las palabras a sus labios con la elegancia y fluidez que otras veces.

Manuel la contemplaba respetando su silencio, hasta que por fin, se atrevió a decir en un tono entre severo y dulce:

– Margarita, le ruego de todo corazón me conteste a la pregunta que le voy a hacer. Usted sufre. He visto el sufrimiento en su cara, lo he palpado en el tono de su voz y lo veo ahora mismo en sus ojos, porque ha perdido su alegría anterior. El motivo de su sufrimiento, soy yo, me acuso de ello. Pero hay una diferencia entre sufrimiento y molestia... ¿La molesto?

Margarita, que había permanecido sin mirar a Manuel, cuando oyó esta pregunta, que era la que menos esperaba, clavó sus ojos en los de él, y tendiéndole las manos para que fueran estrechadas como protesta de amistad, contestó exaltada:

– ¿Ha podido usted pensar que me molestaba?

– Lo he pensado.

– Y si yo le dijera, le rogara, que deseché toda duda... ¡para siempre!..., ¿la desecharía? - preguntó, conservando sus manos asidas a las de Manuel y estrechándose las fuertemente.

– Desecho toda duda, Margarita... Pero la hago sufrir, ¿no es cierto?

– Sí, me hace sufrir..., me hace sufrir mucho -contestó ella, languideciendo otra vez, por lo cual se aflojaron sus manos, que retiró lentamente-. Me hace usted sufrir, Manuel.

– Pero, ¿por qué sufre?... ¿por qué la hago sufrir?...

Como Margarita no contestara, Manuel insistió, dulce y mimosamente.

– ¿Por qué sufre mi buena amiga Margarita?... ¿Por qué la hago sufrir yo, que deseo para usted las venturas?... ¡Contésteme!... ¿No me contesta?... ¡Por favor, dígame por qué sufre!

Aquellas palabras, que eran un ruego, parecían a Margarita música nueva que entrándosele por los oídos le llegaba al corazón. Pero seguía en silencio, como si no oyera, como si su alma estuviera ausente. Y Manuel insistió en su ruego, más acariciador y también más apremiante.

– ¡Margarita!... ¡Míreme usted!... ¡No esconda sus ojos, esos bellos ojos en los que hace un rato retozaba la alegría!... ¡Así!... Gracias...; ¡gracias, amiga mía, por haberme mirado!... Pero ahora, dígame, para que yo pueda ser... su médico: ¿Por qué sufre?... ¿No me contesta?... ¿No quiere contestarme?

– No puedo contestarle -dijo Margarita con voz que parecía un sollozo.

– ¡No puede contestarme! -afirmó Manuel, no tan quedo que no lo oyera Margarita, pero siendo su voz como eco interior de una afirmación que, no a ella, sino a sí mismo se hiciera.

– ¡No puedo contestarle! -volvió a repetir ella, también del mismo modo, cual si fuera a ella misma y no a él a quien fuera dirigida la afirmación que, por tal motivo, ya no era respuesta.

Como apenados, ambos guardaron silencio; pero al levantar Manuel la vista para mirar nuevamente Margarita, vio con enorme pena que dos gruesas y silenciosas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

– ¿Llora? -preguntó Manuel como enajenado, poniéndose de pie y acercándose a ella.

– ¡Lloro! -contestó Margarita.

– ¿De dolor?

– De dolor.

Iba Manuel a arrodillarse ante Margarita para hacerle la declaración más dulce y apasionada que los labios humanos pronunciaron, porque también él sentía humedecidos sus ojos, cuando apareció doña Eloísa rompiendo el encanto de aquel momento en que dos almas enamoradas iban a fundirse en una, y la palabra amor que ambos deseaban conjurar, se quedó en los corazones sin subir a los labios.

Muda, asombrada, doña Eloísa se quedó de pie, y los tres, cado uno por motivos diferentes, se sintieron embarazados.

Manuel, sin saber qué decir ni qué hacer, fue el primero que rompió el silencio.

– ¿Me da usted permiso para retirarme? -preguntó.

Margarita no contestó. Al pensar que se había roto el embrujo de aquel momento sublime, único experimentado en su vida, sin tener la seguridad de que se repitiera, aumentaba su dolor y su tristeza, pues con esa maravillosa intuición que toda mujer posee, había adivinado la intención de Manuel y se había sentido estremecida por una también nueva emoción que se había esfumado como un bello sueño.

– ¿Puedo retirarme? -insistió Manuel.

Y Margarita, a quien las lágrimas, ahora de honda pena, se escapaban abundantes de sus bellos ojos sin permitirle pronunciar una palabra, tendió su fina mano a Manuel.

Emocionado, con temor, cuando tuvo la mano adorada entre las suyas, se atrevió a rogar:

– ¿Puedo besarla?

Con los ojos cerrados, cual si quisiera saborear con el alma aquel primero y tan deseado beso, la aproximó a los labios de Manuel, notando con júbilo inmenso que antes que el beso, fusión de dos almas, hubiera estallado como flor de amor, una lágrima había golpeado dulcemente su epidermis.

Manuel besó la mano de Margarita con la unción con que se besa a la madre cuando llega la final y suprema despedida, hizo una reverencia y salió de la estancia.

CAPÍTULO XI

Nunca, como en aquel momento, había conocido Margarita la soledad. Ahora, aun en medio del mundo, se sentía sola, completamente sola, sin ningún asidero a donde agarrarse, sin ninguna persona a quien comunicar la inmensa tristeza de su corazón, pues la sensación de soledad interior, la soledad del vacío del alma, es más terriblemente soledosa que la soledad en que nos dejan las personas.

Cuando los seres queridos se ausentan de nuestro lado, el quedarnos solos no es soledad, ya que nos fortalece y acompaña el cariño de nosotros a ellos y el de ellos a nosotros, que nos conforma. Pero cuando con la persona que se ausenta se marcha todo: amor, ilusión y esperanza, la soledad es angustiante y trágica, porque de nosotros se aparta y se va todo lo mejor que se lleva el ser al cual queremos.

En esta soledad, soledad completa en el vacío de la nada, quedó Margarita. Por eso lloraba como nunca jamás había llorado, como nunca jamás podría volver a llorar, porque no eran sólo sus ojos los que vertían lágrimas, eran su alma, su corazón, su cuerpo todo los que exprimían las heces de la pena convirtiéndose en llanto del que los ojos no eran sino un escape del manantial.

Así, pues la asustada doña Eloísa la interrogó, no pudo contestar, pues las lágrimas, aun siendo muchas, no significaban nada comparado con el mar de pena en que se ahogaba. Sólo cuando doña Eloísa se atrevió a insinuar un posible daño de parte de Manuel, Margarita, como volviendo a la realidad, pudo decir:

– No, Eloísa, no pienses mal de ese adorable niño... ¿No viste como él también lloraba?

Y al pronunciar esta frase, como si una nueva congoja se hubiera apoderado de ella, su llanto se hizo más convulsivo, más ruidoso, más conmovedor.

Doña Eloísa se acercó, por fin, a Margarita, y acariciándola como a una niña, le dijo con la palabra un tanto velada, porque ella también estaba conmovida.

– ¡Vamos!... ¡No llores, Margarita!... ¡No llores así, mujer!... ¡Serénate!... ¿Por qué lloras? ¡Dímelo a mí!... ¿Por qué lloras, querida?... ¿Qué mal te acongoja?

Y como si las palabras y las caricias de doña Eloísa fueran arrancándola de la soledad del vacío volviéndola a la vida, su cara adquirió un leve tinte de serenidad, y su palabra, aun bañada en sollozos, pudo articular:

– ¡Déjeme, Eloísa!... ¡Tengo ganas de llorar!...

– Lloras, si así lo quieres; pero dime por qué lloras...

Y como Margarita continuara su llanto, ya menos fuerte y menos copioso, doña Eloísa insistió:

- ¡Bueno, Margarita!... ¡Serénate, hija mía!..., ¡no seas niña!... ¡Cualquiera que te viera llorar!...
- ¡Nada me importa que me vean llorar!... ¡Es mucho peor que yo me vea sufrir! -contestó Margarita como si se hubiera apoderado de ella la desolación.
- ¿Pero por qué sufres y por qué lloras?
- No sé... Acaso es por un ataque de... romanticismo, -contestó Margarita como eludiendo la respuesta clara.
- No, no. No quieras engañarte ni engañarme. ¿Ha pasado algo entre Manuel y tú?... Dímelo como tú me has dicho siempre todo... ¿Qué ha pasado?
- ¡Nada!... ¡No ha pasado nada!...
- ¿Y por nada lloras tú que siempre te has reído del mundo?... ¿Te ha ofendido Manuel? - insistió doña Eloísa.
- No lo pienses, mujer, que me haces daño -interrumpió, ya más serena Margarita.
- ¡Bueno!... Si él no te ha ofendido, ¿es que has cometido tú alguna locura de la que ahora te arrepientes?
- No he cometido ninguna locura, Eloísa; he cometido algo peor: una torpeza -y nuevamente, como si hubiera vuelto a abrir la válvula del llanto, se anegó en lágrimas, conmoviéndose su cuerpo con hondos sollozos.
- Doña Eloísa, en silencio, cerró las dos puertas que comunicaban la salita graciosa y coquetona con el recibidor y las dependencias de la casa, para no ser sorprendidas en aquella escena de lágrimas. Después volvió al lado de Margarita, sentándose frente a ella y acariciándola.
- ¡Vamos!... ¡Cálmate, Margarita!... ¡Serénate, mujer!... No habrá pasado nada que sea tan doloroso y trágico como para que llores de esa manera... ¡Dime!... ¿qué ha sucedido?... Si Manuel no te ha ofendido, ¿es que le has ofendido tú y ahora te arrepientes?
- ¡Ojalá hubiera sido así, pues con buscarlo y pedirle perdón todo se arreglaría! Pero he sido ingenua, tonta; tonta, sí, tonta, y por mi tontería, que yo misma no me puedo perdonar, he perdido a Manuel... Y tienes tú la culpa -dijo encarándose con doña Eloísa en tono retador.
- ¿Yo? -preguntó la pobre señora extrañada y asustada.
- Tú, sí; tú, por darme esos consejos, y yo, por seguirlos... ¿Quién me manda a mí **colocarme en su camino**, como tú querías y yo acepté?... En **su camino** me ha vencido; en **su camino** he hecho el ridículo; en **su camino** me he sentido impotente para luchar y vencer.
- Quizá sea un bien lo que tú crees un mal -dijo doña Eloísa, repuesta de la sorpresa.
- ¿Un bien?... ¿Cómo me presento a él ahora?... He obrado no como quien soy, sino como una pobre chica de pueblo, y a mis lágrimas, que otro hombre hubiera tomado por una declaración de entrega y rendimiento, él ha contestado con el silencio y la ausencia... Yo he debido atraerlo a mi camino, al mío, en el que nunca fracasé y en el que no pienso fracasar -exclamó con firmeza y enojo, levantándose para irse a su casa.
- ¿A dónde vas? -preguntó doña Eloísa.

- A mi casa -contestó resuelta Margarita.
- Espera, serénate. No vas a salir así.
- ¡Qué me importa?
- Pero me importa a mí. Y por ti y por mí debes esperar un momento hasta que te serenes y yo te acompañe.
- Quiero estar sola; necesito estar sola.
- ¿Para llorar? -preguntó intencionalmente doña Eloísa.
- Para llorar y para rabiar, pues no sé si podré perdonarme.
- Sí te perdonarás -afirmó sentenciosamente la vieja amiga-; todas nos hemos perdonado nuestros errores y todas las mujeres se los perdonarán.
- Yo no soy como los demás -afirmó Margarita, dejando escapar su orgullo.
- Tú eres poco más o menos como todas las mujeres: fuertes cuando, caprichosas, no aman; débiles cuando son vencidas por el amor.
- No he sido vencida -exclamó Margarita con cierto arrebató.
- No has sido vencedora. Si hubieras vencido, estarías contenta.
- Tratas de mortificarme.
- Trato de abrirte los ojos, pues has pisado un terreno por el que nunca anduviste, y vas a ciegas.
- No soy una chiquilla.
- Peor que una chiquilla, porque eres una mujer enamorada, en su primer amor. Y eso que a ti te acongoja, a mí me alegra, pues quería verte enamorada de un hombre -dijo doña Eloísa en tono visiblemente maternal.
- No estoy enamorada, lo deseo -replicó Margarita con su característico cinismo.
- El deseo es el primer paso para el amor.
- ¿Has aprendido de "tu hijo" a filosofar? -preguntó Margarita casi sonriente y un tanto vencida.
- Pudiera ser, que todo se aprende. Y ahora que te has serenado -agregó doña Eloísa-, ya puedes irte; pero para pensar lo que haces.
- Lo primero, abandonar tu camino y el de él; lo segundo, volver al mío.
- Pronto te has cansado del camino de él, como tú le llamas, lo que me demuestra que sólo lo fácil te agrada.
- Eso me parece difícil, lo conseguiré de una manera o de otra -afirmó Margarita en tono de reto.

- ¡Ten cuidado!
- ¿De qué?
- De ser vencida otra vez y... para siempre.
- ¡Me descorazonas! -dijo Margarita como queriendo desembarazarse de algo que la oprimiera.
- Te ayudo, créelo, te ayudo, y hoy más que nunca, para que seas feliz.
- Y mi felicidad crees tú que sólo puedo encontrarla...
- Enamorándote de ese muchacho -interrumpió doña Eloísa.
- ¿Y si ya lo estuviera?
- No, todavía no lo estás. Ahora lo deseas como se desea un capricho y, si no me equivoco, por no haberlo conseguido todavía has llorado.
- No lo he conseguido por seguir tus consejos, porque aceptando el papel de niña ingenua que estaba representando, no podía ni atraerlo a mis brazos ni caer yo en los suyos.
- ¿Y te pesa el papel?
- Me pesa la tontería que he representado -afirmó Margarita.
- Pues no te pese, hija, no te pese, que ese papel, cuando te posesiones de él como actriz consumada que lo vive y lo siente, te dará el triunfo.
- Así que, según tú, **debo continuar por su camino**.
- Por su camino, sí, pues a él no le podrás obligar a que vaya por otro... Y si lo quieres perder, prueba.
- Poca confianza tienes en mí.
- Porque tengo mucha en él. Lo conozco ya mejor que tú.
- Veremos lo que hago -dijo Margarita como queriendo dar por terminada la conversación con su prima y consejera.
- Toma un café antes de irte.
- No, envíamelo. Quiero estar sola.

Y como Margarita iniciara la retirada, doña Eloísa, llamándola le pidió:

- No te vayas sin besarme, mujer, pues creeré que no me has perdonado.
- La que debes perdonarme eres tú, porque en algún momento he llegado a ofenderte. Pero bien sabes que te quiero, Eloísa -y la besó en ambas mejillas, para agregar después-: ¡Hasta luego!

– ¡Hasta luego! –contestó doña Eloísa. Y, zumbona y sonriente, añadió-: Pues sí que la has hecho buena entre tú y “mi hijo” y “mi hijo” y tú... Llevan apenas unos días de conocerse y estas haciendo ya más tonterías que los viejos enamorados.

Margarita sonrió al escuchar a su prima, y, con un nuevo beso, se despidió.

CAPÍTULO XII

¿Pudo serenarse Margarita en cuanto se encontró sola?

Si serenidad es esa gran tranquilidad de conciencia que se experimenta después de realizada una acción noble o cumplido un mandamiento propio que se considera justo, o ese sosiego del corazón que, por haber ejecutado un acto de bondad o de belleza, nos hermana con nosotros mismos haciéndonos gustar el benéfico placer de nuestra propia estimación, Margarita no podía hallar la serenidad, porque al hacer examen de sí misma no se hallaba satisfecha de su conducta.

Reñían en ella su presente y su pretérito, su amor y su temperamento, lo nuevo que con las palabras de Manuel le llegaban de afuera y lo viejo que se hallaba vivo en su corazón. Y esta lucha que era lucha interior de la virtud y el vicio, de lo que nacía con la pureza del amor y lo que se enseñoreaba como deseo de los sentidos, no le permitía serenarse. Su batalla interior no había terminado, continuaba, porque no se había acallado su pasión, y las diferentes potencias de su ser, alocada dulzura del amor. Hubo un momento de gran solemnidad en que su llanto fue llanto del alma, que es llanto de sublime regocijo, porque quien siente ese regocijo y vierte ese llanto se dignifica y eleva a las regiones del amor puro en el momento cumbre de belleza moral vivida y sentida. Ese momento, fugacísimo, pero magníficamente embellecido, fue aquel en que tuvo la sensación de que Manuel, rendido por sus lágrimas, iba hacerle la tan deseada declaración de amor, alcanzando el máximo grado de sentimiento excelso cuando una lágrima escapaba de los ojos de él rozó su mano. Fue entonces cuando tuvo la sensación y la certeza de ser amada, y fue entonces cuando, visitada por el amor, se sintió amorosa. Ese momento, único en la vida, le había hecho sentirse mujer, es decir, novia, y ese gusto a lo bello, si se volviera a presentar en su vida tomando estado de conciencia, la salvaría. Pero lo anterior y posterior, el llanto primero y el postrero, no habían sido llantos de pureza. Lloró, primero, como una niña consentida y mimada que da más importancia al frívolo triunfo de la palabra que al sentimiento; como una chiquilla caprichosa a la que el capricho, que no se puede tomar ni romper, había dominado. Lloró después, porque envuelto el amor por el insensato orgullo, lo momentáneo excelso había descendido hasta convertirse en rasguño de su amor propio.

Cuando apremiada por Manuel a dar una contestación, pronunció aquella frase: “¡No puedo contestarle!”, dijo verdad, porque dominada por quien ella quería dominar, se ofuscó su razón y no halló la ingeniosa frase que le devolviera lucidez y frescura. En aquel momento, Margarita no pudo decir como hubiera dicho en otras circunstancias: “Me haces sufrir porque te quiero, porque te apetezco, porque te deseo, y tú, que también me estás deseando, pareces no enterado”.

Ante el desprecio de Manuel por don Juan, Margarita tuvo miedo de representar el papel de conquistadora y aceptó, tan resignada como inútilmente, el de doña Inés, papel no escrito para su temperamento irrespetuoso, sensual y donjuanesco.

Por eso, en la soledad, en la quietud de su solitaria casa, al pasar revista, febrilmente, a las escenas anteriores, como si temeroso se hubiera ocultado en su conciencia, asomaba, de cuando en cuando, el sentimiento puro del amor experimentando durante un segundo de sin igual gozo; pero en seguida, galopando a lomos de la pasión que espoleaba el sexo despierto, llegaba, altanero y desafiante, su temperamento cual don Juan redivivo, y el pudor se escondía y el conquistador triunfaba. De ahí su lucha interior y su intranquilidad y su desasosiego.

Indudablemente existía ya en ella un principio de amor que, aunque estaba latente en su corazón, no había llegado a tomar estado de conciencia, a pesar de haber sentido, gustado y conocido la placentera alegría de ser visitada por tan egregio huésped; pero para su sosiego, lo que ella necesitaba era crear amor. Y no podía, todavía no podía por reinar en su cerebro, más que en su corazón, el pasional deseo.

De ahí que se reprochara a sí misma haber sido más que tímida, torpe, y de ahí que halagando a su temperamento altanero, se acusara de esa misma torpeza.

“No, no -se decía a sí misma en un ininterrumpido soliloquio-; no es ese el camino que debo seguir, que mi amor no es romántico, sino carnal. Si el camino de Manuel es el del romanticismo, amar por amar, el mío es el del practicismo, amar para poseer, amar para gozar, para disfrutar el cuerpo amado, ya dure el disfrute un minuto, un año o una vida. No he de reincidir en la tontería. Mi triunfo será triunfo cuando lo atraiga a mi camino, no cuando yo vaya por el suyo como humilde cordera. Mi triunfo será realmente triunfo mío, cuando sea yo la vencedora”. Y decidida, como siempre, a continuar el rumbo trazado, su imaginación creaba mil ardides en los que veía caer a Manuel rendido a sus pies para hacerlo su amante.

Pero después del galopar furioso volvía el paso lento, y la imaginación, esa loca de la casa, como alguien la llamó, parecía calmarse, y como si lo imaginado fuera realidad, quedaba satisfecha al ver halagado su orgullo y saciados sus apetitos, porque después de sentirse triunfadora, el pensamiento tomaba otro giro y el sentimiento, aunque medrosico, volvía a salir de su escondite para verter al oído de Margarita otra música que la cautivaba. Entonces la imagen se le aparecía en toda su belleza y en toda su pureza, y, aplacada la carne, serenadas las pasiones, lo bueno de Margarita entablaba diálogo con su corazón, que era donde se conservaba la imagen pura. Manuel adquiría entonces para ella formas de maravilla. Corría por los campos, y besaba las flores, llamaba a su amada, y en la hermosa y casta correría le acompañaba ella de la mano, cometiendo mil ingenuas locuras y mil encantadoras niñerías. ¡Cómo gozaba Margarita durante estos momentos de candorosa bondad! Ella, que no se había mirado en las acequias, ni subido a los árboles, ni besado a los pichoncillos en sus nidos, corría ahora con el niño Manuel por praderas y montes, y pareciéndole realidad el sueño inventado, el doncel hermoso que la libertó de los gnomos era su querido niño, por lo que no apetecía ya ser la triunfadora sino la cautiva que se rinde, enamoraba, al galán de sus sueños.

CAPÍTULO XIII

Los que no han amado; los que, para su desgracia, no han experimentado jamás en su vida ese sentimiento puro que ennoblece, porque eleva las potencias del ser a excelsas regiones, dignificándolas; los que no han sentido la necesidad de darse, en sublime donación, por una mirada o un suspiro; los que no han pensado a todas las horas, y siempre, en la mujer amada, y pensando en ella no han considerado imposible besar, con beso purísimo, la mejilla adorada;

los que, en fin, amando y creyéndose amados, no han creído que una fuerza, compromiso o convencionalismo, se interpone entre ellos y el ser amado prohibiendo la unión, siendo por el motivo atenaceados por la angustia que oprime y lacera, no pueden concebir cómo sufría Manuel, porque no conocen las hondas penas que produce el amor considerado imposible.

Ante la barrera, que se imaginó insalvable, Manuel se detuvo, suspirando y quejándose, cual si el obstáculo le oprimiera el pecho; después decidió huir para deleitarse, en el recuerdo, con la imagen amada. ¿Pero a dónde iría que el amor, que era su amor, no le acompañara? ¿Y a dónde huiría que la imagen grabada en su corazón no le torturara?

Cuando entró en su habitación, vio los jazmines, blancos e inmaculados, y se imaginó que era Ella la que estaba presente con su cuerpo en flor; y cuando, contristado y lloroso, volvió sus ojos a las margaritas como para pedirles un consuelo, fue también Ella la que se presentó ante él como real y hermosa ofrenda.

¿Por qué, pues, si se le ofrendaba en las flores, que eran un símbolo, huía de él? ¿Por qué, si era deleitoso goce lo que había observado en sus ojos, no pronunció, con la pureza de las flores que ofrecen su perfume, la palabra amor?

Y enajenado, cual si fuera Ella la que estaba presente, porque, en realidad, era Ella la que llenaba la estancia al estar presente en su corazón, empezó a quejarse como un niño, haciendo protestas de amor.

“¿Por qué no puedes contestarme, Margarita? ¿Qué hay en tu vida que te aparta de mí? ¿Qué, que te prohíbe pronunciar la palabra que retoza en tus labios y que veo y observo que es alegría de tu corazón?... Dímelo a mí que sé perdonar todo... ¿Qué hombre o qué negra historia nos separa?... ¡Yo te amo, Margarita! ¡Como nadie supo amarte nunca! Y si te parece poco la palabra amor, te diré como dicen los hombres de mi tierra cuando el amor es deseo y ofrecimiento y entrega y locura del alma: ¡Yo te quiero, mí querida Margarita! ¡Te quiero con todos los querer: con el querer de amigo, con el querer de hermano, con el querer de novio, con el querer de padre, ya que este inmenso querer mío posee en esencia todos los matices del querer, porque lleva en su entraña desde el renunciamiento para hacer feliz a la persona querida, hasta el sacrificio, que es el anhelo supremo del agrado hecho vida! ¡Yo te quiero, mi querida Margarita, y te quiero porque siempre te quise y siempre te querré!” Y el sentimiento de querer que es en los castellanos más expresivo que el de amar, adquiría en el cerebro y en el corazón de Manuel tal fuerza y dulzura, que era obsequio generoso de su vida y anhelo de que la vida amada sonriera con alegría.

Besó las margaritas y puso el vasito en su mesa escritorio, al lado de los jazmines, para seguir pensando en ella. Buscó su diario, lo abrió y leyó las palabras escritas unas horas antes, durante un momento menos desconsolador: **Amo, sufro**. Después, con mano trémula, agregó: **Hoy he aprendido que el dolor de querer es el más grande de todos los dolores**.

Anegado en su propia pena, que él consideraba inconsolable, apoyó los codos en la mesa, las manos en las mejillas, cerró los ojos y pensó en su padre. Rememoró la escena de día en que paseando con él y su preceptor bajo las arboledas de su pueblo, escuchó, clara y limpia, la palabra que le decía cuando le invitaba a conocer el mundo: “Si algún día la vida, los hombres o las mujeres te hacen llorar, vuelve a mí, que tu padre sabrá apoyarte para que tu vida recobre la alegría”.

¿A quién dirigirse mejor que a su padre que había sido siempre su guía y confesor? Y tomando nuevamente la pluma en la mano, el niño que al primer contacto con la vida se sentía impotente, escribió:

¿Para qué me enviaste al mundo, padre mío? ¿No sabías tú lo que el mundo encerraba? ¿No pudiste prever los males y dolores que me acechaban?

Me he enamorado, padre, de una mujer hermosa, con la honradez y santidad con que tú me enseñaste a amar; pero este amor, expresión de todos los amores en mí contenidos, es un amor imposible. Por eso sufro, padre mío; por eso quiero volver a ti, que el mundo es un tormento y tú no me preparaste para el dolor.

Terminada la carta sintió un gran alivio, como si ya no estuviera solo en su primera batalla con la vida, escribió la dirección en un sobre y se dispuso a salir. Pero de pronto se acordó de doña Eloísa y, para no ser descortés, volvió a la mesa y escribió lo siguiente:

Doña Eloísa: Mis muchas ocupaciones me prohibirán volver a comer con ustedes, no sé por cuánto tiempo. Les ruego me disculpen. Mañana por la tarde le prometo, si usted me lo permita, acompañarla para continuar nuestra lectura. -Manuel-

Una vez la carta en el sobre, tocó el timbre para hacérsela llegar por medio de la sirvienta, pero a poco apreció doña Eloísa en persona.

– ¿Llamó usted, Manuel? -preguntó.

– Sí, señora. Había escrito esta carta para usted, rogándole me perdone no asistir, por un tiempo, a las comidas y pidiéndole me autorice para que desde mañana continuemos nuestras lecturas. Y como ya se lo he comunicado verbalmente, no tiene necesidad de la carta -dijo mientras la dejaba sobre la mesa.

– ¿Y dónde va usted a comer? -preguntó la señora.

– Todavía no lo sé. Por ahí, en cualquier restaurante que encuentre al paso -contestó él un tanto confuso.

– Si usted lo desea, le serviremos la comida aquí mismo.

– No, gracias. Pasaré fuera muchas horas del día y sólo vendré un rato para leerle, acompañarla, o que usted me acompañe a mí. Deseo hacer unas investigaciones en la Biblioteca Nacional, continuando por la noche el trabajo en casa. -Y cambiando de tono, insistió:- ¿Puedo leerle mañana un precioso libro que he encontrado?

– Como usted guste.

– Entonces, mañana a las cinco llamaré en sus habitaciones. Hasta mañana, doña Eloísa -dijo inclinándose ante ella.

– Hasta mañana -repitió éste iniciando la retirada.

CAPITULO XIV

Cuatro días han transcurrido desde aquel en que Manuel pidió a su padre autorización para volver a su lado, durante los cuales no se ha serenado su espíritu ni ha hallado solución a la atormentadora incertidumbre que lo intranquiliza y desasosiega.

Por las mañanas va a la Biblioteca Nacional; por las tardes busca la compañía de doña Eloísa, quien procura distraerlo atendiendo a su lectura y haciendo comentarios sobre la mujer, cual si quisiera iniciarlo en los misterios del amor; por la noche se encierra en su cuarto y escribe lo que él llama sus locuras, hasta altas horas de la madrugada.

Esas locuras son un drama que él se imagina que es el terrible drama de su vida, en el que los protagonistas son Margarita, a la que llama “la bella desconocida” y él, que se considera el esforzado caballero que “desfacerá el encantamiento”. Y esto le conduce a que su pensamiento y su sentimiento giren siempre en torno de su amor.

El segundo día, cuando subía las escaleras, vio deslizarse rápidamente una sombra que pasó de la puerta del piso de Margarita a la de la pensión, y aunque la visión fue fugaz, tuvo la convicción de que era ella. Era la hora de la lectura y se imaginó que Margarita, sabedora por doña Eloísa de aquellas reuniones, quisiera asistir a ellas, por lo que estuvo tentado de volverse a la calle; pero no pareciéndole correcto, ascendió las escaleras y se encerró en su habitación, faltando a lo prometido.

Y no se equivocaba. Margarita había querido sorprenderlo, con el beneplácito de su prima y amiga, para reiniciar las conversaciones que tan necesarias le eran, ya que sólo pensaba en los momentos de poder hablarle. Pero Manuel huía, no de acuerdo a un plan determinado, sino porque esperaba abandonar Madrid para irse nuevamente a su pueblo llevándose el recuerdo de un gran amor que embellecería con la ausencia. Así, al siguiente día le pareció verla entre la multitud que llenaba las aceras, y dio un rodeo para volver a casa, asistiendo, confiado, a la lectura.

El cuarto día, doña Eloísa, que lo esperaba, le entregó una carta. Como Manuel la mirara con detenimiento, doña Eloísa le preguntó:

– ¿De su familia?

– De mi familia -contestó Manuel-, pero no de mi padre. -Y después de un corto titubeo, que reflejaba claramente su escondida emoción, agregó:- ¿Me permite que me retire un momento a mi habitación? Después volveré.

– Sí, señor; sí. Aquí le espero para que terminemos la lectura de anteayer -asintió la interpelada.

– Pues, con su permiso.

Manuel se dirigió a su cuarto. Con la carta en la mano, que ya había visto que era de su preceptor, se sentó a su mesa y empezó a leer:

Tengo la seguridad, niño mío, que las últimas palabras de tu dolorida carta no son un reproche para tu amado padre, que siempre deseó tu bien.

Ni él ni yo te educamos en el dolor, esto es verdad; pero fue porque no quisimos nunca que vivieras en medio de la angustia que empobrece la personalidad al secar la fuente de la vida, que es la alegría. Nosotros te educamos en la alegría del amor, que es el único antídoto que con eficacia puede oponerse al veneno del dolor, para que sintieras y experimentaras en ti la alegría de la vida de tal forma que fueras tú mismo el que vencieras al dolor cuando éste te cercara. Te educamos en el amor de ti para formar una personalidad rica, enseñándote a conocerte, o, por lo menos, a auscultarte para que supieras en todo momento dirigirte a ti mismo, sabiendo lo que querías y convenía a tu personalidad moral; en el amor de nosotros, para que al vernos amarte, supieses qué es el amor generoso cuando el que ama quiere continuarse y propagarse en el ser amado, y en el amor humano, porque todos los hombres son, en principio, dignos de ser amados.

No pudimos iniciarte, lo confesamos, en el amor de los amores, que es el amor que experimenta el hombre hacia la mujer cuando hace de ésta una elegida de su corazón; pero esta experiencia, que es siempre individual, tiene sus raíces en la moral que te enseñamos, en la generosidad que de nosotros aprendiste, en la nobleza de la acción y de la intención de la acción que con tanto esmero intentamos inculcarte. Te dimos, pues, aunque nunca te habláramos de amores femeninos, los elementos morales necesarios para que amaras, en divinidad, a la mujer que fuera digna de ser amada.

Sabe tu claro juicio que la bondad de amor -y amor siempre es bondad- empieza en uno mismo, pues el propio decoro y la propia estimación prohíben al que bien se ama realizar acción que no apruebe su conciencia. Pero tampoco ignoras que si el amor a la humanidad y el amor a lo bello no necesitan otra fuente de amor que la que uno lleva en su corazón, porque dar amor sin esperanza de recompensa es como regalar bondad sin esperar otro beneficio que el placer que produce ser generoso, el amor a otro ser, cuando este ser amado es una mujer, desea, anhela y pide la fusión de dos cuerpos, necesitando, por consiguiente, que nuestra fuerza interior de amor se comunique con la fuente interior de luz amorosa del ser al cual amamos.

Tu amor a una mujer, tu primer amor que llamas imposible, no debe producirte dolor, sino alegría. Primero, porque nada hay posible en la vida afectiva de los seres, pues si la mujer a quien amas no pudiera amarte por alguna causa, tú, en cambio, puedes seguir amándola con el amor más puro. Segundo, porque no siempre los demás están dispuestos a amarnos como nosotros deseamos ser amados, ya que su corazón pudiera estar entretenido o extasiado con otros amores.

Nosotros podemos quejarnos, y aun llorar, por las acciones -y el amor es acción- que no ejecutamos aun deseándolas nuestro corazón y aprobándolas nuestra conciencia; pero sería pueril quejarse y llorar por las acciones que los demás no realizan para complacernos, pues esto equivaldría a tiranía, contraria a la moral. Ahora bien, si a estas acciones que los demás no ejecutan en nuestro beneficio, les concedemos tal importancia que anulan nuestra vida, podremos compararnos al pordiosero que no puede vivir sin la moneda de la limosna, en cuyo caso nuestra personalidad, que creíamos rica, es una pobre personalidad que no sabe o no puede hacerse agradable su propia vida.

Los hombres como nosotros no pueden conquistar a la mujer sólo porque la desean sus sentidos (la palabra conquista es siempre despreciable); los hombres de nuestra moral se acercan a la mujer amada para expresarle como saben o pueden sus predilecciones, ternuras y afectos. Y si fuéramos rechazados o no aceptados, nos demostraremos a nosotros mismos, con la constancia, que hicimos la elección con plena conciencia, y a ella, que, aun rechazados, sigue siendo la predilecta de nuestro corazón. Pero nunca jamás debemos anularnos considerando como un mal irremediable lo que sólo será, a buen seguro, un momentáneo mal, bien porque volviendo sus ojos a nosotros al contemplar nuestra vida ejemplar nos ame la que amamos, ya porque otra vida cruce nuestro camino deslumbrándonos con nuevos resplandores.

De todos modos, el que bien se ama no puede anular su personalidad anegándose en el dolor, sino que debe esforzarse en vencer el dolor, tanto porque necesita mantener brotando la fuente de la vida, que es la alegría, como porque en esa fuente abreven las personas que le son queridas.

El dolor no sólo es contrario a la alegría de vivir, sino que empobrece la vida. Vivir en el dolor continuamente llevaría a la muerte, que es el fin de todos los dolores, es cierto, pero donde también perecen todas las alegrías. Y tú empiezas a vivir.

Todos los organismos viven por la alegría, que en unos es comer, en otros regocijo y en el hombre elevado placer excelso, y tú, preparado por tu educación para alcanzar la sublimidad del sentimiento, no puedes flaquear, como mal navegante, al primer vientecillo que estremece tu nave. Tú debes prepararte a ti mismo para surcar los más grandes océanos del pensamiento, del sentimiento y del amor; pero sin olvidar jamás que el mar de la vida no siempre es de agua lisa, sino que, a veces, es agitado por grandes tempestades, y el valor está en saber domarlas, vencerlas u orillarlas.

Los pueblos que educaron a sus hijos en el dolor, hicieron sólo hombres aptos para la guerra, porque el dolor no aproxima ni funde ni hermana, sino que distancia y enemista al desarrollar ese sentimiento negativo que es la misantropía. No serías exquisito si te hubiéramos educado en el dolor y para el dolor, porque habríamos hecho de ti un ser insensible; eres exquisito porque te educamos en el amor para el amor y, aunque ahora sufras, hallarás, hasta en el sufrimiento, compensaciones de índole moral que te resarcirán de tus propias penas.

Vence tu dolor, niño mío; supérate al dolor; transforma el dolor que te harán en alegría viva, y si ese amor imposible -imposible que no está en tu mano vencer, sino con reacciones magníficamente morales- te atrajera hasta el punto de hacerse irresistible, lleva la imagen que adoras al sagrario de tu corazón, y allí hazle tus ofrendas, las más delicadas, las que más de acuerdo estén con la exquisitez de tus modales y con el anhelo de tu vida. Pero eres tú y sólo tú quien puede hacerlo, y eres tú y sólo tú quien puede salvarse, porque en ese santuario, en el que nadie puede entrar sin profanarlo, sólo tú debes ser el oficiante, porque sólo tú eres el amador.

Si un día, ojalá no suceda, cayeras en un pozo -y pozos, en la vida, pueden ser la debilidad y el abandono-, no llames a nadie, no pidas auxilio, que nadie te oirá, ni los débiles, que estarán contigo en la negra sima, ni los fuertes, que no se acercan nunca a esos lugares. Si ansías la luz, cava, hunde tus uñas en la roca sin importarte el tiempo, y si ya allá arriba sólo vieras un momento de vida, que ese minuto, por ser un minuto de luz, valga una eternidad.

Es cuando tu padre y yo tenemos que decirte. En esta casa hay brazos que te esperan siempre con alegría y corazones que laten con el tuyo; pero no vengas sin haber vencido al dolor, porque el dolor de amor, que es dolor de corazón, cuando no se le vence, va a todas partes acompañando al doloroso. Vence al dolor ahí, en su propio terreno.

Te abraza tu gran amigo.

Mientras leía la carta experimento momentos de verdadera emoción. Un nudo en la garganta, que de cuando en cuando le arrancaba un sollozo, le hubiera prohibido hablar; pero como la leía con los ojos y la devoraba con el alma, la emoción no interrumpió la lectura.

Cuando hubo terminado, pensó: "¡Qué gran padre y qué magnífico preceptor tengo! ¡Cómo me esforzaré en seguir sus consejos, superándolos, si puedo, en la manera de pensar y de vivir!"

Y doblando cuidadosamente la carta, la guardó en el bolsillo, porque pensó leérsela a doña Eloísa, a quien deseaba, desde aquella mañana, hacerla confidente de sus penas.

Alegre ya y cambiado, porque un verdadero baño de optimismo había recibido con la carta, se dirigió a la habitación de doña Eloísa, aun sin haberse trazado todavía el plan a seguir. Por la noche, pensaba, reelería la carta, y en el recogimiento de su habitación decidiría él mismo de su propia vida.

Pero antes de entrar oyó la voz de Margarita. Le pareció imprudencia volverse y llamó en los cristales.

– ¡Adelante! -se oyó decir a doña Eloísa.

Entró Manuel y a quien primero vio y con quien primero cruzó su mirada fue con la joven.

– Buenas tardes, señorita -dijo Manuel haciendo una reverencia.

– Buenas tardes, Manuel -contestó ella.

Y como no estuviera preparado para una excusa y no deseara tampoco permanecer allí, porque necesitaba ordenar sus pensamientos para adoptar una resolución y dar un rumbo a sus acciones para con Margarita, se le ocurrió decir:

– Doña Eloísa, perdóneme que no continuemos hoy la lectura. Una urgentísima necesidad de salir me lo prohíbe.

– ¿Es mi presencia la que le interrumpe su grata reunión, Manuel? -preguntó Margarita con visible pena.

– No, señorita -contestó el joven bastante turbado.

– Sin embargo, usted había prometido volver y continuar la lectura, según confesión de doña Eloísa -insistió ella, deseosa de retenerlo.

– Es verdad. Pero necesidades urgentes no me permiten cumplir mi promesa... Doña Eloísa, hasta mañana. Señorita... -y Manuel trató de iniciar su retirada.

– ¡Manuel! -gritó más que suplicó Margarita cuando aquél había vuelto ya la espalda para salir.

Manuel, sin contestar, se volvió presuroso.

– ¿Por qué me trata usted así?... ¿Por qué no me saluda como otras veces?... ¿Por qué no me llama ya amiga Margarita, ni estrecha mi mano, ni me habla y huye de mí?... ¿Le he hecho a usted algún daño? -inquirió ella con voz dolorida.

Y como Manuel, de pie en medio de la habitación, no contestara, Margarita insistió:

– ¿No me contesta?... ¿Le he hecho a usted tanto daño como para que no pueda contestarme? -preguntó, esta vez con expresión más dulce.

– Señorita, no me ha hecho usted ningún daño -aseguró Manuel, turbado ante aquella explicación que se le exigía y que no se hallaba dispuesto a dar.

– ¿Entonces?

– No he sabido corresponder a su amistad, que ya le dije a usted que era prematura... Perdóneme... Soy el culpable de no haber conservado el tesoro que usted puso en mis manos.

– Si no se trata de culpabilidad -arguyó Margarita viendo la enorme turbación del joven, pero queriendo conocer el motivo de aquellas huidas que para ella no tenían explicación-. Se trata de que usted huye de mí y yo quisiera conocer por qué huye, para si he cometido alguna indiscreción o alguna torpeza o le he inferido algún agravio, rectificar mi conducta, pedirle perdón y que usted me trate y me hable como me trató y me habló en días pasados.

– Usted no comete torpezas nunca, tan claro en su ingenio, y menos infiere agravios, sobre todo a mí, a quien no se le puede agraviar.

– No le comprendo, Manuel. A usted, que tan bellamente sabe decir las cosas, no le comprendo -afirmó Margarita, también confusa ante aquella insistente defensiva en que el joven se colocaba.

– Tan contradictorias son mis ideas, que ni yo mismo consigo entenderme... ¿No preferiría usted otro momento más a propósito para una explicación? Así aclararíamos mutuas actitudes: la de usted, bastante confusa, negándose a contestarme, y la mía, torpe, con la torpeza de un campesino rudo, al insistir en lo que sólo debe insinuarse -dijo él, eludiendo así toda explicación, que no podía dar en aquellos momentos de confusión por que atravesaba.

– No recuerdo, Manuel -aseguró Margarita ya en tono más amistoso.

– Recuerde usted por qué lloró, que yo le recordaré por qué la hice llorar y por qué lloré yo.

– ¿También usted lloró? -preguntó Margarita que veía la oportunidad de iniciar a fondo la conversación.

– También yo lloré -afirmó Manuel.

– ¿Y por qué lloró usted? -insistió la enamorada.

– En la comedia o tragicomedia de aquella noche, mi llanto fue el último acto -contestó Manuel-. Cuando llegue el día de la explicación, levantaremos de nuevo el telón, si usted lo quiere, para ser espectadores, por un momento, de nuestras propias vidas. Pero es necesario que asistamos los dos con el corazón limpio; es necesario que nos presentemos los dos con las almas desnudas... ¿Consiente?

Margarita, que sólo estaba deseando que llegara aquel momento, afirmó con alegría:

– Consiento.

– Pues hasta entonces -dijo Manuel iniciando la despedida.

– ¿Pero cuándo será? -preguntó ella anhelante.

– No corre prisa. Debemos hacer antes examen de conciencia lentamente, muy lentamente, para llegar a la hora de la rememoración de los hechos con los pensamientos bien ordenados y los sentimientos bien clarificados... Ya ahora, ¿me permite que me retire?

– Sí -contestó ella con visible tristeza.

– Gracias... Hasta luego -dijo tendiéndole la mano-. Y usted, hasta mañana, doña Eloísa - agregó haciendo una pequeña reverencia.

CAPÍTULO XV

Mientras Manuel se dirigía a su habitación a releer la carta recibida y a ordenar sus pensamientos, las dos mujeres quedaron solas en el cuarto de doña Eloísa.

Un silencio impregnado de cierta tristeza invadía la estancia, y como si ninguna de las dos quisiera romperlo, doña Eloísa, inclinada sobre sus rodillas, recosía algunas prendas de los pensionistas, en tanto que Margarita, arrellanada en un sillón, jugaba distraídamente con el colgante de su pulsera. Por fin, doña Eloísa, que era la que menos embarazo experimentaba, porque era también la que menos participaba en las querellas o mal entendimiento de los jóvenes, pues todavía no sabía, a ciencia cierta, lo ocurrido entre ambos, fue la primera en preguntar:

– ¡Bueno!... ¿Y qué me dices de todo esto?

– No sé qué decirte, Eloísa, porque nunca me he hallado en situación semejante, y ya no sé si esto es sólo deseo o capricho o si es amor, pues voy como ciega detrás de este niño, y aguanto desaires, que no puedo creer que sean desprecios... y le busco, sabiendo que me huye... y pienso en él y sólo en él durante todos los minutos del día y de la noche... No sé qué es esto, querida Eloísa. Sé que no soy la misma... He llegado a implorar, yo que nunca imploré, y he aceptado, humildemente, dar una explicación cuando quiera exigírseme, como si yo fuera culpable. No sé qué es esto, Eloísa.

– “Esto”, como tú le llamas, sólo tiene un nombre: amor.

– ¿Pero el amor es sufrimiento y desasosiego y melancolía y lágrimas?

– El amor tiene de todo: risas y llantos, dolores y alegrías.

– Yo creí que era felicidad.

– También es felicidad; pero a la felicidad en el amor se llega por breves momentos. Después vuelve a ser otra vez desasosiego, inquietud y lágrimas, tras las cuales, a veces, se bebe un sorbo de alegría.

– Si el amor es dolor permanente, no me interesa amar -exclamó Margarita a quien asustaba la idea de la mustiedad que produce dolor.

– Se ama, no por interés, sino por desinterés. -Y, tras una pausa, continuó doña Eloísa-: El acto de amar es el más desinteresado de la vida, pues más que en uno mismo y en el bien propio, se piensa en el ser amado y en el bien de él.

– Tú fuiste muy desgraciada en el amor.

– No lo creas -y doña Eloísa retiró la costura para volverse completamente frente a Margarita-. Yo amé mucho y sufrí también mucho; pero aun en los momentos en que me acuerdo de aquel sufrimiento, gozo gustando nuevamente mis pocos minutos de felicidad.

– ¿Pero qué es el amor? -preguntó Margarita-. ¿No es el irreprimible deseo de poseer a una persona para satisfacer un ansia de placer?

– Es eso... y mucho más. Si fuera sólo eso, nuestro amor sería nada más que el goce de los brutos.

– Pero entonces, ¿qué es?

– El amor no se explica, se siente, y como es sentimiento, se practica, se ejecuta, se convierte en obra. No ama el que desea solamente satisfacer un apetito de los sentidos y una necesidad del instinto; ama el que se preocupa constantemente del ser amado, rodeándolo de cariños y atenciones hasta el punto de desear para él todo el bien, gozando cuando la satisfacción rebosa del rostro amado y sufriendo cuando la más leve pena enturbia su alegría.

– Según eso, amor es vivir para otro.

– Casi. Porque uno vive para sí, pero velando, sin cansancio, por la felicidad del que ama. Y en ese vivir de alerta constante estriba la felicidad.

– ¿Y así amaste tú, Eloísa?

– Así amé yo.

– ¡Qué mal te pagaron?

– Eso fue cuenta de él, no mía. Yo amé como sabía amar; él no amó, o, mejor, no me amó, porque no supo amarme.

– ¿Y tú me aconsejas que yo amé como tú amaste, sin esperanza? -inquirió Margarita reflejando en la pregunta su constante ironía.

– Yo no puedo aconsejarte eso. Lo que te aconsejo es que ames, como tú sepas, como tú puedas. Y si amando fueras amada, conocerías entonces la felicidad, porque no se puede ser feliz más que en el amor -aseguró doña Eloísa.

– Y de entre los que debo amar, me recomiendas que ame a Manuel, ¿no es así?

– Lo que yo creo es que Manuel es capaz de amarte, porque es un chico bueno; y lo que casi podría asegurar es que te ama, porque lo demuestra e todo cuanto hace.

– ¿Te lo ha confesado? -preguntó Margarita con inquietud anhelante.

– El no confiesa nada; obra.

– Obra escondiéndose de mí.

– Te tendrá miedo.

– ¿Miedo de qué?

– Eso es lo que tú debes averiguar. No sólo hay miedos físicos, hay miedos morales y, siendo lógico pensar que no te tiene miedo físico, es de suponer que su miedo está situado en la conciencia o en el corazón.

– ¿Conoce mi vida? -preguntó, anhelante, Margarita.

– ¿Ya empieza a preocuparte tu vida?

– No me atormentes, Eloísa; mi vida no puede preocuparme. Es mía y hago de ella y con ella lo que quiero.

– Entonces, ¿por qué el temor de que la conozca?

– No es temor, es sólo una pregunta.

– No sé si la conoce. Nada me ha dicho.

En la mente de Margarita apareció la fugacísima idea de obrar con rapidez, porque ya iba experimentando un poco de vergüenza de su vida pasada. Este pensamiento la hizo guardar silencio.

– ¿En qué piensas? -preguntó doña Eloísa.

– En nada.

– ¿En nada o en Manuel?

– Veo que piensas en él tanto como yo -dijo Margarita sonriendo.

– Pienso en él con mucha frecuencia, es verdad.

– ¿Serás tú la enamorada?

– Yo soy la que desea que se enamore de ti, porque lo considero el único hombre capaz de hacerte feliz -contestó con firmeza doña Eloísa.

– ¿Haciéndome sufrir?

– Haciéndote conocer una vida nueva.

– Ya estoy ingresando en la cofradía de los trapenses. Ni salgo, ni río, ni hablo como no sea contigo... Pero hoy pienso salir -exclamó como tomando una resolución heroica.

– ¿A dónde vas a ir?

– No sé... Por ahí... A visitar tiendas... A mezclarme con la gente en las aceras... No sé... Pero me voy -dijo al propio tiempo que se levantaba.

– ¿Ya?

– ¡Ya!

– ¿Sin rumbo fijo?

- Sin rumbo fijo, que es algunas veces el mejor rumbo.
- Bueno, pues hasta luego.
- Hasta luego -contestó Margarita besando a su prima y saliendo, bastante preocupada, de la habitación.

CAPÍTULO XVI

Las dos puertas del piso, que estaban frente a frente, se abrieron en el mismo momento, apareciendo, en una, Margarita, en la otra, Manuel.

- ¡Qué casualidad! -exclamó Margarita, viendo dibujarse la sorpresa en el rostro de Manuel.
- Es verdad; ¡qué casualidad! -afirmó éste al propio tiempo que avanzaban ambos hacia la escalera.
- ¿Le molesta? -preguntó Margarita, sonriendo, cuando empezaron a descender juntos.
- Nunca me molesta usted, y me extraña grandemente que me haga esa pregunta.
- Es la misma que usted me hizo alguna otra vez.
- Verdad; pero creo que ya no necesitamos hacernos esas preguntas.
- Ahora más que nunca -aseguró ella-. Antes parecía, o nos parecía, que íbamos por el mismo camino, el de la amistad, y era cortesía preguntar al amigo si se le molestaba; ahora ya no sabemos, o por lo menos yo no lo sé, cuál es el camino por donde vamos.

Bajando muy lentamente los escalones, llegaron al zaguán cuando Margarita pronunció sus últimas palabras, y, sin proponérselo, ambos iniciaron una parada.

- Yo continuó por el mismo camino -aseguró Manuel-: no sé andar por otro.
- Me alegro, porque yo no he abandonado el que emprendimos juntos.
- Es un placer saberlo.
- ¿Se había usted creído que yo lo había abandonado? -preguntó Margarita.
- Lo había creído -afirmó Manuel.
- ¿Por qué?
- No es momento ni lugar de explicaciones, Margarita. Ya nos las daremos, si usted se halla bien dispuesta para que mutuamente nos confesemos, según le dije hace unos momentos. Ahora sólo puedo decirle que le agradezco mucho que me haya vuelto a asegurar que continúa usted por el camino de la amistad.

– Y si los dos nos confesamos que seguimos siendo amigos, ¿por qué no me acompaña?

– No puedo... Usted irá...

– Yo no voy a ninguna parte determinada, sólo he salido a pasear un poco... ¡Ande!..., ¡acompañeme!

Y sin darle tiempo a nueva protesta, lo cogió del brazo y tiró de él suavemente hacia la calle.

Manuel, experimentando una sensación nueva al sentir la presión del brazo de Margarita, empezó a andar a su lado como un niño que se deja conducir; pero como el ajetreo de la calle exigía que las parejas que iban cogidas del brazo se estrecharan fuertemente para no ser separadas por la avalancha humana, Margarita, conocedora, por experiencia, de la táctica necesaria, se unía a Manuel, aprovechando aquella ocasión magnífica con la que no había contado, mientras que Manuel sentía no ya la presión del brazo, sino el contacto del cuerpo, de todo el cuerpo de Margarita, electrizando el suyo.

– ¡Qué contrastes presenta la vida! -decía Margarita casi al oído de Manuel-. Un día, en el que usted estaba contentísimo y yo muy alegre, me propuso salir a pasear, y yo no acepté, sin haberme explicado todavía yo misma mi negativa, y otro día, hoy, en que usted está triste y no apetece el paseo, salimos juntos sin que quizá ni uno ni otro hallemos una explicación cabal a este paseo.

– ¿Usted no le halla explicación? -preguntó Manuel mirando a Margarita.

– Yo, no -contestó ésta.

– Pues yo, sí -aseguró él.

– ¿Y qué explicación se da usted?

– Me la reservo para el día de nuestras confesiones.

– Pero si tanto vamos almacenando, aquel día será un día sin fin -argumentó Margarita haciendo sonar su risa cascabelera.

– No tema usted. Cuando dos almas se ponen una frente a otra, pronto se entienden o pronto, también, sienten la necesidad de apartarse.

– ¿Y cuándo será ese día?

– Cuando lo acordemos mutuamente; cuando, como le dije antes, hagamos ambos examen de conciencia. Si llega, posiblemente llegue sin proponérselo, como suelen llegar todas las cosas bellas de la vida.

– ¿Lo desea usted de corazón?

– Lo deseo de todo corazón -afirmó él con solemnidad-. ¿Y usted?

– Por mí, si fuera ahora mismo, mejor. ¿Quiere usted que empecemos ya a confesarnos?... Yo me acuso...

Y al mismo tiempo que Manuel decía: “No, no”, ella lanzó una carcajada que obligó a que él se riera también.

– ¡Qué gracioso es todo esto de jugar a las confesiones, y qué pronto ha perdido usted la seriedad del confesor! -dijo Margarita riéndose-. Porque usted se ha reído.

– Me he reído, es verdad.

– ¿Y no vale más esa risa -decía Margarita, parada en la acera, frente a Manuel, teniéndolo cogido del brazo y mirándole fijamente a los ojos- que todas las futuras confesiones? ¿No es esa risa una confesión, y no esta risa mía y esta alegría mía otra confesión de que podemos ser... amigos, si los dos lo queremos?... ¡Qué hermosamente candoroso es usted y qué niño tan dulcemente ingenuo!

Y como Manuel se ruborizara, lo atrajo con la pasión de la que hubiera deseado devorarlo, diciéndole:

– No se ruborice, Manuel. Piense en la vida que es alegría y belleza. ¿No me ve usted a mí? ¡Ríase también!... Mire con qué envidia le miran los hombres porque voy de su brazo y cómo me miran a mí la mujeres porque llevo a mi lado un buen mozo... ¡Y creyó usted aquel día que yo no salía con usted por vergüenza, cuando voy orgullosa de pasear por Madrid con usted a mi lado!

Pero aquel leguaje no agradaba a Manuel, y menos aquella exhibición de que Margarita hacía gala. Es que ella, que se había olvidado de todo freno moral, era ahora la Margarita de siempre. La dominaban los sentidos, la hacía estremecerse el calor del cuerpo joven que llevaba abrazado, la enardecía el imaginar que aquel mismo día el niño sería su esclavo pidiéndole besos.

Era verdad que los hombres y las mujeres la miraban, pero no solamente por hermosa, sino por lasciva, porque el placer carnal asomaba a sus ojos transmitiéndose a su porte, que ya no era elegante y señorial.

Manuel, en cambio, se sentía molesto. No tenía plena conciencia del porqué del mirar de las gentes, ni del continuado abrazarle de Margarita, ni de la pasión desbordante y lujuriosa que crecía en ella; pero no se sentía a gusto. Así que, a poco, exclamó:

– Me ahogo, Margarita; vámonos de aquí.

– ¡Vamos a casa! -dijo ella, gozosa y encantada.

– No, no. Yo necesito aire y soledad... Me ahogo aquí... No me hallo bien... Permítame que nos despedamos.

– ¿Me va a dejar sola en la calle? -preguntó Margarita reponiéndose un poco-. ¿No le parece descortesía haber salido a pasear conmigo y dejarme en medio del arroyo?

– Perdóneme, que no sé lo que me digo. Pero es que no le hallo a gusto; es que me molesta enormemente esta masa de gentes que se apretujan, y esta manera descarada y procaz de mirar, y esta grosería y vulgaridad con que nos atropellan todos. No me hallo a gusto, Margarita. Perdóneme, pero desearía que nos fuéramos. Yo estoy mejor en la soledad de mi cuarto o acompañando a doña Eloísa, mientras no vuelvan otra vez aquellas deliciosas conversaciones que sostuvimos.

– Como usted quiera -dijo Margarita, consintiendo no de muy buena gana.

– Sí, sí; se lo ruego. Vámonos por calles donde no haya tanto ruido ni tanta gente; por calles donde el paseo sea un placer y podamos ir por la acera sin que nadie nos empuje ni nos moleste. Se lo pido por favor, Margarita.

– Bien... Como usted quiera. Vámonos por aquí. Salimos de Alcalá y pasamos por la Zarzuela a buscar Echegaray, saliendo a Príncipe por el callejón. ¿Le parece bien?

– ¡Magnífico! -agregando después de haber caminado unos pasos-. Yo no quiero estropear su paseo, Margarita. Si usted iba con algún fin determinado, continúe. Volveré solo.

– No. Manuel. Salí por salir: para ir a una tienda, asomarme a una confitería o pasear simplemente.

– ¡Ay, qué bien y qué a gusto se va por aquí! ¡Sin que nadie pise y sin que nadie apriete, sin escuchar esas groserías que llaman piropos y sin que nadie, de un empujón, nos tire en medio del arroyo! -exclamó Manuel con el regocijo de un niño que hubiera salido de una situación angustiosa. Y cambiando de tono, agregó: Pero noto que va usted triste. Su locuacidad se ha trocado en silencio... Y ya no me coge del brazo como antes.

– Es que siento haberle causado disgusto cuando lo que me proponía era lo contrario -arguyó Margarita, realmente triste porque tan pronto se habían desvanecido sus sueños.

– Si no ha sido usted, han sido ellos: nadie y todo el mundo. A usted le agradezco la invitación, la diferencia con que me ha tratado aceptando mi ruego y hasta... el haberme agarrado del brazo como a un... amigo. Y ahora ¿por qué no lo hace? ¿No se molestará si soy yo el que oficia como de lazarillo que guía a su cieguita o de caballero que conduce a su dama?

Otra vez estas palabras ingenuas, llenas de candor, estremecían a Margarita, pero con un estremecimiento diferente y opuesto al experimentado hacía un momento. Y como ella contestara ofreciendo su brazo, Manuel continuó:

– ¿Cómo quiere usted que la lleve, como a una cieguita o como a una princesa?

– Como a usted le parezca. Yo voy contenta con tal que me conduzca, como usted dice.

– Quizá no haya sido muy apropiado el término, pero sí la intención. A la cieguita se le lleva, se le guía, es uno el lazarillo, su sostén y su amparo; pero... yo no quería decir estas cosas. Margarita.

– Pues son muy hermosas, y a mí me encantan.

– ¿Porque son candorosas, como usted las llama?

– Porque son bellas, como expresión de un alma también bella.

– Entonces, ¿quiere usted que la acompañe como a la cieguita a quien dejaría a la puerta de su casa?

– Creo que estoy necesitando ser la cieguita que usted debe guiar -exclamó Margarita con un tono que no comprendió Manuel.

– Ahora es usted la que habla con tristeza, pues sus palabras salen, al parecer, de un fondo de amargura... Y es que debo ser yo el que produce esa tristeza, pues antes estaba usted alegre.

- Pues aunque no lo crea, esta tristeza mía me pone más alegre que la alegría anterior - aseguró Margarita.
- Pero eso es un enigma.
- Que descifraré algún día para que usted lo comprenda... ¡Y hemos llegado! -suspiró ella.
- ¡Qué lástima! Ahora era cuando el paseo tenía verdadero encanto -dijo Manuel riendo.
- ¿Quiere subir a casa? -preguntó Margarita ya dentro del zaguán.
- ¿A su casa? -inquirió extrañado él.
- A mi casa, sí. ¿No acaba de decir que era ahora cuando el paseo empezaba a ser encantador? Podemos hacernos la ilusión de seguir paseando.
- ¿Para hablar de la cieguita? -preguntó Manuel intencionadamente-. No, amiga mía. Sería... peligroso.
- Es la primera vez que hoy me ha llamado amiga.
- No lo he notado. Pero cuando sólo ahora lo he dicho, es, sin duda alguna, porque sólo ahora he sentido la necesidad de decírselo.
- Es usted cruel a fuerza de ser verídico.
- ¿Y preferiría usted que yo mintiera nada más que para ser galante? Los embusteros no se conocen nunca, porque siempre envuelven sus pensamientos y sus almas en una mentira, y yo quiero que la mía no se envuelva jamás en feos velos para que pueda darle siempre la luz de la verdad. Así quisiera yo que fueran todas las almas. Así deseo que se presenten las nuestras el día de nuestra confesión.
- Pienso despojar la mía de todo velo y de todo artificio -afirmó Margarita, quien desafiaba toda maledicencia por estar junto a Manuel, pues se había fijado cómo los genios pensionistas de doña Eloísa, que subían y bajaban, y aun los mismos vecinos de los demás pisos miraban a los dos jóvenes, imaginándose sus murmuraciones.
- Así, con seguridad, nos entenderemos -afirmó éste que no reparaba en nada de lo que le rodeaba-. Y después que nos veamos a la luz de la verdad...
- ¿Qué? -preguntó ella anhelante.
- Después... ¡quién sabe!... Lo que dispongamos, lo que consideremos digno, si es que usted no se asusta de la rigidez de mi conducta o no me asusto yo de...
- Nunca termina usted lo que se propone decir -exclamó ella quejosa.
- Es que esta vez me ha asustado mi propio pensamiento.
- ¿Y no puedo conocerlo?
- No es correcto que lo conozca.
- Me imaginaré que lo que usted pensaba era que podía asustarse de mí.

- Aunque sea monstruoso, eso es lo que pensé, lo confieso.
- Me esforzaré en mostrarle mi alma para que no se asuste.
- Es lo que deseo.
- ¿Nos separamos? -preguntó Margarita a quien ya iban molestando las miradas curiosas de los vecinos.
- Como usted desee.
- Pues entonces, hasta otro día -dijo Margarita tendiéndole su mano. Y sin retirarla de la de Manuel, le preguntó: ¿Por qué no come, como antes, con nosotras?
- Ese es otro problema que ya solucionaremos.

Y estrechándole la mano en señal de despedida, se separaron.

Margarita subió las escaleras, mientras Manuel, de pie, la veía ascender con regocijo. Cuando ella alcanzó el replano, como si una voz interior le asegurara que él permanecía allí, volvió la cabeza, y su rostro se inundó de alegría cuando Manuel le hizo alegres signos de despedida.

CAPÍTULO XVII

Cuando Manuel volvió a su casa releyó la carta de su preceptor y si la primera lectura le conmovió, porque leyó con el corazón al esperarla como solución a lo que creyó por un momento el gran problema de su vida, ahora que acababa de leerla con el cerebro, la encontró bella, debido también, sin duda, a la última conversación con Margarita, que le había devuelto, en parte, su tranquilidad y su sosiego.

No obstante, a pesar de la seguridad y el aplomo que nuevamente habían renacido en él, se sintió capaz de hallar, por sí propio, solución a lo que consideró insoluble, en cuanto se puso a meditar, pensó en Margarita y en que había en su vida un algo oscuro o inexplicable, no comprendido quizá por ignorado.

Sabía que era rica; que aquella magnífica casa de renta en pleno centro de Madrid era suya; que poseía otras fincas no menos valiosas, y que la única familia que se le conocía era doña Eloísa, prima hermana de su madre, casada con un militar y separada de éste por su vida disipada y licenciosa. Pero a todo esto no le daba importancia, bien porque consciente o inconscientemente se consideraba a cubierto de toda miseria, ya que porque criado en la abundancia y la generosidad, no concediera gran importancia a los bienes materiales, sino al talento, a la belleza y a la moral o conducta, como le enseñaron a llamarla su padre y su preceptor. De ahí que el balance mental que hacía se redujera a las prendas personales de Margarita, que eran las únicas que le interesaban.

En este balance, la primera partida que anotaba era la de la belleza de Margarita, que fue la primera que le deslumbró, y la que, quizá sin darse cabal cuenta, seguía deslumbrándole; la segunda, su exquisitez, sus finos modales, su natural elegancia, su vivacidad, fiel reflejo de su

fecundo ingenio; la tercera partida, su virtud, ya que consideraba indigno pensar que sin ningún antecedente en contrario pudiera ponerla en tela de juicio.

No obstante..., ¿cuántos años tenía Margarita?... Lo ignoraba. Aunque joven, con una juventud lozana y espléndida, no era una niña. Margarita era una mujer que oscilaría entre los veintisiete y veintiocho años... quizá los treinta. ¿Y era posible, se preguntaba, que a aquella edad, una mujer joven, rica y hermosa no hubiera tenido ningún amor, según ella misma le había confesado? Aquí era donde no veía claro Manuel, y a esta oscuridad ligaba aquella negativa de Margarita a hacerle la declaración, que a tanto equivalía no haber contestado cuando en forma apremiante la exigió que explicara por qué sufría.

Esta imposibilidad de darse a sí mismo una explicación satisfactoria, aceptando como aceptaba que “cuando el montaraz no busca a la montaraza, debe la montaraza buscar al montaraz”, concepto que le honraba, porque concedía a la mujer igual derecho que al hombre para expresarse con entera libertad, le impelía, ahora ya sereno, a ser cauto, y sin tomar una resolución extrema de rompimiento -cosa imposible porque el sexo, ya despierto, entonaba su canción de vida-, ni otra, no menos extrema, de entrega o rendición, vedada a él por su criterio moral, decidió esperar a que con la ayuda del tiempo, que es buen consejero, pudiera hallar la solución apetecida.

Pero el amor no fía al tiempo lo que es deseo y anhelo y sentimiento, y aunque el cerebro, que es razonamiento, confiara en mañana, el corazón exigía dar solución inmediata al que ya era para Manuel problema de vida.

En esta encrucijada se hallaba, pensando que amaba a Margarita y que ella le correspondía porque una mujer no llora por un hombre en su presencia, ni es tan dócil como lo había sido con él aquella tarde, si no lo amara, cuando su vista volvió a detenerse nuevamente en la carta de su preceptor, llegó a aquel párrafo o consejo que más le había impresionado: “... y si ese amor imposible te atrajera hasta el punto de hacerse irresistible, lleva la imagen que adoras al sagrario de tu corazón y allí hazle tus ofrendas, las más delicadas, las que más de acuerdo estén con la exquisitez de tus modales y con anhelo de tu vida...”.

Con la carta abierta ante sus ojos, y pensando a la vez que leía, halló en esas frases la solución ansiada. Llevaría la imagen de Margarita a su corazón y viviría, en la mayor pureza, para adorarla. Y como nadie, ni aun ella misma, lo sabría, nadie podría turbar el dulce sosiego de su corazón. Así, se conformaría con verla y hablarle de tarde en tarde, prolongaría cuanto pudiera la mutua confesión, y, mientras tanto, seguiría queriéndola en silencio a la vez que se preparaba a sí mismo para las grandes confesiones y las grandes exquisiteces del amor.

Tomada ya tal determinación, pensó que lo mejor sería “dar tiempo al tiempo”, y mientras el tiempo transcurría y él se ejercitaba en el amor silencioso y puro a que decidía entregarse, tal vez el misterio de la vida de Margarita se aclarara para poder amarla como él deseaba.

Desde aquel momento quiso ordenar su vida. Por la mañana iría a la Biblioteca Nacional con objeto de hacer un estudio, lo más concienzudo que le fuera posible, de los clásicos griegos; después de comer asistiría a la Universidad, por haberse inscrito como oyente en un curso de Psicología, que tanto le interesaba; después, creada ya la obligación de dedicar un tiempo a doña Eloísa, le servirían estas reuniones, tanto de solaz porque, aunque ausente, Margarita ocupaba directa o indirectamente un lugar en la conversación, como para ir conociendo los poetas contemporáneos de habla hispana, ya que había descubierto un inagotable venero de belleza en las jóvenes generaciones de poetas americanos, proponiéndose irlos leyendo en compañía de su buena amiga, y más tarde, después de cenar, cuando no le interesara ningún espectáculo o ninguna conferencia, se encerraría en su habitación para dedicarse a Ella, ya escribiendo madrigales que nadie leería, bien para dejar volar su imaginación soñando escenas

en las que él y Ella se amaban con el candor y pureza que el joven ponía en todas las manifestaciones de su vida afectiva.

Esta determinación le serenó. Y como tenía una voluntad férrea para llevar adelante sus proyectos, aquella misma noche se trazó su plan de estudios, terminado el cual empezó su loco sueño con Margarita.

Abstraído en sus trabajos y en sus meditaciones, llevando una vida interior intensa, el tiempo volaba, y durante un mes apenas vio a Margarita tres o cuatro veces y apenas, también, cruzó con ella unas cuantas palabras.

La vida seguía su curso: trabajo y sueños, pensamiento e ilusión.

CAPÍTULO XVIII

Margarita sí que estaba cambiada. Aquella mujer que durante años fue de reunión en reunión y de placer en placer, llevaba, casi sin darse cuenta de ello, una vida monacal. Ni hacía visitas ni las recibía; ni se tomaba el trabajo de contestar las cartas de sus amigas ni aun las leía. En días anteriores, a cada minuto sonaba el teléfono, pero cansada de quejas y de dar disculpas terminó por no hacerle caso. Lo mismo le sucedía con quien llamaba a su puerta, abierta únicamente, en próximos y pretéritos tiempos, a las personas de su intimidad: como si nunca estuviera en ella, jamás contestaba. Doña Eloísa, que tenía instrucciones al respecto, cuando alguien preguntaba por Margarita, decía ignorar dónde estaba, a qué hora volvería a casa, dónde y cuándo comía. Así, aunque sin proponérselo deliberadamente, se aislaba, abandonando sus relaciones y alejándose de su vida anterior.

Cuando salía, lo hacía sola; cuando sentía la necesidad de mezclarse en el bullicio, iba a lugares no frecuentados antes, y cuando en el café o en el teatro los hombres, importunos, fijaban en ella sus miradas, abandonaba el local o el espectáculo como si se sintiera contrariada y molesta. Inconscientemente tejía a su alrededor un velo de soledad dentro del cual se hallaba a gusto y en cuyo recinto no penetraban más que doña Eloísa y la imagen de Manuel, que se iba apoderando cada vez más de su voluntad.

Por doña Eloísa, su amiga y confidente, sabía cuanto podía saber de Manuel: sus trabajos, sus lecciones, sus paseos y sus largos encierros en la habitación. De cuando en cuando, en las conversaciones que sostenían Manuel y doña Eloísa se pronunciaba el nombre de Margarita, pero sin que él hiciera nunca una confesión verbal, aunque su vieja amiga notaba que aquel solo nombre tenía la virtud de colorear las mejillas del joven sumiéndolo en largos silencios, prueba inequívoca de que pensaba en ella.

Estas confidencias agradaban a Margarita, eran el tema obligado a la hora de comer las dos mujeres, y aunque ésta se había prometido no asistir a las lecturas de Manuel, trataba por todos los medios de tropezarse con él en la casa, en la escalera, en la calle, para lo cual se hallaba dispuesta a salir o a entrar a las mismas horas en que Manuel entraba o salía de casa.

Algunas veces, aunque pocas, habían coincidido, dando lugar a cambiar un saludo, una sonrisa, un apretón de manos; pero aunque Manuel no se había propuesto deliberadamente huir y esconderse, Margarita creía que el joven le huía. Esta convicción la desesperaba unas

veces; otras, la obligaba a estar triste, y siempre acicateaba su deseo, que iba siendo obsesión aunque ella todavía no se atreviera a llamarle amor.

Decidida a terminar con esta situación que la enervaba, y conociendo, como conocía, todos cuantos pasos daba Manuel, se propuso seguirlo para hacerse, cuando lo creyera oportuno, la encontradiza, pues a medida que pasaban los días se le hacía más insoportable la idea de vivir sin él y más deseada y acariciadora la de estrecharlo en sus brazos y entregarle su vida.

Sabiendo que desde la Biblioteca Nacional subía por Recoletos y Alcalá hasta Sevilla y Príncipe, donde comía no lejos de la pensión, se decidió, por fin, a la hora en que Manuel debía hacer el camino ascendente a hacer ella el mismo camino en sentido inverso. Por fin, el segundo día en que Margarita se decidió a salir en su busca, lo tropezó en la calle de Sevilla. No iba solo, sino acompañado por otro joven. Cuando Manuel la vio, se paró, se despidió de su acompañante y, sombrero en mano, se dirigió hacia ella. Esta, que ya desde lejos había visto al joven, dudó en un principio si la despedida de Manuel significaba cambiar de rumbo para huirle, puesto que tenía la certeza de haber sucedido eso en alguna ocasión; pero cuando le vio dirigirse a ella, tenderle la mano y saludarla con la más amable cortesía y con la más exquisita de sus sonrisas, Margarita experimentó una de las más intensas alegrías de su vida. ¡Por fin se realizaba uno de sus primeros deseos: hablarle! ¡Y por fin, también, era él, aunque fuera ella, quien aparecía como buscándola y hablándola!

Como después del saludo, Manuel se colocara a su lado empezando a andar en sentido contrario al que llevaba antes, éste, con su acostumbrada ingenuidad, se atrevió a preguntar sonriente:

– ¿Y a dónde vamos, ya que sin su permiso me he atrevido a colocarme a su lado y acompañarla, o a dónde va, amiga Margarita, si es que puedo ser tan atrevido como para hacerle semejante pregunta?

– Usted puede, porque cuenta con mi autorización anticipada, hacerme cuantas preguntas desee, y puede también, porque tiene mi consentimiento, unirse a mí siempre que me encuentre, pues ya le dije a usted un día, aunque parece haberlo olvidado, que no tenía otro amigo que usted ni había persona alguna que tuviera derecho de ninguna especie a interponerse entre nuestra amistad.

– Gracias, Margarita, gracias -se atrevió a decir él, halagado por aquella firmeza y aquella declaración que no esperaba.

– ¿Lo había usted olvidado? -insistió ella.

– No lo había olvidado -afirmó él.

¿Y por qué, entonces, no ha tomado en cuenta aquella invitación? -preguntó zalamera.

– No ha habido ocasión para ello. ¡Como tan pocas veces nos encontramos!

– No habrá sido porque yo haya rehuido el encuentro -dijo ella intencionalmente-. Cuando nos hemos visto, después de aquel día en que nos prometimos mutua confesión, iba usted tan de prisa, tenía, sin duda, tantos quehaceres, que se conformó con un ligero saludo o con una no menos ligera y obligada sonrisa, y yo, aunque hubiera deseado retenerle y preguntarle, hube de conformarme con la merced que usted me dispensaba.

– No, Margarita, no interprete usted así mis muchas ocupaciones y quizá... mi ligereza. Usted sabe sobradamente que ocupa un lugar preferente en mis pensamientos y en mi corazón - afirmó Manuel yendo en sus declaraciones más allá de donde se había propuesto.

– Yo no lo he sabido nunca, Manuel, porque nunca me lo dijo usted.

Y mirándole fijamente a los ojos como si quisiera leer en ellos y beber después sus palabras, insistió:

– ¿No ha sido esa una declaración forzada? ¿Es verdad lo que usted acaba de decirme?

– Verdad, Margarita, verdad. Yo no digo siempre más que la verdad.

– ¿Verdad, Manuel?... Para que lo crea, vuelva a repetirlo.

Manuel sintió que el rubor subía a su cara prohibiéndole hablar; Margarita, en cambio, olía aquella carne joven que llevaba a su lado, y cogiéndole del brazo para estar todavía más próxima y sentir el calor de aquel cuerpo que tanto apetecía, volvió a instarle a la declaración, no sólo con la palabra sino con el deseo, que asomaba a sus ojos.

– ¿A que no lo repite? ¿A que no vuelve a decirme que yo ocupo un lugar preferente en su corazón?

– Sí, Margarita. ¿Cómo no repetirlo, si es verdad? -afirmó él en tono entrecortado.

– Pues si es verdad, repítalo, que me gusta oírlo -insistió ella apremiante.

– Usted ocupa, no un lugar preferente en mi corazón, pues al decir eso parecería que en él hubiera varios lugares que pudieran ser disputados en preferencia. Usted ocupa en mi corazón el único lugar, porque lo llena entero. -Y como si se hubiera quitado un enorme peso de encima, preguntó:- ¿Está usted conforme?

– ¿Conforme? -inquirió ella estrechamente más a Manuel-. No estoy conforme. Estoy llena de alegría. ¿No ve usted la alegría en mis ojos? ¿No nota cómo me brinca la alegría por todo el cuerpo?... ¿Soy yo la única que ocupa su corazón?... ¿Es esto cierto, Manuel?... ¿Puedo creerlo? ¡Dígame que sí, Manuel!

– Es cierto, Margarita, es cierto: la única... Y yo -se atrevió a preguntar, medroso todavía-, ¿qué lugar ocupo en el suyo?

– ¿No lo ha adivinado?

– Creer no es saber.

– Pues... mañana se lo diré... Déjeme que lo piense... Mañana, cuando usted vuelva de su biblioteca, yo estaré ahí, en **Maison Dorée**, esperándole, y mañana le diré lo que pienso, pues como usted se ha anticipado a hacer la confesión, y yo no estaba preparada para esta sorpresa, esta noche haré examen de conciencia para ver quién o quiénes ocupan mi corazón y mis pensamientos. El resultado del minucioso y concienzudo examen se lo comunicaré a usted... ¿Conforme? -preguntó llena de alegría y júbilo, desgranando sus risas.

– Conforme, ya que no hay más remedio que conformarse -asintió él con una amargura.

– Pues entonces...

- ¿Nos separamos ya? -preguntó Manuel sorprendido.
- Debemos separarnos, porque usted debe de ir a comer y yo... yo debo empezar desde ahora mismo a ir pensando en la confesión... En cómo y de qué manera debo hacer mi primera confesión, para lo cual debo estar a solas con mi conciencia.

Y mirándole a los ojos, agregó en un tono que tenía de llanto tanto como de alegría:

- En **Maison Dorée**, mañana, a la hora en que usted retorna de su viaje a la inmortal Atenas.

Y salió volando como una pajarilla.

CAPÍTULO XIX

Margarita debió separarse apresuradamente de Manuel porque no sabía si reír o llorar, si proclamar a voces su alegría o adentrarse en sí misma para saborear en la soledad la nueva y encantadora sensación de bienestar que la embargaba. En su casa, hubiera caído en brazos de Manuel para entregársele, rendida. En la calle, huyó, en una huída de felicidad, cual si ya poseyera cuanto apetecía.

¡Cuán diferentes la Margarita que hacía unos minutos era sacudida por apetitos de lujuria y la Margarita que ahora volaba, con alas de ilusión, en pos de su felicidad, una nueva felicidad de la que todavía no tenía clara conciencia, pero que entonaba a su oído una nueva sinfonía jamás escuchada ni jamás sentida!

Sola en medio del bullicio, porque nada veía que no fueran cuadros de felicidad que su imaginación febril iba engarzando, ni escuchaba otra cosa que la música alegre que rimaba en suspiros su corazón, en su bello rostro se reflejaba la alegría interior que en sus labios inquietos se expresaba en risa y en sus claros ojos se trocaba en llanto. Porque se ríe también con lágrimas, y porque es, alguna vez, el supremo gozo expresado en llanto, Margarita no pudo evitar que sus ojos se empañaran y que de ellos brotara, como de un manantial, el agua clara del sentimiento. Así, en ese diálogo que las almas gozosas sostienen con ellas mismas, Margarita se hacía una tras otra mil preguntas bellas, y, al contestarse, la alegría juguetona retozaba en su cara o el sentimiento alegre se traducía en sollozo, preludio de llanto que anudaba su garganta.

Pero necesitando estar sola, realmente sola para dar rienda suelta a su alegría, se dirigió a su casa. Y... ¡oh contrastes de las almas femeninas!, hacía apenas unos minutos que, inquieta, desasosegada, hambrienta de amor, Margarita había salido en busca de Manuel, desafiando todos los peligros y todas las murmuraciones, y ahora, después de escuchar de sus labios una sencilla declaración, alegre y satisfecha se ruborizaba al pensar que él podría verla. Por eso Margarita toma un auto, salta a él, se acurruca en su interior y baja en la puerta de su casa para subir las escaleras, no saltando como una corza, sino volando como una paloma que vuelve al nido en el que ha de encontrar, ¡por fin!, quietud y placer.

Lo primero que hizo al entrar en su casa fue llamar a doña Eloísa, y tomando el teléfono con el alborozo de una niña a quien se le hubiera hecho el regalo más preciado, riendo y saltando, le comunica atropelladamente sus alegrías.

– ¿Eres tú, Eloísa?... ¿sí?... Ven corriendo que te necesito... No, no te asustes... Es una gran noticia... ¡La mayor gran noticia que podría darte!... Sí, de él... ¡Se me ha declarado!... Ven que te abrace y ven tú a abrazarme... ¿Vienes?... Pues ven corriendo que hoy es el día más feliz de mi vida.

Transcurrido apenas un minuto, se oyó el ruido de la puerta. Era doña Eloísa.

– ¡Pasa!..., ¡pasa!... -gritó Margarita-. ¡Ven y abrázame, Eloísa!

– Pero, hija, ¿qué es esto? -preguntó doña Eloísa toda contenta al ver la alegría desbordante de Margarita.

– Que hasta ahora yo no había sabido lo que era estar alegre; alegre de nueva alegría que me hace reír y me hace llorar; que hasta ahora, Eloísa -y la emoción ahogaba sus palabras-, yo no había creído que la amistad o el deseo o el amor de un hombre pudiera proporcionar tan inefable gozo.

– Es el amor, Margarita, es el amor -interrumpió sentenciosa doña Eloísa-, que hace gozar hasta cuando se sufre.

– Lo he visto, hemos hablado y me ha hecho una declaración de amor como sólo él sabe hacerlo, ya me habló más su emoción que sus labios... ¡Ya es mío!... ¡Ya es mío, Eloísa!... ¡Ya no me lo podrán quitar!... -Y como si expresara una idea o un sueño largamente acariciado, agregó-: Nos iremos lejos, muy lejos, donde no conozca a nadie, donde no pueda entenderse con nadie para que sea mío y sólo mío, y en nadie más que en mí confíe y esté siempre a mi lado... Desde mañana empiezo a preparar todo...

– ¡Calma, calma, Margarita!... No pienses ni hagas locuras.

– Pero si era mi único afán, si había llegado a ser en mí delirio conseguir que fuera mío; si he vivido estos últimos tiempos obsesionada y loca, porque no descansaba pensando en él, y no reía porque todo me parecía triste, ¿por qué no hacer de una vez la gran locura arrebatándolo y llevándomelo lejos para que nadie me lo dispute ni me lo robe?

– Pero... ¿tú sabes si él estará dispuesto a emprender ese viaje? -interrumpió doña Eloísa-. Vamos, serénate que puedes echarlo todo a perder.

– ¡Siempre estás en contra mía! ¡Siempre me llevas la contraria! ¿Por qué es locura viajar?...

– No, no, yo no considero locura viajar, pero sí considero locura querer arrebatarse a un joven para llevártelo por ahí como se lleva un juguete. -Y haciendo una pausa, como si meditara sus palabras, continuó doña Eloísa-: Vamos a ver... ¿Crees tú posible que ese muchacho se deje raptar, ya que es un verdadero rapto lo que te propones y lo que te imaginas? Manuel no es un hombre de los que se dejan seducir y menos todavía de los que es posible engañar. Para realizar un viaje con él, tendrá que intervenir él forzosamente en marcar el itinerario, o, por lo menos, establecerlo de común acuerdo contigo, pues no es hombre de los que hagan las cosas sin plan ni concierto. Manuel es ordenado, metódico y en cuento hace interviene su voluntad... No, Margarita... Piénsalo bien. No puedes arrebatárselo; no puedes llevártelo por ahí como te llevarías a un amante cualquiera que tuviera necesidad de esconder sus amores... Además, para quererlo, puedes quererlo aquí, que nada ni nadie te lo impide, y para que sea tuyo y sólo tuyo... Eso depende de cómo sepas conducirte tú misma.

– ¿Qué quieres decir? -preguntó Margarita.

– Lo que siempre te he dicho -contestó doña Eloísa-: que tu apetito de hombre lo podrás satisfacer con él, si así lo quieres; pero que si deseas algo duradero, permanente, o, por lo menos, estable: eso tan sutil, tierno y delicado que yo llamo amor, tendrás que frenar tus locuras, que alarmarán a ese joven, y entrar en la senda de la sensatez, única por donde podrá ir contigo de la mano.

– ¿Pero es que no estás dispuesta a ayudarme, como yo creía, para conquistar y retener a ese primer hombre que ha llenado y ha cambiado mi vida? ¿Es que realmente estás enamorada de él como madre y sólo deseas para “tu hijo” los amores que tú llamas puros? ¿Es eso, Eloísa? ¿No eres ya mi amiga? ¿Debo perder la confianza que tenía en ti?... ¿No te he dicho mil veces que quiero que sea mío por encima de todo, venciendo todos los obstáculos, cueste lo que cueste, y sin importarme para nada consecuencias ni escándalos?... ¿No te lo he dicho, Eloísa?

– ¡Cálmate!, ¡cálmate! -contestó, cada vez más serena, doña Eloísa-. Demasiado sabes que te ayudaré en todo cuanto pueda; pero...

– No hay peros, Eloísa -interrumpió Margarita-. No me amargues ahora la vida con tus sermones. Manuel me ha dicho que me quiere, pidiéndome, rogándome más bien una contestación, y como no puedo perder años, ni meses, ni días en noviazgos que podrían frustrarse, debo aprovechar esta ocasión que me presenta para hacerlo mío... ¿Comprendes?...

– Comprendo -afirmó doña Eloísa.

– ... ¿Cómo?... No sé -continuó Margarita sin oír a su amiga-, no le he pensado; pero... ¿tan poco valgo que no pueda retener a un hombre cuando caiga en mis brazos?

– Vales más de lo que tú misma te imaginas, porque no has descubierto todavía todo lo bueno y todo lo noble que hay en ti; pero por lo mucho que vales es por lo que yo desearía que fuera para ti, y para siempre, ese otro tesoro que es Manuel, y que tú no has sabido mirar todavía con ojos de verdadera pureza.

– ¡Bueno!, ¡bueno!... ¿Estás dispuesta a ayudarme?

– Te ayudo todos los días y a todas horas.

– Lo sé. Pero... si yo te necesitara..., aunque fuera para cometer la mayor de las locuras..., ¿me ayudarías?

– Ya sabes que sí. Te quiero demasiado para abandonarte en cualquier situación, y te ayudaré con más ahínco y con más entusiasmo y con más fervor cuanto más grave o peligroso sea el trance en que te halles. Lo que yo quisiera es tener la intuición o la inteligencia necesaria para obrar de tal forma que con mi acción prohibiera el trance doloroso, beneficiándote. -Y tras una pequeña pausa que fue como titubeo de quien quiere explicar algo que no puede, exclamó quejumbrosa-: ¡No puedo darte a conocer claramente mi pensamiento!

– Pero yo te comprendo y te lo agradezco -interrumpió Margarita.

– Es que yo no considero amistad ni cariño los que sólo se expresan en las horas de bonanza y de alegría, sino los que se viven y actúan en los momentos de infortunio. Si cometieras esa gran locura que tú anuncias y yo ignoro, y por esa gran locura te sobreviniera un gran mal, cosa que no espero ni deseo, en esas horas negras en que el corazón sangra y llora el alma dolorida, me tendrías siempre a tu lado, no sólo para consolarte, que eso es poco, sino para devolverte la alegría, aunque fuera a expensas de la mía. Ya ves si te quiero y ya ves si estoy dispuesta a ayudarte.

– ¡Qué buena eres, Eloísa!

– Lo que yo no quiero -continuó como si no hubiera oído a Margarita- es que lleguen a ti las horas de dolor; lo que me propongo siempre con mis sermones y con mis actos es interponerme entre tú y el dolor. Tú quieres a Manuel con el arrebató de una pasión tardía, y creyendo que puede escapársete, se apodera de ti el terror, terror de la soledad, terror del vacío que ya has empezado a gustar, y en estas condiciones quieres aferrarte a él para no perderlo, no para que no te lo arrebaten, porque hasta ahora nadie te lo disputa. Yo sé, me consta, que ese niño es tuyo, y sólo tuyo, que únicamente por ti suspira, que sólo en ti piensa. Y si es tuyo y sólo tuyo, ¿qué locura necesitas hacer para conseguir lo que tienes al alcance de tu mano, se te está ofreciendo y tú quieres y necesitas?

Margarita, pasado su primer arrebató, escuchaba en silencio las palabras de su prima, adquiriendo por milésima vez la convicción clara de ser la única que siempre le había demostrado lealtad y cariño, y experimentando la dulce sensación de bienestar que las juiciosas razones de doña Eloísa le proporcionaban.

– No debes pensar en que alguna otra mujer pueda arrebátártelo -continuó doña Eloísa-, pues debes tener la certeza de que en la vida de Manuel no hay otros cariños más que tú y su padre. Si adquieres esta convicción de no tener rival, se tranquilizará tu conciencia y al tranquilizarte ya no necesitarás ni pensar en locuras ni soñar locamente. Serenado tu juicio, sólo tendrás que preocuparte de hacer eterno el momento de felicidad que ahora apeteces. ¿Cómo? He ahí el problema que se te plantea y que tú sola puedes resolver. Yo no puedo enseñarte a resolverlo. Por lo tanto, a lo que me limito es a decirte que me parecen descabellados algunos de tus planes.

– Posiblemente tengas razón -suspiró Margarita.

– No sé si tengo razón o no. Lo que sí te aseguro es que sólo deseo tu bien y el de Manuel, y como tú lo desees y él te quiere, sería verdaderamente lastimoso que no se entendieran.

– Lo que yo quisiera hacerte comprender -dijo, ya más serena, Margarita- es que no puedo, a mi edad, comprometerme en amores románticos cuyo lejano desenlace, por no vislumbrarlo, me causa miedo. Manuel es una criatura adorable, quizá más adorable por su candidez, por su ingenuidad y su romanticismo; pero ¿será posible, por más esfuerzos que haga, volverme yo cándida, ingenua y romántica, habiendo vivido siempre entre la más prosaica y práctica picardía? Tengo miedo, y te lo confieso por primera vez, que alguna envidiosa o algún desalmado le hablen de mí, de mi vida, que le pintarán con negros colores, de mis vicios, que deseo abandonar para entrar en los caminos de una vida limpia. Por eso quisiera aislarlo, llevármelo, arrancarlo de Madrid, y aunque yo cambiara, como estoy dispuesta a cambiar, que sólo yo notara el cambio y él me creyera, como me desea, pura y sin mancha. ¿Comprendes ahora mi miedo y por qué este miedo me impulsa a tomar lo que se me ofrece, aunque sólo sea por un día o por una hora?

– ¡Qué difícil sería para ti resignarte a perderlo después de un día o una hora de posesión! Sería entonces, y no ahora, cuando empezaría tu martirio; entonces, y no ahora, cuando comenzaría tu tormento. Y lo que yo quiero, lo que me propongo y desearía que tú te propusieras, es la conservación de la dicha, pues ser besada una vez por un hombre al cual se ama y resignarse a perder sus besos cuando se continúa amándole, es cosa imposible, porque el amor a tu edad y a la edad de Manuel no se sacia nunca, sino, al contrario, aumenta el deseo de amar.

– ¿Y cómo hacer, Eloísa, cómo hacer? -preguntó Margarita en tono suplicante.

– No sé, Margarita; no sé. Al punto en que han llegado las cosas, ya no sé lo que aconsejarte. Le conozco a él, que es todo dulzura; te conozco a ti, que eres toda arrebatada; peso sus ideas morales, que me ha confesado; compulso tus razones, que tienen una fuerza abrumadora, y... no sé, no sé qué aconsejarte... Un largo noviazgo sería imposible, ya lo veo; una entrega rápida... No sé, querida mía, no sé... Mide tus palabras, piensa tus acciones y esfuérate en que unas y otras sean hermosas... No sé...

Y como doña Eloísa estuviera a punto de anegarse en llanto, Margarita intervino:

– Bien, Eloísa. No te emociones. Sé lo que me quieres. Y si no lo hubiera sabido antes, lo habría aprendido ahora... Ya veré lo que hago, ya pensaré detenidamente en lo que he de hacer mañana... ¿Vamos a comer?... Quiero y necesito estar alegre y espero que esta alegría, como tú deseas, dure toda la vida.

CAPÍTULO XX

“¿Qué camino seguir?, ¿qué hacer para llegar felizmente al fin deseado?” -preguntaba Margarita encerrada en su biblioteca. Y por más que las preguntas, una tras otra, martillaban incesantemente en su cerebro, no hallaba una respuesta satisfactoria a ninguna de ellas.

Hacerlo suyo, suyo una vez, entregándosele voluntariosa y enamorada, lo consideraba tarea fácil. Pero... ¿y después?... ¿Qué pasaría después si, como decía doña Eloísa, huyera él asustado y quedara ella con el dulzor de la miel en los labios? ¿No empezaría entonces el tremendo martirio; no sería entonces cuando, por huir del dolor, caería en el dolor? Y se estremecía dolorida y angustiada al solo pensamiento de perder en día próximo o lejano lo que apetecía con toda su alma. Pero, ¿cómo conformarse con entablar unas relaciones lentas y largas, durante las cuales iría descubriendo poco a poco su vida anterior? ¿No se asustaría él cuando la conociera? ¿No huiría de su lado aun sin haberle proporcionado la inefable dicha del minuto soñado? Porque, ¿qué podría esperar después de un largo noviazgo, durante el cual sería preciso confesarse continuamente, descubriendo lo que deseaba enterrar en el olvido? ¿El matrimonio? Jamás había pasado por la imaginación de Margarita la idea de casamiento, y al tener, por primera vez, eco en su conciencia, la desechaba por imposible. No, ella no había nacido para el matrimonio, sino para el amor, se contestaba a sí misma. Pero entonces se preguntaba inquisitiva: si no podía ser la esposa del hombre que deseaba -aunque no quería confesarse a sí misma que lo adoraba-, ¿qué sería?... ¿la querida eterna?... ¿al mujer que debería ocultar siempre sus puros amores del mismo modo que había ocultado hasta ahora sus amores impuros?...

Margarita no hallaba solución a su problema amoroso, pues considerando imposible ser la esposa, porque todavía sentía prevenciones contra el matrimonio, para el cual no se consideraba capacitada, tampoco aceptaba la idea de ser la eterna querida del hombre que, caso de poder retenerlo a su lado, sentiría un día el peso de la ilegalidad para buscar en el matrimonio con otra mujer la regularización de su vida social.

Ante esta idea tembló Margarita. Nunca jamás se había estremecido cuando, concebido un plan, hubo de llevarlo a la práctica. Pero, ahora, pensando los pro y los contras, se hallaba por primera vez desarmada en su vida, por su misma confusión, para realizar lo que anhelaba, ya que jamás, tampoco, había pensado en problemas de continuidad en la lejanía del tiempo. Lo

que hasta entonces se había propuesto, placer de la carne o pueril capricho de adquisición o diversión, lo había concebido y realizado sin inconvenientes y al momento, no pensando jamás si hastiada mañana del placer o el capricho, continuaría deseándolo. Hoy, que por primera vez tomaba estado de conciencia un deseo que se hacía más fuerte que su voluntad, temía perderlo aun mucho antes de haberlo disfrutado, lo que le causaba una especie de angustia que la intranquilizaba.

Mas, de pronto, halló en su cerebro la luz deseada, la tabla salvadora a que se agarra el náufrago cuando una idea persistente y única la embarga y obsesiona: salvar la vida. En aquel momento de tribulación en que se hallaba, Margarita necesitaba salvar su esperanza, la esperanza de hacer suyo a Manuel unida a la esperanza de retenerlo a su lado, y la idea de huir con él a países lejanos apareció nuevamente como tabla de salvación. “Sí, sí”, se decía, jubilosa, y hablando con voz que ella misma se escuchaba, produciéndole la música de sus palabras una nueva alegría, porque trocaba en diálogo lo que había sido hasta entonces mudo y triste soliloquio. “Sí, sí; irnos lejos, muy lejos, donde nadie nos conozca, donde nadie perturbe con la sombra de una insidia la alegría de amarnos un día y otro y siempre. ¿No quiere él viajar? ¿No salió de su casa para viajar?... , pues emprender el viaje de amor del que no se vuelve, el viaje eterno que no tiene jamás retorno al punto de partida. Francia, Inglaterra, Suiza, Italia, el Mediterráneo, América... Viajar sin descanso y sin descanso amar hasta que un día, en lugar bello y tranquilo, reposar el amor. Llenar los ojos de paisajes y de luz, y llenar el alma de alegría y de tranquilidad, siendo ambos desconocidos por donde pasemos y cada vez más unidos porque el amor, insatisfecho siempre, tenga siempre en nuestras almas un nuevo matiz que se exprese en nuestros labios con un también siempre nuevo e insatisfecho deseo”. Calló Margarita, aunque no enmudeció su inquietud ni menos, todavía, quedó en reposo su fértil fantasía, ya que, hallada la solución, era cuando trabajaba más febrilmente.

Madrid pesaba ya sobre ella, porque en Madrid veía el mar tormentoso en que podría naufragar, y si le hubiera sido posible, habría huido de él inmediatamente. ¡Qué de peligros para su amor veía ahora en Madrid! ¡Y cómo se torturaba nuevamente al no poder realizar, de inmediato, su pensamiento y su nuevo deseo! Huir, huir cuanto antes era su obsesión. ¿Quién podría asegurarle que Manuel no se enterara de su vida, dispuestas como hay siempre gentes que gozan con ser portadoras de malas noticias? Este peligro era necesario conjurarlo, y no existía otro medio que huyendo de aquel Madrid que hasta hacía poco había considerado como centro del mundo y de la alegría, y que ahora pesaba sobre ella como losa de plomo. Pero como no era posible huir con la celeridad apetecida, porque necesitaba convencer a Manuel para emprender el viaje, consideró necesario formar un cerco a su alrededor para que no pudiera hablar con nadie ni le llegara otra noticia que no fuera por su intermedio.

¿No habían quedado citados para el día siguiente? Pues aquel primer contacto serio, aquella primera reunión de novios en la que ella, contestando a su pregunta, le declararía también su amor, debía ser definitiva. Desde aquel momento ya no deberían separarse, o, por lo menos, la separación, cuando fuere imprescindible, debería ser lo más corta posible. Empezarían realizando el viaje a El Escorial, que Manuel había suspendido; y el de Aranjuez; recorrerían España mientras preparaban el gran viaje del que no pensaba volver a Madrid. ¿Después?... No quería contestar el interrogante porque consideraba seguro el triunfo.

Sonrió con satisfacción: ya no tenía nada que temer. Y rieron sus ojos golosos, tal y como si a sus labios, volando, llegara un beso.

CAPÍTULO XXI

Por primera vez, desde hacía varios días, Margarita durmió con sueño dulce, apacible y bienhechor.

Se despertó y cogiendo el teléfono llamó.

– ¿Eres tú, Eloísa?... -y como ésta se extrañara de que la llamara tan a primera hora, contestó:- He dormido magníficamente bien y ya hace un buen rato que me desperté... ¿Y tú?... Sí, sí, más optimista que nunca... No; me parece que me estoy transformando como... tú deseas... Todavía no sé lo que voy a hacer, pero no quiero hacer locuras. He pensado demasiado, y cuando un acto se piensa y se madura, se va con gran cuidado... ¿Pero no te digo que no sé todavía lo que he de hacer? Sí, voy a salir a eso de las diez... Sí, mujer, antes de irme pasaré a abrazarte... Dile a Manuela que me prepare el baño... ¡Ah!, desayunaré aquí... Hasta después. -Y colgó el auricular, quedándose en la cama en espera de que Manuela le avisara que podía pasar al baño. Mientras el aviso llegaba, volvió a soñar, pues en la situación en que se hallaba, no podía hacer otra cosa que hilvanar sueños.

¿Cómo atraería a Manuel a su casa?, se preguntaba. Dos o tres veces, no recordaba bien, le había hecho la invitación muy veladamente, pero nunca había aceptado. No obstante, para aislarlo del mundo, como se había propuesto, era necesario insistir, pero con éxito, pues una nueva negativa prolongaría la presente situación de incertidumbre y de temor. “Teniendo nuestras citas y nuestras reuniones en casa, el peligro de andar solo y conversar con gentes extrañas disminuirá y, por lo tanto, convencerlo para emprender nuestro viaje lo antes posible será más fácil tarea. Podremos salir a pasear cuando nos cansemos de estar encerrados; ir al teatro; empezar las excursiones cortas ahora que hace buen tiempo, y cuando quiera ir a la biblioteca, acompañarlo, entreteniéndome en leer lo que él indique, para volver juntos como dos colegiales”.

Margarita gozaba con estas ilusiones. Pero no era sólo un goce físico el que experimentaba, ni un goce de triunfo al imaginarse a Manuel, como un corderillo, siempre a su lado; era un goce moral del que no tenía cabal conciencia, ya que ahora la encantaban escenas candorosas e ingenuas de las que antes se hubiera reído. Hasta llegó a pensar ir con él a la Universidad para asistir juntos al Curso de Psicología al que Manuel le había dicho que iba tres veces por semana, manera tan simpática como eficaz para no dejarlo solo.

Pero, ¿cómo atraerlo? ¿Cómo obligarle, sin que él se diera cuenta, a trasponer el umbral de su casa para llevarlo insensiblemente a su intimidad? Era su gran pregunta, la pregunta que, al no hallarle solución, empañaba su alegría, aquella alegría radiante con que se había despertado. Pero, mujer de ilimitados recursos, por fin halló la solución buscada. Saldría de compras. ¿A comprar qué? No importaba qué: mil chucherías. Como a la vuelta vendría con tantos paquetes que ella sola no podría llevar en sus manos, le pediría el gran favor de ayudarla a transportarlos del coche a su casa, y como no podría negarse, porque no podría dejar de ser amable y cortés, quedaría resuelta la primera parte, la de atraerlo a su intimidad haciéndole perder el temor para lo sucesivo. Contenta con el hallazgo-ardid, se tiró de la cama y se dirigió presurosa al baño.

– ¿Ya está? -preguntó a Manuela.

– Sí, señorita -contestó la sirvienta.

– Bueno; dentro de media hora me pones el desayuno en la biblioteca. Pero me avisas, ¿he?

– Sí, señorita; le avisaré a usted.

Pocas veces como se había recreado Margarita contemplando su cuerpo desnudo, y pocas, también, como en este día, había sentido con tanta fruición la caricia del agua. Se veía hermosa y se sentía hermosa, pero no experimentaba ningún erótico placer de carne que se ofrece, sino satisfacción de su hermosura, alegría de contemplarse joven y bella, íntimo regocijo, como si su propia belleza, entrándosele por los ojos, le inundara el corazón de bondad, ya que ni le pasó por la imaginación considerar su cuerpo joven y fresco como instrumento de su conquista para la cual estaba poniendo en juego todas las potencias de su alma.

Terminado el baño, se anudó graciosamente el pelo ante el espejo, vistió una preciosa bata, bajo cuyos pliegues se adivinaban líneas esculturales, y se dirigió a la biblioteca en el preciso momento en que entraba Manuela.

– Lleva todo a la alcoba -le dijo-, y abre esas ventanas, mujer, que está deseando entrar el sol a visitarnos.

Desayunó sola, entre pensativa y alegre, se puso un traje nuevo, y después de abrazara doña Eloísa salió a la calle, deseosa de bañarse en sol y en alegría.

¿Qué compró después de visitar mil tiendas, mientras miraba a cada momento su reloj, entre contrariada porque el tiempo parecía estático o preocupada porque corría demasiado veloz? Aquí unas medias, allí unos pañuelos, en la otra tienda un regalito para doña Eloísa, en la de más allá un obsequio para Manuela, en aquella joyería un precioso prendedor y en la camisería... una corbata para Manuel. Fue la compra que más la entretuvo. Deseaba algo hermoso y único, que hablara por sí solo de gusto y primor, y, por fin, tras de revolver, pedir, mirar y volver a mirar, eligió la que le pareció más primorosa.

Cuando volvió al auto, que la esperaba con el asiento lleno de paquetes, respiró con fuerza. Manuel tendría que ayudarla a subir aquella enorme cantidad de pequeños y grandes envoltorios. No podría negarse. Pero al mirar el reloj nuevamente, vio las doce y cuarto.

– ¡Pronto! -dijo al chofer-. ¡A la **Maison Dorée**!

Hizo el taximetrista un mohín de disgusto que no pasó desapercibido para Margarita, y ésta le dijo para contentarlo:

– Hemos dado toda la mañana mil vueltas en un puño y usted cree que ha perdido el tiempo conmigo. No se enoje que, sin tener en cuenta para nada lo que marque el taxímetro, seré espléndida.

Partió el coche hacia el café de moda de la calle de Alcalá, contento el chofer con el anuncio de jugosa propina, y ya no le causó inquietud cuando oyó decir a la pasajera, después que ésta hubo cerrado la portezuela:

– ¡Espéreme!

Con aquella mirada ágil, aguda, captadora de las cosas más sutiles y de los detalles más pequeños; miraba que por abarcar siempre de una ojeada ambiente y medio en que se introducía, le hacía dirigirse al sitio preciso sin titubeos o a la persona indicada sin vacilación, Margarita vio desde la calle, tras las vidrieras, la mesa conveniente, el lugar adecuado desde donde podría observar la llegada de Manuel, y graciosa, ligera, alada, cruzó la ancha acera, y a él se dirigió. Una vez sentada, se cercioró que desde aquel observatorio divisaba, hasta bien lejos, la acera opuesta de la calle de Alcalá por donde tenía la seguridad que él aparecería, y

lentamente, buscando entre la multitud a aquel a quien esperaba, sus ojos inquietos y escudriñadores recorrieron desde la esquina de Peligros hasta donde su vista podía reconocer a las personas. A veces, un sobresalto, que la hacía alegrarse o temer, le arrancaba una exclamación interior: “¡El es!”; pero pronto se desvanecía la duda para continuar de nuevo la agradable búsqueda entre el río humano que subía y bajaba en ambas direcciones.

Cuando el camarero se aproximó, maquinalmente le pidió un refresco, y al dirigir la vista al interior del salón, experimentó el disgusto de tener que sufrir las miradas atrevidas y cínicas de un grupo de hombres que, arremolinados en las mesas contiguas, reían y gritaban. Volvió la cara a la calle, porque por ella había de llegar la dicha que anhelaba; pero poco a poco se substrajo a cuanto la rodeaba, y, mirando sin ver, empezó a soñar. Su cuerpo continuaba allí, con la vista fija en la lejanía de la inmensa calle; su pensamiento vagaba por las regiones de la ilusión. Cuando le sirvió el camarero, volvió a la realidad, y su primer pensamiento no fue para Manuel, sino para ella: ¡Ya estaba en el lugar de la cita, de su primera cita de amor! Y aquella mujer que no había temblado ante las más atrevidas y arriesgadas empresas, que con frialdad y temeridad había sorteado peligros y escollos, se estremecía emocionada y experimentaba un cierto rubor que no subía a sus mejillas, porque era rubor interior, rubor de las mejores potencias de su alma que se despertaba, anhelante, a las emociones puras, más gustadas por no haber sido jamás sentidas.

De pronto notó un cierto malestar, y, sin quererlo, se sintió azorada, desasosegada, nerviosa. Por un lado, influía en ella aquel encuentro, aquella primera cita que tanto deseó y que tan sabiamente había preparado y, por otro, al llegar nuevamente a ella risas y palabras que le parecieron intencionadas, se creyó objeto de observación y burla. Nunca le había preocupado ser observada, ser mirada, y hasta en ciertos momentos de su vida había experimentado la sensación, y no con desagrado, de la caricia de las miradas intencionadas y lúbricas. Ahora le molestaban enormemente. Sin mirar hacia atrás, con la vista fija en la calle, se sentía asaeteada inquisitivamente por aquellos seres que le eran despreciables. ¿Hablarían de ella? ¿La conocería alguno? ¿Sería motivo de burla o escarnio? ¿Giraría la conversación en torno de su vida?... ¡Ah, cómo le remordía la conciencia en aquellos momentos por no haber llevado una vida más recogida, menos pública y menos escandalosa! ¡Cómo le pesaba haber hecho gala en público de sus excentricidades amorosas, paseando a su última amiga por confiterías, cafés, paseos y sitios de recreo!... Y a medida que avanzaba en sus reflexiones, más se recriminaba, más se azoraba, más deseaba huir de aquel sitio y más intranquila y nerviosa se ponía... Pero no podía huir. Lo esperaba a él, que era en quien únicamente depositaba su confianza y su cariño y hasta de quien únicamente esperaba protección. Y en estas condiciones no podía irse, no podía huir, aunque comprendía la imposibilidad de celebrar allí aquella que había considerado como primera entrevista de su felicidad, por no considerar el lugar adecuado.

Pensando así, vio, de pronto, a Manuel atravesar la calle, sereno, altivo, hermoso, y sintió compasión, sin saber por qué, de él y de ella, hasta el punto de tener que hacer un esfuerzo para que no se le saltaran las lágrimas.

El café, aquel café a donde tantas veces había concurrido, frecuentado por gente alegre, matadores de fama, novilleros en auge, primeras figuras de las letras, de las artes y de la política, le parecía un antro que no podía pisar Manuel sin manchar su pureza, y, levantándose apresuradamente, dejó sobre la mesa una moneda de plata y salió a la calle en el preciso momento en que Manuel pisaba la acera. Uno y otro se vieron en seguida, y avanzando ambos se encontraron en medio del paseo, donde Margarita, como si demandara protección o auxilio o como si quisiera asirse a una tabla de salvación, le tendió ambas manos. Pero no pasó desapercibida para Manuel aquella inquietud de Margarita, aquella nerviosidad que, aunque sonreía, no podía ocultar, y después de saludarla, y retenidas las manos en las suyas, ajeno a cuanto pasaba a su alrededor, la interrogó anhelante:

– ¿Qué le sucede, Margarita?... Está usted como temblorosa... ¿Se siente mal?... ¿Está enferma?

Y la voz de Manuel, suplicante, acariciadora, dulce, con una dulzura jamás escuchada por Margarita, producía en ella un agradable bienestar que la hacía olvidar aquella horrible pesadilla que tanto daño le había producido.

– No, no es nada, Manuel -se atrevió a decir ella.

– Sí, algo debe ser, y algo grave, cuando usted ha perdido el color y hasta la jovialidad que siempre la acompaña. Dígame, ¿qué le ocurre? -preguntaba él, solícito y anhelante.

Y como Margarita no le pudiera confesar sus temores y sus inquietudes, las zozobras y las angustias que ahora, en presencia de Manuel, se renovaban en su alma, dijo con una voz que la emoción entrecortada:

– No, nada, un pequeño malestar, un temor... ¡qué se yo!... Pero ya ha pasado.

– No, no ha pasado. Me lo dicen su cara, su voz, la pérdida de su alegría, este temblor de su cuerpo que noto en mi mano...

Y como habían llegado al borde de la acera, Manuel hizo señas a un coche.

– No, no; no llame un coche. Tengo uno ahí que me está esperando. Salí de compras, y como llegó la hora de nuestra cita, de nuestra primera cita -y levantó sus ojos para mirarse, con arrobamiento, en los de Manuel-, no tuve tiempo de ir a casa y volver. En éste me acompaña a casa..., ¿no es cierto?

– ¡Cómo he de acompañarla, Margarita! -exclamó él deseoso de agradarla.

– Ya estoy bien... ¡Quién sabe lo que habrá sido!... A lo mejor ese ajetreo de salir de una tienda y entrar en otra... ¡Quién sabe!

Una vez en el coche, respiró con más tranquilidad, pareciéndole que había salvado su amor de un gran peligro, y por su imaginación pasó, ligera, la idea de la facilidad con que conseguía su propósito: lograr que Manuel entrara, sin temor, en su casa.

– ¿Se siente mejor? -preguntó Manuel con timidez, porque le parecía un sacrilegio turbar aquel silencio.

– Sí, Manuel. Gracias. Estoy mejor... ¡Ay, qué miedo tan grande he pasado! -exclamó como si, al decirlo, se le quitara un gran peso de encima.

– ¿Miedo?... ¿De qué?

– No sé; no puedo explicármelo. Pero miedo, miedo de verdad. Por eso, en cuanto le vi atravesar la calle, salí a su encuentro como buscando protección.

– ¿Y ya se le ha pasado?...

– Sí, gracias a usted.

– ¿Y qué he hecho yo para disiparlo, buena amiga mía?

- Todo, porque con sólo su presencia ha desaparecido.
- Será necesario, por lo tanto, que para que no vuelva usted a tener más miedo, no volvamos tampoco a separarnos.

A Manuel le pareció que había cometido un excesivo atrevimiento al pronunciar aquellas palabras que eran más de cortesía que de ofrecimiento verdadero; pero Margarita, que no las esperaba, vio llegada la ocasión que tanto anhelaba, y, arrebatada, cogiendo las manos de Manuel y mirándole a los ojos, exclamó:

– Manuel, esta compañía eterna que me ofrece, ¿ha sido pensada? Estas palabras que tanto esperaba, ¿son continuación de aquellas que me dijo ayer?... Dígame que sí, Manuel. Aunque me engañe. Dígame que me ofrece su compañía para siempre, y repítame que soy la única que ocupa su corazón. ¡Dígamelo, Manuel, para que huyan de mí todos los miedos!... Pero hemos llegado... ¿Sube usted conmigo?... ¿No le da ya vergüenza de subir a mi casa?... Suba, suba, y ahí, solos, más solos de lo que hubiéramos estado en la **Maison Dorée**, contestaré a la pregunta que me hizo ayer, porque creo que ha llegado el día de nuestra confesión... ¿No cree usted también que debemos confesarnos en este momento, porque ya hemos tenido tiempo de hacer examen de conciencia?

– Así creo -contestó Manuel, quien gozaba con aquel arrebatado de la mujer que adoraba.

– Lo voy a cargar de paquetes -dijo ella, ya risueña, poniendo en manos de Manuel unos cuantos.

Y como viera que se disponía a pagar el taxímetro, agregó:

– No, Manuel, no. Entre el chofer y yo hemos concertado un arreglo especial... ¿Cuánto? -preguntó al conductor.

– El taxi marca treinta y dos pesetas -contestó el preguntando como recordando el ofrecimiento.

– Bien. Tome para que les compre unos caramelos a sus chiquitines -dijo Margarita dándole un billete de cien. Y dirigiéndose a Manuel, agregó:- Y ahora, vamos nosotros con toda la carga.

CAPÍTULO XXII

Nunca había experimentado Margarita tal estado de dulcedumbre, de pacífica y noble emoción. Después del día transcurrido, en el que a los arrebatos de alegría sucedieron momentos de verdadera angustia, mezclándose algunas veces zozobras con risas y esperanzas con lágrimas, Margarita debió tener alterado su sistema nervioso, sacudido durante el azaroso día, de tan diversas formas. Sin embargo, aun transcurridas tantas horas de constante ajeteo emocional, nunca se había encontrado en situación de tan augusta calma. Su cara respiraba serenidad; de sus ojos brotaba la dulzura, tal y como si quisiera salir por ellos todo el reposado sentimiento de su corazón; sus manos, las bien cinceladas y juguetonas manos cuyos elegantes y expresivos movimientos Manuel tanto admiraba, permanecían en reposo; su cuerpo, bella escultura humana, expresaba severa majestad.

Cuando salió Manuel, despidiéndose contento hasta el día siguiente, en que saldrían juntos a pasear, Margarita, roto el embrujo que la había mantenido recatada, se desbordó de pasión y de ternura, sintiéndose, ya sola, novia y madre, hermana y amiga, esposa y amante. Todos los grados de la exquisitez femenina fueron vividos por la que, anhelante, se asomaba a una nueva vida, gustando en su imaginación, y por adelantado, todas las ambrosías del amor. De ahí que en el recogimiento de su biblioteca rió y lloró, se estremeció, emocionada con una nueva música que nunca jamás había gustado su corazón, y soñó locamente, ardorosamente, con todas las caricias.

Sentada en cómodo sillón, recostada la cabeza en el respaldo, cerrados los ojos y alerta el sentimiento, rememoró con placer todos los momentos pasados en compañía de Manuel.

¡Ya estaba en su camino! ¡Ya era la vida! -Y al saborear esta palabra con el alma, se estremecía-. ¡Ya era la prometida de aquel hombre en cuyos ojos se había mirado, llena de ilusión, y en cuyos brazos hubiera caído llena de abrasadora fiebre, si no hubiera encontrado en el sonido de su palabra y en la manera ingenua de sus modales la inmensa pureza de aquel niño hermoso!

¿Cómo turbar aquella candidez con una frase intencionada o pícara? ¿Cómo empañar aquella alma clara con un gesto dudoso, cuando todo respiraba en él santidad de intención? Así, yendo en compañía de aquel niño pudoroso por el camino de pureza que él, desde su infancia, había recorrido, Margarita se sintió también doncella casta y pura, no teniendo necesidad de realizar esfuerzo alguno para intervenir en el juego al que los dos se habían entregado, porque la escena fue la de dos niños que jugaran cándidamente al amor, las manos en las manos, los ojos en los ojos, las almas abrazadas, y quedándose la frase truncada en los labios, tal y como se quiebra el trino en la garganta del pájaro que canta sus amores.

¡Cuántas cosas que no salieron de los labios se habían dicho!; ¡qué dulces sacudimientos, jamás sentidos, los habían estremecido!; ¡cómo habían bebido uno de otro hasta los más recónditos sentimientos que nunca jamás imaginaran!

Margarita volvería a una nueva vida estudiantil, alegre, retozona y libre, porque se había comprometido con Manuel a acompañarlo a la Biblioteca Nacional, a la Universidad, a los Museos, a las honestas diversiones que eran el placer de su niño amado, y a los viajes a través de España que ambos proyectarían.

Fue ella la proponente, deseosa de no separarse de su lado por temor a perderlo, fue él el aceptante, deseoso también de estar todo el tiempo posible al lado de aquella novia de ensueño que se había convertido en novia real. Por eso, locos, contentos, jubilosos, cuanto ella, desbordante, trazaba, él aceptaba, embebido en la palabra feliz, graciosa, alada y zalamera de Margarita. ¡Desde el día siguiente, no se separarían, yendo el uno a donde fuera el otro!

¡Cómo gozó Manuel por haber encontrado la compañera de su vida, la niña que buscó y para la cual compuso madrigales, y cómo gozó Margarita en aquel ambiente de pureza en el que por primera vez se había bañado!

Ahora, sola ya, con los ojos cerrados, pensaba que no era tan difícil ser novia. Ser novia era querer y ser querida; pensar en una persona que, ausente, piensa en nosotros; suspirar por quien por nosotros suspira; desear todos los bienes a quien nos desea todas las felicidades.

¡Qué sentimientos tan diferentes a los que la habían poseído toda su vida, la estremecían ahora! ¡Qué emociones tan nuevas la visitaban, dulcificándola! ¡Qué hermoso arrobamiento la envolvía haciéndole soñar en lo que ni remotamente había soñado!

“¡Novia!..., ¡novia!” Y le parecía que tejía aquellas letras con sus manos, que saboreaba aquella palabra con el paladar, que la gustaba con el corazón y la elevaba a plegaría en su alma.

¡Novia!..., ¡la novia!..., ¡la amada!..., ¡la prometida!...

Y repitió esta palabra, silabeándola, tal y como si hubiera hallado un nuevo placer o un nuevo martirio.

CAPÍTULO XXIII

No tuvo Manuel necesidad de tocar el timbre, pues si como Margarita, invisible, hubiera obsequiado sus movimientos, apenas se acercó el Joven a la puerta, ésta se abrió.

– Pase, Manuel, pase -le dijo ella al mismo tiempo que le tendía ambas manos, por irresistible deseo de estrechárselas.

El rostro de Margarita expresaba la más radiante alegría, y empujándole dulcemente, cual si temiera que aquel juguete que tanto apetecía fuera a romperse, agregó:

– Me va a esperar un momentito y en seguida termino de arreglarme.

En el corto trayecto de la puerta del piso a la biblioteca, por la mente de Manuel pasaron mil esbozos de pensamientos, mil ideas confusas y mil sensaciones diversas. Estaba deslumbrado, y el razonamiento que él era un tesoro de luz, se había eclipsado. Gozaba y sufría, sentía alegría y tristeza, y los deseos de hablar, mostrándose jovial y alegre, eran ahogados por un temor que le paralizaba. Momento hubo en el que sintió cómo le agarrotaba la tenaza del ridículo y su cara reflejó, también por un momento, la angustia de tal sensación.

La voz alegre y cascabelera de Margarita le sacó de su ensimismamiento al invitarle a sentarse.

– Siéntese, Manuel, siéntese. Un momentito y en seguida estoy a su lado. ¡Ah!, debe haber llegado el coche -dijo mientras abría el balcón-. Sí, ya está ahí. Debemos apurarnos.

Ese momento en que Margarita desapareció en el balcón para mirar a la calle, fue suficiente para reanimar y dar fuerza a Manuel, quien continuaba con su paquetito en la mano, sin haberse atrevido a ofrecerlo a aquella a quien iba dedicado.

– Margarita -le dijo ya más sereno-, ¿será usted tan amable que acepte este pequeño obsequio de amistad?

– ¿Qué es? -preguntó, mientras sus manos febriles rompían la envoltura del pequeño estuche. Y mirándole con ojos en los que se reflejaba el contento de verse obsequiada, prosiguió mimosa-. ¿Por qué ha hecho usted esta? Que yo le regalara cosa tan ínfima como una corbata, no quiere decir obligación de contestar a un pequeño obsequio con otro... ¡Muy bonito estuche! ¡Muy bonito! Y... ¿me quiere decir qué tiene dentro?

– Ábralo usted -contestó Manuel sonriendo.

– No, no. Quiero que me lo diga usted.

– ¿No es usted curiosa?

– ¡Ay, mi curiosidad es otra! -dijo mirándole fijamente. Y como si quisiera borrar la intención de la frase, agregó con rapidez-: Dígamelo. ¿Qué encierra este estuche que en otra ocasión que no fuera ésta habría abierto en seguida y que ahora me paraliza? ¡Dígamelo, se lo ruego! Quiero escuchar de sus labios qué es lo que usted me regala.

– Un espejo. Creo que es el mejor regalo que se le puede hacer a una mujer hermosa para estimularla a que conserve eternamente su hermosura.

– Gracias por esa bella frase que tanto me agrada y que recojo como si fuera joya, y gracias por su deseo. Pero... abra usted el estuche y entrégueme el espejo para que queden grabadas en él las huellas de sus dedos.

– ¿Nada más que por eso, Margarita? Yo lo había comprado para algo más, para que en él quedara grabada mi propia imagen y ver si, aun escondida, usted sabía hallarla.

Al decir esto, ya Manuel tenía el espejo entre sus manos, y como si fuera a entregárselo, Margarita, con cierto arrebató que expresaba su dicha, exclamó:

– ¡No, no! ¡Todavía no! Mírese en él fijamente para que se grabe, como desea, usted todo entero. ¡Qué se graben en él su sonrisa, sus ojos y su alma! ¡Mírese, Manuel!

Margarita, que tanto había pensado en el feliz momento de besar a Manuel y estrecharlo en sus brazos, vio llegada la ocasión, y echando un brazo a su cuello, juntando la cara a su cara y apretándolo entre sí, dijo:

– Mirémonos los dos, así, juntos, muy juntos para que se queden grabadas por siempre también juntas nuestras almas. -Y, rápida, colocándose ante él y cogiéndole la cabeza con ambas manos, le llevó hacia sí y le besó en la boca no una sino repetidas veces.

Al desprender sus brazos, corrió hacia la puerta como una gacela y, ya en ella, se volvió para decir:

– Vengo en seguida. Me pongo el sombrero y...

Pero no pudo acabar la frase, porque allí junto a la mesa, vio a Manuel totalmente anonadado.

Trocando la alegría radiante en tristeza y asomando a sus ojos la congoja y el dolor, volvió sobre sus pasos, y cuando estuvo junta a él, vio con asombro cómo dos gruesas y silenciosas lágrimas brotaban de sus ojos.

– ¡Manuel! ¡Manuel! -le imploró sacudiéndole con tanta dulzura como suavidad-. ¡Perdóneme si le he ofendido! ¡Tenía tantos deseos de besarlo! ¡Pero los besos no ofenden!... ¡Manuel!... ¡Míreme!... ¡No llore!... ¡No llore!..., ¡se lo suplico!... ¡Míreme a mí!... -rogaba levantándole la barbilla con sus manos-. ¡Seque esas lágrimas, Manuel! ¡Yo creí que usted también lo deseaba!

– Sí, Margarita, sí. Yo lo deseaba con toda mi alma -dijo por fin, Manuel entre sollozos-; pero...

– Pero ¿qué?, tontín. Venga aquí, venga a mi lado. Siéntese junto a mí y dígame por qué llora si, apeteciendo que yo le besara, le he besado -y tomándole de la mano le condujo, como a un niño, hasta el diván, sentándolo a su lado-. ¡Míreme, Manuel; se lo ruego! ¡Que yo le vea

mirarme y sabré que me perdona! Si no me mira, creeré que le he ofendido grandemente y me hará sufrir.

– No me ha ofendido usted, Margarita. Es que la felicidad que llega sin esperarla, nos sobrecoge volviéndonos orgullosos o buenos, según la consideremos como premio o bendición. Este regalo que usted me ha hecho y esta bendición de vida que usted me ha dado, por no creerme merecedor a tan gran bien, me han sobrecogido. No esperaba su cariño, sino su amistad, y al ver cariño en sus ojos y sentir el amor en mis labios, la loca alegría que se ha apoderado de mí, la he expresado en lágrimas. He necesitado llorar, Margarita, y siento la necesidad de seguir llorando, ¡tan feliz soy en este momento!

Se quedó en suspenso, y sus ojos se llenaron nuevamente de lágrimas. Ni un suspiro, ni un sollozo como anteriormente. Quiso taparse la cara con las manos y Margarita, acercándolo hacia sí, apoyó la cara del galán en su hombro, y mientras con una mano sostenía aquel cuerpo abandonado, con la otra le acariciaba la cabeza como a un niño entrando en sus finos dedos por entre la sedosa y revuelta cabellera.

– Llore, sí, llore, Manuel. Necesita llorar y yo me alegro que llore, porque llora de alegría, de amor, de felicidad... ¡Qué tesoro de ternura y de sensibilidad esconde usted en su corazón!... ¡Llore, sí, llore en mis brazos, que su llanto me abuena hasta hacerme quererle como no me había imaginado que podría quererle, pues se trueca en hermoso amor lo que en mí pudo ser deseo y siento como si sus lágrimas regaran mi cuerpo haciéndole florecer de alegría! ¡Llore aquí, sobre mi pecho! -Y al propio tiempo que lo decía, cogía entre sus manos la cara llorosa del joven-. Pero antes déjeme que beba esas lágrimas con mis labios para que no vuelva a llorar más de felicidad. Déjeme que le bese, que seque sus ojos para que usted pueda volver a mirarme, y después, si quiere, llore nuevamente hasta que agote todas sus lágrimas para que en su rostro vuelva a brotar la risa. Venga usted aquí, recline la cabeza, así, sobre mi pecho, y permita que le acaricien mis manos después que le acariciaron mis labios. ¡Duérmase así, niño mío, y sueñe amores y venturas mientras yo velo su sueño! -y emocionada, enternecida, radiante de alegría sana en la que por primera vez había amores de novia buena y amores de madre santa, frotaba su cara, muy dulcemente, como una gatita, contra la cabellera de Manuel y buscaba las manos del joven para besarlas con las suyas.

¡Solemnes momentos de santa castidad fueron aquellos en que en dos cuerpo abrazados, olvidados de sí y olvidados del mundo, se establecía una corriente de amor que aproximaba y fundía en una sola aquellas dos almas enamoradas!

Movió Manuel su hermosa y juvenil cabeza y Margarita se apresuró a ayudarle a levantarla, ansiosa de mirarse en aquellos ojos negros y profundos en los que acababa de beber unas lágrimas puras que para ella fueron néctar de vida.

– ¡Así, Manuel, así! Con la cabeza erguida y los ojos claros porque ya no los empañen ni penas ni lágrimas, merémonos para que nuestras miradas lleguen hasta nuestros corazones, y contémonos, como dos niños, el cuento de nuestros amores, de nuestras esperanzas y de nuestras ilusiones.

Margarita limpiaba más con sus finos dedos que con su pañuelo suave y blanquísimo las huellas de las lágrimas, mientras la cara de Manuel, como la de un niño a quien le acariciara un hada de ensueño, se inundaba de serenidad y de alegría, aquella serenidad fuerte que ella admiró desde los primeros momentos de haberle conocido y aquella alegría natural, infantil y varonil, que la había cautivado. Y, sin poder contenerse, rompió el hielo de las distancias amorosas, que es el tratamiento, y brotó en sus labios el tuteo que aproxima y funde.

– No me digas que me amas, pues ya lo sé: me lo han dicho con feliz elocuencia tus lágrimas; pero dime cómo me amas y desde cuando me amas. Necesito saberlo. Más todavía: necesito que me arrullen tus palabras; necesito ser niña que escucha una canción de amor compuesta para ella porque por ella ha sido sentida y para ella ha sido gestada. ¡Háblame!... ¿Desde cuándo me amas y cómo me amas?

Por primera vez, las palabras de Margarita estaban impregnadas de verdadera emoción de amor. No era ya el deseo de posesión de aquel cuerpo joven y hermoso; era el más noble y puro de saberse amada y era la necesidad de sentirse arrullada por música de amor.

Manuel cobraba fuerzas, recuperaba bríos, se elevaba a sus ojos y tejía en su mente madrigales floridos que no podía expresar, pero que le infundían valor para empezar, con la palabra, el vuelo amoroso. Cogió con sus manos las manos de su amada, lo que fue en él comienzo de audacia, miró fijamente aquellos ojos azules en los que deseó verse reflejado y que hasta entonces sólo se atrevió a mirar a hurtadillas, y con una voz nueva, desconocida de él mismo y no escuchada jamás por Margarita, empezó el arrullo, pues en la palabra, sencilla como su alma y viril como su cuerpo, vibraba la emoción en el suspiro que estallaba en fuerza, teniendo susurrantes sonos de oración y atrevimientos gallardos de cantar de gesta.

– Cuando leas -y al pronunciar esta palabra, le pareció que el dulce tuteo le aproximaba más a ella-, los apuntes que he ido tomando en el curso de mi vida, lo que te permitirá asomarte al fondo de mi alma, verás con alegría, si de verdad me amas, cómo te amé siempre, aun sin conocerte, y cómo te amé desde el primer día en que te conocí. Sin haber tenido jamás contacto ni amistad con ninguna Margarita mujer, me enamoré de esa florecilla silvestre y simpática, más por la belleza de su nombre que por su ingénita belleza, y desde entonces, de Margarita hice un símbolo en el que deposité mi fe y que, al transformarse de niño en hombre, estimuló mi amor. Margarita fue mi novia ideal, mi musa, mi ilusión. A ella canté mis primeras romanzas de amor, a ella dediqué mis primeros versos en los que expresé mis primeros pensamientos, a ella y siempre y únicamente a ella le ofrecí mi vida. Por ella trabajé, por ella estudié, por ella deseé ser hombre y por ella, por contentarla y no desmerecer a los ojos de mi amada de ilusión, a la que amé pura y noble, fui buen hijo y buen amigo. No quería que una acción impura manchara mi conciencia, que deseaba limpia, ni que un gesto innoble enturbiara con su fealdad mis bellas maneras, ni que el vicio ensuciara mi alma, ni que la deslealtad me envileciera. Anhelaba reunir en mí un tesoro de bondad y de belleza para poder un día, cuando encontrara a la que amaba, ofrecerle mi amor, tan puro como mi cuerpo, tan generoso como mi alma, tan noble como mi corazón y tan limpio y claro como mis pensamientos.

– Y lo has conseguido -interrumpió, arrebatada, Margarita-. Eres la criatura más encantadora de la tierra y quizá el hombre más puro que en ella vive. ¡Bésame! Dame un beso como el que soñabas dar a tu Margarita de ilusión, a tu novia ideal, a la musa que yo me esforzaré en ser para seguir inspirándote tan nobles propósitos y tan bellas acciones. ¡Bésame como si yo estuviera dormida o ausente! ¡Bésame con la suavidad del aura y la dulzura de un niño!... Así, así, mi amor...; así..., dulcemente... ¡Cómo me hacen feliz tus besos, y tus palabras, y tu presencia, y el calor de tu cuerpo, y la suavidad de tus manos y la dulzura y sencillez de tus frases!... ¡Ay, qué feliz soy en estos momentos, únicos de verdadera felicidad en mi vida! -Y, levantándose, presurosa se fue al otro extremo del gran diván, recostándose lánguidamente en sus cojines y cerrando los ojos como para saborear mejor el dulzor de los besos y el murmullo de las palabras-. Ven aquí a mi lado. Que yo sienta el calor de tu cuerpo y el arrullo de tu voz como si fuera un sueño. Recuéstate bien y pon tu cabeza aquí, en mi brazo, para que tu voz llegue bien a mi oído, y tu aliento a mi boca, y tu calor dé calor a mi cuerpo y tu alegría inyecte alegría a mi alma, ¡que yo también tengo ganas de llorar mis primeras lágrimas de amor!... ¡Así, así!

Manuel, febril, exaltado, besaba las manos que se le ofrecían como flores, y la boca que le llamaba y los ojos cerrados que le miraban desde dentro de un alma enamorada.

– Sí, sí. Bésame cuanto quieras, pues yo soy la Margarita que tú buscabas, la que te esperaba y tú has despertado al amor. Bésame háblame como se hablan las almas y los niños, ya que somos niños y almas que se aman. Y dime “amor mío”, “vida mía”, “novia mía”, “amada mía”, palabras que han pronunciado, pronuncian y pronunciarán en mil lenguas diversas todos los enamorados. ¡Háblame, niño mío, mi amor! ¿Cómo empezaste a amarme a mí: a mi cuerpo y a mi alma? ¿Por qué te escondías cuando yo te buscaba?

– Si no puedo hablar; si desde que he besado tu carne blanca y fresca, estoy mudo, mi vida; si el aliento tuyo, mi novia esperaba, me enajena, y el perfume de tu cuerpo me enloquece... Yo quisiera contarte mi vida y mi amor en un beso largo y mudo, abrazado a ti y mi cara en tu regazo, vivir momentos de eternidad.

– ¡Sigue, Manuel, sigue! ¡Habla, que todo cuanto dices es bello y no puedes imaginarte el bien que me hacen tus palabras! Dime muchas cosas que nadie me dijo, y mientras tú me envuelves en tu música, yo besaré tus manos y acariciaré tus rizos.

– ¿De qué hablarte yo, si en estos eternos momentos de amor se han atravesado nuestras vidas y ya no hay secretos en nuestras almas?

– ¡Sí hay, Manuel!; ¡sí hay secretos! ¡Yo tengo muchos secretos que contarte! -exclamó ella con cierto tono de tristeza, como si el recuerdo de cosas pretéritas le atormentara. Y esforzándose por volver a la realidad, exclamó:- Pero ahora eres tú quien debe decirme los tuyos. ¡Dímelos! ¿Cuándo te enamoraste de mí?

– Desde el primer momento que te vi. Mi madre, del que te hablaré mucho porque es un hombre santo, me enseñó a mirar a las personas: primero, a la frente para ver si son nobles; luego, a los ojos para ver si a ellos asoma la pureza; después, a la boca para ver si conserva las líneas que no puedo torcer la mentira; por último, al conjunto del cuerpo para ver si es bello y armonioso, y si del examen saliera victorioso el examinado, mirarle a las manos, que las manos hablan..., y ríen..., y mienten. Yo miré a tu frente, hermosa, amplia, espléndida y armoniosa y vi, sí, vi aletear en su interior ideas nobles y pensamientos generosos; miré a tus ojos y, fugaces como estrellas, observé nimbos y claroscuros, pero también fulgores de esperanza y luz de ilusión; baje mis ojos a tu boca, y aunque en ella sorprendí un rictus de desdén o de tristeza y una pequeña mueca de dolor, adiviné, y más tarde vi en ella retratadas la lealtad y la alegría, la sinceridad y la altivez; en tu cuerpo, perfecto en la forma, observé un conjunto de belleza rítmica, elegante, natural y sutil, y en tus manos, ¡ah, estas manos gráciles y fuertes que hablan y entonan como ninguna otra parte de tu cuerpo una canción de amor! -y empezó a besarlas arrebatado-; en tus manos aprendí a ver toda la fragancia y toda la belleza de las cosas puras. Si nada más que tus manos hubiera habido de bello en tu hermoso cuerpo, por ellas te querría, por ellas te adoraría y por ellas serías eternamente mi musa, mi ángel, mi amor -y besaba con unción las yemas de aquellos dedos finos y elegantes.

– ¿Y por qué amándome así y adivinando o viendo en mí tan bellas prendas, no me declaraste tu amor?

– Nunca lo hubiera hecho -exclamó él con firmeza.

– ¿Por qué?

Y, al preguntarlo, Margarita se incorporó quedando su cuerpo sobre el de Manuel, que continuó reclinado en el brazo de Margarita.

– Por miedo -dijo Manuel en voz baja.

– ¿Miedo a qué?... ¿A mí? -interrogó Margarita al mismo tiempo que le besaba en la frente.

– No, no; miedo a mí. Miedo a deshacer, a romper el dulce embrujo de mi amor que tenía forjando y alimentando desde niño. Miedo a ver destrozadas mis ilusiones; miedo a ver pisoteadas por alguien mis esperanzas. -Y con el calor de la palabra se incorporó, quedando frente a frente de Margarita-. Si te hubiera requerido de amores y tú me hubieras rechazado, habría dejado Madrid para siempre y huido a mi pueblo para llorar en brazos de mi padre mi desconsuelo. -Y haciendo una corta transición, continuó-. Cuando yo recorría solo los campos en flor y me entraba por los trigales, y subía a los árboles para divisar más lejanos horizontes, gritaba, cuando me oía: ¡Margarita!..., y el eco, el viento, los pájaros, las flores, las siembras y la tierra repetían el nombre adorado, que, entrando por mis oídos, llenaba mi alma. ¿Qué habría sido de mí cuando queriendo pronunciar el nombre amado, que era mi símbolo y mi dios, lo hubiera estrujado en mi garganta no permitiendo que asomara a mis labios? ¿Qué habría sido mi vida si ya no les hubiera podido hablar de Ella ni a las fuentes, ni a las estrellas, ni a la luna, ni a los montes, ni a las siembras, ni a los hombres ni a mi padre? No, no. Pensando en el horror de mi desolación, no podía requerirte de amores, novia mía. Primero, porque eras más bella de lo que nunca soñé; segundo, porque yo era el humilde estudiante, sin picardías, que sólo sabía amar. Y, en mi soledad te amaba: cada día con mayor frenesí, cada día con mayor locura y con mayor constancia. Cuando te vi, me dije: ésta es mi novia, la que yo adoro, la que adoraré siempre. Y en adorarte pasé mi vida. ¿Qué más quiere mi amor?, ¿qué más pide mi vida?

– Algo más -dijo Margarita como volviendo de un sueño-: ¡Que me quieras siempre!

– Te querré. ¿No son ya una muestra mi constancia y mi fervor?

– Sí, Manuel, sí. Ojalá que yo sea tan noble como tú, tan buena como tú, tan santa como tú.

– ¿Y por qué no serlo si eres tan bella?

– No sé, Manuel; no sé -exclamó ella con un hondo tono de amargura.

– ¿Te sientes mal, vida mía? -dijo Manuel abrazándola y mirándola a lo más profundo de los ojos-, ¿qué te inquieta? Estás triste, desasosegada. Tu cara, hasta ahora radiante, está mustia, sin luz. ¿Qué tienes? ¡Dímelo! Hazme el confesor de tus penas.

– Ya te lo diré todo, ¡todo! Ya te asomaré a mi vida para que la veas toda entera. Sin dejar un escondrijo en ella, sin que quede nada oculto. No será tan bella como la tuya, por eso he sufrido momentáneamente; pero seré sincera y leal contigo: serás mi confesor. Pero ahora, sigue. Te lo ruego, Manuel.

– ¿No te aburre mi charla? -preguntó él con ingenuidad.

– ¿Cómo me va a aburrir si es tan sencillo como bello lo que me dices y en todo y por todo: en el aire, y en el trigo, en tu padre y en tu vida me hallo mezclada yo? ¿Cómo me va a cansar si es la primera novela de verdadero amor que escucho, y de esa novela y de ese amor soy yo y únicamente yo el alma y la ilusión? Lo que deseo es que continúes contándome hasta el fin, hasta el día de hoy, sin omitir nada, ni pensamientos ni detalle, pues deseo conocer cuando has pensado y sufrido por mí.

– ¿Tú no crees que hay sufrimientos que causan placer?

– Sí, sí lo creo. Antes no lo creía, ahora sí; lo he aprendido esta mañana y has sido tú mi profesor. Ahora sé que se goza sufriendo, y hasta creo que sea necesario conocer el dolor para poder gustar el placer.

– ¿Tú sufres, nena mía? -preguntó Manuel.

– Gozo sufriendo y sufro gozando.

– ¿Y por qué sufres?... Dímelo a mí... Cuéntame tus penas para que yo las haga mías, mías solamente para que a ti no te molesten o mías para destrozalas con mis manos o vencerlas con mi cariño... Ahora soy yo quien ruega e implora... Dime... ¿Cuáles son esas penas que te ponen triste en medio de la alegría como si su recuerdo te torturara?... ¡Vamos! ¡Sé buena conmigo! -Y cogiendo la cara de Margarita con ambas manos, la besaba en los ojos-. Cuéntale a tu novio querido tus sufrimientos... ¿Pero vas a llorar? ¡No, Margarita!... ¡Tú, no!... ¡Tú no puedes llorar delante de mí sin que se me desgarre el corazón!... ¡Tú no puedes llorar, Margarita!

En los últimos gritos que pronunció Manuel, pues fueron gritos de dolor y no palabras de consuelo ni de aliento, Margarita comprendió el sufrimiento de aquel hombre que sólo en ella pensaba y cuya vida, en aquellos momentos, tenía ella en sus manos. Así que intervino rápida y astuta.

– No lloro, Manuel. No quiero llorar, novio mío. Ya lloraré, cuando necesite llorar, como tú has llorado, para expresar con lágrimas mi felicidad. Ahora sigue, Manuel sigue... Ya me has conocido, ya has contemplado mi frente, y te has recreado en mis ojos, y has hallado una línea oblicua en mi boca, y has gozado acariciando mis manos, que te pido besos ahora, con tus ojos golosos; ya me amas; ya me has dicho que te escondes porque me tienes miedo... ¿Y después qué pasó en ti? ¿Cómo creció tu amor?... ¿Cómo no te diste cuenta que yo te amaba? -y preguntaba deseosa de conocer en sus menores detalles el amor de Manuel.

– Mi primera audacia para acercarme a ti, fue la de pedir a doña Eloísa que me permitiera comer con ella, porque, permitiéndomelo, me acercaba a ti; la segunda fue cometer un robo.

– ¿Tú, Manuel mío? ¿Tú... ladrón? ¿Tú, tan santo, has robado?

– Sí, Margarita..., he robado -dijo Manuel sonriente y sereno-. Te he robado a ti y he robado a doña Eloísa. Soy un ladrón... Pero no te asustes, que teniéndote a ti en persona ya no necesito el producto del robo, pues no quiero retener por la fuerza lo que se me da de buen grado.

Introdujo la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó la cartera donde guardaba, como una reliquia, el retrato de Margarita.

– ¿Ves? Una cartera... Mira lo que hay escrito ahí con letras de oro: **Ella**, Ella eres tú.

Margarita tomó la cartera de manos de Manuel y extrajo su propio retrato a cuyo pie estaba escrita de su puño y letra una dedicatoria a doña Eloísa.

– ¿La conoces? Pues ese es mi robo.

Con su fina percepción de mujer amante, Margarita comprendió la pequeña gran tragedia de Manuel para proporcionarse el retrato, y como la embargara la emoción y no pudiera expresarla en palabras, se abrazó a él y estalló en sollozos.

– No seas niña. ¿Repruebas mi acto? ¿Lo consideras delictivo? ¿No comprendes que, amándote, me era necesario tenerte a mi lado, y besarte, y decirte mil lindezas, y contarte mis penas y que tú presenciaras mis arrebatos y mis alegrías?

– No, no te hago reproche, sino al contrario. Pero es que por lo inesperada me ha sobrecogido tanto esa acción que, no la pena, sino la alegría es la que me entristece temiendo perderla porque te perdiera.

– ¿Perderme? Pero si eres mi vida, si has sido tú la causa de mi alegría, la que ha alimentado mi bondad y forjado mi carácter, ¿cómo temes perderme si más necesidad que tú de mí tengo yo de ti, ya que quizá tú podrías continuar tu vida sin mí y a mí me sería imposible, después de haber recibido tus besos, vivir sin ellos?

Margarita, que continuaba con su retrato en las manos, se dejaba besar y mirar a Manuel como absorta, como embelesada. Música de palabras y música de arrullos y música de acciones llegaban a su alma, que se conservaba pura, y despertaban en ella sentimientos que percibía y gustaba por vez primera, pues, por lo dulces, las palabras de Manuel contenían para ella esencias de amores, que jamás había gustado. Tan locuaz siempre, siempre tan alegre y tan primera en sus manifestaciones, señora de sus actos y señora de los que le rodeaban, gozaba ahora concediendo a Manuel el principal papel en la escena de su vida y se reservaba con júbilo el menos importante, el de niña protegida y mimada que se entrega voluntaria para que el amado triunfe esplendoroso. Por eso no podía expresar, como otras veces, su emoción, que era más honda que jamás lo fue y más tierna y delicada que ninguna otra gustaba en su vida y, en lugar de hablar, sentía la necesidad de escuchar, de beber con los ojos la imagen amada y percibir con su alma las sensaciones de belleza y alegría que las palabras y las caricias y las acciones de Manuel le proporcionaban. De ahí que no pudiendo hablar ni expresar, gozara escuchando.

– ¡Qué bueno eres! ¡Qué bien me hacen tus palabras! ¡Qué música nueva y divina inunda mi alma bañándola de luz y de felicidad!... ¡Yo seré otra, te lo prometo!

– ¿Otra?... No, no. Yo te quiero así, tal y como eres... ¿Por qué dices otra? A otra que no fueras tú, que no fuera mi Margarita soñada y adorada, no podría quererla, porque no sería ella, como tú eres, la realidad de mis sueños. Y es a ti, a ti, vida mía, a la que únicamente quiero, porque eres la única por quien suspiré.

– ¿Y por qué le quitaste mi retrato a doña Eloísa? -preguntó Margarita, que deseaba conocer de labios de Manuel todo el proceso de su vida, desde que llegó a Madrid.

– ¿No te lo he dicho, amor mío? Porque me eras tan necesaria como mi misma vida. Sin amigos, sin cariños reales, sin poder comunicar a nadie mis ilusiones y mis sueños, yo vivía aislado, porque para mí Madrid era un desierto, el peor desierto, porque era un desierto de amor. Tuve que reconcentrarme en mí mismo, vivir de mis propias energías, alimentarme de mi propio amor que cada día crecía en forma extraordinaria. Te amaba, sentía la imperiosa necesidad de que tú lo supieras y me paralizaba el terror de que me rechazaras. De esta manera, sediento de ti, obsesionado contigo, obsesión y deseo convertían mi vida en tragedia. Ni los libros, ni los paseos ni los espectáculos eran bastantes para calmar mis ansias. Tu imagen, llenando mis ojos, nublaba la letra de las páginas; el último eco de tu voz me acompañaba en el paseo recitando tus últimas palabras que se grabaron más en mi alma que en mi oído; tú, tú misma en cuerpo y alma te interponías entre el escenario y yo en el teatro, y no había para mí otro espectáculo que el de contemplarte y adorarte. De ti, presente o ausente, se nutría todo mi ser, y de ti, al mirarte o al pensarte, emanaba no sé qué efluvio que me permitía vivir. En estas circunstancias y hojeando un álbum de fotografías que encontré en las habitaciones de doña Eloísa, hallé tu retrato. ¿Cómo resistir la tentación de hacerlo mío

sacándolo del claustro donde yacía sepultado, para traerlo conmigo a la luz de las caricias y el amor? Lo arranqué del álbum, lo guardé en mi bolsillo, corrí a mi habitación, que ya no fue tan solitaria y triste, y lo llené de besos. ¡Sí, sí, me decía, es Ella, son sus ojos vivos y penetrantes, y su frente, y su frente alta y amplia, y su boca hermosa, y su mentón redondo y graciosa, y le hoyuelo de sus mejillas sanas y carnosas y el pelo que yo admiro y deseo besar envolviéndome en él! ¡Es Ella!, mi Margarita; Ella: ¡mi amor! Y loco, contento, jubiloso, reía y lloraba, me acostaba con el retrato besándolo y arrullándolo como si fuera una deliciosa criatura amada que hubiera de proteger, y me levantaba con él en alto como paseándolo por entre un imaginario auditorio, al que le decía: “¡Mírala, mírala! ¡Es mi amor! ¡Es Margarita, mi Margarita, la de las bellas manos y los ojos claros como caricia de luz!”. Colocaba el retrato en mis brazos y me balanceaba con él con el balanceo con que la madre duerme a su niño; me imaginaba descender la puntita de las mantillas para ver su carita de rosa y depositaba en ella con el mayor de los mimos y cuidados, un beso apenas perceptible, cual beso de madre que teme despertar a su amor niño; lo alzaba en una mano y sentía el orgullo del paseo triunfal con mi amada en alto. Aquel día, aquel primer día de amor ya carnal, ni salí a pasear ni me preocupé de comer, asustando a la buena de doña Eloísa con mi aislamiento, y aquella noche magnífica, de realidad y sueño, fue mi primera noche de triunfo sobre mí y sobre ti. ¡Ya eras mía!

Extasiado con su propio relato, Manuel no había reparado en que dos lágrimas se deslizaban suaves y silenciosas por las mejillas de Margarita, y cuando vio aquellos ojos en llanto, apoyando las manos en sus hombros, la atrajo hacia él, la besó dulcemente y continuó:

– Lloro, Margarita; llora como yo lloré, si esas lágrimas son lágrimas de amor, que son las únicas puras que las almas vierten en la vida. Pero llora aquí, en mis brazos, como antes yo lloré en los tuyos, y permíteme que beba tus lágrimas para que refresquen mi fuego de amor... ¡Qué dulces son amada mía!... ¡Qué sabor a mieles dejan en mis labios y qué frescor de dicha llevan a mi alma!

Margarita levantó sus ojos y miró a Manuel fijamente en los suyos; después lo besó en la frente y acomodándose en su regazo como si fuera un niño, le rogó, impregnando su palabra de infantilidad natural, no forzaba:

– ¡Méceme como a un niño, como me mecías aquella noche hermosa y magnífica en que me besaste por primera vez!... ¡Soy tu niña!..., ¡quiero ser tu niña!... ¡quiero que me quieras como a la niña de ilusión que tú arrullaste y quiero que me beses con la misma suavidad y unción con que besaste, ilusionado, a aquella niña pura!... ¡Así, Manuel!..., ¡así!... Y si me duermo escuchando el dulce murmullo de tus palabras, no me despiertes, hazte la ilusión de levantar un poco la puntita de la mantilla de pureza en que tú me has envuelto, y que tus labios rocen apenas mi piel de niña para seguir durmiendo mientras escucho el eco de tu voz como canción de cuna... ¡Méceme, Manuel!... ¡Méceme, amor mío!... ¡Soy una niña!..., ¡quiero ser una niña!..., ¡tú niña, niño mío!..., ¡tú niña!

Y como si realmente se sintiera niña, cerró los ojos y su cara adquirió la placidez del que duerme, mientras él, rítmicamente, con el ritmo bellamente monótono del balanceo de la madre que duerme a su niño, empezó a mecerla, mientras cantaba entre dientes la canción de cuna que escuchó a su madre:

Duérmete, mi niña;
duérmete, mi sol:
duérmete, pedazo
de mi corazón.

Si la canción de cuna tiene la virtud de dormir con su son monocorde a la niña-niña, no es tan difícil que lleve el sueño al alma enamorada que quiere ser niña, porque no puede fácilmente

hacerse abstracción total del ser hasta el punto de olvidar que se es mujer que ama y a la cual está arrullando el amado. Se gusta la sensación de calor del brazo que sirve de almohada, y la del regazo que sirve de lecho, y la de la mano que acaricia, y la de los ojos que sorben la vida, y la del aliento que exhala la boca que canta y la de la carne que palpita en el cuerpo que mece, y no es posible dormir, sino gozar llorando en la placidez de sentirse amada tan casta y bellamente o de gozar riendo con sana y loca risa. Margarita se ensimismó en sus ilusiones, se envolvió en sus recuerdos y como su memoria no registrara una escena tan emotiva, ni tan bella, ni tan sencilla ni tan amorosamente infantil y maternal en la que ella hubiera sido la protagonista, sus ojos empezaron a manar lágrimas con la misma naturalidad con que el manantial mana agua clara, y poco a poco sus párpados se apretaron, y, como una niña, fingió o se quedó realmente dormida en los brazos de su amor.

Manuel, como si no las viera, gozaba contemplando aquellas lágrimas que por él se vertían y que sobre él se derramaban, y experimentaba exquisitas sensaciones de enternecimiento y de alegría cada vez que una de aquellas perlas que él hubiera bebido con placer, caía sobre su mano, y poco a poco su voz clara se fue opacando por el sollozo y de sus ojos cayó, en silencio, sobre el cuerpo de su amada dormida, el riego de su llanto, mientras seguía meciendo aquel cuerpo hermoso y cantándole muy quedamente:

Duérmete, mi niña;
duérmete, mi sol:
duérmete, pedazo
de mi corazón.

A poco, la voz se extinguió, cesó el balanceo y Manuel contempló fijamente aquellas facciones delicadas que reflejaban en su suave placidez la más bella pureza, procurando no hacer ni un movimiento que pudiera turbar el reposo de su bien amada. ¡Quién le hubiera dicho que aquella mujer a la que el día anterior anhelaba, no pudiendo aceptar que jamás fuera suya, ahora durmiera en sus brazos! ¡Quién le hubiera dicho que en tan poco tiempo habría de pasar del dolor a la alegría y la felicidad! ¡Quién le hubiera podido hacer creer esta mañana que la mujer adorada, a la que él consideraba esquivada, se le entregara rendida!

¿Quién era ella?... ¿Cuál era su vida? Y en cuanto se hizo estas preguntas, se sintió tan horrorizado como si acabara de cometer sacrilegio. ¿Qué me importa, se decía a sí mismo, quién es, ni de dónde viene ni a dónde va, si yo la he hallado en mi camino y es mía por amor de ella hacia mí y de mí hacia ella? ¿No dicen los sabios y los ancianos que el amor lo purifica todo? Pues nuestro amor purificará nuestras almas a las que todavía no considero pecadoras...

CAPÍTULO XXIV

Margarita abrió los ojos y se incorporó perezosamente, olvidada por completo de las anteriores escenas. Había visitado durante su fugaz sueño un mundo de ilusión distante y lejano, y volvía a la realidad envuelta en aquel incienso de ilusión. Por eso, al hallarse sentada sobre Manuel y mirarle a la cara y conocerle, le preguntó:

– ¿Pero es usted, Manuel?

– Sí, vida mía, soy yo. Manuel, tu Manuel que ha velado tu sueño y...

– ¡Qué hermoso es todo! -suspiró Margarita apartando con la mano los rizos de su frente, tal y como si deseara apartar fantasmas de su imaginación-. ¡Qué hermosa sería la vida si todo fuera amor!

– ¿Y no crees tú que así será, porque así podremos hacer las nuestras?

– Así debemos hacerlas si es que podemos olvidar el pasado -y lanzó un hondo suspiro.

– ¿Qué dices, Margarita?... Suspiras y estás triste... El pasado no debe contar en nuestras vidas, sino en cuanto ha servido para proporcionarnos este presente radiante y para que nosotros edifiquemos sobre él un futuro hermoso. El pasado es lo muerto, lo que se fue y no volverá. Vivimos ahora y no en el ayer... ¡No te entristezcas!... -y la arrullaba contra su corazón-. ¿Qué nube negra ha empañado tu alegría anterior? ¿Qué presentimientos de desconsuelo han podido correr un velo ante tu corazón para que no rías con la misma risa de hace un momento o llores por la misma causa que has llorado antes?... ¿Por qué estás triste?... ¿por qué dulce niña que yo he dormido en mis brazos no es la misma niña candorosa que me miraba con arrobos y me rogaba que la durmiera? -Y sus preguntas se sucedían una tras otra, porque necesitaba explicarse aquellos cambios de Margarita, que para él eran un enigma.

– ¡Ay, amor mío! ¡Ha huido la niña y ha quedado la mujer! -suspiró Margarita enigmática.

– ¿La mujer que me ama? -preguntó él, siempre exquisitamente ingenuo.

– La mujer que te ama, quiere amarte y que promete amarte aunque tú dejaras de amarla; la mujer que has conquistado en esta mañana de alegría que ha sido para mí mañana de luz; la mujer que ha leído en tu corazón mejor que en un bello libro de amor, porque ningún libro podría registrar los matices de la dulzura, del sentimiento y de la bondad tal y como tú los has expresado, sin proponértelo, durante ese inmenso minuto de felicidad que me has proporcionado, ésa queda y quedará a tu lado mientras tú lo desees; pero ha huido la niña que habías hecho renacer en mí con el influjo de tu palabra y, sobre todo, con tu bondad y tu candor, y yo querría seguir siendo niña, tan niña como tú, tan buena como tú y tan candorosa como tú, para ilusionarme al pensar que la vida es tan hermosa como tú la ves y como yo la sueño en estos momentos que paso a tu lado, y que podríamos, vueltos los dos niños, vivir el provenir que tú sueñas y que yo más que tú necesito y ansío.

– Volverá la niña, volverá, yo te lo prometo, pero... no te fatigues, ni te arrebatas ni te desilusiones... Volverá la niña, porque la niñez vuelve cuando uno quiere ser niño, y las acciones ingenuas y candorosas de la niñez puede realizarlas todo ser, hombre o mujer, que quiera ser niño, que es tanto como ser puro. Si el ser niña está en ti. Con sólo que tú lo quieras con toda el alma, volverás a ser niña, mi niña, la niña a la que un niño como yo le cantará una canción de cuna durmiéndola en sus brazos.

– ¿Pero qué tienes, Manuel mío?... ¿Qué tienes?... -preguntaba ella, exaltada por arrebatadora pasión-: ¿Qué fuerza mágica hay en tus palabras que tantas lágrimas bellas sabes arrancarme sin que se seque mi manantial?... ¿Qué influjo bienhechor ejerces sobre mí para que pase del llanto a la alegría y de la alegría al llanto, gozando al sufrir y llorando al reír?... ¿Qué hay en ti, amor mío, que así me subyugas y me abuenas, poniendo en mi corazón mil esperanzas cuando una se esfuma y haciendo nacer mil ilusiones donde una muere? ¿Quién eres, bendita criatura? ¿De dónde has venido, mi amado niño?

– Soy el amor, nada más que el amor, mi querida Margarita, y por el amor, por mí, serás eternamente niña. Bastará para ello que sepas amar, y para saber amar será suficiente con que quieras amar -contestó Manuel, dando a sus palabras el tono infantil que tanto agradaba a Margarita.

– Pero, Manuel, si es que me siento niña, niña otra vez; si es que tus palabras tienen la virtud de reverdecer alegrías y candores que consideraba muertos, y nace en mí, cuando te escucho, la ilusión de una vida que nunca afloró a mi corazón. Si es que me siento niño y quiero sentírmelo por comprender la única manera de conocerte y amarte como tú mereces es ascender hasta la niñez para llegar a ti. ¡Es que me siento niña! ¡Es que quiero ser niña! ¡Más niña que tú, más ingenua, más candorosa y más chiquitita que tú, para que seas tú, maestro en dulzura y en amor, quien me enseñe a amar!... ¡Es que, Manuel mío, me siento buena, yo que nunca lo fui!... Y me siento buena por influjo tuyo, porque exhalas bondad y... ¿por qué no decírtelo, si nada podrá ocultarte ya mi corazón?..., siento miedo, Manuel, miedo de ti, miedo de mí, no sabiendo si huir de tu lado después de haberte atraído a mi regazo o rogarte que huyas porque temo no llegar a ser la niña pura que tú has soñado... -Y se levantó como enajenada, como deseando apartarse o huir de aquel a quien amaba.

– Ven aquí, buena niña mía; ven aquí, locuela -dijo Manuel, siguiéndola y envolviéndola en sus brazos.

– No, Manuel; ¡déjeme!..., ¡déjeme!... ¡huye!..., que yo no soy la niña que tú buscas, sino la mujer astuta que ha tendido las redes para cazarte como a mariposas y que ahora, en un rapto de sinceridad, quiere abrirlas para que huyas nuevamente.

– ¿Y si yo no quiero huir? ¿Y si quiero quedarme prisionero en estas dulces redes que son tus brazos?..., ¿me echarías?, ¿serás capaz de echarme de tu lado? -Y en las palabras vibraba el temor.

– No, vida mía. ¿Cómo echarte si te deseo? ¿Cómo echarte si te adoro?

– Cálmate. Serena tu alma -y cogiendo el espejo de sobre la mesa la trajo hacia sí-. Ven. Mírate al espejo, a este espejo donde nos hemos visto reflejados los dos hace un rato... ¡Ven, mimosilla!; ¡ven a ver qué te dice!; ¡ven a ver si eres mala o, por el contrario, una criatura angelical, una niña muy niña, y muy buena, y muy dulce y muy obediente que escucha a su niño y con él va a jugar al amor!... Tómallo en tus manos... Ahora, mírate... Escúchale, que le oigo hablar... Es una voz de ángel, quizá la de un niño que te busca en el campo, entre las flores, o en el cielo, entre las estrellas... -Y Manuel, como escondido tras el espejo, simula una voz delicada que dice-: ¡Margarita, niña buena, niña santa, ven a iluminar mi vida con tus ojos claros, ven a peinar mis rizos con tus manos blancas, ven para que aplaque mi sed en tu boquita!... ¿No me contestas?... ¿Ya no me quieres, luz de mis ojos?... ¿Ya no me buscas, vida de mi vida?...

– Sí te busco -dijo Margarita, dejando el espejo y abrazándose a su cuello, al tiempo que querían volver a brotar las lágrimas de sus ojos-; sí te quiero; sí deseo seguir iluminando tu vida; sí me he de esforzar en ser tu hada. ¡Tómame! ¡Besa mi boca! ¡Abraza mi cuerpo!... ¡Soy tuya, mi bien!... ¡Soy tuya, mi ángel, mi amor, mi ilusión!... ¡Soy tuya!...

– ¿Ya no vas a estar triste? ¿Me prometes que vas a estar ya siempre alegre, que no voy a tener necesidad de ir a buscarte ni a las fuentes ni a la luna y que te vas a reír conmigo, presentándote a mí con toda tu gracia y todo tu encanto?

– Te lo prometo; te prometo hacer cuanto tú quieras, cuanto tú desees.

– Bien. ¿Vamos a reírnos, vamos a cantar y a jugar?... ¿Qué te parece si nos fuéramos al campo, a mirar al cielo y recibir el beso del aire y escuchar a los pájaros, ya que no es posible que vayamos hoy a la Biblioteca ni a la Universidad?... ¿Sí?... ¿No vamos al campo, y así estamos ya siempre juntos, como tú deseas? -Y aquel juego infantil del joven enloquecía a Margarita.

- Sí, sí. Vamos al campo -exclamó ella, palmoteando como una chiquilla.
- bueno. Pues ahora, a arreglarnos. Tu vestido está todo arrugado, mi corbata suelta... ¡Oh, cómo se ha despeinado esta niña! -decía Manuel al mismo tiempo que le quitaba las horquillas y la mata de pelo de Margarita caía en cascada sobre sus hombros-. ¿Pues y la cara?... ¡Ay, qué cara!..., ¡cómo la han puesto las lágrimas y los besos!... Hay que lavarse, niña, hay que lavarse... y peinarse muy bien peinada... y ponerse su mejor traje.
- Margarita reía y reía, no a carcajadas, sino con una risa sana y alegre que la ayudaba a tomar parte en la ficción.
- Pues tú no te has mirado al espejo... ¡Anda mírate!... -y como Manuel fuera a coger el espejo que estaba encima de la mesa, Margarita, veloz, lo cogió antes que él, guardandoselo en la espalda, al mismo tiempo que prolongando el juego, decía-: No, no. En éste no, que este espejo es mío.
- Y mío también -decía Manuel queriendo quitárselo.
- No, señor; que esta preciosa joya me la ha traído un pajarito -dijo Margarita escondiéndose tras de la mesa.
- ¿Quién es ese pajarito?
- Un pajarito muy bueno, que no me hace llorar como tú me haces.
- ¿Y no permites, de verdad, que me mire en tu espejo?
- No.
- Si me lo permites, te doy un beso.
- Ya no quiero más besos, pues me ha dicho el pajarito que sólo él vendrá a besarme.
- Y si yo fuera el pajarito, ¿dejarías que te bese?
- Si fueras el pajarito, sí te dejaría; pero quieres engañarme, picarón.
- Si lo soy. Escucha cómo canto -y con esa maravillosa ingenuidad infantil que los niños ponen sus juegos, en los cuales representan los personajes imaginarios más diversos, Manuel se puso a cantar con sonsonete de criatura:

Pi, pi, pi.
Yo quería a una pajarita blanca
y le regalé un espejito de plata;
la pajarita voló
y yo me quedé llorando.
Pajarita, ¡ven,
que quiero mirarme en tus ojos!
Pajarita, ¡ven
que quiero que seques mis lágrimas!
Pi, pi, pi.

- Sí eres mi pajarito. Te conozco en la manera de piar. Sí eres mi pajarito -exclamó ella radiante de felicidad y abrazándose a él.

- ¿Quieres ahora que me mire en el espejo?
- Sí; ven pajarito -exclamó, abriendo sus brazos, como si fueran alas para recibirlo en ellos.
- Allá voy volando... -Y simulando el vuelo, corrió hacia Margarita-. Ya estoy aquí... Si me das tu piquito, pajarita blanca, yo te daré mi amor... ¡Dame tu piquito!
- ¡Toma mi alma, diablillo! -acabó por decir Margarita, entregándole el alma en sus besos. Y cambiando de tono, aunque siempre con la misma dulzura, como si temiera que el embrujo de aquel juego se rompiera, agregó:- Y ahora, a lavarse, a peinarse, a vestirse y a volar.

CAPÍTULO XXV

- ¿No conoces mi casa? -preguntó Margarita cuando, cogida del brazo de Manuel, le conducía hacia las habitaciones interiores.
- No conozco tu nido. Como pajarillo forastero me he quedado en la puerta -contestó Manuel, quien se mantenía aún en la ilusoria región de los sueños.
- ¡Pero ahí se te han rendido todos los honores! -dijo ella riendo-. ¿No estás todavía contento, pajarillo goloso? -Y como si la palabra respondiera a un pensamiento interior largamente acariciado, exclamó:- ¡Ya estás dentro del nido, que será también tuyo!
- Para eso tendré que traer yo mis plumitas -contestó Manuel.
- ¿No crees que haya bastantes?
- No. Faltan las mías -afirmó el joven mirando con asombro aquel lujo.

Margarita, a su lado, observaba sus menores gestos, queriendo recoger por el más nimio detalle la impresión que le producía a Manuel tan extraña vivienda, mientras él, ya sereno, lo miraba todo, más que con los ojos de la cara, con los ojos ávidos de la imaginación. Como si su atención no se abstraiera solamente en la contemplación de la morada que le ofrecía como nido de amores, sino que estuviera sujeta a un pensamiento interior que le obsediera, de sus labios caían las palabras maquinalmente impregnadas de cierta amargura, que no pasaba desapercibida para Margarita.

- ¡Muy hermoso!..., ¡muy hermoso todo! -repetía Manuel como si no hallara otra palabra-. ¡Muy hermoso tu nido, querida mía! Aunque mucho me esforzara, no podría hacer pata ti ningún otro más bello... ¡Muy hermoso!..., ¡muy hermoso todo!
- ¿Te gusta? -se atrevió a preguntar ella, notando cierta turbación extraña en el joven.
- Todo muy hermoso... todo muy hermoso... Pero... -y la pregunta se le quedó prendida en los labios.
- ¿Qué ibas a decir? -preguntó Margarita que adivinaba lo que pasaba en aquel corazón.

– Nada... no era nada -aseguró Manuel pasándose la mano por la frente cual si quisiera ahuyentar una fea visión.

– Algo sería... Y debes decírmelo porque desde hoy ya no podrás ocultarme nada -exclamó ella, mimosa, apretándose con él.

– Es verdad. Ni debo, ni puedo, ni podré ocultarte ya mi pensamiento. Pero... -y como si le costara enorme trabajo confesar lo que pensaba, preguntó con timidez y espanto-: ¿Nunca, nunca ha habido en este nido ningún otro pajarillo cantor?

Instantáneamente vio Manuel asomar al rostro de Margarita el dolor que la pregunta le había causado, e instantáneamente se apresuró a enmendar el disgusto que su imprudencia producía.

– No, no, Margarita; ¡no me digas nada! -decía tapándole la boca con la mano-. ¡No me contestes; no me hagas caso! He sido un imprudente, un mal educado... ¡No me contestes!... ¿Qué me importa lo de ayer, si hemos empezado a vivir hoy?... ¿Me perdonas?... -le rogaba al propio tiempo que la besaba enardecido-. ¡Dime que me perdonas!

– Si no tengo nada que perdonarte -dijo Margarita esforzándose en aparecer serena-. Has hecho una pregunta que te ha asustado, y...

– Ya la he borrado. Haz como si no la hubieras oído y yo me olvidaré para siempre de haberla pronunciado... ¿Te he hecho sufrir?

– Toda la mañana me estás haciendo sufrir y toda la mañana me estás haciendo gozar, no sabiendo ya ni cuando el sufrimiento es alegría ni cuando la alegría es dolor.

– No te comprendo -dijo él extrañado.

– Ya me comprenderás. Por ahora ha de bastarte saber que estoy contenta, muy contenta, y que mi alegría, que es tuya porque tú me la has comunicado y me la has hecho gustar, es una de las mayores alegrías de mi vida... Por aquí..., por aquí -repetía en tanto lo guiaba-. Este es el tocador, el que mejor conoce mis secretos; ahí está el baño -decía al mismo tiempo que abría la puerta-, y aquí, a este otro lado, mi dormitorio... Has entrado, amor mío, hasta donde ningún hombre entró jamás, hasta el fondo del nido, como tú le llamas, porque has ocupado en mi corazón el lugar, siempre vacío, que ningún hombre ocupó.

Las palabras caían lentamente de los labios de Margarita, con la lentitud con que se pronuncian palabras sacramentales o juramentos que prometen una eternidad.

– ¡Te he pedido perdón y no me has perdonado! -musitó Manuel entristecido.

– Sí, te he perdonado con toda mi alma; pero tenía que decirte al traerte al nido, palabra que en tus labios llena mi alma de nueva música, que eres tú el primer pajarillo cantor a quien le he permitido la entrada... ¿No te agrada esta confesión? -preguntaba Margarita al propio tiempo que le cogía una mano y besaba, pudorosamente, las puntas de sus dedos.

– Sí me agrada -contestó él un tanto confuso todavía.

– ¿Y no te alegra?

– Más todavía.

– Pues entonces, ¿por qué continúas con la cara triste cual si te hubiera acontecido una gran desgracia?... ¡Ea, a lavarse, a lavarse, que el agua fresca es el mejor calmante para las pequeñas penas!

Margarita salió del tocador para volver en seguida con una toalla suave y blanquísima que puso en las manos de Manuel, mientras decía:

– Vamos, que tenemos que salir al campo para aprovechar este día de luz y de sol... Ahí tienes de todo: jabones, cepillos..., cuanto necesites.

Y como él se dirigiera al baño completamente vestido, Margarita le detuvo diciéndole:

– ¡Pero ven aquí, angelito!... ¿Te vas a desnudar en el baño?... Venga esa americana, y ese chaleco -y acompañaba la acción a la palabra ayudando a Manuel a desnudarse-. Y ahora la corbata, esta corbata tan fea que no sé quién le habrá regalado a usted, y ahora la camisa, pues es necesario que el agua clara bese bien las carnes, y ahora... un beso.

Margarita temblaba contemplando aquella carne fuerte y joven, apretada y morena, y sentía el placer de que sus manos tocaran, aun por encima de la fina camiseta, la espalda carnosa y que el fuerte pecho del varón semidesnudo se apretara contra el suyo.

Manuel no fijaba sus ojos en aquel escenario magnífico y deslumbrador, porque la figura central que actuaba en aquel marco tan delicioso como encantador era Margarita, y en su ausencia o en su presencia sólo a ella veía porque llenaba ya toda su vida.

– Mientras terminas tu aseo -dijo Margarita asomándose al baño-, yo me prepararé para el mío. Ahí te quedas solito. No tengas miedo a la soledad, que pronto estaré en tu compañía.

Solo ya Manuel, percibió aquel perfume delicado y sutil que exhalaba el pequeño y delicado aposento, imaginándose al hada de su sueños en completa desnudez recibiendo las caricias del agua perfumada en aquella concha nacarada del baño, e insensiblemente, como atraído por la carne fresca y la risa cantarina que se entraba por todo su ser, se aproximó, embriagado, al lugar donde le llamaba la ilusión. Era la primera sacudida que su carne joven experimentaba, era el primer despertar de deseo que su cuerpo sentía desde que, por la mañana, había entrado en aquella mansión de ensueño en la que había pensado mil veces como en un castillo encantado en el que viviera la princesa de sus sueños, que se le entregaba rendida y enamorada.

Sentía vergüenza de que su carne se despertara al deseo de posesión del cuerpo amado, y una oleada de fuego encendió sus facciones. Se frotó la cara y el pelo como temeroso de ser sorprendido por Ella en tal estado de pensamiento, volvió al tocador y después de pasear su mirada errante por aquellos objetos graciosos que adornaban el cuartito coquetón e íntimo de Margarita, otra vez la carne, aplacada en sus ardores y deseos por un esfuerzo de la voluntad, se estremecía apasionada.

Se acercó al espejo, contempló las pequeñas estanterías de cristal cubiertas de frasquitos de esencias, de tarritos de caprichosas y elegantes formas que encerraban pomadas, y en un sitio que le pareció el predilecto, divisó su espejito, aquel espejito que en tan corto tiempo se fundía con la historia de su vida. Lo tomó en sus manos, se contempló en él por breves instantes e instintivamente lo llevó a sus labios, cuando una carcajada lo volvió a la realidad.

– Narciso contemplándose en las aguas y besando su imagen -dijo Margarita apareciendo, esplendorosa, en la puerta de la alcoba-. ¡Muy bien!... ¡Muy bien!

Como niño sorprendido **in fraganti**, Manuel se levantó ruborizado y con voz lastimera que indicaba disculpa, justificó su acto.

– ¡No, Margarita!... ¡Te buscaba a ti y fue a ti y no a mí a quien besé!

– ¿Pero no estás todavía cansado de besos? -preguntó ella acercándosele.

– Los besos de amor no cansan jamás -contestó Manuel-. ¡He estado tantos años pensando en ellos!

Ella estaba espléndida, como nunca la había imaginado Manuel. Una finísima bata de seda blanca dibujaba los contornos de aquel cuerpo de ninfa y un escote estudiado y generoso permitía llevar la mirada hasta los opulentos pechos que palpitaban como niños juguetones que se ofrendan al amor. Sus cabellos, sujetos con una cinta también blanca, enmarcaban graciosamente su rostro bellissimo, y el conjunto, vaporoso y alado, de ninfa más que de mujer, parecía el de una diosa escapada del cielo. En la cara de Manuel se dibujó el asombro que era deslumbramiento ante la beldad, y su imaginación poética, juvenil y alocada, le hizo ver la aparición milagrosa de una hada que venía a hacerle una revelación de amor. Absorto cayó arrodillado a sus pies, y con la unción y humildad con que los fieles besan las vestiduras sagradas de las vírgenes, Manuel besó la túnica de aquella aparición de ideal.

Margarita esperaba el deslumbramiento. Con refinamiento estudiado había querido presentarse ante su niño amado como una virgen de ilusión que concede la gracia del amor a su elegido, y graciosamente le tendió la mano para que la besara. Sabiéndose triunfadora, ella, que hacía un momento se había sentido rendida y esclava, le ofreció sus manos, le ayudó a levantarse, y en silencio acercó sus labios a los de su amado para que éste le hiciera la merced de su beso más puro.

– Estás realmente deslumbradora -se atrevió a decir-. Aunque te soñé bella y admiré tu belleza y tu gracia desde el primer momento, nunca pude imaginarte tan magnífica y tan maravillosa, pues no pareces mujer sino hada, esencia y no carne.

– Pues soy carne que se te ofrece. Soy la que te ha buscado y te ha traído a su intimidad; soy la que te ha besado y a quien tú, ¡malito!, has hecho llorar -exclamó con acento que parecía candoroso y era, sin embargo, estudiadamente incitante.

– ¡No me has perdonado! -se quejó Manuel con acento infantil!

– Te he perdonado todo el bien que me has hecho y te perdonaré si algún día me hicieras mal. Ante ti, sólo viviré para el amor porque eres tú el que me has despertado al amor haciéndome conocer la verdadera alegría -exclamó Margarita.

– No digas eso, mi Margarita. Ante mí, conmigo o sin mí, tú vivirás para el amor.

– Para tu amor.

– Para mi amor, si ese es tu deseo; para el amor, si yo no fuera bastante para llenar tu alma.

– ¿Pero no te he dicho ya mil veces que la has colmado? ¿O es que renuncias a mí? ¿O es que sólo por haberme besado te has hastiado?

– No digas eso, que me lastimas... Si cada momento que pasa te deseo más...; si los segundos me parecen siglos para besarte...; si lo que yo quisiera... sería... -y antes de expresar el deseo, que le pareció muy atrevido, volvió a ruborizarse-, no sé cómo explicarme... estar dentro de ti,

ser tú y yo a la vez... No puedo, mi vida; no puedo expresar ni mis sentimientos ni mis alegrías ni mis deseos, porque todo me ahoga y las palabras son torpes para hacerte comprender mi dicha y mis locas ansias.

– Si te comprendo -decía ella acariciándole-; si te comprendo... mejor que si te expresaras correctamente..., mucho mejor que si de tus labios brotaran palabras almibaradas y elegantes, porque la palabra que no se acierta a decir y la que muere en los labios y la que se trueca en suspiro dicen más, mucho más, a los oídos de quien ama, que las más bellas frases y los más refinados y bien compuestos madrigales... Te comprendo, querido mío, te comprendo, aunque cada minuto que estás a mi lado descubro en ti un nuevo matiz, más delicado y sutil que todos los anteriores.

– Pues si me comprendes, Margarita mía, ¿por qué me obligas a decir lo que no quisiera, y permites que me avergüence ante ti y que el fuego suba a mi cara, y que me vuelva chiquillo en vez de hombre?

– Porque así es como te quiero más -interrumpió Margarita-: chiquillo y no hombre, niño que balbucea y siente, y no hombre que engarza preciosas frases mientras el corazón permanece frío. Cuando eres chiquillo, eres tú; cuando te sientes hombre...

– ¿Qué? -preguntó Manuel ansioso.

– Nada... ¡nada, no te arrebatas!... ¿Nos arreglamos para irnos al campo como tú me has propuesto? -y agregó riendo-: Cualquiera que nos estuviera mirando creería que ensayábamos una comedia; yo vestida de hada, como tú dices..., si es que las hadas usan vestido...; tú semidesnudo... ¡Qué graciosísimo es todo esto!..., ¡qué graciosísimo y encantador!... -Y como si reparara en la alborotada cabellera de Manuel, preguntó-: ¿Pero todavía no te has peinado?

– No encontré con qué.

– Entonces, ¿qué hacías sentado ahí frente al espejo? ¿Buscándome a mí? -dijo con picardía.

– No sé lo que hacía... Con este reír y llorar, y pasar de la tristeza más triste a la alegría más loca y de ésta al abatimiento y del abatimiento a la enajenación, no sé ya, en verdad, lo que hago, pues nunca jamás en tan corto tiempo he experimentado tan grandes cambios ni tan fugaces crisis... Me senté ahí... por verte... ¡sí..., por verte!, puesto que aquí todo huele a ti y todo respira tu aliento, y lo mismo que me senté ahí puede haberme envuelto en esa capa tuya a la que debe haber pegado algo de tu vida, porque lo que estoy haciendo desde que te conocí y aun desde antes de haberte conocido, es una sola cosa: buscarte.

– ¡Muy bien dicho!, ¡muy requetebién dicho! A ese último párrafo no le podría poner reparos ni el mejor retórico. Hasta lo has pronunciado con cierto énfasis, como suelen hacer los actores cuando hablan de amor... ¡Muy bien!... ¡muy bien! -y Margarita palmoteaba fingiendo el aplauso-. Pero ven aquí, simpático orador. Yo te quiero más niño, más pequeñuelo, más chiquillo. Empezaste balbuciente y has terminado como un hombre, por consiguiente mereces un castigo. No te rías, no; mereces un castigo.

– ¿Por haber sido hombre?

– No, por haber dejado de ser niño.

– Aquí estoy, señora, dispuesto a cumplir la pena que me imponga -dijo Manuel inclinándose ante Margarita con cómica humildad y fingiendo obediencia-. Mi vida es tuya, dispóngala de ella.

- Acerque aquel cojín.
- Aquí está, señora mía -dijo él colocándolo a su lado.
- Póngalo ahí, frente al espejo -ordenó el severo juez.
- Colocado -contestó él cumpliendo la orden.
- Siéntese y no levante la vista hasta que yo se lo ordene.
- Sentado.
- Ahora espere usted hasta que el juez se siente y dicte la sentencia.
- ¿Le ayudo? -preguntó Manuel que, siguiendo por el espejo los movimientos de Margarita, la veía transportar una silla.
- No, señor; usted es el reo.
- ¿Puedo hablar?
- Tampoco.
- ¿Y mirar al espejo?
- Mucho menos. Y tenga en cuenta, señor rebelde, que cuanto más moleste a la autoridad, más dura será la sentencia.

Mientras Margarita hablaba había aproximado una preciosa sillita colocándola tras el supuesto reo, y después, dando vuelta en busca de algo, halló su peinador que dejó encima de la silla y, por fin, revolviendo el tocador, cogió el peine con el cual, empuñándolo como arma cortante, amenazó severamente al inculpado.

- ¡Y verá usted!
- No le imploro piedad, señora, que bien merecido tengo este castigo y otros más severos que su merced guste de aplicarme, y como me considero reo por haber contradicho sus gustos, hágase su voluntad -y empezó a besar el peinador.
- ¿Pero qué hace usted que no se está quieto? -preguntó el fingido y severo juez.
- Besaba, señora, esta túnica de mi amada en señal de despedida, ya que usted es tan cruel que no me permite que le dé a ella mi último adiós.
- Pues estése usted quieto, si no quiere que las terribles púas de esta terrible arma se claven en su cabeza.

Mas... ¿cómo poder estarse quieto sintiendo en su cara el roce de aquellas carnes que prometían delicias, ni cómo estarse quieta Margarita que gozaba entrando sus dedos por entre los sedosos cabellos del muchacho?

Quejándose Manuel como si realmente estuviera sufriendo un gran suplicio, levantaba los brazos para coger entre las suyas las manos que él adoraba, y en el forcejeo aprisionaba con manos y brazos aquel cuerpo que pedía goce de amor en todo su plenitud.

Margarita, más dueña de sí y considerando que no había llegado todavía el momento supremo, que preparaba tan sabiamente, se levantó presurosa, yendo a refugiarse en su alcoba, desde la cual decía, jadeante y alegre:

– ¡Basta, locuelo!..., ¡basta! -y como Manuel la hubiera seguido, le cogió las manos para obligarlas a la quietud, agregando-: Eres... incorregible y desobediente... ¡Vaya una manera de agradecer que le peinen!... No he visto en mi vida un niño tan travieso.

– Ni yo una mujer tan divina -dijo queriendo desasirse de sus manos para abrazarla y, adelantando la cara, poder besarla-. ¡Dame otro beso!

– Así no acabaremos nunca -afirmó Margarita riéndose, aunque su voz quería ser severa.

– No acabaremos nunca, es verdad; no acabaremos nunca hasta... -y se ruborizó el niño no atreviéndose, como otras veces, a terminar la frase.

– ¿Hasta cuándo? -preguntó ella maliciosa.

– Hasta que nos saciemos -contestó Manuel sentencioso.

– ¿Pero tú sabes qué hora es? -dijo Margarita con objeto de desviar la conversación y la idea obsesionante de Manuel.

– ¡Qué me importa la hora, si apenas llevo un minuto a tu lado!

– ¡Justamente un minuto! -exclamó Margarita lanzando una carcajada-. Llegaste a las nueve...; son... las doce... ¡Justamente un minuto!... Y ya ves, ni hemos comido, ni nos hemos vestido ni creo que dejando transcurrir otro minuto tan... corto, podremos salir a pasear. ¡Tres horas que a este chiquillo le han parecido un minuto! -decía riendo al mismo tiempo que volvía al tocador.

– ¿Y cuánto te ha parecido a ti? -preguntó Manuel que la seguía como un corderillo.

– A mí... ¡una vida! -contestó, enigmática. Y cambiando de tomo, agregó-: Pero ven aquí que termine ya de peinarte... No, no te sientes, que no quiero que se repita la anterior escena de rebeldía y de...

– ¿Y de qué?

– De rebeldía y desobediencia.

– No era eso lo que ibas a decir.

– ¡Dios mío, qué chiquillo tan mal pensado!... Sí era eso.

– ¡No era eso!

– ¡Bueno! Iba a decir... juego... Pero estáte quieto... Así... Ya estás. Pareces un joven poeta con el cabello largo y estudiadamente revuelto... ¡Mírate en el espejo!

– ¿En cuál?... ¿en el tuyo o en el nuestro?

– ¿No son todos nuestros? ¿O quieres que yo haga mío lo tuyo y que lo mío sea sólo mío? Este -decía Margarita señalando el del tocador-, en el que yo sola me he mirado durante años, es también tuyo si tú lo quieres... Y esta filigrana que tú me has regalado, en cuya luna nos hemos

mirado los dos desde el primer momento, y ante la cual nos hemos besado por primera vez, porque fue tuya es mía, y porque es mía, debe ser tuya.

– Así debe ser, aunque no comprendo bien el alcance de tus palabras -afirmó él, pensativo y serio.

– Pues bien sencillo es. Mírate en el nuestro; pero en el nuestro que fue mío y que es tuyo por mi voluntad y creo que... también por la tuya... ¿No debe ser desde hoy todo nuestro?

– Ya hablaremos de eso más tarde -contestó él dejando entrever su inconformidad.

– ¿Y por qué más tarde y no ahora mismo?... Vete vistiendo, yo me iré peinando, y mientras tú te vistes y yo me peino podremos conversar, siempre y cuando, señor atrevido, usted me prometa ser formal.

– Lo prometo.

Manuel, separándose de Margarita, fue a cumplimentar la orden de vestirse, pero Margarita que veía cómo el joven había perdido su anterior jovialidad, le llamó, diciendo:

– Hazme el favor, Manuel. Ayúdame a ponerme el peinador..., la túnica de la amada ausente que tú besabas con tanta pasión... Gracias -y como Manuel la besara nuevamente, agregó Margarita-: ¿Ves?... Ya has roto el pacto de formalidad.

– Besar no es informalidad, es como aspirar el perfume de una flor. Tú eres la flor, yo soy el paseante solitario que, hambriento de perfume, acerca sus labios a ella... No, no; no era eso lo que yo quería decir. Era más bello, mucho más bello lo que había pensado.

– Vamos a ver. Yo te ayudaré -decía Margarita riendo-. Yo soy la flor... tú...

– No. No es eso, Margarita -la interrumpió Manuel-, porque tú eres flor y algo más que flor, y yo no soy el paseante que, pasivo, por casualidad, aspira un perfume, sino el que, activo, busca el perfume, pero también el que perfuma... ¡Qué torpe soy!... Quise decirte una fineza y se me ha quedado prendida en los labios.

– Ven aquí, amor mío -exclamó Margarita levantándose presurosa-. Sin palabras, díselo a los míos que han de comprenderlo y gustarlo mejor que el oído... ¡Ay, qué dulce ha sido este beso!... Entrándose en mi cuerpo, ha subido hasta mi frente y ha bajado hasta mi corazón... ¡Dame otro!..., ¡y otro!..., ¡y otros!... ¡Y toma los míos, paseante solitario que buscas perfumes! - Y, enajenada, besaba a su amante, tratando de infundirle alegría.

– Ahora comprendo la imposibilidad en que me encontraba al querer definirlo. Se siente la miel en la boca, el regocijo en el cuerpo y la alegría en el alma; pero no se define. ¿No es verdad, señorita flor que ha destrozado el pacto de la formalidad?

Y Manuel, jugando al amor con el alma, reía nuevamente con su risa más clara, mirándose en los ojos de Margarita.

– Bueno. Rehagamos el pacto si me prometes ser formal.

– Te lo prometo. Y tú, ¿cumplirás lo pactado? -preguntó él acercándose a la silla en que había vuelto a sentarse Margarita.

– Yo también. Pero... quédate a distancia y no te mires en el espejo, en mi espejo..., si es que no quieres que sea nuestro... hasta que no te hayas de poner la corbata -dijo empujando suavemente a Manuel que, tras ella, había puesto las manos sobre sus hombros y la cabeza junto a la suya, mirándola a través de la luna.

– Muy bien... ¡Hasta luego! -dijo al propio tiempo que la besaba en el oído.

– ¿Ves como no eres formal?... ¿Qué debe pagar el primero que rompa el compromiso?

– Yo no tengo más que una moneda -contestó Manuel volviendo hacia ella.

– ¡No!..., ¡no te acerques!... ¡Habla desde ahí!... ¿Qué moneda es ésa?

– ¿Todavía no la conoces?

– No, señor; todavía no conozco su moneda si es que, como buen pícaro, no quiere usted llamar moneda al beso.

– No tengo otra.

– Pues guárdesela usted... por ahora.

– Bien; no pagaré.

– Quedará usted en deuda, y como no tiene usted más que una moneda que nadie quiere, será necesario embargar su persona.

– ¿Llevándome a la cárcel?

– Llevándole a la cárcel.

– ¡Mejor!... ¡Nada me importa!

– Entonces, señor rebelde, ¿es que está usted dispuesto a no cumplir el compromiso?

– Sí, señora.

– Pues queda detenido. Desde este momento es mi prisionero... ¿lo entiende usted?... ¡mi prisionero! Y como no tengo otra cárcel que esta casa, quedará usted encerrado aquí hasta que yo lo ordene. -Y en este fingimiento de órdenes revoloteaba la idea de ocultarlo y secuestrarlo que obsedía a Margarita.

– ¿Y quién será mi carcelero?

– Yo... que he de ser inexorable en cuanto al cumplimiento de las ordenanzas... Por lo pronto, siéntese allí. Y estése quieto, y sin hablar si no se le pregunta.

– Bien -dijo Manuel cumpliendo la orden.

– Sin hablar, he dicho -ordenó Margarita, volviéndose hacia él y en tono que quería ser enérgico-. Si no, no podré peinarme y no saldremos nunca de esta situación.

– ¿Me permite usted, señora carcelera?

– No le permito nada. Usted no puede hablar mientras no se lo ordenen -afirmó ella sin poder contener la risa.

Alentado el prisionero por la risa de su carcelera, se levantó, simulando sigilo para sorprenderla, hasta colocarse tras la silla en que Margarita, sentada frente al espejo, se disponía a peinarse. Y bien porque ella hubiera desanudado la cinta que sujetaba su pelo, bien por las graciosas sacudidas de aquella cabecita loca, los cabellos de Margarita cayeron sobre sus hombros inundándolos de gracia.

Al sentir Manuel en sus brazos desnudos la suavidad y frescura de aquella cabellera deslumbrante, entró sus dedos por entre los finos y perfumados cabellos, y cogiéndolos en las cuencas de sus manos como si fuera agua de manantial, los llevaba a sus labios para besarlos, perfumándose de esencia de mujer, y hundía su cara en la seda hasta alcanzar con la boca aquel cuello de nácar que besaba con frenesí.

– Pero, Manuel, ¿qué haces? -preguntaba Margarita lánguidamente y tu bondad; besar tu cuello, que también es mío, porque él, aunque tú no quieras, se rinde a mí; besarte a ti entera, porque eres mía, mía y mía y siempre mía, como yo seré tuyo, siempre tuyo y enteramente tuyo.

– ¿Mío? -preguntó Margarita cogiéndole la cara con ambas manos para frenar su arrebato.

– Sí, tuyo.

– ¿Siempre mío?

– ¡Siempre tuyo!

– ¿Eternamente mío?

– Eternamente tuyo. ¡Hasta siempre, siempre! ¡Hasta más allá de morir!

– ¿Cuál será tu voluntad desde hoy, ángel mío?

– Quererte. ¿Y la tuya, mi vida?

– Vivir para ti.

– ¿Para siempre también?

– ¡Para siempre también!... ¡Hasta más allá de la vida, hasta más allá de la muerte, hasta más allá del amor! Tuyo es mi cuerpo, que puedes tomar cuando quieras; tuya es mi alma, que puedes hacerla divina, queriéndola, o hundirla en el dolor, despreciándola; tuyo es todo mi ser; tuyo es todo lo mío; lo bueno, que tú harás mejor, y lo malo, que purificarás con tu bondad. ¡Soy tuya, Manuel mío! Porque quiero ser tuya y sólo tuya, tuya hoy y mañana y... ¡siempre, siempre! Tuya y de nadie más... ¡ni siquiera mía! -Y, arrebatada, con los ojos húmedos de pasión y la boca reseca por la fiebre, besaba al amado prometiéndole-: ¡Tuya, tuya, mi niño, mi ángel, mi dios!

Fue el primer gran abrazo de varón que había recibido Margarita en su vida; fue el primer gran abrazo de mujer que Manuel había gustado; fue la fusión de dos almas en una. Por ella, la mujer se elevaba a la vida, y, por ella, el niño se elevaba a hombre.

CAPÍTULO XXVI

Margarita hubo de reprimirse para contener el ímpetu de Manuel que se desbordaba por momentos.

No había sonado la hora para Margarita. Transformada ya, habiendo gustado el placer de la pureza, que era un nuevo placer para ella, necesitaba algo que no se explicaba bien qué era, pero que la detenía. Así, rechazando al joven suavemente, le invitó a sentarse.

– Sentémonos un poco.

– ¿Estás cansada?

– Estoy contenta, estoy satisfecha, estoy alegre. ¿No ves cómo retoza la risa en todo mi cuerpo?... ¿Oyes?... La una... Ya no podremos salir a pasear.

– Poco importa. Nos quedaremos en nuestro nido -dijo él sin pensar lo que decía.

– ¡Ah! -exclamó Margarita jubilosa-. ¿Este es también tu nido?... ¿Luego aceptas que es todo nuestro, nuestro espejo, nuestro cuerpo, nuestra vida, nuestro amor?... ¿No contestas?... ¿Por qué no contestas, amor mío? -Margarita se levantó yendo hacia su niño amado-. Nos quedaremos en nuestro nido, has dicho... ¡Repítelo, Manuel, que lo oiga otra vez!... ¿Por qué no hablas?... Di que sí; di que es nuestro nido... ¡Por favor, Manuel... habla!... ¡Habla, que me das miedo! ¿No es éste tu nido? -Un grito de congoja, de angustia, de agudo y punzante dolor, porque no era dolor físico, sino dolor del alma, se escapó de su pecho-. ¡Manuel... habla y sálvame!

Conmovido hondamente, luchaba él consigo mismo. El niño generoso que todo lo da y lo recibe con pasión, aceptaba todo, porque todo, incluso su propia vida, estaba dispuesto a ofrecer y a dar a aquella mujer adorada; el hombre, que sujeta su vida a un código moral, se rebelaba contra la oferta generosa de Margarita, queriéndole hacer partícipe de todo lo suyo, que ese era el significado de sus palabras y de sus ruegos.

Cuando hacía un momento había aceptado ser suyo y tomarla por suya; suyos mutuamente y uno de otro hasta el morir, había hablado el niño que, apasionado, todo lo promete y todo lo acepta y todo lo regala; pero el hombre que cree que la generosidad de dar no es igual a la de recibir, porque en el dar y sólo en el dar existe la grandeza, paralizaba al niño y estrangulaba la voz en su garganta.

Ante el mutismo de Manuel, ante aquella cara asombrada, reconcentrada y muda, a la que Margarita había visto irradiar luz de amor, la mujer amante que ofrecía cuanto poseía, se sentía apenada por incomprendida e impotente para hacer comprender la magnanimidad y grandeza de su gesto.

Anoche apetecía a Manuel; hoy lo amaba. Anoche, en la soledad de su alcoba, la dominó la lujuria; ahora estaba bajo el influjo de una gran pasión de amor en la que todo es dádiva, renunciamiento y pureza. Anoche no hubiera sufrido sino en su epidermis, en su amor propio, por lo que consideraba desprecio; ahora sufría mal de amor que sólo amor cura. Anoche era la hembra en celo que buscaba al macho; hoy, ahora, era la mujer que por desconocidos designios busca al hombre para perpetuar la especie, uniéndose a él por selección de afectos y por conciencia de superación. Anoche era el sexo despierto; ahora era una alma anhelante.

Sufría Margarita. Sufría en su pureza. Le dolía el alma. Y como el mal del alma necesita el calmante de las lágrimas, Margarita lloraba pausadamente, tiernamente, resignadamente, como sólo saben llorar las esposas y las madres que ven hecho el sueño de su amor.

– No llores, Margarita -se atrevió a decir Manuel apenado.

– Déjame llorar, Manuel -y arreció en su llanto- Déjame que llore mi más grande pena; déjame que llore para siempre, siempre; déjame que encarne la estatua del llanto, ya que si no me quieres, sólo me queda, como consuelo, llorar por tu y llorar por mí.

– ¿Llorar por mí y llorar por ti?... No te comprendo.

– Porque no vibras conmigo; porque paralizado el péndulo de tu corazón, ya no siente ni se mueve al compás isócrono del mío; porque has matado en ti al niño poeta que se bañaba en aire, en flores y en sol, tomando sin sonrojos todo lo que le ofrecía la generosa naturaleza, y ha nacido en ti el hombre que, avergonzado al pensar recibir algo de una mujer, se siente oprimido y deshonrado... ¡Yo también soy naturaleza, Manuel! ¡Yo también formo parte, desde hoy, del concierto armonioso de los mundos que se ofrecen y se dan! ¡Yo también, tú me lo has enseñado, quiero ser generosa en el doble significado de la generosidad: dando y tomando; dándote mi vida con todo cuanto la adorna y tomando tu vida con todo cuanto posee! Ese es mi ofrecimiento que tú no has comprendido, el que te asustó hace un rato y el que yo quise hacerte claramente aun antes de habernos jurado eterno amor. -Y como si quedara pensativa porque necesitaba vaciar su alma de todas sus congojas, continuó-: ¿Qué es amor cuando no es dádiva? ¿Qué es amor cuando no es aceptación? En el amor, amor de pureza, amor de bondad, amor que sea amor y esencia de amor, no pueden existir lo tuyo y lo mío, sino lo nuestro, lo de ambos, lo de los dos seres, mujer y hombre, que viven el uno para el otro. Si una sombra de interés mella el interés común, el amor, que se nutre de luz, se marchita y muere, y si una sombra de desdén o desprecio no permite que las dos almas sean una sola para defenderse de peligros y maledicciones, el amor no es amor, aunque amor se le llame. Amor arrostra todo, desafía todo y vence todo.

Manuel callaba, pero la música de las palabras de Margarita le llenaba de un júbilo que tenía fiel reflejo en su rostro.

Al hacer Margarita una nueva pausa, Manuel le rogó:

– Sigue, Margarita, sigue explicándome qué es el amor para aprender a amar.

– Yo no sé si el amor nace y germina en el corazón o en la conciencia o si es corazón, es decir, cordialidad todo nuestro cuerpo o si es conciencia todo nuestro ser. Sólo sé que ayer no te amaba, aunque te buscaba, porque sólo había despertado tu cuerpo hermoso y tu juventud florida instintos en mi ser, y que hoy te amo porque has conmovido mi cuerpo y mi alma haciendo vibrar en mí mis más exquisitas fibrillas. De mi cabeza a mis pies, no ha habido una célula que no me dijera: ¡ámale!, y de mi cabeza a mis pies no ha circulado una gota de sangre que no me gritara: ¡entregale tu vida! Mi carne, toda mi carne, y mi sangre, toda mi sangre, corazón y conciencia, yo toda entera, se te han ofrecido, y tú, Manuel, tan bueno, ¿has podido besar sólo mi carne, querer sólo a mi carne, desear sólo mi carne, dispuesta a entregarse, aunque después llorara mi conciencia y se trocara mi sangre en lágrimas y mi corazón abandonará su ritmo por tu desdén? Cuando quieras mi carne, y sólo a ella, la tomas, que te la entregaré para que te sacies aunque yo llore. Pero si en mí amas algo más; si en mí has hallado prendas que valen más, no abandones lo bueno, que es lo que en los labios deja sabor a mieles, por lo que se olvida pasado un momento. ¡Aquí me tienes! -y desciñéndose la bata, la tiró a sus pies quedándose desnuda-. ¡Toma mi carne si es eso lo que buscas!... ¡Te ofrezco en holocausto de mi amor!; ¡te regalo este cuerpo que ningún hombre besó! ¡Me ofrezco a ti como

se te ofrecían las flores del campo, y el aura que mecía los trigales, y el rocío que inundaba el frescor a tus amadas margaritas! ¡Tómalo! -Y las lágrimas bañaban su rostro, hermoso en aquellos momentos hasta la magnificencia-. ¡Tómame!... Pero no me pidas un sollozo de emoción ni un suspiro de alegría, que mi corazón se desangra y llora, y mi conciencia se ofusca y mi alma tiembla.

Manuel, que gozaba y sufría, goce producido por aquella arrogancia sublime y sufrimiento porque veía sufrir a quien adoraba, se levantó como sonámbulo, recogió la túnica del suelo, la puso sobre los hombros de Margarita, ayudándola, con toda delicadeza a entrar sus brazos en ella, se la abrochó como una madre, cayó de rodillas y dijo:

– ¡Perdón!..., ¡perdón, mujer adorada!..., ¡perdón, mujer sublime! -pudo decir deshaciendo el nudo que oprimía su garganta.

Margarita, en silencio, le ayudó a erguirse y cuando las dos caras estuvieron a la misma altura, le miró intensamente a los ojos y besó su frente, diciéndole:

– Para que te ilumines.

Y lentamente, muy lentamente le volvió la espalda y desapareció en su alcoba.

CAPÍTULO XXVII

Manuel quedó anonadado. Comprendía que le había faltado entereza para pronunciar la palabra que eleva, y se reprochaba su cobardía. A la actitud gallarda de Margarita había contestado con el silencio torpe. No había sido ni niño juguetón y arrebatado que es todo corazón, ni hombre generoso y noble que es todo gallardía. En el umbral de la vida, donde todo es oscuridad e irresolución, había permanecido extático, sin atreverse a retroceder para ser bañado por la luz del fervor que arrebatara al joven ni sentir el impulso del salto valiente por el cual se llega a la hombría. Le había faltado heroísmo. Al despojarse de toda poesía, su alma se había vuelto átona y su cuerpo flácido había carecido de energía para pronunciar la suprema negación, negando la vida, o la suprema afirmación, afirmando la fuerza de vivir.

Margarita, en cambio, estaba satisfecha de sí misma. Llena de amargura, gustando el acíbar de la congoja, entristecida porque en su arrebato de mujer amante creía no haber sido comprendida, se elevaba a sus propios ojos, dispuesta en último extremo al supremo renunciamiento del amor, pero jamás dispuesta al renunciamiento de sí. Su personalidad, purificada y dignificada, se había enriquecido en unas horas de luz, y la sensibilidad de aquella mujer refinada había alcanzado el grado supersensible de los temperamentos exquisitos y delicados.

Cuando, loca, contemplando la sima de vicio en que había vivido, adquiriría conciencia de sí temiendo volver a caer en él si le faltaba el apoyo del ser querido al que consideraba toda pureza, había pedido a Manuel, aterrorizada y sin fuerza, que la salvara; ahora se sentía con fuerzas suficientes para intentar salvarse y para conseguir la salvación sola o acompañada. Era otra mujer. La Margarita de ayer había muerto para siempre; la nueva Margarita, con ansias febriles de proyectarse al mañana haciendo noble su vida, no retrocedería ya ante ningún sacrificio.

Pero, ¿y él? ¿Podría abandonarlo? ¿No cometería crimen al romper con aquella criatura adorable, mezcla de niño y de hombre, aunque ambos desdibujados porque el hombre, queriendo asomarse ya al mundo, seguía siendo crisálida niña? ¿No era él el que la había despertado al amor? ¿Y no debía ser ella la que lo despertara a la hombría, llevándolo de la mano hasta que alcanzara la altura apetecida?

No era, no, un juego de palabras lo de mío, tuyo y nuestro: nuestro espejo, nuestra vida, nuestro nido, nuestro amor, que Margarita había pronunciado con frenesí. En el fondo de las palabras aleteaba un pensamiento que había asustado a Manuel, ausente del candor niño para ser o creer ser hombre moral. Y esa moral que había proyectado su sombra sobre el candor del niño, es la que asustaba a Margarita al verle paralizado y abrumado por creerse inmoral si aceptaba la dádiva completa de su cuerpo y de su hacienda. ¿Qué pasaría más adelante si la sombra se trocara en nube que empañara la luz del sol de su felicidad? ¿Qué podía pasar si mañana el hombre moral sintiera vergüenza del pasado de la que fue su amor y vergüenza de sí por haber fundido su vida con una vida impura?

No había sido comprendida, tenía clara conciencia de ello. Deslumbrado el niño por las caricias carnales en las que soñó, no había percibido el roce de un alma que se acercaba a la suya, besándola en pureza, y, menos, la ascensión hacia la feminidad que permite a la mujer ser madre y novia, hermana y esposa, que todos esos matices adquiere el amor en la mujer cuando, en pureza, se enamora.

Manuel sentí y pensaba; pero el sentimiento y el pensamiento caminaban dispersos, pues sólo en el hombre que ya ha adquirido la jerarquía de hombre es donde van soldados o por lo menos haciendo el camino como perfectos camaradas. Enamorado de su padre, viejo hidalgo sujeto a la tradición familiar del honor, sobre Manuel pesaba la moral de la familia, y no era él, realmente él, sino cuando dejaba volar su imaginación por los campos floridos de la ilusión. En lo demás pensaba como su padre, o, mejor, sin pensar, imitaba a su padre. El honor familiar prohibía aceptar hacienda de mujer, aunque permitiera gozar de su cuerpo, y el caballero permitía comprar el amor consagrado, pero no aceptar lo que el amor consagra. Y ésta fue su lucha, en la que la falsa moral ahogó todo noble efluvio de amor, obligándole al silencio. Su corazón sangraba, su amor lloraba, pero el criterio rígido de la moral casera triunfó sobre el amor y sobre la moral hermosamente humana. Sólo por un esfuerzo en el que triunfara su corazón, podría volver a hacerse digno de Margarita que se había realzado a sus ojos, no percibiéndola ya como un hada, sino sintiéndola como mujer excelsa.

Solo, sin ver cuanto miraba, ajeno a lo que no fuera lo que empezaba a ser su tragedia; solo consigo mismo, a su cerebro se agolpaban ideas viejas y rígidas que le hablaban de honra, mientras aflúan a su corazón sentimientos tiernos que le hablaban de amor. Su cerebro escuchaba una voz lejana de humanidad que tenía el timbre de los grandes amores. De hallar o no la síntesis del pensamiento claro que iluminara su corazón, dependía su rumbo.

CAPÍTULO XXVIII

Se ha vestido Margarita graciosamente, como sólo saben hacerlo las mujeres de refinado gusto, y ha anudado su pelo de tal manera que parece cascada de bucles formando marco a su preciosa cara. Su vestido es el mismo de ayer, día primero en que Margarita se reunió con Manuel. ¿Ha querido que éste recuerde aquella entrevista? ¿Ha presentido, por el contrario,

una ruptura? Lo cierto es que ha querido reaparecer ante él en traje de calle que invita al paseo y, al propio tiempo, encantadora.

Al ir a trasponer la puerta de su alcoba, Margarita se ha detenido para ver a Manuel que, sentado y abatido, con las manos en la cara y los codos en las rodillas, solloza quedamente. Debía llevar así mucho tiempo. Quizá sollozara por lo que estaba dispuesto a abandonar, tal vez por lo que deseaba reconquistar: por sus sueños rotos, por sus ilusiones perdidas, por sentirse ofendido o por haber hallado su salvación. Pero Manuel solloza sin lágrimas, muy quedamente, escapándosele de cuando en cuando un hondo suspiro que conmueve su cuerpo, dando a entender por su abandono que su pensamiento y su sentimiento se hallan lejos.

Margarita lo contempla y sufre. Una angustia nueva la estremece, un ansia femenina y maternal la empuja a ir hacia él nuevamente para calmar su dolor; el deseo vivo de una palabra nueva, la palabra que espera, la lleva hacia el amor niño, que tantas locas esperanzas había hecho nacer en su corazón.

– ¡Manuel! -exclama con voz conmovida desde la puerta. Y Manuel, ausente, no oye, no contesta.

– ¡Manuel! -vuelve a llamar Margarita. Y el mismo silencio, la misma inacción.

– ¡Manuel! -repite la voz por tercera vez. Y Manuel sigue en otro mundo, lejano.

Presurosa, Margarita se acerca a su amado, le sacude y le llama, y el joven, ya hombre, levanta la cabeza pausadamente como si se despertara. Al reconocerla, cae de rodillas.

– ¡Perdón, Margarita!... ¡Soy tuyo! ¡Perdón por lo que te he hecho sufrir!... Me ha salvado tu dolor.

– Levántate, que todavía no podemos saber quién ha salvado a quién.

– ¿Me perdonas? -gimió él.

– Mis palabras te dicen que sí, para consolarte; mi corazón no puede hablar, porque teme ser él el culpable... ¡Vamos!... ¡Levántate! Todo ha pasado.

– ¡Perdón, Margarita!... ¡Perdóname!

– ¡Levántate, Manuel!... No puedo verte así, en postración, en humildad... Yo te quiero mirándome a los ojos. Y todavía más: querría ser yo la que tuviera que alzar los míos para mirarte.

– ¡Qué buena y qué magnífica eres!... Hasta ahora no había podido conocerte.

– Di, mejor, que no habíamos podido conocernos. ¿Y sabes por qué?

– ¿Por qué?

– Porque ni yo había sabido ser mujer ni tú habías adquirido la jerarquía de hombre. -Como Margarita sorprendiera en la cara de Manuel cierto gesto de asombro, insistió:- Sí, Manuel, no te asombres. Yo no he sido mujer hasta hoy; tú, hasta hoy, tampoco has sido hombre. Y es hombre y no niño como debo quererte, y es mujer y no niña como tú me querrás y debes quererme, única manera de que nuestras vidas se compenetren.

– Quiero comprenderte, pero no te comprendo -dijo Manuel que hacía esfuerzos de imaginación para penetrar aquel misterio.

– Ahora hablaremos de esto que puede ser importantísimo para nuestra vida, y fíjate que acabo de decir nuestra vida y espero que tú asientas aceptándolo así.

– Sí, querida mía, nuestra vida. ¿Cómo he podido dudarle un momento? ¡Nuestra vida! La vida nuestra, no junta, sino una, y que nos esforzaremos en hacer plácida y hermosa... ¿No es eso? -preguntó Manuel.

– Sí, eso es: plácida y hermosa, una y no dos, fundidas y no juntas -asintió Margarita-. Pero ahora -continuó sonriente y cambiando de tono- vamos a comer, pues son las tres de la tarde y no es posible que sigamos alimentándonos con besos... He dicho a doña Eloísa que nos envíe lo que tenga y que diera órdenes a Manuela para que nos pusiera la mesa en la biblioteca. ¡Anda!... Vete vistiendo y, mientras tú te vistes, yo veré si está todo preparado... Hasta dentro de un momentito, que vendré a buscarte -y le ofreció su mejilla para que la besara.

Margarita estaba nuevamente contenta, y su alegría era sana, serena y nueva. El capricho de posesión de Manuel, confundido por ella con el amor, la había llevado a exaltaciones locas; el sentimiento de que Manuel era ya, más que el prometido, el esposo, la volvía serena, reposada, consciente.

Las habitaciones que fueran un día teatro de entregas eróticas, las veía ahora con otra alegría, alumbradas con otra luz, y un sentimiento nuevo, de mujer hogareña que vive satisfecha en su casa, la abuenaba, dulcificándola.

Llegó a la biblioteca y se encontró la mesa servida sin que, como a ella le agradaba, faltara el menor detalle. Sabía que Manuela no volvería hasta ser llamada, pero cogió el teléfono para hablar con doña Eloísa.

– ¡Hola!... ¿Eloísa?... ¿Me has enviado cuanto te he pedido?... Bien... No; sopa, no... Dile a Manuela que no venga hasta que yo la llame... No te rías, ni menos seas mal pensada... Sí, es una novela de amor, pero no como tú te la imaginas... Soy otra, no me conocerás... Sí, y prepárate a recibir una confesión de alegría... Hasta luego.

Colgó el tubo y volvió por los mismos pasos a buscar a Manuel. La casa, por segunda vez, le producía la sensación de no ser ya la misma, y ella, aun no estando presente Manuel, no se sentía sola, sino acompañada. Con la familia creada en su corazón, había nacido el sentimiento familiar. Por anticipado, Margarita se sentía ya esposa y madre.

– ¿Vamos? -dijo Margarita golpeando suavemente la puerta.

– Sí, vamos -contestó Manuel desde dentro, apresurándose a vestirse.

Cuando Margarita entró, estaba él anudándose la corbata. Cogió ella la americana y se la ofreció abierta para que él entrara los brazos.

– ¡Gracias, novia mía!

– ¿No te parece que ya estamos actuando como esposos?

– ¿Quieres que te llame esposa? -preguntó él zalamero.

– Todavía no -dijo ella ruborizándose-. Más tarde, cuando nos hayamos desposado ante nuestra conciencia. Ahora, dame tu brazo y vamos a comer.

– ¿Sólo el brazo deseas?

Sin contestar, Margarita le ofreció sus labios.

CAPÍTULO XXIX

Al entrar en la biblioteca, Manuel divisó sobre el diván el retrato de Margarita que ambos habían abandonado horas antes, y la cartera en que había “vivido” encerrado durante varios días.

– ¡Mi retrato! -gritó Manuel yendo a recogerlo.

– Este retrato debemos devolvérselo a doña Eloísa -dijo Margarita.

– ¿Pero tú sabes lo que he escrito yo en él?

– No importa lo que hayas escrito, pues me figuro que no será nada de que puedas avergonzarte.

– No. Este quiero guardarlo yo, y a doña Eloísa le daremos otro.

Mientras él hablaba, Margarita había tomado el retrato y se sonreía leyendo al dorso: “Mi novia ideal. Retrato “raptado” el 9 de abril de 1956”.

– ¿Por qué pusiste raptado y no robado?

– Porque robado me parecía una palabra fea.

– Me agradecería mucho que lo devolviéramos a su dueña -insistió Margarita-. Yo te acompañaré y le daremos las necesarias explicaciones del “raptado”, diciéndole que fui yo tu cómplice -y volvía a reírse otra vez con su risa fresca.

– Haremos cuanto tú desees. Mi voluntad es y será tuya -afirmó él.

– No, querido, tu voluntad debe ser siempre tuya, pero puesta, como la mía, al servicio de nuestra felicidad. Si perdieras la voluntad, te anularías como hombre y... ¡no sabes lo hombre que ahora te quiero!... Pero vamos a comer -continuó, acercándose a la mesa-. ¿Tienes mucho apetito?

– Bastante.

– ¡Hace tantas horas que no comemos!... Siéntate ahí, en el sitio de honor -dijo Margarita señalándole el puesto en la mesa.

– No, no. Ahí debes sentarte tú.

– Tú eres el hombre... El señor...

– Y tú la reina a quien yo adoro... ¡Pase mi reina! -Y Manuel simuló hacer una reverencia cortesana.

– Lo mejor será que cambiemos los platos y nos sentemos los dos juntos aquí, en este lado... ¡Verás! -Y acompañando la acción a la palabra disponía todo de la forma más conveniente para que los dos cupieran en el mismo lado de la mesa-. ¡Bien!... Ahora, dos sillas iguales. Acércalas, mientras yo retiro este sillón... ¡Magnífico! ¿Qué nos falta ahora?

– Que nos demos un fuerte abrazo de reconciliación y un beso, más fuerte todavía, de desagravio -contestó Manuel.

– ¿Reconciliación? Si no hemos reñido.

– Casi reyerta ha sido por mi agravio, y si por tal no has tomado mi acción, abracémonos para que nunca nos reconciliemos porque nunca haya entre nosotros ni la más leve sombra de disgusto que nos separe. ¿Te parece? -preguntó Manuel ofreciéndole los brazos.

– Me parece muy bien -contestó Margarita abriendo los suyos.

Un abrazo noble y un beso profundo, que más fueron de esposos que de deseados amantes, pusieron fin al embarazo en que Manuel se hallaba todavía y disiparon las pequeñas dudas de Margarita.

– ¡Siéntate, querido mía!

– ¡Sentémonos!

– ¿No brindamos?

– Sí... Abre esa botella -dijo Margarita, señalando una que estaba sobre la mesa.

– ¿Por quién brindaremos? -preguntó él al mismo tiempo que llenaba las copas.

– ¿Por quién brindarías tú? -interrogó, a su vez, Margarita.

– Por ti. Porque seas feliz.

– Pues como yo brindaría por ti, brindemos por nosotros, por nuestra felicidad.

– ¡Por nuestra felicidad! -dijo Manuel levantando su copa en alto.

– ¡Por nuestra felicidad! -repitió Margarita chocando su copa con la de él. Y después de una corta pausa, durante la cual había estado sirviendo el plato de Manuel, preguntó Margarita:- ¿No te parece extraño todo esto?

– A decir verdad, casi no me extraña nada... ¡tanto y tanto soñé estar a tu lado!... -contestó Manuel.

– Pero come... Necesitamos comer.

– Me basta con mirarte, con estar a tu lado, con saber que el sueño que tanto acaricié es una realidad. Me es suficiente con llamarte mía y escuchar de tus labios, cuando a mí te diriges, la palabra amor... ¿Te beso?

– Bésame... Pero veo que voy a tener que darte de comer como a un niño -dijo Margarita ofreciendo a su amado un trocito de carne.

– Muérdela tú primero -pidió él. Y después de cumplimentado su ruego, agregó-: me sabe a ti.

– Ojalá que todo te sepa siempre a mí.

– ¿Y por qué no?

– No niego -dijo Margarita-; lo que hago es expresar un deseo.

– Pues ese deseo lo verás cumplido, porque si antes de besarte, todo me sabía a ti, porque en todo te veía y en todo te gustaba, ahora que te he besado, ¿cómo podré olvidar el sabor de tus besos? ¿Tú no sabes que hace ya mucho tiempo que sólo pienso en ti y que despierto o en sueños tu imagen no me ha abandonado un momento?

– Lo sé -afirmó ella ruborosa-, porque lo mismo me ha sucedido a mí.

– Desde que nos separamos ayer, no te olvidé un momento, pues hasta soñé que entrabas en mi habitación y me besabas.

– Y entré y te besé -afirmó Margarita-, porque yo también estuve soñando contigo toda la noche.

– ¿Ves?... Luego dices que soy un informal.

– Pero, chiquillo, si yo te aseguro que fui a tu cuarto y te besé, y tú afirmas que experimentaste la sensación de mis besos, no cabe duda alguna que, realidad o ilusión, los besos fueron míos... Pero no comes... No has comida nada.

Y como si la comida no tuviera para él importancia alguna, continuó explicando su sueño que era juramento de amor, deseo, anhelo y vehemencia de amar:

– Cuando me levanté esta mañana, una música de estrofas me obsesionaba. Durmiendo había compuesto un poema que despierto quería recordar y, para mi tormento, no recordaba. Me senté a mi mesa, tomé la pluma y... nada. Me paseaba febril por la habitación y sólo trozos, como retazos de música que se repiten, poco a poco rehacer algo que se fue grabando en mi memoria. -Y como si en su soliloquio tratara de rehacer lo que en sueños había compuesto, recitó para sí como un sonámbulo:

... Si en las claras blancas noches, hay pureza y castidad, que puro y casto es lo bello,
que puro y casto es lo bello.
mi sueño, mi loco sueño de amores al que pureza engendró,
es más puro que el reír de las estrellas en el cielo,
y más fresco y perfumado que el aura de los vergeles,
y más tierno y candoroso que adolescentes amores
que, al besar, sienten rubor de libar en labios vírgenes miel de mieles...

Y como Manuel callara por no recordar más de su poemático sueño, Margarita exclamó:

– ¡Muy hermoso!..., ¡muy hermoso!..., ¡muy hermoso tu poema, tu sueño, tu pureza y tu candor!... ¡Muy hermoso, Manuel! Pero... ¡asciende, asciende de niño a hombre! -Y volviéndose a él, le miró en los ojos y besándoselos como todavía no los había besado, con arrebatos y amargura exclamó: Continúa siendo tan puro, tan bueno y... tan santo..., no encuentro otra palabra...; pero asciende, porque yo te necesito hombre, y es necesario, para bien nuestro, que subas hoy mismo el escalón que separa la niñez de la hombría. ¡Haz un esfuerzo, niño mío! Te quiero niño, sí, niño para protegerte -continuó Margarita-; pero te deseo hombre para que me protejas a mí como a una niña. No me puedo explicar; no puedo expresar con claridad mis sentimientos ni mis pensamientos, tan complejos son, para que lleguen a tu cerebro y a tu corazón; pero es necesario, me es necesario a mí hacerte una confesión, la confesión de mi alma para que la comprendas y, si puedes, para que la quieras después de haberla visto y comprendido.

– ¡Te querré siempre! -afirmó Manuel deslumbrado ante aquel arrebatos que le mostraba una nueva Margarita.

– Eso deseo, mi niño adorado, que me quieras siempre como yo he de quererte a ti. -Y levantándose como obsesionada por una idea, preguntó: ¿Quieres dejarme obrar, amor mío, como a mí me plazca? Lo que en este momento pienso, y que en seguida conocerás, es para nuestro beneficio. ¿Me permites que obre como considero que debo obrar? Estamos atravesando un momento, querido mío, para que ponga en ejecución lo que considero muy necesario para nuestra tranquilidad y para nuestra salud moral.

– Todo cuanto hagas será aceptado por mí sin titubeos y con placer -afirmó Manuel.

– Te parecerá que estoy triste, pero no lo estoy; sino al contrario, enajenada de alegría, aunque esta alegría sea diferente a la sentida y expresada esta mañana en tu presencia. Y este cambio que se ha operado en mí, que hasta ahora yo sola me explico, pero que deseo hacerte comprender, es el que desearía se operara en ti. De la mutua explicación que nos demos después de que escuches la confesión que has de oírme, dependerá nuestro futuro. Pero antes necesito hacerte un ruego: ¿No tendrás inconveniente alguno que llamemos a doña Eloísa, le entreguemos su retrato, el “raptado” por ti, y le dé en tu presencia unas explicaciones que creo necesarias?... No te ruborices, que no hiciste nada de que puedas avergonzarte... ¿Me lo permites? -volvió a preguntar Margarita.

– Haz lo que quieras -asintió él.

Tomando el teléfono Margarita llamó.

– ¿Eres tú, Eloísa?... Ven en seguida, te necesito con toda urgencia... Estaremos en la sala, pasa directamente allí -e invitando a Manuel, y tomándolo del brazo, dijo: Y ahora, vamos a sentarnos con toda comodidad, ya que la conversación necesitará ser forzosamente larga:

– Vamos -dijo Manuel dejándose conducir.

– Te estaré molestando con esta sinceridad y este misterio de que rodeo mis palabras...

– No temas, querida mía -interrumpió él-. No me molestas en lo más mínimo, antes al contrario, son tan nuevos para mí estos cambios, y estas conversaciones alegres y serias, y estos arrebatos que hemos sufrido y estos dolores que hemos experimentado, que, como tú, noto que en mí se está operando un cambio, todavía inexplicable, pero cambio que me aproxima más a ti en conciencia.

– Eso es lo que busco y deseo, tu aproximación a mí por tu conciencia, ya que la del corazón existe hace tiempo... Ya está ahí Eloísa... ¡Pasa!..., ¡pasa!... -le gritó, para continuar una vez reunidos los tres-: Sentémonos aquí, frente al balcón, en esta agradable media luz... Tú ahí, Manuel, frente a mí, para que puedas mirarme a tu sabor y veas en mi cara los reflejos de mi alma; tú, Eloísa, aquí, entre los dos, pues quiero, como buena amiga mía, que presencias no una simple conversación, sino una confesión que es, a la vez, conversación. ¿Quieres que empiece? -preguntó Margarita con una sonrisa impregnada de una gran tristeza, sabiendo, como sabía, que de aquel momento dependía todo su futuro.

– Cuando quieras -contestó Eloísa.

– Estoy deseándolo -afirmó Manuel.

CAPÍTULO XXX

– Te he llamado, Eloísa, por un doble motivo -empezó Margarita con voz tranquila y reposada-: primero, porque haciendo, por propia determinación tuya, las veces de madre de Manuel, deseo y quiero que seas testigo de mi confesión para que veas y comprendas mi sinceridad, pudiendo decir a su padre, si llegara el caso, lo que has presenciado; segundo, porque eres, además de mi única familia, mi única amiga, y me es honroso confesarme ante ti... Pero antes deseamos restituirte algo que Manuel tomó siendo tuyo: mi retrato. Creo que sabrás perdonarlo. Según confesión propia, Manuel no pudo resistir la tentación de apoderarse de él, pues como, temeroso, guardaba celosamente el secreto de su amor hacia mí, necesitaba, para calmar sus ansias, tenerme en su presencia. En estas circunstancias halló en el álbum tuyo mi retrato y lo tomó como cosa propia para besar en la soledad la imagen de su amor, que era yo. Comprenderás cómo le he perdonado y cómo deseo que le perdones tú.

– Puede contar con mi más completo y sincero perdón -aseguró doña Eloísa mirando a Manuel.

– Gracias, doña Eloísa, mil gracias -y, como de costumbre, las mejillas del joven se tiñeron del más vivo carmín.

– Bien, pues. Estando todos en paz, empiezo, sin ocultaciones ni ambages, la historia de mi vida. Deseo que me conozcas, para que seas tú el que decidas si puedes quererme, como antes dijiste, en conciencia -y su voz tenía el timbre sereno que se necesita en las grandes decisiones.

Como si ordenara sus pensamientos, Margarita guardó un corto silencio que no fue interrumpido, continuando después:

– La que me dio el ser fue una bellísima mujer que paseó su belleza por las cortes europeas en compañía de mi padre, embajador del que heredé mi apellido y mi fortuna. Aquella mujer, a la que apenas conocí, murió trágicamente y hasta mí han llegado relatos de su vida licenciosa. Mi madre no fue nunca una madre, sino una señora que vivió el placer. Niña y huérfana, mi padre creyó cumplir sus deberes internándome en los grandes colegios ingleses y franceses, en los cuales crecía sin amores, ya que cuando de tarde en tarde me visitaba mi padre o era llevada a su casa en París o en Londres, rara era la vez que recibía sus caricias, transcurriendo mi vida entre gentes mercenarias. No recuerdo haber sido niña, es decir, no tengo conciencia de haber

experimentado esos sentimientos infantiles que tan bien saben pintar algunos escritores y que creo habrán tenido albergue en las almas de otras criaturas, pues si bien jugué con otras niñas al amor, ni ellas supieron inculcarme el amor filial ni las profesoras se preocuparon de ir formando mi alma para las caricias del amor puro. Estudiaba asignaturas que me eran odiosas, bordaba, aprendía música, bailaba, se me enseñaban reglas de urbanidad y cortesía, paseaba, vestía con lujo; pero todos mis actos, mi vida entera, eran fríos, metódicos, carentes de la espontaneidad y gracia naturales. Se me enseñó a calcular, no a sentir, por lo cual fui orgullosa y desconocí la sencillez. La vida, para mí, estaba moldeada por las profesoras y consistía en reglas sociales que no se podían infringir, en sonrisas que no expresaban sentimientos, en fórmulas que mecanizaban mi existencia. A los diez y siete años era una muñeca que se movía como esas figurillas del “grand guignol” por medio de invisibles hilos, sólo que los que de mí tiraban eran los de la soberbia, la vanidad y la lujuria, en las que me doctoré apenas asomada a la vida. Aquellas niñas que conmigo compartían la existencia, eran viejas iniciadas en las sáficas artes del amor por las mismas profesoras, que muchas veces recibían altas recompensas y honores de sus discípulas. Se nos pintaba a los hombres como verdaderos monstruos de los que debíamos huir, y nos juramentábamos para gozar de nuestros amores sin admitir varón, siendo aplaudidas las conductas de las mamás que engañaban a sus esposos. En estas condiciones, y completada mi infecunda educación, se me comunicó la muerte de mi padre y fui traída a Madrid bajo la protección de mi tío, cuya esposa no tuvo rubor en hacerme su amante. Así crecí, así me he desarrollado y esa y no otra ha sido mi vida. Este departamento fue amueblado y alhajado para entregarme, con entera libertad, a esos placeres, derrochando mi fortuna en lujos tan inútiles como enervantes y en amores tan torpes como estériles. De ahí que haya vivido siempre sola, huyendo, en todo cuanto me fue posible, de la presencia de criados, testigos mudos, pero testigos al fin y al cabo, de la vida y acciones de quien les paga.

Hasta aquí, Manuel, una parte de mi vida que no necesita de otros detalles para ser comprendida por ti.

Un día -y aquí empieza la segunda parte que tampoco conoces-, doña Eloísa, aquí presente, recibió una carta. Estábamos comiendo y, después de leerla, me la pasó a mí. Era la carta sobria y serena de un padre que recomienda a un hijo y del cual hablaba con tanta dulzura como admiración. “Es un hombre en cuanto a fuerzas físicas y talento natural; pero es un niño lleno de candor, que necesita quien le guíe para que pueda apartarse de los peligros que Madrid ofrece. Cuídelo, si usted puede hacerlo, como una hermana mayor y déle sus consejos como una madre”. Tal, entre otras varias cosas, decía. La carta era de tu padre, el estudiante que “no venía a estudiar, sino a asomarse a la vida para conocerla”, eras tú, que te presentaste a los quince días justos de recibida.

Doña Eloísa me preguntó:

“¿Qué te parece, Margarita? Ya tengo un hijo, el que tanto esperé y nunca vino”.

Aquellas palabras, aun sin prestarles mayor atención, hallaron eco en mí. Eloísa había suspirado por un hijo que jamás pudo tener, y sin saber cómo ni por qué y sin pensar si era por ella o era por mí, en mí ser se despertó un sentimiento maternal lejano que empezaba a velar por aquel joven-niño que había de venir.

“Será preciso recibirlo como tal -dije riendo a doña Eloísa-, preparándole la mejor habitación de la casa y recibéndole como se recibe al hijo largo tiempo esperado”.

“Y así lo haré, me contestó”.

“Y yo prometo ayudarte para que la estancia en Madrid le sea agradable”.

De esta manera, y casi sin pensarlo, las dos concertamos un pacto, ella como madre y yo como amiga, para hacerle la vida dichosa al desconocido.

Pasaron unos días y no recibía contestación, aunque entre las dos nos habíamos preocupado de ciertos pormenores del recibimiento, eligiendo muebles y pequeñas chucherías que adornaran la habitación con objeto de que no echara de menos el calor familiar. Riéndonos, salimos de compras y vinimos cargadas con nuevos visillos y graciosos “bibelots”, dejándonos encargados un escritorio, una pequeña biblioteca y un bonito cartapacio.

A la hora de la comida nos preguntábamos:

– “¿Y el hijo?”

– “No ha venido -contestaba la mamá adoptiva-. No sé lo que pasará”.

Conversando sobre el mismo tema, nos reíamos pensando que ella se quedaría sin el hijo y yo sin el amigo, cuando Manuela se presentó con un telegrama. Lo abrió Eloísa, y con una alegría extraña que me llamó la atención exclamó:

– “¡Ya viene mi hijo!... ¡Mañana llega!”

– “Pero Eloísa... cualquiera diría que...” -pero no me atreví a terminar la frase por temor a perturbar aquella alegría o herir quién sabe qué sentimientos maternos que había notado se despertaban en ella.

– “Lo que yo quería -me dijo- es que fuera guapo y bueno para hacerme la ilusión de que era un hijo de verdad, y lo que me agradaría sería que tú fueras su amiga para que no estuviera aquí tan solo y pudieras llevar a tu lado un amigo con quien pasear, distraerte y alegrarte”.

– “¡Pero si es un niño!” -repliqué yo-. “Acuérdate que la carta decía tener veintiún años y yo tengo treinta”.

– “Pero parece que tuvieras veinte. Además, ¿qué importan los años para tener amigos?” -argumentó Eloísa.

– “Bien; te prometo recibir a tu hijo como a un amigo y ser consecuente contigo, con él y con mi amistad”. -dije para conformarla.

Sin embargo, sin saber por qué, aquella noche, pretextando enfermedad, dejé de asistir a una reunión que varias amigas celebraban en mi honor, y durante unos días me estuve preguntando a mí misma:

– “¿Tú no puedes tener un amigo?...” ¿Y por qué no? -me contestaba-. “¿Qué delito hay en ello?”

Y al encontrarlo, me iba acostumbrando a la idea de tener un amigo, un primer amigo que había de ser como un juguete que podría presentar a mis amigas, y como un confidente con el cual pasearía, iría al teatro y me divertiría.

No puedo explicarme por qué estas ideas tan ingenuas levantan pequeñas tormentas den las almas, sugieren nuevos pensamientos y hasta influyen en la vida de las personas, lo cierto es que a la sola idea de tener un amigo, que me imaginaba tan buen mozo como candoroso, mi vida cambiaba, fijaba mi mirada en los hombres preguntándome a cuál se parecería,

experimentaba una alegría infantil y hasta faltaba a reuniones a las que me había comprometido asistir.

El día de tu llegada Eloísa y yo prolongamos nuestra comida más de lo acostumbrado, calculando con el horario del tren cuál sería poco más o menos la hora en que podrías llegar a casa. No nos equivocamos, a las cuatro en punto hacía su aparición un mozo no tan tímido como nos lo habíamos imaginado, pero sí más guapo, gentil y cortés de cuanto habíamos pensado. Eloísa aplacó sus arrebatos de madre y se limitó a ser una cumplida ama de casa que recibe con la mayor finura a un huésped predilecto, y yo me ruboricé, creo que por primera vez en mi vida, al recordar cuánto había pensado en mi nuevo amigo.

Recuerdo que me miraste con insistente fijeza y que al hacer las presentaciones Eloísa no vista la mano que yo te ofrecía, sino los ojos que te ocultaba... Ahora sé, por lo que me dijiste esta mañana, que estabas haciendo examen de mi persona.

– Y ya te he dicho que mi primera impresión fue magnífica, tan magnífica que me dije a mí mismo: “He ahí a tu esposa” -interrumpió Manuel.

Margarita le dio las gracias con una sonrisa, y continuó:

– Como comprenderás, nuestra conversación, después de haberte acompañado Eloísa a tu cuarto, recayó sobre ti.

– “¿Qué te parece mi hijo?” -me preguntó-... Porque has de saber que desde que llegaste, Eloísa, cuando habla conmigo de ti, sigue llamándote hijo.

– Y yo le rogaría que siguiera llamándome así, pero no a escondidas, sino a mí mismo y aun delante de todo el mundo, para llamarla yo madre, si ella me lo permite... ¿Lo desea usted mamá Eloísa? -preguntó Manuel hermosamente contento.

– Usted es un hijo ideal y me avergonzaría llamarle así ante los demás.

– En primer lugar -afirmó el joven-, las palabras madre e hijo son tan hermosas que nadie debe avergonzarse de pronunciarlas; en segundo, una madre, legítima o adoptiva, no puede tratar a su hijo de usted. Desde este momento, madre, usted me tratará como a un hijo, como a su hijo, cuyos deberes me esforzaré en cumplir como usted merece por su gran bondad... ¿Conformes los tres? -preguntó él mirando alternativamente a doña Eloísa y a Margarita.

– Por mí, sí; pero es ella la que debe contestar -asintió Margarita. Y dirigiéndose a una y a otro, continuó-: ¿Verdad que aceptas Eloísa?... No contesta, porque está embargada por la emoción, pero yo te contesto por ella, o, mejor, ese silencio es la mejor contestación. Pueden darse ambos, si lo desean, un abrazo que selle su noble cariño.

Manuel se levantó de su silla y tendió los brazos a doña Eloísa diciendo:

– Madre, ¿permite usted a su hijo que la abrace?

– Sí, Manuel, sí -contestó doña Eloísa emocionada-. Usted es tan noble que merece el cariño de una mujer que sea madre para usted, y el cariño de otra mujer que, como Margarita, lo desee como esposo. Usted no sabe qué mujer es esa Margarita desde que llegó usted a esta casa.

– Ni tú puedes conocer, Eloísa, el cambio operado en mí desde esta mañana... Pero dense el abrazo.

Doña Eloísa y Manuel se abrazaron, sintiendo más la primera el hondo sentimiento de la maternidad que le segundo el del amor filial, aunque ambos emocionados porque sus sentimientos, más o menos intensos, eran nobilísimos.

– Ahora, mi querida Margarita, te pido, como tú me lo pedías esta mañana, que continúes hasta el fin. Es el ruego de mi alma anhelante -afirmó Manuel.

– ¿De veras te interesa? -preguntó ella contenta.

– De verdad me interesa... La primera parte de tu historia, que he escuchado sin perder una sílaba, la he olvidado para siempre... Óyelo bien, querida mía...: ¡la he olvidado para siempre!... Tú has nacido a la vida conmigo y por mí, y ésta es la parte que me interesa, porque es la historia de un amor, de nuestro amor -aseguró Manuel con firmeza.

– ¿No crees que tu voz tiene un nuevo timbre, más firme y sonoro que esta mañana? -preguntó Margarita cual si despertara a una nueva alegría por hallarse satisfecho su anhelo.

– Pudiera ser, querida mía. En esta casa, y de un día para otro, ¿qué digo?, de una hora para otra, todos estamos cambiando, y aunque haya sido yo el último tocado por la gracia, noto en mí que no soy el mismo, que el niño un poco torpe e ingenuo que entró aquí esta mañana, se ha trocado en hombre porque tú lo has deseado y conseguido con tu gracia y porque yo lo he deseado y conseguido con mi esfuerzo, para nuestro bien. Y... ¿me permites que siga? -preguntó el joven, cual si de pronto se le ocurrieran grandes cosas que decir.

– Sí, sí. Si me encanta oírte... ¿Sigue, sigue! -pidió Margarita alborozada.

– Si esta mañana hubiera escuchado de tus labios la historia de tu vida, no habría podido comprenderte y, por consiguiente, si no te hubiera aborrecido, cosa imposible, por lo menos me habría escandalizado y quizá hubiera huido de tu lado y de Madrid. Has tenido el tacto, la clarividencia, la intuición femenina precisa y justa para hacérmela conocer en ascensión a la hombría. Ella, mejor dicho, tú has acelerado esa transformación, ese cambio, y, por lógica, esa comprensión. El hombre que ahora siento en mí te ha comprendido; el niño puritano que yo era esta mañana, se habría horrorizado... Ahora puedes seguir y deseo que sigas, pues cada palabra tuya es como una nueva luz que ilumina mi corazón... Continúa, Margarita, te lo ruego -terminó diciendo Manuel.

– No es luz de mí, no es luz mía; la luz vino de ti a mí, aunque ahora vuelva de mí a ti -afirmó Margarita, no por deseo de complacerle, sino por tener la seguridad que así había sucedido.

– Esforcémonos en no equivocarnos ni por exceso de cariño ni por excesos de modestia, pues la equivocación nos llevaría a no ser justos con nosotros mismos. Necesitamos uno y otro ver claro en nuestras vidas; yo en la tuya y en la mía, tú en la mía y en la tuya. Mirando a nosotros mismos, nos contemplamos tal y como somos, y si ante los demás presentamos muchas veces el lado oscuro de nuestro carácter y de nuestros sentimientos, nosotros, cuando auscultamos nuestra conciencia, nos vemos a plena luz, es decir, sin ocultaciones, como realmente somos. Rememorando ahora nuestra vida de hoy, nuestras palabras, nuestros titubeos, nuestros suspiros, nuestras alegrías y súbitas tristezas, nuestros placeres y momentáneos sufrimientos, te veo y te comprendo y me veo y me comprendo. Entro en ti, en tu vida de hoy y de ayer, en la presente y en la lejana, y vuelvo a vivir la mía presente y pretérita, hallando en ti valores que en mí no hallo, virtudes que en mí no encuentro, excelencias y exquisiteces que todavía no he podido yo experimentar. La luz, mi siempre querida Margarita, viene de ti, porque tú eres luz, porque tú y no yo eres pureza.

– No, Manuel, no -interrumpió Margarita-. Te ciega la pasión, el amor que me tienes o la bondad que brota en ti. Yo soy y he sido la pecadora, la mujer sin alma...

– ¡Por favor, Margarita, no digas eso que me haces daño! -interrumpió Manuel arrebatado-. Tú no eres ni fuiste la pecadora, tú no eres ni fuiste la mujer sin alma. No pecaste, porque nadie te enseñó a amar las bellezas ni las virtudes de la vida; pecaron tus padres que no supieron, no pudieron o no quisieron serlo, cegados por sus pasiones o por sus vicios; pecaron tus profesores, que no cumplieron con el sagrado ministerio de formar, con exquisitez, las almas de las discípulas, vertiendo en ellas zumos de dulzura y esencias de pureza. No tú no has pecado; pecaron ellos, los que te rodearon, los que te dieron una educación falsa, los que tejieron a tu alrededor un velo de infamia para ocultar con él tus virtudes legítimas. Ellos, todos ellos fueron pecadores; tú, no. En el recogimiento, en el aislamiento en que quedó tu corazón, que no llegó a tomar parte ni en tu misma vida, construyó, sin tú saberlo, su propio sagrario, viviendo en pureza para sí mismo. El rumor de un beso, el paso de un niño, el llanto de una madre o un cantar de amor, cualquier acción noble o cualquier bello gesto hubieran bastado para despertarlo, y conmigo y sin mí tú hubieras sido la mujer bondadosa y exquisita que eres, que sabe de cosas bellas porque crea belleza en su corazón.

– No, Manuel, no. No sigas, que eres tú el que te engañas -interrumpió Margarita.

– ¿Qué importancia tiene que yo me mantuviera hasta hoy con el candor de un niño, si viví siempre rodeado de ternuras, creyendo que todo en la vida era delicadeza y honradez? -continuó Manuel como si no hubiera escuchado la interrupción de Margarita-. El campo me habló, con su lenguaje mudo, de amores sencillos; los pájaros, con sus gorjeos, de amores libres, y todo, las fuentes, los árboles y las estrellas, de amores generosos, ofreciéndome unas su linfa, otras sus frutos y el cielo esplendoroso la luz de sus estrellas. Si yo pude ser bueno, fue porque nada ni nadie en la vida me enseñó a ser malo; pero ¿y tú, mi encanto, que en medio del mal te mantuviste buena? En ti está la virtud, de ti a mí ha venido la luz, porque tú eres luz... ¿Me permite, mamá Eloísa -preguntó Manuel arrebatado-, que la bese ante usted como a mi esposa, y me permites tú, mi Margarita, que vuelva a abrazarla a ella como a una madre, ya que en ustedes dos, adorables mujeres, he hallado cuanto me faltaba para vivir feliz: una esposa que será mi encanto y una madre que velará nuestra alegría? ¿Quieren que nos besemos unos a otros, poniendo en nuestros besos lo mejor de nuestras vidas para que sea un juramento de amor sin palabras, que es el mejor de los juramentos, porque, recogidas en belleza, es como juran las almas?

De pie en medio de las dos mujeres mientras hablaba, Manuel era para ellas una figura extrahumana que las dos miraban con arrobos. Sus palabras cálidas, ardientes, dulces, suaves y tiernas, su voz que bien adquiría el dulce timbre juvenil o ya, por la firmeza y elegancia, tenía sonos de varón, las subyugaba, estando ambas pendientes de sus labios. Cuando en su arrebatado de pasión tendió ambas manos, las dos mujeres las cogieron, se levantaron y formando los tres un hermoso grupo, se besaron permaneciendo abrazados unos segundos cual si ninguno deseara romper el encantador embrujo de aquel silencio, más elocuente que todas las palabras. Por fin, enajenado con su propia alegría, Manuel rompió el silencio con un hondo suspiro para decir:

– ¡Qué feliz soy!... ¡Qué dulce alegría, jamás sentida, corre por mis venas, sacude mi cuerpo y acuna mi corazón! ¡Qué feliz soy, Margarita! ¡Qué feliz soy, mamá Eloísa! -dos gruesas lágrimas de emoción cayeron de sus ojos.

Margarita y Eloísa también, en silencio y emocionadas, lloraban.

– ¡Qué bienes derrama la bondad y qué bello es el amor! -afirmó Margarita entre sollozos-. Estos momentos que tú me proporcionas, deberían ser eternos, y si logramos que nuestras

vidas transcurran siempre en medio de tanta pureza y belleza tanta, valdrán por una eternidad -terminó Margarita, reclinando la cabeza en el hombro de su amado.

- Serán eternos, Margarita, lo serán -afirmó él acariciándola-. Bastará para ello que nosotros lo queramos con fervor, porque querer es poder... Me decía mi padre... Pero sentémonos, que debemos hablar mucho hoy... Me decía mi padre, y han de perdonarme que lo nombre con tanta frecuencia porque de él aprendí muchas cosas bellas, que todos nuestros actos, aun los que parecen más nimios, debemos ejecutarlos con plena conciencia, tal y como si la más insignificante acción se proyectara a la posteridad beneficiando a la especie entera. Si aplicamos esta enseñanza al amor, a nuestro amor, y deseamos fervientemente que se mantenga hermoso, no sólo nuestros actos, sino nuestros más pequeños pensamientos deben ir dirigidos a proyectarse en nuestra vida futura haciéndola amable y bella, resultando de ese ejercicio que todo nuestro ser vibre y se preocupe por la felicidad presente, constante y eterna del ser amado, pues así como un pensamiento innoble engendra una acción fea que puede perturbar la paz entre dos criaturas, del pensamiento bello nace una bella acción que suele dejar en el corazón sabor de alegría. Es querer, Margarita, es querer. Nuestra alegría, nuestros sentimientos, nuestra felicidad laten en nosotros, viven en nosotros, sólo que falta que esos materiales los amasemos con nuestras propias manos, forjando nuestra propia vida y esmerándonos en ser vaso de purísimo cristal cuyo sonido sea siempre el más delicado, porque el vaso, que será nuestro cuerpo, sea el más sensible... Querer es poder, y yo quiero hacerte feliz para serlo yo viéndote dichosa, y tú quieres verme a mí rebosante de alegría para reír con gracia. ¿No es así, Margarita?

- Así es, así lo deseo y así procederé, encaminando toda acción mía a hacerte feliz.

- Que será tanto como hacernos felices -interrumpió él.

- ¿Estás contenta de tu hijo, Eloísa? -preguntó Margarita-. ¡Quién nos iba a decir que aquel hijo que tú esperabas y aquel amigo con que me hiciste soñar, fueran realmente hijo y amigo de verdad!... ¡Qué alegre estoy!... ¿Comprendes ahora, Eloísa, las palabras que te dije cuando te pedí la comida?... Soy otra. No he pensado nunca como pienso ahora ni he experimentado jamás sentimientos tan generosos. Quisiera que todo el mundo fuera feliz, y que todos participaran de nuestra dicha, y que todos nos vieran, y que todos rieran y gozaran -y dirigiéndose a Manuel continuó-: ¿Y dices que no has sido tú quien me ha hecho feliz? ¿Quién, que no fueras tú, podría haberme elevado hasta la belleza? ¿Quién que no fuera mi niño adorado, podría haberme enseñado a reír con nueva risa y a vivir nueva vida?

- ¡Cálmate!..., ¡cálmate! -dijo Manuel acariciándola-. ¡Cálmate, vida mía!... ¿Quieres que todos nos vean felices y que paseemos nuestra dicha por esas calles? Pues vámonos ahora mismo a que nos bese el aire. Es la hora en que la gente vuelve de sus locuras o de sus alegrías, yendo nosotros hacia el amor. ¿Quieres?

- Tu deseo es orden. ¡Vámonos! -Y se levantó con la agilidad de una chiquilla-. Pero vámonos ahora mismo... ¿Iremos a pie?

- Iremos a pie o como tú quieras -contestó él.

- Un minuto, sólo un minuto -dijo Margarita haciendo un gracioso gesto, saliendo apresurada de la estancia y volviendo al momento-. Se me olvida una cosa importante: esta noche cenaremos juntos los tres en el comedorcito donde se nos presentó por primera vez tu hijo y mi... ¿Quieres amor mío? ¿Y tú, Eloísa? -Asintieron ambos y agregó-: Pues hasta luego. A las diez estaremos en tu compañía. Prepáranos una cena magnífica.

Se despidió doña Eloísa, saliendo contenta, y los amantes, cogidos de la mano, se dirigieron hacia las habitaciones interiores de la casa.

CAPÍTULO XXXI

Penetraron en el dormitorio de Margarita, pasando por él a su cuarto de vestir.

– ¿Me pongo otro vestido? -preguntó ella como si quisiera que él ordenará todos su actos.

– Si tú quieres... -contestó Manuel-; pero con éste estás deliciosa y además... con éste te vi ayer.

– ¿Y sombrero; me pongo sombrero?

– Con él y sin él estás siempre hermosa.

– Bueno... un abrigo ligero. ¿Te parece bien este claro?

– Sí, porque en el cielo, en la tierra y en nuestras almas es primavera. ¿Y qué nos falta ahora para salir corriendo?

– ¿No lo sabes? -preguntó ella acercando su cara.

– No, no; así no. Eso es poco para tanta alegría.

Manuel abrió los brazos, Margarita los suyos y se confundieron en un fuerte abrazo.

– ¿Vamos, señor goloso? -preguntó Margarita invitándole a dejar la habitación.

– Vamos -contestó el joven, que sólo tenía ojos para mirarla.

Margarita cogió su bolso de mano, miró el dinero que llevaba, comprobando que era abundante, extrajo la llave del piso y la entregó a Manuel, diciéndole:

– El señor es el que debe llevar la llave, porque él es el dueño del nido y de la pajarita que en él vive.

No vio ella el rubor que cubrió las mejillas de Manuel; pero éste se guardó la llave en silencio, recordando la escena de la mañana, aunque la idea de posesión de aquella casa fuera la única que no podía aceptar sin oponerle grandes reparos.

– ¿En marcha? -preguntó Margarita tan contenta como niña a la que llevan de paseo.

– ¡En marcha! -contestó él.

– Yo apagaré la luz. ¡Sal!

– No. La apagaré yo.

Y diciendo y haciendo, la apagó Manuel besando a Margarita en la oscuridad.

Ya en la escalera, se cogió del brazo de él, preguntándole mientras bajaban muy lentamente, como si en ello encontrarán gran placer.

– ¿Qué experimentas al empezar nuestro paseo?

– Una sensación de orgullo, el orgullo legítimo de llevarte a mi lado, y una alegría inmensa al imaginarme que vamos cogidos del brazo como dos amantes, no como los amigos que deseaste fuéramos un día -contestó Manuel apretando su brazo contra el de Margarita.

– Aquel sueño que ha durado hasta hoy, ha sido el prelude de la que será sinfonía de nuestra dicha -afirmó la enamorada.

Estaban en la calle. ¿A dónde iban? No lo sabían. A pasear, a reírse, a sentir el placer del calor de sus cuerpos jóvenes, a caminar cogidos de las manos, los ojos en los ojos y, bebiendo mutuamente sus palabras, extasiarse en sí mismos, que así obran los enamorados que, ausentes del mundo que les rodea, concentran en sí toda la esencia de sus propias vidas.

– ¿No me dices nada? -preguntó él, después de que hubieron andado un trecho en silencio.

– Muda, voy hablando contigo, porque en mi soliloquio voy pensando en ti y repitiendo dos palabras que riman en mi corazón una canción nueva -contestó ella.

– ¿Y puedo saber cuáles son esos pensamientos, esas palabras y esa canción?

– Las palabras son **esposo... esposa...** que para mí han adquirido una fuerza y una significación que les desconocía. Los pensamientos giran en torno a esas dos palabras, a esas dos ideas... ¡**esposo!**... ¡**esposa!**... La canción carece de sonidos y de palabras, porque es como un eco dulce y lejano que canta mi amor.

Callaron nuevamente sus labios, pero su cerebro, su corazón, todo su ser repetía aquellas palabras... **esposo...**, **esposa.**

Manuel, en su alegría pensó también, no tan en silencio que Margarita no lo oyera, ¡**esposa!**..., ¡**esposo!**... y su cuerpo se estrechó más contra el de su amada.

– ¿No te asusta la palabra esposo, bien mío?

– ¿Asustarme? Si cada vez que la pronuncias quisiera beberla en tus labios, sin que el viento la rozara, para que llegara más pura a mi alma... ¡Esposa!..., ¡mi esposa! ¡mía!

– ¡Tuya!..., ¡tuya siempre, si tú quieres que sea siempre tuya tu Margarita!... ¡Tuya siempre, que yo soy aquella que buscaste desde niño en los campos, por los trigos, y llamadas en los huertos, encaramado en los árboles! ¡Tuya siempre, que yo soy la pequeña flor silvestre que tú amaste, transformada en mujer que se coloca bajo tu amparo, tu protección y tu amor! ¡Tuya siempre, Manuel, tuya siempre, porque necesito entregarte mi vida!... ¡Esposa!..., ¡esposo!... Permíteme, amor mío, que repita esta palabra...: ¡esposa!..., ¡tu esposa!... Yo no sabía cómo se amaba... Yo no sabía qué era el amor... ¡Gracias, esposo mío!... ¡Cuánto te debo!... Así, como nosotros ahora, han debido caminar otros esposos que se amaron; así, fundida un alma en la otra, han debido caminar otras esposas, conducidas por ellos, que supieron amarlas... ¡Y yo no lo sabía!... ¡Y yo cometí el sacrilegio de reírme!...

– Por eso es por lo que tu felicidad es tan grande -susurró él a su oído.

- ¿Por ser mi primer amor?... ¿Por ser, también, mi único amor? -preguntó ella.
- Por eso. Por ser tu primer amor y único amor y tener, por primera vez, conciencia de ese amor.
- Y tú ¿has tenido otros amores? ¿Sabías ya lo que era el amor? ¿Sabías ya lo que era amar como yo te amo, con toda mi alma? ¿Lo sabías, Manuel?... ¿Quién te ha enseñado?
- Tú, Margarita mía.
- Dime esposa, esposo mío; dime esposa.
- Tú y nadie más que tú me ha enseñado a amar, esposa mía. ¿No te he dicho repetidas veces que en ti y sólo en ti pensé, que sólo tu nombre pronuncié y que desde el momento en que te vi mi corazón te dio el nombre de esposa?
- Sí me lo has dicho, sí; pero me es necesario oírlo otra vez, y otra, y siempre. ¡Es que estoy tan contenta, tan locamente contenta con la idea de ser esposa e ir por la calle del brazo de mi esposo!... Me siento chiquitita, más chiquitita que una niña... No te rías de mí -y haciendo un graciosísimo mohín que la hacía más encantadora, agregó-: ¡Ya no te digo lo que iba a decirte!
- Ven aquí, chiquitita mía -dijo Manuel apretándola contra sí-. No te enoje mi risa, que es de alegría, y dime cuanto pienses... ¿Sabes por qué me reía?
- Sí, te reías de mí.
- Pues no, señorita chiquitita; me reía de mí, aunque también un poquito de ti.
- ¿Lo ves? Bien decía yo que te reías de mí.
- Es que cuando me decías “me siento chiquitita, más chiquitita que una niña”, escuchaba tu voz, no sé si por una ilusión acústica, muy chiquitita, más chiquitita aún que la de una niña, y por asociación de ideas se me figuró que te habías convertido en Pulgarcillo y que yo te llevaba en el bolsillo, donde te había hecho una camita para que durmieras.
- ¿En qué bolsillo me habías metido?
- En éste -contestó el joven riéndose y señalando su bolsillo del chaleco.
- No, en ese no quiero ir... Cuando ya sea Pulgarcillo me pondrás en éste -y señalaba el colocado encima del corazón-. Y así, con el oído pegado a tu pecho, sabré por quién suspiras.
- Pues, no, señorita Pulgarcillo; no la pondré a usted en ése, porque ya tengo hecha la camita. Además, si la pusiera a usted aquí, como está tan apretadito al pecho, usted se asfixiaría y, cuando no, me haría cosquillas.
- ¡Mira, las verjas del Retiro! -exclamó Margarita como volviendo de un sueño-. Pero, ¿por dónde hemos venido? No he visto nada.
- Y yo no he visto a nadie -afirmó Manuel-. Es decir, sí he visto, sí; he visto a Pulgarcillo.
- Ambos rieron con risa de candor, y como Margarita no viera a nadie por aquellos contornos, apresuradamente dio un beso a su amante.

- ¿Has visto a Pulgarcillo? -preguntó ella cogiéndole una mano y llevándosela a sus labios.
- No, no lo he visto; pero he oído algo que se parecía a un ruido de alas y luego he sentido como un roce de mariposa que me besara.
- Pues esa mariposa era Pulgarcillo... ¿Llamamos aquel coche?

Manuel, sin contestar la pregunta, hizo señas al chofer, el que condujo inmediatamente su automóvil al lado de la pareja.

- ¿Dónde vamos? -preguntó él, ya dentro del coche.
- A donde tú quieras.

Manuel dio orden al chofer:

- Siga derecho, dé la vuelta donde quiera y llévenos al centro. ¿Está bien? -preguntó, riéndose, a Margarita.
- Todo cuanto haces está magníficamente bien; pero ¿por qué no llegamos hasta las Ventas, tomamos un refresco en un bar y volvemos cuando nos plazca? Todavía es muy temprano.
- ¿Lo quieres tú así? Pues a las Ventas -y corriendo el vidrio dio la orden al chofer.
- En el centro -agregó Margarita-, todo es barullo y algarabía y gente. Aquí estaremos mejor.
- ¿Temes que te conozcan?
- No, Manuel mío, temo que me molesten...; que nos molesten -contestó ella.

Pero la pregunta de Manuel, aun hecha sin ninguna intención, se quedó grabada en la mente de Margarita. ¿Temía ella, en verdad, que la pudieran ver algunas personas en compañía de un joven, al que le daba en su corazón el título de esposo? ¿Debía sentir ese temor? Y mientras ambos se besaban en el interior del coche, Margarita concibió la idea de no bajar en las Ventas, sino dirigirse a la Gran Vía, casa de Carretero, donde entraría con su amante del brazo. Y al pensarlo, experimentó una sensación de anticipado orgullo, imaginándose ser admirada por la concurrencia. “¡Qué hermosa pareja!”, se imaginaba oír decir a los hombres. “¡Qué mozo tan simpático!”, le parecía escuchar los labios de las mujeres, mientras los dos atravesaban el salón para buscar un rincón oculto.

- ¿Por qué me dijiste antes que te habías sentido muy chiquitita? -preguntó Manuel después de un corto silencio.
- Ya no me acuerdo -contestó ella riendo.
- Sí te acuerdas.
- Verdad que no recuerdo en este momento qué iba a decirte cuando a ti se te ocurrió reírte con la idea de Pulgarcillo... ¿De qué hablábamos?... ¡Ah, sí!... Era una idea muy compleja, y ahora me alegro que me interrumpieras, porque no habría podido expresarla.
- ¡Qué lástima! Estabas tan inspirada, tan deliciosamente inspirada, que yo te escuchaba con embeleso. Pero al oírte lo de chiquitita y ganarme la idea de la pequeñez de Pulgarcillo, me reí

y se rompió el encanto... Ibas a decir algo bello, como todo lo que sale de tus labios -exclamó Manuel con natural tristeza.

– ¡Las Ventas! -exclamó Margarita-. Dile al chofer que dé la vuelta; no nos bajaremos.

Y después de dar la orden y perfilar nuevamente el coche hacia el centro de la capital, insistió Manuel:

– Y ahora, explícame, porque te prometo no reírme... Vamos dejando tantas cosas inconclusas en nuestra conversación que, como los niños, pasamos de un juego a otro sin darnos cuenta.

– Es verdad que dejamos muchas ideas en el aire, muchos pensamientos sin terminar y muchos sentimientos sin expresar -asintió ella.

– Por ejemplo -dijo él-: la parte más feliz de la historia de tu vida, la que se refiere a nuestro amor.

– Esa, por suponértela, está ya explicada. Que te buscaba... que te escondías..., que yo creía que no me querías mientras en silencio sólo pensabas en mí..., que salía a la calle para encontrarte como por casualidad y jamás te encontraba..., que mi última estrategia para llevarte a casa fue la única feliz y que, por fin, ha llegado esta hora que los dos deseamos. He ahí la historia -terminó Margarita, suspirando como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

– Aunque por ahora me conforme, deseo conocerla más a fondo, más en sus detalles. Pero, ¿y lo de chiquitita? ¿Por qué querías ser tan chiquitita cuando yo te quiero grande en todo: en tu belleza espléndida, en tu amor heroico, en tu bondad que querría sin par?... ¿Era el mismo sentimiento niño de esta mañana, cuando e acuné en mi regazo, el que volvió a ti?... ¿Era...?

– Sí y no -interrumpió Margarita-. Sí, porque en lo chiquitito me imaginaba yo en esos momentos que reside la pureza; no, porque no me sentía precisamente niña, sino chiquitita, aun conservando todo cuanto poseo de mujer... No puedo explicártelo. Ahora no puedo. Si no me hubieras interrumpido... -terminó ella como en un lamento.

– Si te comprendo; si la idea, aun titubeante, la estás expresando con claridad; si es en tu sentimiento donde yo leo y no en tus palabras; si es... Pero quisiera que tú lo dijeras, que tú lo expresaras, porque estoy gustando la sublimidad de tu amor y quisiera oírla, aunque fuera con palabras entrecortadas, de tus propios labios... ¿Por qué, mi vida, querías ser tan chiquitita?... ¿Para que yo fuera grande a tu lado: grande en el amor y en la arrogancia, en la honradez y en la firmeza?

– Sí, Manuel, sí: para eso. Para que tú fueras el señor y yo tu esclava; para llevar yo tu nombre y no tú el mío; para sentir admiración al contemplarte; para... adorarte, Manuel, ¡para adorarte! -exclamó arrebatada de emoción.

– ¿Ves, mi esposa querida, cómo te comprendo? -Y la atrajo hacia sí con mayor delicadeza que nunca-. Es que nuestros corazones laten al unísono y nuestros pensamientos son engendrados en el mismo centro de la generosidad. Grande, excelsa, divina te quiero yo en todo; grande, generoso y noble me deseas a mí. ¿Por qué hacernos pequeñitos si necesitamos fuerza para emprender el ascenso hacia lo sublime? ¿No me decías esta mañana que dejará de ser niño, trasponiendo con valentía el umbral de la hombría? Pues ya lo he transpuesto; pero ahora no puedes tú desandar lo andado para volver a ser niña, pues entonces me quedaría huérfano de tu amor y es amor de mujer el que yo necesito, amor tuyo, carne y sangre de ti y esencia y espíritu tuyos.

Margarita, arrullada por aquellas palabras, sintió vergüenza de haber pensado ir con su amor a casa de Carretero, centro elegante y frívolo en el que encontraría amigas y que aun bajo el saludo cortés y afable esconderían una sonrisa burlona y acerada. No, no; imposible ir allí, imposible exponer su amor al sarcasmo y a la maledicencia. Y abriendo ella misma el cristal del coche, ordenó al chofer:

– ¡Pare ahí!

Estaban en la Gran Vía, frente al Casino Militar, y ambos, del brazo, llenos de júbilo, tomaron por la calle de Peligros hacia Alcalá, para seguir por Sevilla hasta Príncipe y refugiarse en casa, en el nido del que había hablado Manuel y cuya palabra encantó a Margarita.

– Las nueve -dijo ella, mirando el reloj de la Cooperativa-. ¡Cómo pasa el tiempo!... ¡Qué ligeras corren las horas felices! -y mimosa y cambiando el tono, agregó-: ¿Vamos a casa?

– Como tú quieras -contestó él.

– ¿Dónde estaremos mejor que en nuestro nido? Allí, leyendo o... besándonos, pasaremos mejor el tiempo -dijo Margarita mirándose en los ojos de él-. ¿No te parece? ¿Tienes muchos deseos de leer?... ¿y de estudiar? Si quieres estudiar -agregó ella con sonrisa picaresca-, yo te encerraré en la biblioteca, señor estudiante. -Y Margarita reía y reía con una risa fresca como es siempre la risa de las personas sanas y dichosas.

– Cuando estoy a tu lado, no necesito leer ni estudiar. Tú eres un libro abierto, el libro de la vida que en cada línea contiene un pensamiento maravilloso y un sentimiento impar. Cuando me miro en tus ojos, cuando te beso, cuando tomo tus manos entre las mías para admirarlas y acariciarlas, cuando siento el contacto de tu cuerpo y cuando sin verte pienso en ti, me transmites enseñanzas desconocidas y sensaciones nuevas hasta el punto de que una hora a tu lado es un curso completo de humana filosofía que enseña la alegría de vivir -exclamó él en un desborde de lirismo.

– Que te pones muy serio, Manolito -dijo Margarita poniendo un dedo sobre la boca de él como para invitarlo al silencio.

– A ti no se te puede querer y admirar entre risas, sino que es necesario mirarte y admirarte seriamente, como se miran y admiran los dioses que se adoran.

– Muy hermosa frase, pero más hermoso todavía el sentimiento que la ha dictado, que es el que yo busco, aprecio y gusto -afirmó ella recobrando la seriedad-. Eso es lo que quería haber dicho cuando quise ser chiquitita ante ti... para adorarte. Tú, mi maestro en el pensar, en el sentir y en el decir, la has expresado con toda elegancia.

– ¿No crees que es esto lo que nos eleva a nuestros propios ojos, lo que dignificará nuestro amor, lo que nos dará fuerzas para ser dos en uno, porque un mismo pensamiento noble aletee en nuestra mente y un mismo sentimiento generoso vibre en nuestro corazón? -preguntaba el pequeño filósofo-. No vale la frase, por bonita que sea, si no la anima, le da vida y frescor un pensamiento fecundo, y no será hermoso un pensamiento si no es engendrado por un sentimiento puro. De ahí que lo primero que necesitamos es crear pureza en nuestro corazón para ser puros ante nuestra conciencia, y como el corazón no ríe jamás locamente, la risa de nuestros labios y la de nuestro cerebro será alegre y serena, pero también benéfica y fecunda, porque será como rocío que refrescará nuestras almas haciéndolas florecer. Y flor de alma es todo pensamiento noble.

Calló Manuel y, en silencio, gustaron ambos la dulzura y belleza de las últimas frases, sintiéndose ella, que fácilmente se dejaba absorber por el embrujo de la palabra de su amado, flor que ofrecía su fragancia a aquel niño-hombre que cantaba a su oído una nueva canción expresada en un idioma también nuevo para ella.

– ¿Dónde vamos? -preguntó Manuel al ver que Margarita le arrastraba suavemente hacia la Carrera.

– A la Mallorquina. Quiero comprar unas cuantas cosas para la cena y, al propio tiempo, decir a Eloísa que nos ponga la mesa en nuestra biblioteca. Así estaremos más solos y más libres.

Mientras hablaba, llamó un coche, subieron y ella misma dio las señas al chofer.

– Espéreme aquí -dijo Margarita cuando hubieron llegado-. No te haré esperar mucho. Pero no te intranquilices si me entretengo.

Entró en la confitería, pidió licores, champán, bombones, pasteles y todo cuanto se le ocurrió, para celebrar, cual ella deseaba, lo que sin atreverse a pronunciarlo ante nadie, llamaba su boda.

Volvió radiante de alegría, y cuando el camarero depositó todos aquellos paquetes en el interior del coche, le obsequió con generosidad, dándole la dirección de la casa para que la comunicara el chofer.

– ¡Cuántas cosas has comprado! -dijo Manuel arreglando como mejor podía los paquetes con objeto de que no les molestaran.

– No tanto como tú y nuestra alegría merecen, pero creo que tendremos suficiente para esta noche -dijo Margarita con su acostumbrado y cariñoso tono.

– ¿Noche de orgía? -preguntó él sin pensar en lo que decía.

– No, amor mío: noche de amor, que no es lo mismo; noche de alegría, de encanto de...

Iba a decir Margarita de entrega, de fusión, de boda, de desposorio, pero no se atrevió, pues tuvo miedo de herir la sensibilidad de aquel niño grande que tenía del amor un concepto romántico, aunque lo había visto enrojecer y enervarse al contacto de su carne joven. Debía proceder con toda cautela, tener un tacto exquisito para llegar insensiblemente al momento supremo, llevando a Manuel por tan suave pendiente que ni él mismo se diera cuenta de los pasos que diera.

Así pensaba Margarita, cuando oyó decir a Manuel con voz que parecía un lamento.

– ¿Me perdonas?

– ¿De qué he de perdonarte? -preguntó ella.

– De haber pronunciado esa frase torpe que debe haberte molestado -contestó él.

– ¿Qué frase?... No recuerdo.

– No me obligues a repetirla... ¿Me perdonas? -insistió él un tanto compungido.

– Pero si estás perdonado para siempre; si obtuviste mi perdón completo y absoluto desde el primer momento en que te conocí -dijo Margarita mimándolo-; si no eres tú, sino yo quien merece perdón por mis locuras, hijas, como comprenderás, de mis alegrías, de mis deseos y de mi amor.

Margarita hubiera necesitado aturdirse de algún modo, pero deseaba conservarse serena para cuidar al hombre que de cuando en cuando se sentía niño escrupuloso y tímido, cual si a su oído le gritara una voz: “¡Alerta! ¡Ten cuidado!” Mujer inteligente, sin temores morales que le prohibieran obrar, pero delicada y sensible, su temor era el temor único de no lograr su anhelo despertando en el joven recelos morales que apagarán el fuego que ella anhelaba que se conservara eterno. De ahí que deseara volver a casa, pareciéndole horas los pocos minutos del trayecto.

– ¡Ya estamos en casa! -dijo con doble alegría, saltando del auto. Y, dirigiéndose al chofer, le pagó con largueza, pidiéndole que esperara un momentito para recoger los paquetes que estaban en el coche.

Ya en el zaguán, volvió a coger del brazo a Manuel, preguntándole:

– ¿Tenías muchos deseos de volver? ¡Ay, yo sí!... Ahora mientras tú abres la puerta y enciendes las luces, yo aviso a Manuela para que recoja todo... Un buen dueño de casa ayuda en todo a su mujercita -terminó zalamera.

Manuel asentía sonriente. Abrió la puerta, encendió la luz y volvió al dintel mientras Margarita tocaba el timbre de la puerta de doña Eloísa. Cuando ésta abrió y Margarita traspuso el umbral, Manuel llegó hasta la biblioteca, buscó el interruptor, dio luz a la estancia y se sentó en un sillón, abstraído con sus propias ideas. ¿Amaba realmente a Margarita?, se preguntaba inquisitivo. Indudablemente, sí. ¿La deseaba? No había duda alguna. Entonces, ¿qué le oprimía? Aquella casa en la que entraba como dueño y señor. No la casa en sí, sino la posesión que se le ofrecía y que su dignidad rechazaba. Esta idea le desasosegó hasta el punto de ponerle triste, robándole la alegría que le producía Margarita con su jovialidad, su juventud y sus encantos.

CAPÍTULO XXXII

Margarita que, perspicaz, había notado el decaimiento de Manuel, no quiso dejarlo solo mucho tiempo, así es que volvió apresuradamente después de rápida conversación con doña Eloísa y acompañada de Manuela.

– Deja aquí todo... sobre la mesa. Muy bien... Cierra la puerta, Manuela -dijo acompañándola inconscientemente hasta la salida. Y volviendo a la habitación al mismo tiempo que se despojaba del abrigo y el sombrero tirándolos sobre el diván exclamó como en un suspiro-: ¡Ya estamos solos! -Pero al volverse lanzó una exclamación de pena y un grito de angustia al ver que Manuel continuaba cabizbajo, hundido en el sillón-. Pero... ¡Manuel!... ¿Qué te pasa...?, ¿por qué estás triste?, ¿por qué no me recibes con los brazos abiertos?, ¿por qué no me buscas para besarme? ¿Qué te sucede?... ¡Manuel!..., ¡mi Manuel!..., ¡vida mía!... ¿Qué le pasa a mi amor? -Y se arrodilló ante él, después de acariciarlo, descansando su cuerpo en las rodillas de su amado y besándole las manos-. ¡Acaríciame!... No, así no... Como tú sabes

hacerlo..., y háblame como sólo tú sabes hablar... ¡Así, así! -E incorporándose, roja de deseo y de amor, obligó al joven a levantarse para unirse ambos en un abrazo-. ¿Qué te pasa?... ¿Te has quedado triste porque te he dejado solo? Ni un segundo volveré a separarme de ti.

– No te afanes ni martirices, querida mía. No estoy triste -protestó Manuel-. Quizá un poco cansado después de tan delicioso paseo.

– Pues siéntate, amor mío; descansa.

– No, si ya estoy bien, sobre todo estando en tus brazos... ¡Qué buena eres! -exclamó él con un fuerte dejo de amargura-. ¡Cómo te preocupas de mí!

– ¿De quién si no de ti puedo preocuparme? Desde que tú me enseñaste que se debe mirar a la frente y a los ojos y a los labios de las personas, te miro como un médico que debiera diagnosticar, y a veces veo en tu frente una fugitiva nube de tristeza, en tus ojos una opacidad que me entristece y en tu boca algo que se parece al cansancio o al hastío, y sufro, Manuel, sufro mucho, porque desearía para ti toda la alegría de la tierra.

– No, Margarita. Tú sabes -argumentó él disculpándose- que no soy ruidoso en mis manifestaciones de alegría, siendo quizá un poco propenso a la seriedad, que no debe confundirse con la tristeza; pero no estoy triste. Eres tú la que sufres creyéndolo y, por tus sufrimientos, sufro yo también.

Manuela hizo ruido para avisar su llegada y los enamorados callaron.

– ¿Dónde quiere la señorita que ponga la mesa? -preguntó Manuela.

– Aquí, en el escritorio. Pregúntale a doña Eloísa si necesitas alguna mesita más y pon tres cubiertos. Cuando esté listo, me llamas, que estaré en la sala.

Manuela salió a cumplimentar las órdenes y Margarita cogió del brazo a Manuel invitándolo a pasar con ella al interior de la casa.

– ¡Ah! Se me olvidaban el sombrero y el abrigo -dijo ella queriendo volver.

– Permítame, querida mía, yo los recogeré. -Y Manuel, volviendo a la biblioteca, recogió ambas prendas.

Acción tan insignificante llenó de contento a Margarita, sobre todo, cuando, por haber retrocedido unos pasos, vio desde el corredor que Manuel, antes de colocar el abrigo en su brazo, lo besaba. Visto esto, volvió a deslizarse rápidamente para no ser sorprendida, pero su corazón latía alborozado.

– Por aquí, Manuel -gritó ella como si estuviera muy lejos-. Voy a encender todas las luces de la casa porque esta noche es noche de gloria.

– La luz es la gran amiga de la alegría -agregó él, uniéndosele-, y más cuando a la luz de las lámparas se suma la de unos ojos color cielo. Por ellos es esta noche, noche de gloria.

– Gracias por esa flor -contestó ella acercándosele, y, besándolo, se colocó ante él, mimosa, para preguntarle-: ¿Contestarás la verdad a lo que te pregunte?

– Ni te he mentado hasta ahora ni te mentaré nunca. Pregunta y te contestaré la verdad, mi verdad, la que yo piense y sienta -afirmó él en su peculiar tono recio.

– ¿A quién besabas ahora en la biblioteca que desde aquí oí bien claramente el chasquido de un beso?

Quería mantenerse seria Margarita, pero no pudo, y Manuel que por momentos recobraba la alegría exigida por su juventud, rió también con risa mezclada de rubor y alegría.

– Contesta, contesta, ¿a quién besabas?

– Besé... -y la risa retozona y alegre triunfó en sus labios-, te besé a ti.

– No, a mí, no.

– Te besé a ti en ausencia y... en presencia besé tu abrigo -contestó él sonriéndose.

– ¿Te cautiva tanto todo lo mío? -preguntó ella silabeando las últimas palabras.

Comprendió Manuel toda la intención de aquella pregunta, y aunque una fugacísima idea pasó por su mente, contestó:

– Todo lo tuyo, que desde ahora es nuestro, me cautiva, y todo lo nuestro, por ser también tuyo, lo beso con unción.

– ¿Has contestado con el corazón? -preguntó Margarita apretándose a él y mirándole fijamente a los ojos mientras sus manos parecían buscar el corazón de aquel cuerpo amado.

– He contestado con el alma, Margarita. No sé contestar a tus preguntas más que con el alma en los labios, que es siempre tuya. ¿Y la tuya es mía? -preguntó besándola en la boca.

– Ya lo sabes, mi bien -contestó ella con dulzura.

– Pues si te acepto no con gusto, sino con placer, ¿cómo no aceptar todo, todo lo tuyo, según es tu deseo y ha sido mi tristeza, y cómo no aceptar tú todo, todo lo mío, si ese es mi deseo y ha de ser tu alegría?

– ¡Ay, Manuel! ¡Bien decía yo que esta noche era noche de gloria!... ¿Me has comprendido, verdad, Manuel?

– He luchado mucho para comprenderte...

– ¡Y esa era tu tristeza, lo veía!

– ... pero te he comprendido. Eres más santa de lo que yo me imaginé y yo no fui tan noble como me deseaste. Ahora he llegado a ti, he entrado dentro de ti y he aceptado tu vida entera, la pasada, la presente y la futura, para hacerla mía. Yo también deseo que esta noche sea noche de gloria, de tu gloria.

– De nuestra gloria... ¡Repítelo, amor mío!

– De nuestra gloria -repitió Manuel como iluminado-. ¡De nuestra gloria!

Margarita se abrazó a Manuel, le besó con frenesí y pronunció las más cariñosas palabras que salieron nunca de sus labios. Pero cuando vio a Manuel con su abrigo al brazo y el sombrero en una mano, se los arrebató diciendo:

– ¡Pobre amor mío que no podía abrazarme con estos embelecados!... ¡Ven!... ¡Vamos a dejarlos en el ropero!

Entraron en la alcoba de Margarita, cuya cama blanquísima veía Manuel por primera vez, ya que por la mañana sólo había visto a Ella, y pasaron al ropero.

– ¡Siéntate!... No; ahí no. Aquí, en este pequeño diván estarás más cómodo... ¿Quieres que me cambie el vestido? -preguntaba mientras abría los armarios y colocaba en su sitio abrigo y sombrero-. Esta noche es noche de gloria y quiero estar espléndida para ti.

– Tú siempre estás espléndida... Y si aceptas mi ruego, te suplico no cambies tu vestido. Con éste, que realza tu belleza, me sorprendiste ayer, con éste me has reconquistado hoy, y con éste me has iluminado. Permíteme, mi reina, que te abrace al vestido y a ti -dijo levantándose y abrazándola con verdadera alegría.

– ¡Has dicho **me has conquistado!** -exclamó Margarita asombrada.

– Sí, reconquistado -afirmó Manuel-. ¿No te diste cuenta, Margarita mía, que estuviste a punto de perderme, porque estuve dispuesto a huir? Una exclamación tuya, pronunciando mi nombre, y un grito de dolor y unas palabras anhelantes que brotaron de tu alma, me volvieron a ti, porque en ese grito, en esa invocación y en esas palabras, mezcla de ternura y de dolor, te me mostraste entera. Ahora es cuando soy tuyo, porque es ahora cuando ha vuelto a ti mi corazón... Pero no llores, Margarita mía... ¡Ya no lloraremos nunca!

– Si no lloro..., si estas lágrimas son de alegría... ¡Cómo veía esta tarde la lucha que sostenías contigo mismo!... Te acercabas a mí y te alejabas, volvías a decirme una palabra dulce y se ausentaba otra vez tu corazón... ¡Yo sí que he leído en ti como en un libro!... Cuando volví y te hallé tan triste, tuve la visión negra de tu ausencia definitiva... De ahí mi grito, que era ofrenda y llamada...; y cuando me besaste en el corazón, pues el beso que me diste ausente iluminó mi alma, tuve la intuición clara que era día de gloria. Ya eres mío, lo sé; ya soy y seré tuya; ya, sin escrúpulos de moral, es todo nuestro, porque somos dos cuerpos y un alma. ¡Ya podemos reír!

Margarita abrió sus brazos y en ellos cayó Manuel susurrando:

– ¡Margarita!..., ¡mi sol!..., ¡mi alegría!..., ¡mi encanto!...

– ¡Esposo mío!..., ¡mi esposo adorado!...

– ¿Qué sientes? -preguntó Manuel, tras una pausa, apartando los rizos de Margarita de su frente limpia y mirándose en sus ojos como en un espejo-. Yo de mí sé decirte que experimento una extraña sensación de alivio, como cuando tras un largo cansancio se recobran las fuerzas, como si hubiera tirado un fardo que me agobiara y mi cuerpo, más suelto y libre, fuera nuevamente ágil y ligero: una sensación de bienestar placentero y suave...; no sé explicártelo, querida mía, pues esta alegría mía es tan nueva y rara que brinca y retoza por todo mi cuerpo cual si me impeliera a una danza ritual y alada, y, a la vez, anuda mi garganta queriendo arrancarme un sollozo que sube a mis ojos exprimiendo una lágrima... ¿Qué es esto, Margarita?... ¿Qué embriaguez de dulzura y de serenidad y de alegría es esta embriaguez mía, jamás sentida y siempre deseada?... ¡Ven!... ¡Siéntate a mi lado y explícamela, tú, que eres maestra en bondad y en belleza!... ¿Qué embriaguez es ésta, querida mía?... ¿Me han embriagado los aromas de tu cuerpo en flor?... ¿Han sido tus suspiros, que llegaron a mi alma?... Las lágrimas que bebí en tus ojos, ¿han obrado como licor genésico que ha infundido en mí una vida nueva?... ¿Qué bien es este bien que tú me has dado?... ¿Qué obsequio es este obsequio divino que tú me has regalado?... ¿No contestas, mi bien?

– No me preguntes, Manuel... Sigue, sigue hablando... Continúa tu música... -rogaba Margarita que había echado su cabeza sobre las rodillas de Manuel, escuchándole con los ojos cerrados. ¡No me preguntes nada!... ¡Continúa tu canción mientras tus dedos suaves juegan con mi pelo y me acarician! -Y cogiéndole una mano la llevó a sus labios, acariciándola con su cara-. ¡Sigue, bien mío, que, cuando me hablas, vivo tu vida, siento tus sentimientos y pienso cuanto tú piensas!... Mientras te escuchaba, yo era tú... -continuó, incorporándose-. ¿No has sentido todavía la dulce sensación de ser otro, de ser yo?... Cuando me buscabas entre las flores, ¿no experimentaste nunca la alegría de hallarme al hallarte, y no sentiste transfigurado en mí, en la que buscabas, creyéndote flor o mujer, pero experimentando la alegría dulcísimo de ser tú amada?

– Sí, sí -exclamó Manuel como bañado por nueva alegría-. ¡Yo he sido tú muchas veces!, ¡muchas!... Vestido como tú, siendo tú misma, me he asomado a tu balcón para verme y sonreírme... Pero... ¡si es verdad!...; ¡qué santa locura!... En el comedor, en la calle, en esta casa que no había visto, he sido tú muchas veces, muchísimas. Mi carne olía a ti a fuerza de quererte, mis pasos eran tuyos a fuerza de pensarte y tus sentimientos eran míos a fuerza de sentirte... ¡Cuántas veces, cuántas he sido tú!

– ¿No has oído? -dijo desasiéndose de Manuel-. Eloísa nos llama.

– Vamos... Arréglate el pelo... ¡Ven! -dijo Manuel yendo hacia ella.

– No, no, no. Que tú no sabes -grito Margarita, rechazándolo.

Y salió corriendo hacia el tocador. Manuel la siguió mirando y remirando todo. En su interior sonreía la vida. ¡Era noche de gloria!

– ¿Huías de mí? -preguntó Manuel poniéndose a su lado frente al espejo.

– Ya no puedo huir de ti porque te llevo conmigo... ¡Sólo una horquilla!... ¿Ves?... ¡Ya está!... ¡De todos modos, no hemos de salir!... ¡Quietecito, que el espejo lo ve todo!

– ¡Qué hermosa eres! -exclamó Manuel besándola en el cuello.

– Y tú, ¡qué picarón! -y volvió la cara para mirarle y sonreírle.

Otra vez se oyó la voz de Eloísa.

– ¡Ya vamos! -contestó Margarita en voz alta.

CAPÍTULO XXXIII

Manuel ofreció su brazo a Margarita y ambos, jugando y riendo, se dirigieron hacia la biblioteca transformada en comedor. La casa, iluminada como para una gran fiesta, parecía saludar y sonreír a los amantes.

– ¡Flores!... ¡Cuántas flores! -exclamó Margarita entrando en la biblioteca-. ¡Mira, Manuel, cuántas flores! -y cambiando el tono, se dirigió a Eloísa abrazándola-. ¡Qué buena eres!... Manuel y yo... un bastante tristes, nos habíamos olvidado de ellas.

– Tristes... ¿por qué? -preguntó doña Eloísa verdaderamente extrañada.

– Tristes, muy tristes, aunque te parezca lo contrario.

Se dirigió a un florero para cortar una flor, cuando vio a Manuel que elegía dos muy hermosas, y le preguntó:

– ¿Qué haces?

– Tomo estas dos preciosas flores para ofrecérselas: una, esta blanca, para mamá Eloísa, y ésta, más encarnada para... ti -contestó Manuel, paseando en sus manos las dos flores como en un búcaro.

– No ibas a decir **para ti**... ¿Qué ibas a decir?

– Para... ti -y se la ofrecía galantemente.

– ¡No! Yo, que soy tú, sé muy bien que ibas a decir eso -y simulando estar muy enojada, insistió-: ¿Qué ibas a decir?

– Esta más subida de tono para... mi mujercita... ¿A que tú no sabías que iba a decir eso? -preguntó Manuel al propio tiempo que le ofrecía la linda flor.

– Pues sí lo sabía, por eso te lo he preguntado. ¿A que no sabes tú para quien había elegido yo ésta, roja como la sangre?

– ¡A que sí!

– ¿Para quién?

– Para mí.

Y no queriendo pronunciar la palabra en voz alta, dijo a su oído:

– Para mi maridito.

Y ambos desataron su risa, tan fresca y pura, que, por contagio, hubieran reídos las flores si tuvieran risa, y rió doña Eloísa contemplando con embeleso a la feliz pareja.

– ¡Mira, Manuel, mira! -exclamó Margarita acercándose a la mesa-. Eloísa ha querido obsequiarnos como si fuéramos príncipes.

– Los que se aman son más que príncipes -afirmó sentenciosa doña Eloísa-, son dioses del amor, que merecen todos los bienes.

– ¿Muy bella frase!..., ¡muy bella! -dijo Manuel batiendo palmas-. Dioses son los que saben amar, sí. Brindemos, antes de sentarnos, por los dioses que saben amar y por esta diosa de la hermosura que me infundió amor.

Doña Eloísa, presurosa, destapó una botella de champán, y por los que amando saben sufrir y por los felices que, respirando amor, pueden reír.

– Brindemos por todas las criaturas nobles que saben amar, y por los que amando saben sufrir y por los felices que, respirando amor, pueden reír.

– Brindemos por ellos: por todos los nobles, por todos los santos, por todos los héroes que saben amar -exclamó Manuel.

– Brindemos por ellos -dijo doña Eloísa lanzando un corto suspiro-; por todos ellos: por los que nos amaron y no amamos, por los que amamos y no pudieron amarnos y por los que amamos y nos amaron. Brindemos por todos aquellos a quienes el amor rozó con sus alas.

– Pero brindemos bebiendo, que yo seré el copero -dijo Manuel, invitando a la libación.

Bebieron los tres, Manuel llenó las copas y tomando de nuevo la suya en las manos, brindó:

– ¡Por mamá Eloísa, presidenta de esta fiesta de amor!

– Por ti -brindó Margarita-, que de hoy en adelante serás nuestra mamá Eloísa para pagarte en cariño lo que en cariño te robaron.

– Por su felicidad, por ustedes mismos, a quienes, si me lo permiten, llamaré hijos.

– ¡Viva mamá Eloísa! -gritó Manuel.

– ¡Viva nuestra mamá Eloísa! -contestó Margarita.

Apuraron las copas. Manuel, cual si celebrara un rito sagrado, las llenó nuevamente con parsimonia. Su frente, que poco antes expresaba alegría, transparentó la preocupación de un pensamiento grave, y cuando volvió a levantar la copa, esta vez por su amada, en la palabra, brillante y sonora, temblaba la emoción.

– He de brindar por ti, Margarita. Y quiero que este brindis por tu felicidad sea juramento que no me pides, porque todo lo das y nada exiges, pero que yo hago reverente ante el altar de nuestro amor, en tu honor y en el mío. Por ti brindo, mi amada. Porque siempre, siempre, tu pensamiento sea tan puro como en estos momentos, y porque nunca, nunca, lo ensombrezca el más leve polvillo de impureza; porque siempre, siempre, tú sentimiento sea tan noble y porque nunca jamás guste tu corazón la acidez del dolor. Tú me has hecho hombre, por amor: fuiste madre; tú me has proporcionado el placer de aprender el camino de una nueva vida, por amor: fuiste hermana; tú me has hecho gustar mieles puras, por amor: fuiste novia; tú me has entregado tu alma, cincelada por ti, por amor: fuiste esposa. Cuatro veces santa eres y serás en mi corazón, porque cuatro veces te has ennoblecido ante mi conciencia, ascendiendo, en belleza, hasta el trono en que tú, sin mi esfuerzo, te has colocado, mujer sublime por hermosa y bella por magnífica. Y te juro, madre mía, hermana mía, novia mía, esposa mía, ser digno de ti, ahora y en todos los momentos de mi vida, para ocupar con honor, en el sagrario de tu alma el lugar que tú ocupas en la mía. Sé feliz, mi amada Margarita, pues yo te deseo que conmigo o sin mí, si yo te faltara, todos los días de tu vida sean para ti, como éste, día de gloria. ¡Por ti! -y bebió reposadamente, con unción, como si bebiera, con el licor, esencias de la vida.

– ¿Lloras? -preguntó Manuel al tiempo de dejar su copa sobre el blanco mantel.

– Sí. Llora, como siempre desde que te conocí, de emoción, de felicidad, de alegría. Llora, porque dignificas todo cuanto tocas y ennobleces todo cuanto ves. Llora emocionada, porque

eres mi amado y yo soy tu amor. Lloro de alegría, sí, porque cuando hablas y a mí te diriges, parece que una mano oculta y misteriosa hiciera vibrar una a una las más delicadas cuerdas de mi ser. Tú me has redimido con tu bondad; tú me has ennoblecido con tu nobleza, y tú me has dignificado con tu amor. Por ti he conocido la pureza, por ti siento la santidad de esta hora magnífica, y por ti, niño-hombre, hombre-dios y esposo mío, levanto la copa para brindar, jurándote, también, esforzarme en ser digna de ti para colmar tus ansias de bondad y de belleza. ¡Por ti, amor mío!... ¡Por ti, mi ángel tutelar!

– ¡Sed felices! -terminó doña Eloísa impartiendo su bendición de madre, al mismo tiempo que se escapaba de sus ojos una lágrima.

– Y, ahora, a comer y a reír -dijo Manuel para evitar que una lágrima furtiva denunciara su emoción.

CAPÍTULO XXXIV

Se sentaron los tres y el silencio llenó la estancia por breves momentos.

Doña Eloísa, servicial y bondadosa, se levantó dirigiéndose a una mesa cercana llena de vajilla, botellas y fuentes que contenían apetitosos manjares, cuando Margarita, levantándose apresuradamente, exclamó:

– ¡No, no! ¡No puede consentir que tú, mamá Eloísa, nos sirvas la mesa!

– Ni yo puedo tolerar -agregó Manuel levantándose también y colocándose la servilleta al hombro- que ninguna de ustedes oficie la fámula. ¡Siéntense!

Y cogiendo una fuente en la mano y levantándola con habilidad de un consumado camarero, agregó:

– ¿Ven ustedes qué maestría? Yo les serviré.

– ¡Pero no sean niños! -reconvino doña Eloísa-. Sólo yo sé cómo está todo dispuesto... ¡Déjeme a mí!

– Que no, ¡ea!, que no... Aquí veo un pollo. Yo lo trincho -dijo buscando el trinchante por todas partes-, yo lo sirvo y...

– ¡No, no! Una solución -dijo Margarita interviniendo-. Los tres nos levantamos, nos servimos, volvemos con nuestro plato a la mesa y... comemos al mismo tiempo.

– ¡Muy bien pensado!... Disposición acertadísima de una magnífica ama de casa -aseguró Manuel cogiendo su plato.

– Déme usted -pidió doña Eloísa a Manuel.

– Primero usted.

– Sí, sí. Primero tú -afirmó Margarita.

– Después, Margarita -ordenó Manuel.

– No, señor. Después tú.

– ¡Nunca jamás! -protestó Manuel escondiendo su plato tras la espalda, dando a su voz un tono campanudo y riéndose-. Jamás probaré un bocado antes que la dama de mis ensueños.

– Pues yo deseo que seas tú el primero.

– Y yo deseo que lo sea usted. -Y haciendo una reverencia, se fue a sentar, con su plato en la mano, en el último extremo de la sala, desde donde continuó-: No puedo aceptar el honor de ese deshonor.

Margarita le siguió riéndose, para decir, esforzándose por mantenerse seria:

– ¡Bueno!... ¡Otra solución! Nos servimos al mismo tiempo y la misma cantidad, nos sentamos a la vez y empezamos a comer cuando los dos estemos preparados... ¿Convenido?

– Todo lo justo debe ser aceptado. Acepto por ser tan sabia como prudente y justa la disposición. ¡Adelante!

Se levantó Manuel, y, cada uno con su plato en la mano, los dos se acercaron a la mesa.

– ¡Dos tenedores! -pidió Manuel al propio tiempo que iba a buscarlos-. Tome usted uno, señora mía, que esto sí está permitido, y, ahora, pinchemos, yo este trozo y usted ése... ¡Muy bien!... ¿Más?

Y como Manuel le diera un beso, ella se retiró, diciendo:

– No, eso no está permitido.

– ¿Está permitido, mamá Eloísa?

Eloísa se sonrió sin contestar.

– ¿Ves? Mamá Eloísa dice que sí con su silencio... ¿Más?

– Más, sí -contestó Margarita.

Y Manuel, interpretando fielmente la contestación, volvió a besarla preguntando en seguida:

– ¿Más?

– Más, sí, pero comida. Con este trocito tan insignificante no tendría bastante un pajarito.

– Pues yo soy ese pajarillo que le lleva a su amada la comida en el pico sin guardar para él más que el aire y la alegría -decía al mismo tiempo que depositaba en el plato de Margarita un poco de todos los fiambres que hallaba en la mesa.

Y Margarita, imitándole a él, pinchó también por todas partes ensartando con su tenedor cuanto hallaba a mano para depositarlo en el plato de Manuel, mientras decía:

- Y yo soy la pajarita que quiere que su amor no se alimente sólo de aire para que pueda volar.
 - ¿Ya tenemos bastante, pajarita? -preguntó él.
 - Yo, sí -contestó ella.
 - Pues, ¡a volar!
- Y corriendo cada uno por su lado, piando y riendo, a sentarse a la mesa.
- Cuando los pájaros comen -dijo Margarita después de haberse sentado-, ni pían, ni cantan ni se hacen el amor.
 - Eso es imposible. Yo, que he sido pajarillo, sé que el amor se hace sin interrupción, pues, mientras se come, quedan siempre libres los ojos y el alma.
 - ¡Muy bonito! -aplaudió Margarita-. Usted, mamá Eloísa, que ha sido pajarilla, ¿qué dice a esto?
 - Que quien ama, ama siempre, sin olvidar jamás.
 - ¿Dónde vas? -preguntó Margarita a Manuel que se levantaba.
 - Voy a la fuente, pues yo soy el copero y he de llenar las copas... ¿Qué vino, tinto o blanco?
 - Yo, tinto -contestó Margarita.
 - Y yo también. Esta botella debe contener sangre -y abriéndola, sirvió a Margarita, preguntándole-: ¿Quieres servirme usted?... Y usted, mamá Eloísa, ¿qué desea?
 - Yo, blanco.
 - Aquí lo tiene -dijo volviendo a la mesa después de haber descorchado otra botella y mientras la servía-: Blanco como las páginas que nadie escribió y como las vidas que nadie alegra.
 - Manuel, ¡que le haces daño! -intervino Margarita.
 - Si mamá Eloísa no fuera buena, nuestra presencia y nuestra alegría le harían daño; pero como lo es, nuestra alegría le produce placer. Además, ¿no somos nosotros sus hijos? Pues, desde hoy, debemos empezar a escribir en las blancas páginas de sus días blancos una línea, por lo menos una, con la tinta roja de nuestra alegría. Así vivirá en nosotros y nosotros en ella... ¿Está usted triste, mamá Eloísa?
 - No, no estoy triste. Estoy alegre -contestó, levantándose, la interpelada.
 - Me pareció que escondía una lágrima.
 - ¡Pasamos con tanta frecuencia de la alegría al llanto y de la tristeza a la alegría! -contestó sirviendo nuevos platos en cuya tarea le ayudó Margarita.
 - Es que la vida es eso, mamá Eloísa: risas y lágrimas en un vaivén constante -argumentó Manuel-. Se llora de placer y de dolor; se ríe para matar la tristeza y para expresar la alegría.
 - ¡Bien lo he aprendido hoy! -dijo Margarita interviniendo.

– Lo hemos aprendido, podría decir, puesto que hoy hemos reído juntos por los mismos motivos y nos han hecho llorar las mismas alegrías.

– ¡Y lo que tendremos que llorar todavía!

– No, Margarita; no. Es preciso decir: ¡Y lo que tendremos que reír!, pues al pensar y desear la risa, brota de nuestros labios alegrando la vida... Toma tu copa, y usted, mamá Eloísa, y aquí está la mía... ¡Bebamos, no para que nos riegue el llanto, sino para que nos inunde la alegría, porque reír es vivir, y llorar es morir... ¡Bebamos! -y continuó después de haber apurado su copa-. ¿Usted no sabe, mamá Eloísa, que esta noche es noche de gloria?

– ¿Noche de gloria? -preguntó Eloísa.

– Noche de gloria. Pregúntele a Margarita.

¿Qué idea pasó por Margarita que la hizo ruborizar? ¿Y qué idea súbita hizo su aparición en Manuel que le paralizó, obligándole a enmudecer?

En el encadenamiento de imágenes que sugiere la conversación, Margarita, que tanto había hablado de la noche de gloria, que para ella significaba noche de regocijo, no había pensado sino en su alegría, en su bienestar, en su felicidad, elevada, como se había elevado, de la lascivia a la excelsa categoría de esposa, en pureza. Pero al escuchar a Manuel, cuyas libaciones le habían producido efecto, Margarita sintió vergüenza de que aquella gloria que ella sentía y aquel deseo noble que apetecía satisfacer, fueran comunicados a otra persona.

No había tenido casi nunca secretos para Eloísa, y hasta le había explicado, con palabra cruda, sus orgiásticos placeres. Pero aquello, aun tan próximo, había pasado al rincón de las cosas remotas que almacena la memoria. Margarita era hoy otra. Ofrecía voluntariamente su cuerpo, preparaba sabiamente el momento supremo de la entrega, pero en su alma había nacido el pudor y era y se sentía tan pudorosa como una virgen.

Manuel, cuya intención al pronunciar aquella frase era santa, como él la llamaba a las buenas y nobles intenciones, al ver a Margarita ruborizada, comprendió su imprudencia, y aunque en el fondo de su alma estaba contento al descubrir un nuevo matiz en su amada, porque el rubor sólo asoma a las mejillas de los pudorosos, sintió vergüenza de sí mismo por considerarse culpable. Y todo sucedió en un momento, en un instante, pasando vertiginosamente las ideas por los cerebros como un relámpago.

Dejó Manuel la copa sobre la mesa, la apartó de sí con displicencia, fijó su mirada en Margarita y le dijo con dolor mezclado de alegría.

– Margarita: Mi palabra ha sido pronunciada con la noble intención con que expreso mis pensamientos delante o ausente de ti. Sin embargo, te has ruborizado. Tu rubor me ha causado alegría, te lo confieso, porque ese fuego del alma sólo asoma a la cara de las que son puras; pero, al mismo tiempo, me ha producido un dolor inmenso, porque he sido mal interpretado, creyendo que el vino me hacía ser charlatán e impúdico.

– ¡No, Manuel; no! -imploraba Margarita.

– Sí, Margarita, sí -afirmaba Manuel-. Hoy hemos aprendido más que en toda nuestra vida, porque hemos aprendido a leer en nosotros. Yo leo en ti. Las mejores oscilaciones de tus sentimientos las palpo, las mido, las siento. Ya no necesitas de la palabra para expresarte en mí: una mirada, un gesto, una llamarada de fuego sagrado en tu cara me dicen cuanto por ti pasa, cuanto piensas y cuanto sientes. Tus silencios más que tus palabras, me conmovieron; la

transparencia de tu mirada o el dolor reflejado en tus ojos, me cautivaron más que tus protestas de amor. Porque leo en ti, tu silencio y tu púdico rubor me han hecho comprender mi falta o mi imprudencia te pido perdón. Y si el vino ha sido la causa de esta interpretación tan errónea como feliz, aunque me haya aproximado más a ti, no quiero más vino, pues hay desbordamiento de alegría en mi corazón para que ya necesite un estimulante para estar alegre... ¿Nos permite, mamá Eloísa, que nos besemos?... ¿Deseas tú que sellemos... este incidente con un beso de amor?

Margarita, por toda contestación, ofreció sus labios, en los que Manuel depositó un beso casto.

Siguió un silencio no penoso, sino reconfortante, como si cada uno tuviera necesidad de un corto reposo intelectual después de las alternativas de alegría y seriedad porque habían atravesado los tres.

La comida tocaba a su fin. Doña Eloísa había servido unos postres deliciosos, obra paciente de su maestría, y Margarita se levantó para destapar por sí misma una botellita de licor, sirviendo las copitas que los tres chocaron en silencio, bebiendo después.

– ¿En qué piensas, Manuel, que estás tan serio y hasta me parece que estás preocupado? - preguntó Margarita rompiendo el silencio.

– Casi no pensaba, si es que, en verdad, puede transcurrir un momento de nuestra vida sin pensar. La facultad que tenemos de poder recordar el pasado y adelantarnos al presente, trajo a mi cabeza un torbellino de ideas confusas por lo fugaces, presentándome cuadros fantasmagóricos de ayer y de mañana, y, absorto y ajeno al momento presente, los contemplaba. Por eso te dije que no pensaba: veía con los ojos del cerebro. Estaba ausente.

– No debían ser agradables esos cuadros vistos, porque tu cara reflejaba seriedad y hasta dureza -dijo Margarita.

– Ni agradables ni desagradables -arguyó Manuel-. Era la vida real o imaginada, que pasaba ante mí y que no veía como un espectador.

– ¿Y no puedes evitar esas ausencias, ya que yo te necesito cada vez más presente?

– Haré un esfuerzo -contestó Manuel sonriendo-, aunque estas ausencias de la vida real suelen acontecerme con mucha frecuencia sin que intervenga en esos actos mi voluntad. Siempre que recordamos algo pasado, nos ausentamos del presente, pues sin esa ausencia que nos coloca ante lo sucedido, no podríamos recordar ni relatar. Es nuestra vida un ir y venir incesante del hoy al ayer. Cuando trasponiendo el hoy se asoma al mañana, crea bondad o belleza, pues todo futuro es un adelantamiento y todo adelantamiento es creación.

– ¡Creación! -repitió, como absorta, Margarita.

– Creación, sí -afirmó Manuel-. Se crea lo que no existe, aunque para crearlo utilicemos materiales existentes que arrancamos del ayer o del hoy, que viven en nosotros.

– ¡Creación! -volvió a repetir Margarita como obsesionada por una idea creadora.

– Sí, Margarita: creación -continuó Manuel-. Todo ser humano crea siempre algo, malo o bueno, pero, al fin, nuevo, pues también lo malo se crea. Ahora bien, la virtud de la criatura humana consiste en crear lo bueno, ya que por esas creaciones se aumenta el bien en la tierra.

- Deben ser más fecundos los malos que los buenos, porque el mal abunda más que el bien - dijo Margarita.
- Mira cómo, sin pensarlo, nuestra cena ha terminado razonando nosotros sobre la vida, presentándonos, sin proponérselo, problemas de filosofía, que están muy lejos de que mi edad pueda hallarles solución.
- No, no termines. Sigue, que a mí me encanta todo esto -pedía Margarita a quien, realmente, encantaba escuchar a Manuel, oyéndole razonar como un hombre.
- Yo sé que a ti te encanta, porque, tan bondadosa eres, que te encanta todo lo mío; pero aburrimos a mamá Eloísa y transformamos nuestra reunión, que debe ser de alegría, en cátedra seria, no muy adecuada para estos momentos.
- A mí no me aburre, antes al contrario -protestó doña Eloísa-; pero voy a retirarme que es ya muy tarde.
- Como quieras, Eloísa -dijo Margarita.
- Todo queda así. Mañana lo retirará Manuela... Y que ustedes pasen muy buena noche - agregó sonriente.
- ¿No te irás sin besarme y besar a Manuel?

Y al mismo tiempo que Margarita hizo la invitación, los tres, ya en pie, se besaron, acompañando a Eloísa hasta la puerta, donde se reanudaron las despedidas.

CAPÍTULO XXXV

- ¡Ya estamos solos! -exclamó Margarita una vez que hubo cerrado la puerta.
- ¡Ya estamos solos! -repitió Manuel.
- ¿Te asusta esta soledad? -preguntó ella.
- Al contrario, me encanta. ¡La he deseado tanto!....

Mientras hablaban, volvieron a la biblioteca. Y como margarita buscara algo, Manuel le preguntó en tono de broma:

- ¿Qué buscas, Margarita?... ¿Un sueño perdido?

Y como Manuel viera que Margarita, paralizada, sin continuar su búsqueda, quedaba perpleja y como angustiada, fue hacia ella y abrazándola suavemente la interrogó con dulzura.

- ¿Qué te pasa?
- No sé, Manuel; no sé... ¡Tengo miedo!...

– ¿Miedo?... ¿Tú... miedo?... ¿Miedo de qué?... ¿De mí? -preguntaba Manuel asomándole la curiosidad a los ojos.

– ¡No!... ¡De ti, no!... Es decir... sí. Miedo de ti..., miedo de mí... Un miedo inexplicable, pero... miedo. ¡Tengo miedo, Manuel! -y su última exclamación fue de infinita angustia.

– ¡Ven!..., ¡ven!... -decía Manuel conduciéndola hacia el sillón, al mismo tiempo que la besaba con ternura-. ¡Siéntate!... ¡Así!... Y ahora dime por qué tienes miedo... ¡Cuéntame!... ¿Por qué tiene miedo mi amor? -Y se sentó a los pies de ella, en la alfombra, cogiéndole las manos.

– ¡Si no lo sé, Manuel!... Buscaba algo... sí... los bombones que compré esta tarde y que, olvidados de todo, no habíamos probado y, de pronto, al hablarme tú de un sueño perdido, no sé qué fibra o ilusión se rompió en mí que me imaginé ver deshecho mi sueño, este sueño mío, tan intenso y bello, que dura hace siglos.

La voz de Margarita era, más que voz, un quejido.

– No temas nada, vida mía... Si estoy aquí, a tu lado, para que se realice tu sueño de quererme, y el mío de quererte, y los nuestros de querernos... ¿Temías que me fuera dejándote sola y huérfana de amor?... ¡Cómo hubiera llorado mi Margarita!... Pero estoy aquí... ¡Tócame con tus manos! -dijo tomándolas entre las suyas y besándolas-. ¿Ves?... Estoy aquí..., contigo..., con mi Margarita..., con mi ilusión... Son mis besos... ¿No los sientes?

– ¡Ay!... ¡Cuánto bien me haces! -suspiró llevando una mano de Manuel a sus labios-. ¡Cuánto miedo he tenido, Manuel!

– Pero ya no lo tienes, ¿verdad?... ¡Si estoy yo contigo!..., ¡si no te abandonaré nunca, mi bien!... ¿Buscabas los bombones?... Ya verás cómo yo los encuentro... -Y Manuel se levantó presuroso diciendo-: ¿Dónde están, bombones, que los busca Margarita y no los encuentra?... ¿Dónde están?...

Margarita sonrió contemplando a Manuel que ora hablaba con la gravedad de un hombre, ya jugaba como un niño candoroso, y sintió una honda satisfacción de alegría.

– Aquí estamos -dijeron los bombones con la voz de Manuel.

– Pues voy por ustedes -dijo él continuando con su propio juego.

– Y ya están aquí -exclamó adelantándose hacia la enferma de amor al mismo tiempo que rompía las cintas y abría la caja-. ¡Ya están aquí, Margarita!... El primero para Ella... ¡Ay! ¡Estarse quietecitos que todos tendrán el placer de besar sus labios!... ¡A ver tú, morenito! Tú serás el primero... ¡Qué hermoso!... Abre tu boquita -y Margarita abrió su boca para recibir el bombón-, pártelo con tus dientes y déjame un trocito, el que hayan besado tus labios... ¡Qué dulce!..., ¡más dulce que la miel!

Los ojos de Margarita refulgían con nuevo brillo, sus facciones, coloreándose, adquirían la majestad de las horas felices, sus labios se entreabrían golosos como buscando nueva néctar de vida.

– ¿Otro? -preguntó Manuel, siempre alegre-. Ahora este rubio.

– Pártelo tú ahora -rogó Margarita-. No, así. ¡Ven!... ¡Pártelo en mis labios! -Y le echó los brazos al cuello, se juntaron dos bocas y bebieron ambas, una de la otra, el néctar de la vida.

– ¿Ya se te ha ido el miedo? ¿Ya tienes confianza en tu Manuel? ¿Ya sabes que no estarás nunca sola y que yo ahuyentaré todos los fantasmas?

– Ya sé que eres bueno, Manuel... -dijo levantándose-. ¿Nos vamos de aquí?

– ¿A dónde?

– Por ahí, por la casa. Quiero enseñarte todo.

– Si ya la conozco.

– No lo conoces... ¿Vamos?

– ¡Vamos!

– No apagues -pidió a Manuel, viendo a éste dispuesto a dar vuelta a la llave-. Que haya esta noche tanta luz en la casa como en nuestras almas.

– Habrá más en nosotros; hay más luz en nosotros.

– ¿Lo crees tú así?

– No lo creo, lo sé.

– ¡Cuánto tenemos que hablar esta noche! -suspiró Margarita.

– ¿Te parece poco lo que hemos hablado?... Hablando, hablando nos hemos conocido.

– Antes dijiste que habías aprendido a conocerme más por mis silencios que por mis palabras.

– Y es verdad. La palabra la dirige y ordena la voluntad. El silencio, que muchas veces es ausencia de voluntad, expresa casi siempre un pensamiento interior que no asoma a los labios. Saber leer en una frente que piensa mientras la boca permanece muda, es aprender a conocer a las personas.

– Por eso querría que habláramos mucho esta noche, para ver si quedándonos vacíos de palabras, nos quedábamos también vacíos de secretos; así ya no podríamos leer en nuestras frentes lo que los labios no pueden o no quieren decir.

– ¡Qué magnífica intención! -exclamó Manuel-. ¿Pero tú no sabes, niña candorosa, que el secreto, lo que no quiere decirse, no es muchas veces lo que está en nosotros, sino lo que aparece súbitamente perturbándonos o haciéndonos dudar? Dijimos todo cuanto nuestro cerebro almacenaba y nuestro corazón sentía; pero, de pronto, y sin saber por qué, aparece un pensamiento impuro que nos avergüenza o un sentimiento innoble que nos envilece, y guardamos silencio, guardamos secreto. Lo fundamental en nuestra vida debe ser, no hacernos confesiones mutuas, sino hacernos confesiones para desechar, tan pronto aparezcan, si es que aparecieran, todo pensamiento vergonzoso y todo sentimiento ruin, jurándonos ser leales con nosotros, por propia estimación, para poder ser leales con quien amamos.

– ¿Ves, Manuel, como es muy hermoso hablar? Tú me dices cosas que nunca escuché y, por consiguiente, me sugieres ideas que nunca concebí y me haces sentir emociones que jamás sentí. ¿Por qué no hablamos mucho esta noche?

– Pero hablar ¿de qué? -preguntó Manuel extrañado, desconociendo como desconocía las intenciones de Margarita.

– Pues de esto, que es bellissimo; de lo que se nos ocurra. Cuando empezamos un diálogo nunca o casi nunca sabemos a dónde iremos a parar, pues los argumentos de uno obligan al otro a expresar su cerebro para oponer razones a razones, sentimientos a sentimientos, bondad o belleza a bondad o belleza... ¿Nos sentamos en el mismo sitio de esta tarde?... ¿Sí? Ya verás qué deliciosamente cómodos estaremos... Vamos, Manuel... Necesito que me digas muchas cosas bellas, que me hagas soñar por milésima vez, que hayan de mi la vergüenza y el miedo... ¡Cuántas cosas necesito de ti todavía!... ¡Vamos, Manuel!

Cogidos del brazo entraron en la sala, llena de luz y de belleza, y se dirigieron al mismo lugar donde los esperaban los mismos sillones.

– Acerca ese sillón a éste, pero de frente, de tal manera que al sentarnos se toquen nuestras rodillas, podamos cogernos las manos y mirarnos frente a frente. Así. ¡Muy bien! Ahora, siéntate, que voy a apagar unas lámparas, pues, como tú bien dices, hay suficiente luz en nuestras almas... No, Manuel, yo lo haré... ¿Qué te parece? -preguntó después de dejar la estancia semivelada-. ¿Te agrada? -Y volviendo al lado de su amado le rogó-: Espérame un momentito, sólo un minuto. Voy por algo con que cubriremos si tenemos frío. ¡Quién sabe hasta qué horas estaremos hablando!

CAPÍTULO XXXVI

Cuando Margarita desapareció, Manuel pensó: “¿Qué deseará esta mujer magnífica? ¿Qué confidencias querrá hacerme? ¿Cuáles serán su vergüenza y su miedo, de los que quiere hacerme su confesor? ¿Qué batalla sostiene esta alma pura ganada a la impureza? ¿Qué remordimientos perturban su conciencia? ¿Qué exquisiteces nacen cada minuto en este corazón...?”

– Ya estoy aquí -dijo Margarita presentándose a Manuel como una aparición-. ¿No he tardado, verdad? Sufría por haberte dejado solo. Un sufrimiento instantáneo, pero sufrimiento al fin. ¿Quieres levantarte?... Así estarás bien abrigadito -le decía colocando un abrigo de pieles sobre sus hombros-, y yo también. Los dos iguales, no me mires. No hay calefacción y podríamos tener frío... La piel tiene suavidades de caricia... ¡Qué deliciosamente cómoda estoy! -y se arrellanaba en el sillón con movimientos de gatita.

Manuel, semiausente, seguía soñando. El agradable calor de la piel, el perfume de que estaba impregnada, el susurro de las palabras de Margarita, el contacto de aquel cuerpo adorado y el ambiente amable y grato le hacían soñar en mundos quiméricos y bellos.

Margarita rompió el silencio preguntando:

– ¿En qué pensabas?

– No pensaba, soñaba.

– Sueño corta ha sido.

– Pero sueño hermoso. No son más hermosos los sueños más largos, sino los más intensos. El destello de una estrella vale, a veces, por la luz de un sol, así como un suspiro, que es el destello de un alma, vale tanto como una confesión.

– ¡Manuel! -llamó Margarita.

– ¿Qué quieres?

– Si no te interrumpo, si no te pregunto, si me ves con los ojos cerrados, tú sigue, Manuel, sigue, que no estaré ausente de ti ni un momento. Y, a propósito. ¿Por qué sufres eso que tú llamas ausencias, y por qué no me cuentas ese viaje permanente que tú realizas entre el ayer y el hoy, trayendo al presente el recuerdo de días pretéritos? Era muy hermoso todo aquello y quedó inconcluso. No me duermo, te escucho.

Cerró los ojos Margarita, se arrellanó en el sillón y Manuel sintió en su carne el estremecimiento que produce el contacto con la carne amada. Pero empezó:

– Una cosa es el mal de ausencia, que es el dolor espiritual que sufre una persona separada de otra que ama, mal que tú no sufrirás porque te prometo solemnemente no separarme jamás de ti, y otra cosa es el desplazamiento psíquico que realizamos cuando viviendo nuestro yo físico en el presente, todas las potencias de nuestro ser nos abandonan para emprender un viaje retrospectivo. A ese abandono, a ese desplazamiento, a ese no vivir psíquicamente en presente, es a lo que yo llamo ausencia. ¿Que por qué sufro esas ausencias? No lo sé. A ciencia cierta, no lo sé, aunque como todo puede ser explicado, yo me explico ese fenómeno de la siguiente forma: Por la soledad en que he vivida, pues los libros no acompañan aunque nos obliguen a pensar y nos deleiten, me vi obligado a vivir una vida interior muy intensa. Lo que veía, lo que sentía, lo que aprendía y lo que pensaba, la vida exterior y la interior, lo que percibían mis sentidos y lo que anhelaba, lo que el mundo me enseñaba y los hombres me ocultaban, todo, en fin, lo que aceptaba, intuía o creaba, lo guardaba en mí mismo, puesto que nunca hasta que no te hallé, pude expresar a nadie mis pensamientos. Esta soledad, este aislamiento del mundo real fue el ambiente en que, como en un terreno virgen, pude cultivar una ilusión, que fue en mí un ideal de amor. Con ese ideal naciste tú, pura como él, virginal e impoluta como él. Fuiste mi creación: yo te creé. Y de mi criatura te trocaste en mi reina. Tú fuiste, en mi vida soledosa y radiante, la estrella que me alumbraba, la diosa a quien yo rezaba, la mujer a quien quería y la esposa que anhelaba. En ti puse mi voluntad y mi fe. Naciste en mi mundo, quiero decir en mi corazón, y ahí vivías para mí y únicamente para mí como yo vivía para ti y únicamente para ti. Nunca jamás consentí que nadie se asomara al sagrario en que vivías; yo solo, y en soledad perfecta, me asomaba a mí mismo, conversaba contigo, te acariciaba en ilusión y te besaba en pureza. ¿Qué de extraño tiene que vuelva a mí mismo, a soñar y a amar, si al ausentarme me encuentro contigo, y contigo río, y contigo juego, porque fuiste y eres mi vida? Cuando me ausento del mundo físico vuelvo hacia mí, que es tanto como ir hacia ti, lo mismo que cuando abandoné el mundo de la aldea, vine a este mundo a buscarte, porque eres mía.

Una mano de Margarita buscaba la de Manuel y como si fueran dos criaturas, una salió al encuentro de la otra permaneciendo enlazadas como si se besaran en silencio.

– ¿Y qué dijiste esta noche de creación, esa palabra tan hermosa, que tan bien sonó a mis oídos y que me ausentó por breves momentos del mundo físico, como tú dices, pero no para llevarme al ayer, sino para lanzarme al mañana? -preguntó Margarita continuando en su actitud.

– En estos momentos -continuó Manuel tras un corto silencio, durante el cual ordenó sus pensamientos-, yo quisiera ser un poeta para crear y expresar ante ti, soberbio auditorio que

nadie logró, la más sublime teoría de belleza vivida con la que los hombres pudieran soñar. Pero no soy un poeta, es decir, un creador...

– Sí, lo eres, sí, y magnífico -le interrumpió Margarita a la vez que ejerció más presión sobre su mano.

– Y no siendo creador -siguió Manuel, contestando amorosamente a la presión de la mano amada-, he de conformarme con mis experiencias, transmitidas a ti en forma inconexa. En mi vida, y para mi uso, yo tuve necesidad de formarme un ideal, quiero decir una idea superior a cuanto me rodeaba. El mundo circundante no era feo ni bello, sino inexpresivo. No me hablaba, no se acercaba a mí. Hube, pues, de adoptar mi primera actitud: ir a él, hablarle yo. La tierra, las piedras, los trigos, los árboles, los hombres eran ásperos, me rechazaban, hacían sangrar mis pies, cortaban mis manos, herían mi carne y lastimaban mi alma. No eran mis amigos, no podían serlo. Entonces procuré hacerme amigo de ellos atrayéndolos hacia mí, no como eran, sino creándolos en mí tal y como yo me imaginaba que debieran ser. Creé un mundo a mi imagen y semejanza, y, al crearlo, el mundo mío: mi criatura. Con lo mío ya pude hablar y, para hacerlo, inventé mi lenguaje y en él, en el mío, le hablé a la fuente, y a los trigales, y canté en mi corazón la blandura de las piedras y la bondad de los hombres, resultando que mi canción, después de lanzarla al viento, volvía otra vez a mí como si fuera una nueva voz que viniera de mi mundo impregnado de aromas y cargado de promesas. Con este ejercicio me mejoraba, expresaba en mí lo inexpresivo, borraba el mal de mi mente y creaba el bien en el mundo, puesto que establecía una armonía entre él y yo. Hecho mío el mundo, subjetivizado en mí, creado en mí, la poesía del mundo era poesía mía, y mía su belleza y mío su amor, puesto que yo había regalado a mi mundo mi amor, dándole con esa palabra una significación de continuidad, de engarce de mi persona con mi mundo. Este es el viaje continuo y eterno que el poeta realiza, no pudiendo jamás vivir en reposo: baja al mundo, lo trae a sí, lo ensalza y pule y después lo proyecta. Esta proyección de un mundo real soñado, lanzado al mañana, es el ideal: por él, por verlo realizado, trabaja la mente, suspira el corazón, se abuena y embellece la vida, nos volvemos armoniosos y dulces, somos amorosos y trabajadores. Sin este anhelo de transformar lo inexpresivo en expresión, lo malo en bueno y lo bueno en mejor, no vibraría el mundo humano y viviría estancado. El poeta lo crea y el hombre lo transforma. Pero, a la vez, el poeta se transforma a sí mismo, se crea todos los días renovándose incesantemente y renovando, como consecuencia, su propio ideal. Ya no quiere vivir como el mundo que le circula, inexpresivamente; necesita expresarse, pero expresarse en medio de su mundo, del que él creó, del que ama, y es entonces cuando, viviéndolo en sí, canta el futuro, cantar que el mundo inexpresivo y yerto que le circunda no puede comprender, sentir ni gustar. Si consideramos que el presente es equilibrio, el desplazamiento hacia el pasado será descenso, aunque de él volvamos cargados de experiencias, mientras que el que realicemos al futuro será ascenso, puesto que es deseo, ansia y labor fecunda de depositar en la cima del mañana nuestro grano de alegría. Este es el vértice, siempre movable, de la creación a la cual podemos llamar fecundidad, ya que solamente es creador el fecundo, que sabe, siente y, por sentir, crea la alegría de vivir.

Manuel ejerció una suavísima presión sobre la mano de Margarita y, agachándose sigilosamente, la llevó a sus labios.

Margarita abandonó su posición para acercar su cuerpo al de Manuel ofreciéndole lo que él buscaba y apetecía, al mismo tiempo que dijo:

– Te escucho, Manuel, te escucho y, además, te acompaño en tu viaje, yendo contigo del ayer al mañana. Pero... ¿y el hoy?

– ¿Estás descontenta de hoy? -preguntó Manuel.

– No, Manuel; no estoy descontenta. Pero es preciso descansar de ese vagabundear incesante hacia atrás y hacia delante.

– El presente -dijo Manuel- es un fugacísimo segundo que en seguida es pasado, y el futuro en este segundo que está llegando y que caerá vertiginosamente en la órbita del presente para ser devorado por las fauces del pretérito. Pero ésta puede ser una explicación intelectual, ya que el tiempo sólo puede registrarlo el intelecto. En esta vertiginosidad de segundos que transcurren, el individuo humano halla su equilibrio, trabajando. No descansa, labora. Por ejemplo: el día de hoy ha sido para ti verdaderamente fecundo. ¿Cuántas veces te has asomado a tu pasado? Con seguridad, muchas. ¿Y cuántas te has empujado para ver el futuro, con el cual sueñas? También, con seguridad, muchas. Sin embargo, aun yendo y viniendo, tú has trabajado, tú has creado, puesto que te has creado a ti misma al transformarme. Ahora eres otra de la que eras ayer, diferente a la de esta mañana, y mañana, por despertarse o nacer en ti una nueva ilusión, ya no serás la misma que eres en este momento. Te enmiendas, te corriges a la vez que enmiendas y corriges tu ideal de vida. A eso puede llamarse creación fecunda, creación viva, porque eres tú misma, por tu voluntad, tu propia obra... Pero esto es muy abstruso, querida mía -terminó Manuel.

– No, no. Si te sigo, si me encanta, porque me suministras enorme cantidad de ideas que, al relacionarlas con mi vida, permiten que nazcan en mí otras nuevas... Continúa..., te lo ruego -pidió Margarita.

– Por lo que te decía, puedes deducir lo siguiente: tú eres otra porque has podido forjarte un ideal que tú misma alimentas. Yo podré haber sido un estímulo; tú has sido la trabajadora, la creadora. Te has poetizado a ti misma, y, al poetizarte, has poetizado la vida que deseas y que al deseársela la haces más bella y fecunda. Tú has entrado en el reino de la creación y de la fecundidad, y como yo te conozco, puedo deducir que no saldrás de él y que te esforzarás en embellecer cada vez más tu vida, descontenta como has de estar siempre con toda la pasada.

– A ti te lo debo, Manuel; a tus palabras, a tus acciones, más bellas cada momento, más fecundas también, porque han tenido la virtud de transformarme dándome un ideal que eres tú.

– No, Margarita. Yo, vuelvo a repetirte, sólo puedo haber sido un estímulo. Nada me debes, todo te lo debes a ti, a tu esfuerzo, a tu voluntad de cambio, al nuevo ideal de vida por el cual trabajas, siendo hoy mejor que has sido ayer y deseando ser mañana mejor que hoy. Tu ideal es tuyo y debe ser tuyo, nacido en ti, y mi ideal debe ser mío, nacido en mí. Cuando dos seres alimentan un mismo ideal de belleza viva -y llamo belleza viva a la belleza que, por vivirse, se está creando-, esos dos seres engarzan sus dos vidas en una sola, y crean la joya más preciada que existe en el concierto armonioso de los mundos: el matrimonio de la pareja humana. A las fuerzas de atracción, a esa invisible soldadura que las une, se le llama amor, que es tanto más firme, exquisito y duradero cuanto más afinidad de ideales de nobleza y de bondad existen en los dos seres. Cuando uno asciende, cuando se supera, cuando crea un nuevo ritmo o un nuevo matiz de bondad o de belleza, aunque todo es una y misma cosa porque son las dos esencia de la vida, el otro, estimulado en el avance, asciende, vuela hasta colocarse a la par, o sube, impetuoso, para estimular, a su vez, al ideal personificado que por él alienta. Tú también me has estimulado a mí y por tu estímulo he volado hasta ti, siguiéndote en mi afán de ascenso y de igualarme a la que es mi ideal personificado y vivo: tú.

– ¡Con cuánto placer te oigo y qué bueno eres, Manuel!... ¡Siempre me realizas a tus propios ojos y a los míos!... ¡Siempre te quedas en segundo término para que sea yo la que resplandezca!... ¡Siempre encuentras en la pecadora que yo fui, virtudes y bellezas que sólo en ti están porque en ti viven, Manuel!... ¡Qué bueno eres, bien mío!... ¡Qué bien me haces!... ¡Cómo transformas mis desalientos en alegrías!... ¡Permíteme, amor mío, que sea yo la que te

bese mientras me llevas en tus alas volando hacia el futuro con que tú sueñas y que será el mío si tú lo quieres!

– Bésame, sí, pero permíteme que sea yo también el dadivoso, ya que, como tú soy muy rico en amor... Y ahora que nos hemos besado, que nos hemos dado uno a otro algo de nuestro ser, por lo cual estamos en paz, te voy a hacer un ruego: no me hables más de la pecadora que tú fuiste. Tú no pecaste. Tú hiciste lo que tu mundo hacía. Hoy, que has empezado a vivir en un mundo nuevo, debes cerrar con llave aquel viejo mundo del cual saliste, volviendo a él, cuando tú quieras, para fortalecerte, alegrándote de ser como eres, no para recriminarte de haber sido como fuiste. De él debes volver cargada de alegrías, no de tristezas. Esta noche, lo sé, porque ya leo en ti, has querido que habláramos mucho, mucho, antes de llegar al trance supremo y magnífico, que es cuando realmente podremos llamarnos esposos. Y has querido que hablemos para hacerme confesiones dolorosas, teniendo como tienes miedo del futuro, no del presente, que está en nuestras manos.

– Me has comprendido, Manuel mío -dijo ella alborozada.

– ¿Cómo no comprenderte si te amo?... ¿Y cómo no esforzarme en comprenderte, si desde hoy correrán la misma suerte nuestras vidas?

– Eso es lo que deseo y lo contrario es lo que temía. Desde mañana mismo empezaremos a transformar esta casa, dándole un aspecto de hogar y borrando toda huella que recuerde los días pasados. ¿No te parece? -preguntaba ella recobrando la alegría.

– No me parece, Margarita, y perdona que te contradiga. Esta casa está alhajada con verdadero primor. No es necesario transformar nada en ella. Lo que necesita es una ampliación: cocina, despensa, lavadero para que en ella tenga lugar el tráfago hogareño, porque al hogar le daremos nosotros, ya transformados en matrimonio, el color, el sabor y la alegría sana y fecunda que necesita. Somos nosotros los que hemos de transformarnos y es nuestra vida la que sufrirá cambio, dando expresión a lo inexpresivo, que es la riqueza que aquí acumulaste y que volveremos realmente rica al bañarla en luz, que eso será nuestra felicidad.

Por la mente de Margarita desfilaban ahora ideas precisas, claras, hermosas, porque era la explicación real, no romántica, que ella necesitaba. Y su alegría provenía de no ser ella la que hablara en tono ordenador y claro, sino de ser él, en el cual veía ahora al hombre, el que se adelantara a sus deseos por haberla interpretado.

– Todo se hará como tú desees, Manuel -afirmó Margarita.

– Como deseemos, debes decir, pues juntas nuestras personas, deben ir de acuerdo en todo nuestras ideas.

– Irán, Manuel.

– Ya lo sé. Irán, aunque tengamos que esforzarnos mucho para que vayan.

– Lo bueno sería que no necesitáramos esforzarnos.

– Si no nos esforzáramos, significaría que uno de los dos había abandonado su peculiar modo de ser para transformarse en subordinado o esclavo del otro, y eso es lo que debemos evitar a todo trance, porque cada uno de nosotros debe conservar, inmaculada, su personalidad. Si el matrimonio no es sólo enlace de cuerpos, sino conjunción de almas, no es necesario que ninguno se anule, sino que ambos se esfuercen en conservar la armonía. Tú serás femenina, siempre femenina, pero fuerte y firme en tu feminidad; yo seré masculino, pero sin que lo varonil

zozobre en mí un momento. Y no quiero decir que tú representes la dulzura y yo la fiereza, sino que ambos rivalicemos en dulzura en nuestro trato y en bondad en nuestros actos para hacer nuestra vida agradable y bella.

– ¡Qué magníficamente bien vamos a vivir! -exclamó Margarita besando a Manuel.

– Así viviremos, magníficamente bien, porque los dos somos y seremos magníficos. Estos deben ser nuestro ideal y nuestro esfuerzo: ser cada vez más magníficos, si es que la magnificencia puede ser superada; magníficos en la alegría y magníficos en el sufrimiento, si alguna vez nos visitara.

– ¿Y por qué nos ha de visitar el sufrimiento queriéndonos nosotros, respetándonos y esforzándonos en vivir el uno para el otro? -preguntó Margarita.

– No digo que nos visite, sino que puede visitarnos. Y como esta noche tú has querido y yo he aceptado que habláramos claro, y para evitarte el dolor de que tú lo hicieras, he tomado yo la palabra enderezando la conversación por otros derroteros, aunque yendo al mismo fin, nos es necesario a ti y a mí compenetrarnos en una noche de nuestra misión, haciendo lo que otros no hacen en toda su vida: comprendernos... ¿Digo todo lo que pienso y hasta lo que tú ibas a decir? -terminó preguntando Manuel, quien, por haber comprendido a Margarita, quería hablar, con toda claridad, para que entre ellos no quedara ni la más leve nubecilla que pudiera empañar un día su felicidad.

– Sí, Manuel, sí. Di todo lo que piensas y sientes, interpretando, por los tuyos, mis sentimientos, que yo te escucho con verdadera alegría, porque ahora es cuando se encauzan nuestras vidas -exclamó Margarita llena de regocijo.

– Desde ahora, desde este momento en que nos sentimos totalmente compenetrados, formamos matrimonio: tú eres mi esposa en mi corazón y en mi conciencia, yo soy tu esposo...

– En mi conciencia, en mi corazón, en mi alma, en todo mi ser -interrumpió Margarita arrebatada, lanzándose en brazos de Manuel-. Eres mi esposo ante mí y mañana lo serás ante el mundo. Eres mi esposo por derecho de cariño, de amor...

Y nuevamente vibraba Margarita en su carne y en su espíritu, sintiéndose esposa, sentimiento que la transformaba, volviéndola mujer. Por eso, enloquecida, besaba con frenesí el cuerpo y el alma de aquel hombre al que sabía suyo.

– ¡Bien!..., ¡muy bien, Margarita!... Dame, por ahora, el último beso, y siéntate, que tenemos mucho que hablar -dijo Manuel sonriendo y, a la vez, remedando las anteriores palabras de su amada.

Obedeció Margarita, no sin antes cumplir la invitación de Manuel, y éste continuó:

– El mundo no me importa mucho; yo soy tu esposo ante ti, y eso me basta; tú eres mi esposa ante mí y eso debe bastarte. Oramos ambos con arreglo a conciencia, y esto es suficiente a nuestra tranquilidad. Pero... tú eres rica. -Y como notara un estremecimiento de Margarita, afirmó-: No, no te extrañe nada de lo que voy a decir... Tú eres rica, repito, y, además, conocida en todo Madrid y, muy especialmente, en este aristocrático barrio cuya casa propia habitas... Procura, vida mía, que mis palabras que parecen duras, no te hagan sufrir, que después, te lo prometo, te causarán placer... -dijo Manuel haciendo un paréntesis a su pensamiento, para evitar el dolor a Margarita-. Eres conocida, eres envidiada y tienes que ser criticada. Yo no soy pobre, pero para las gentes debo ser el estudiante pueblerino, calavera y sinvergüenza que, sin escrúpulos, hace un negocio de amor. Ya ves cómo a nuestro matrimonio, más puro que todos

los que conocemos, aquellos que viven en impureza le llamarán mancebía u otra cosa peor: para ellos seré tu mancebo, el mancebo que te explota... ¿Comprendes ahora mis inquietudes, mis dudas, mis recelos, mis tormentos, mis angustias anteriores?... ¡Nada me importa!... ¡Nada!... ¡No te inquietes!... Tomé una resolución al sentirme hombre... Eres mi esposa..., ¡mi esposa!..., y me importa muy poco todo cuanto el mundo diga, pues sé que mi esposa como esposa cumplirá ante mí y ante el mundo, ese mundo socarrón que por impuro no conoce la pureza.

– Así obraré, Manuel, ¡cómo esposa!... ¡Ten confianza!

– La tengo, Margarita, la tengo. Si no la hubiera tenido, no hubiera obrado como obro. Tengo confianza en ti. A mis ojos eres santa, porque te santificaste tú. Por eso te hago mi esposa ante mí... Pero... ¿sigo?

– ¡Sigue!..., ¡sigue!... -le invitó ella anhelante.

– Mañana saldremos a pasear. No para que nos vea el mundo; para vernos nosotros en alegría. Pero el mundo, ese mundo que tiene mil ojos para ver y mil bocas para la murmuración, nos verá y murmurará... ¿Nos habremos elevado por encima de toda maledicencia y de toda envidia?... ¿Seremos tan fuertes, estaremos tan bien templados, como para que nada ni nadie perturbe nuestra paz, que sería tanto como mellar nuestro amor?... Es la conciencia y la propia confianza en nosotros las que deben contestar.

– Mi conciencia me dice que sí y mi confianza en mí y en ti me aseguran que no flaquearé - contestó con firmeza Margarita.

– No flaquear está bien; pero no irritarse es mejor. Desafiar con altivez, pero con serenidad, toda mirada insidiosa, toda palabra socarrona, todo gesto grosero, sin que sufran nuestras almas el más leve arañazo ni tiemblen nuestras carnes por la más leve herida. Ser fuertes, verdaderamente fuertes, para trocar en bien nuestro el mal que nos harán; ser fuertes, tan fuertes, que no haya fuerza humana que nos obligue a descender al mal; ser fuertes, tan magníficamente fuertes, que en la batalla que se nos ha de presentar, no descendamos nunca a emplear las armas del enemigo trazado, pues cuando, recogidos en nosotros para hacer examen de conciencia, hagamos balance de nuestras acciones, debemos estar contentos de nosotros mismos, porque en lugar de descender, ascendimos... Si obramos así, Margarita; si sobrepasamos en pureza al más puro diamante y en fortaleza al mejor templado acero, ¿cómo tener ya miedo, ese miedo de que hablabas hace un rato, y que, para mi dolor, vi reflejado en tu rostro, y cómo tener vergüenza de sentirte esposa ante ti?

– Contando con tu amparo, me siento fuerte para desafiar todas las vergüenzas y todos los temores -dijo Margarita, quien nunca imaginó que la entereza y la hombría de Manuel adquirieran tal grado de fortaleza y de noble arrogancia, sintiéndose deslumbrada ante aquellas varoniles palabras que la hacían concebir una vida nueva.

– Te amparas tú, Margarita; debes ampararte en tu propio valor, pues vales, y debes tener conciencia de tu valor, más que ese mundo vergonzante y embustero que acabas de abandonar. No necesitas mi amparo, te amparas tú, porque ya no perteneces a ese mundo, sino al mío, o, mejor, al tuyo propio, al que tú has creado en ti.

– ¡Manuel! -llamó Margarita con voz tan emocionada que parecía no ser suya.

– ¿Qué, mi bien? -contestó Manuel haciendo una suave presión con sus rodillas a sus manos en las de Margarita.

– ¿Y si nos fuéramos de aquí, si viajáramos, si nos refugiáramos en cualquier otro rincón para ser felices y evitarnos dolores? -preguntó Margarita que, antes las palabras de Manuel, comprendía la magnitud de la lucha que entablaba aquel corazón joven y valiente.

– No, Margarita. La batalla que hemos de ganar no es contra ellos, sino contra nosotros. Debemos ser triunfadores de nosotros mismos. Escondernos, irnos, significaría huir, y huir equivaldría a no estar satisfechos de nosotros mismos, a sentirnos avergonzados de nuestra unión, y esta vergüenza, por ser nuestra y no de ellos, iría con nosotros adonde fuéramos porque la llevaríamos en nuestro corazón. No, no, Margarita. No huiremos. Debemos superarnos, elevarnos a nuestros propios ojos, vencer todos los temores y todas las vergüenzas por haber vencido, en nosotros, a nuestra personalidad anterior. Este trabajo de superación, de forja de nuestras personas, que yo te exijo, será en nuestro beneficio, porque tenemos que prepararnos a ser padres, y la paternidad consciente exige otros valores diferentes a la procreación animal.

Cuando Margarita escuchó las últimas palabras de Manuel se sintió conmovida en lo más profundo de su ser, porque sea idea de maternidad, de ser madre, que había aparecido en ella, desdibujada y borrosa, durante el paseo, que se había agrandado mientras cenaban, y que, temerosa de no verla realizada, le había infundido terror, hacía vibrar en ella todas las fibras de su feminidad, que se había conservado pura. De ahí su vergüenza, su nueva vergüenza nacida en la pureza verdadera que en ella nacía y crecía por momentos, pues si esposo significó para ella en los primeros momentos la posesión y disfrute de un cuerpo joven y hermoso como el de Manuel, ahora significaba comunión completa de dos seres y continuidad del amor en los hijos. Su vergüenza era pudor ante el ser que amaba y pudor ante los hijos con los cuales soñaba.

Embargada por estos sentimientos tan nobles y elevados, no podía hablar porque no hallaba palabras con que expresarlos, limitándose a pronunciar el nombre amado de Manuel, a mirar con avidez los ojos del esposo y a sostener entre sus manos, apretándola con devoción y cariño, la mano de Manuel.

Manuel se daba cabal cuenta de lo que pasaba en aquel corazón anhelante, tenía conciencia del cambio operado, interpretaba las exclamaciones de Margarita, que eran suspiros de alegría, en su justo valor; pero quiso llegar hasta el fin, expresando lo que sentía para trazar un mundo fijo y cierto a sus vidas.

– Sí, Margarita mía, padres. Tenemos que ser padres -repetía-. Tú, la madrecita dulce y tierna que educará a sus hijos en el amor; yo el padre que les enseñará con el ejemplo, la fortaleza. Tenemos que ser padres, por nosotros, porque la paternidad es la ley de la vida y debemos cumplirla, porque esa idea nos hará verdaderamente esposos y porque al serlo habremos magnificado nuestro amor. Y debemos ser padres aquí, en esta casa, porque aquí hemos despertado al amor; aquí, porque aquí ha tenido lugar el ayuntamiento de nuestras almas. ¡No llores, Margarita mía, madre de mis hijos, ángel mío! -y Manuel se incorporó para acariciarla-. No llores tú para que no llore yo también a tu lado y contigo... Yo sé que esas lágrimas son lágrimas de emoción, de felicidad; pero no quiero que las ciertas en este momento, porque deseo continuar hablándote como tú querías que habláramos esta noche cuando una nube de tristeza y de dolor nubló tu alegría... ¡Guarda tus lágrimas! ¡Deténlas en el fanal de tus ojos! ¡No les permitas que suban del corazón, porque las palabras se anudarán en mi garganta y todavía quiero hablarte mucho!...

– ¡Manuel, Manuel mío! -pronunciaba Margarita entre sollozos.

– Tuyo, sí, querida mía. ¡Tuyo!... Pero no llores, que es hora de alegría.

– Es verdad, Manuel. ¡¡Sigue trazando nuestra vida!... ¡Qué feliz soy! -suspiraba Margarita.

– El día en que, llena de alegría, me digas: ¡Manuel, soy madre! -Margarita lanzó un hondo suspiro y, en silencio, se levantó para besar a Manuel-, partiremos para volver cuando hayas de dar a luz, ¡aquí!, a tu primer hijo. Hasta ese día, viviremos en completa ilegalidad, que será tanto como vivir en completa libertad, yendo a buscar a mi padre para que él consagre y bendiga nuestra unión... Querrá, me lo figuro. Pero si no quisiera -y estas palabras fueron pronunciadas con dolor y firmeza-, nos iremos a cualquier pueblecito ribereño de la costa mediterránea para disfrutar en calma y alegría toda nuestra dicha, hasta que llegue la hora de volver a nuestro nido, a este nido en el cual hemos de criar a nuestros pichoncillos.

Riéndose, con una risa que era risa y llanto, Margarita se levantó como enajenada, y, dirigiéndose al interruptor para alumbrar la estancia, exclamó:

– ¡Luz, Manuel, luz!... ¡Luz, mucha luz!... -y se reía llorando, y miraba en derredor como si viera figuras amadas, y realizaba movimientos como si fuera la madre que juega con sus hijos.

Manuel la miraba con alegría y dulzura, pero no quería romper aquella ilusión o enajenamiento sagrado porque atravesaba Margarita, temiendo que por el cansancio producido por las ininterrumpidas emociones del día, fuera a sufrir un desmayo o un ataque nervioso. Desde su rincón, la contemplaba con arrobó. “Ya es madre”, pensaba Manuel; “¡ya está total y completamente curada; ya es mi esposa!”

Poco a poco, Margarita fue acercándose a Manuel que continuaba de pie y en silencio. Despertaba de un sueño. Llevándose las manos a los ojos parecía como si quisiera arrancar algo que le prohibía continuar viendo y viviendo la imaginada escena anterior, y arrebujiándose en su abrigo se recostó en su amado como pidiéndole protección, mientras pronunciaba palabras que eran un quejido:

– ¡Tengo frío, Manuel!..., ¡tengo frío!

– ¡Pobrecita mía! -dijo Manuel sosteniéndola en sus brazos-. ¡Cuántas diversas emociones sufridas durante estas horas inolvidables!... ¿Tienes frío, mi reina?... Ven que te abrigue... ¡Pobrecita! -Y quitándole el abrigo de los hombros al mismo tiempo que le hablaba, le ayudó a ponérselo, abotonándolo con todo cariño. Después, cogiéndole una mano, mientras que con la otra le sujetaba el talle, le decía-: ¡Vamos, nena mía!... ¡Pobrecita!... ¡Vamos!... ¡Yo te acostaré!... ¡y te dormiré como a una niña!..., ¡y velaré tu sueño!...

– ¡Tengo frío, Manuel!... ¡Tengo frío! -repetía Margarita tiritando.

– Sí, mi vida... Yo te voy a acostar..., yo te voy a dormir... ¡Vamos, ángel mío!... ¡Apóyate en mí!... ¡Así!... ¡Un esfuerzo, Margarita mía!

Los ojos de Margarita, vagorosos, se reían; su cuerpo temblaba bajo las pieles calientes; su alma estaba ausente, lejana, envuelta en brumas, sin pensamiento.

Manuel no veía otra cosa que no fuera ella, su adorada enferma, agotadas las fuerzas por la corriente de sentimientos nuevos que la habían sacudido, y con los mimos de una madre que en el cuerpo amado no ve la carne sino el sufrimiento, empezó a desnudarla pacientemente, aunque con torpeza que hacía encantadora su maternal dedicación.

Le quitó el abrigo, que depositó con cariño sobre la cama; desabrochó el vestido, que cayó a los pies de la amada; la sentó en el borde del lecho para descalzarla; le quitó las medias, tomando en sus manos los piecitos fríos para calentarlos con sus besos; abrió las sábanas y, levantándola en sus brazos, depositó el cuerpo en la cama con los cuidados de quien depositara su más preciado tesoro. ¡Con cuánta dulzura subió los embozos para tapar los

hombros!...; ¡con cuánto dolor y mimo le apartó los rizos para depositar un beso purísimo en la frente limpia!...; ¡con que delicadeza colocó ambos abrigos sobre el cuerpo frío!

Ni una palabra pronunciaba Margarita, ni un suspiro se escapaba de su pecho. Blanca, fría, inmóvil, parecía la estatua yacente de la pureza.

Manuel llegó a temer por aquella vida. Aun comprendiendo que sólo era agotamiento momentáneo, se apoderaron de él la zozobra y la angustia. De pie al borde de la cama, contemplaba aquella cara semiyerta que había besado, y aquellos ojos claros en los que se había mirado, y aquella boca en la que había bebido suspiros y alegrías, y un sentimiento de ternura infinita le arrancó una lágrima que, subiendo del corazón, murió en sus labios.

No, no la molestaría. La dejaría dormir hasta que despertara y él velaría su sueño hasta que volviera nuevamente a la vida.

Apagó la luz, dejando encendida la lamparita de la mesilla de noche sobre la cual colocó una prenda íntima de Margarita para amortiguarla, y salió de la estancia de puntillas, sigilosamente, a apagar todas las luces de la casa por creer que hasta la más lejana podría perturbar el reposo de que tan necesitada se hallaba su bien amada.

Llegó a la biblioteca y al ir a dar vuelta a la llave, vio los bombones. Los recogió, tomó en sus manos una botellita de licor para reanimar a Margarita, echó en el bolsillo una copita de cristal, paseó su vista por todas partes como si se despidiera de todo ello y apagó la luz. Por el corredor fue cerrando llaves, quedando la oscuridad tras él, hasta que llegó al tocador y, por fin, penetró nuevamente en la alcoba cuya puerta cerró. Respiró creyéndose que había cumplido una gran misión, porque no llegaría hasta allí ni un rayo de luz ni el más leve ruido, y se colocó otra vez a la cabecera de la cama para sorprender el más leve movimiento de su adorada.

Entretenidos cuerpo y alma en la contemplación de la que amaba, pasaba el tiempo sin que el ansia de Manuel disminuyera, hasta que Margarita, después del reparador descanso, abrió los ojos. Sin pronunciar palabra, Manuel se asomó a ellos, como si quisiera escudriñar las profundidades de aquella alma exquisita, y al verla ella ciñó los brazos a su cuello, mientras decía:

– ¡Manuel mío!..., ¡mi niño!..., ¡mi esposo!..., ¡mi ángel!..., ¡bendito seas!

Él, besándolos, se esforzaba en volver aquellos brazos bajo las sábanas, rogando con su voz más dulce y acariciadora:

– ¡Margarita querida!..., ¡mi vida!..., ¡tápate, bien mío, y descansa!

– ¡No, Manuel, no! -gemía, arrebatada-. ¡Tómame en tus brazos!... ¡Soy tuya, esposo mío, soy tuya!

El abrazo, que confundió a los dos, hizo que se estremecieran de placer los mundos.